

de
EL CÍRCULO
DEL LOBO



ANTONIO CALZADO

«Una novela con la fascinación de *El fauno*
del fauno y la intriga de Stephen King»

Lectulandia

Daniel ve fracasar su matrimonio al morir su hija. Convertido en un solitario, una carta de su primo Anxo, guardia civil en una aldea gallega, le propone unas vacaciones en la tierra de sus ancestros. Daniel se instala en un caserón de su tío abuelo, cuyo hijo estaba obsesionado con la licantropía. De repente, una cadena de asesinatos convulsiona la vida de Cereixo.

Lectulandia

Antonio Calzado García

El círculo del lobo

ePub r1.0

Titivillus 11.07.2017

Antonio Calzado García, 2008

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Luis Manuel Calzado García
(1965-1985)

INTROITO

—¿Y qué es el pecado? —preguntó Cotgrave.
—Creo que le voy a contestar con otra pregunta: ¿qué sentiría usted, seriamente, si su gato o su perro empezasen a hablar y a discutir con usted en términos humanos? Sería usted dominado por el espanto, estoy seguro. Y si las rosas de su jardín se pusiesen a cantar una canción espectral se volvería usted loco. Y suponga que los adoquines de la calle empezasen a hincharse y crecer ante sus ojos, o que el mojón de granito en que usted se fijó por la noche hubiese echado capullos de piedra a la mañana siguiente. Bien, estos ejemplos pueden darle alguna noción de lo que es realmente el pecado.

ARTHUR MACHEN. *El Pueblo Blanco*

LIBRO i: CEREIXO

Aquel invierno bajaron muchas veces desde las montañas, de un modo que ya ni las abuelas recordaban, por lo menos desde que terminó la guerra. Ocurría siempre con las primeras nevadas, pero nunca hubo tantos, ni vinieron tantas noches seguidas. Fue entonces cuando empezaron a aparecer ovejas degolladas y hubo que sacrificar con tristeza a buenos perros pastores; las gentes murmuraban y meneaban la cabeza mirando al bosque. Venían cuando todo estaba oscuro y dejaban sus huellas brillantes en la nieve, al débil sol del amanecer. Se habló de perros salvajes, abandonados en el bosque por cazadores sin entrañas. Quién podía saberlo, era sólo hablar por hablar. En realidad, las gentes de Cereixo no sabían qué pensar. Todo se lo cargaban a la espalda con ese fatalismo gallego que les ha acompañado siempre como les acompaña su sombra, a ellos y a sus padres y a sus abuelos y a los padres de sus abuelos; eran cosas que pasaban. A pesar de todo se habló seriamente de organizar una batida, de llenar el bosque de fauces de acero y cebos rellenos de estricnina. En esas discusiones estaban todavía en febrero, cuando se fueron las últimas nevadas. Entonces las cosas mejoraron, y los ataques fueron espaciándose hasta desaparecer. Las noches volvieron a ser silenciosas y tranquilas, sin más murmullos que el ulular de las lechuzas y el paso furtivo de la raposa a la luz de la luna; ya no hubo más aullidos desde las colinas de Feira. Quizá la manada había bajado a Portugal, o tal vez alguno del pueblo hubiera hecho algo más que hablar con respecto a los cebos envenenados. Pero no habían encontrado ningún indicio; claro estaba que tampoco los habían buscado. El caso es que la primavera y el verano fueron magníficos en Cereixo, de lo más hermoso que se recordaba. Y las cosechas no le fueron a la zaga, desde luego. La tierra parecía querer dar diez años de su fruto en uno solo, las vacas engordaban, rumiando entre pastizales verdes que parecían no tener fin. Pero no todos olvidaban que tras las praderas está el bosque, y tras el bosque las montañas. Entonces llegó el otoño.

Querido Daniel:

Ya ni siquiera sé si me recuerdas: Soy tu primo Anxo, el del pueblo. Espero que todo te vaya bien. ¿Te acuerdas de tus vacaciones de hace nueve años, aquí en Cereixo? Me dijiste que si se quedaba vacía la casa del Tío Julián no dejara de avisarte: pues bien, ya no está ocupada. La pareja de escoceses chalados que la tenían la han puesto en alquiler para marcharse a Canarias; seguramente esto les recordaba demasiado a su tierra. En fin, que si te interesa llámame por teléfono para que me ponga en contacto con el agente inmobiliario, o dame tu número para que yo se lo dé a él, en fin, lo que

tú veas, si es que todavía te interesa. Los escoceses la alquilan amueblada hasta por meses sueltos, fíjate las ganas que tendrán de irse a la playa.

Chacho, ya no te molesto más, ni siquiera sé si he hecho bien en escribirte después de tanto tiempo, y lo más seguro es que ya ni te acuerdes de mí. En fin, para cualquier cosa que necesites estoy disponible casi todo el día en la Casa Cuartel (el número es el 982 556070). Bueno, es que no te he dicho que soy cabo de la Guardia Civil. Nunca terminé Derecho, ¿sabes? Me aburrían las leyes y esto no está tan mal. También te dejo mi móvil (661 652 711), para cualquier cosa que se te ocurra.

Anda, anímate y vente aunque sólo sea un mesecito, verás qué vacaciones de paisaje verde y aire puro. Y si no puedes o no te apetece pues nada, que aquí estoy yo para servir. Te mando muchos recuerdos. Por lo menos escribe y cuéntame algo de la capital, ¿eh? Bueno, pues como tú veas. Un abrazo muy fuerte de tu primo:

Anxo

¿Y quién es este tío?, se había preguntado Daniel al mirar en el remite una dirección desconocida de la provincia de Lugo. Pero claro, era el primo Anxo, cómo no se había acordado. Volvió a verse a sí mismo entre brumas dando largas caminatas por el bosque celta de Cereixo; aquellos robles inmensos, los abedules blancos e infinitos. Era imposible, Cristina aún no había nacido. *¿Es verdad que todavía hay lobos aquí, primo? ¿Lobos? Claro. Coño que si los hay.* Anxo era ahora poco más que una cara rubicunda y cerca de dos metros de mocetón incansable que arrastraba de Daniel cuando este tenía que sentarse en una piedra para jadear miserablemente, *demasiados ducados, primo, demasiados ducados.* Por entonces estaba preparando oposiciones a algo... «A picoletto, seguramente», pensó Daniel, aunque no le pareció que Anxo estudiara mucho. Bueno, es que estaban de vacaciones, por lo menos él. Anxo apenas había salido del pueblo por aquella época.

La casa del tío Julián: la mansión de madera envuelta en niebla sobre una hondonada en medio del valle, como un árbol viejo y retorcido que brotara de la misma tierra. Enorme y fría, callada como una cripta. Bosques al norte y al sur y al este y al oeste. Árboles y más árboles de hojas grises, hasta que aparecían casi disculpándose los primeros pazos de Cereixo: mejor no perderse por estos parajes. Eran los bosques más salvajes y extensos de la Península, el primo Anxo no paraba de repetirlo y desde luego tenía razón; a su lado, la sierra de Guadarrama parecía un jardín para los niños. Era gracioso acordarse ahora de todo esto, como si nada hubiera cambiado desde entonces. Daniel era un experto en practicar este juego inútil, aunque sabía que las cosas habían cambiado, y mucho. Volvió a desear que Cristina volviera, y otra vez le sorprendió la puerilidad de su deseo: como un niño que quiere sostener la luna entre las manos. Al fin y al cabo; ¿acaso no escribía para los niños? No, él había escrito siempre para Cristina. Qué diablos le habían importado a él los otros

niños, hasta que llegó ella. Qué diablos importó nunca nada, salvo Cristina.

Empezó a llorar. Recordar era malo, recordar era peligroso y él debería de saberlo mejor que nadie. Isabel había llamado al mediodía. Aquello había sido lo opuesto a una conversación, frases hechas y silencios que pesaban como plomo colgando de los cables del teléfono, y que sólo les hacían sentir aún más solos. *¿Estás bien? Bien, ¿y tú? Bien, claro.* Entonces Isabel se había echado a llorar aunque intentara disimularlo y había dicho muy bajito *Hoy hace tres años, hoy hace tres malditos años*, y mientras Daniel intentaba desesperadamente encontrar algo de amor, al menos un poco de consuelo para transmitirle a través de un auricular que, de pronto, le pareció repugnante, como un trozo de carne cruda servida en un plato. Pero no había nada, nada que decir. Hoy hacía tres años, eso era todo. Únicamente quería colgar, mejor aún, que fuera Isabel la que colgara el teléfono y marcharse a beber solo a cualquier sitio. Rodar de bar en bar, dormir después, quizá, si había conseguido beber lo suficiente. *Mi hija, mi hija. ¿Por qué se tuvo que morir mi hija?* Ya basta, ya basta.

Y ahora había vuelto de la calle un poco achispado, lo justo para terminar la jugera en casa. Hubiera preferido el bar, pero le pareció que los camareros le miraban de forma extraña cuando se distraía. Que se fueran a la mierda. Había dos botellas de JB en casa: JB que estás en los cielos, alcoholizado sea tu nombre. Pero antes le dio por abrir el buzón y allí estaba la carta del primo Anxo, el gallego. Los cojones; tenías que escribirme hoy, precisamente hoy que hace tres años. Ni siquiera se dio cuenta de que la carta llevaba ya más de una semana en el buzón. Pero no estaba mal; hasta le hacía gracia que Anxo se hubiese acordado de lo de la casa del tío Julián. Todo esto debió de ocurrir en un tiempo prehistórico, olvidado, antes de que Cristina llegara. Seguramente no sucedió así. Quizá sólo eran falsos recuerdos, implantes, como los que llevaban los androides en las películas de ciencia ficción. Se quedó dormido en el sofá ante una televisión sin volumen y una botella de *whisky*, con la carta del primo gallego colgándole del bolsillo como un pañuelo arrugado, y docenas de muñecos de peluche mirándole fijamente desde las estanterías.

—*¡Vamos, Bolita!* —dijo Nino—. *¡Hemos de correr hacia la granja! El Lobo Tragón se comerá a todos los patitos si no llegamos deprisa.*

La gata Bolita miró a su amigo el ganso y frunció los bigotes, pues se le acababa de ocurrir una gran idea. (Ilustración).

—*Los niños de la escuela nos ayudarán con sus disfraces, Nino. ¡Asustaremos tanto al Lobo Tragón que no querrá volver a salir de su cueva! Pero antes debemos hablar con Quique.*

Los dos amigos corrieron veloces por el bosque: Bolita meneaba la cola, y el ganso Nino batía sus alas para ir más deprisa. Pero de pronto...

—*¡Ay! ¡He caído en una trampa, Nino! Mi patita, me he roto la patita. No podré correr.*

Había una trampa abandonada en el bosque por un cazador bobo que le había pillado la pata a Bolita, que ahora lloraba desconsolada. (Ilustración).

—¿Te has hecho daño, Bolita?

—¡Ay, sí! Me duele mucho la pata. Tendrás que correr tú solo a avisar a Quique, amigo Nino. O mejor aún; ¡vuela! Todos los gansos saben volar.

—¿De verdad? —dijo Nino, no muy convencido—. Bueno, puedo intentarlo.

No, esto no sirve. La gata Bolita era la preferida de Cristina. Que caiga otro en la trampa, quizá el gilipollas del ganso. O no pondré ninguna trampa, mucho mejor así.

Los dos amigos corrieron veloces por el bosque, hasta encontrar a Quique en la escuela: le contaron todo lo que sabían del malvado Lobo Tragón, que pensaba merendarse a todos los patitos de la granja. Quique era muy inteligente, como ya sabéis, pero así y todo se quedó pensando un buen rato.

—Pues tú, Nino, llevarás volando un recado a la granja. ¡No hay tiempo que perder! —dijo Quique.

—Pero yo no sé volar... —contestó tristemente el ganso.

—¡Claro que sabes! Todos los gansos saben volar.

—¿De verdad? —dijo Nino, no muy convencido—. Bueno, puedo intentarlo.

En aquel momento sonó el teléfono sobre la mesa y Daniel se apresuró a descolgarlo. No quería hablar con nadie, pero no pudo soportar aquellos timbrazos martilleándole en la sien, donde desde esta mañana residía una resaca espantosa. Antes de decir nada, ya sabía la pregunta que le esperaba del otro lado del receptor.

—¿Cómo estás, Daniel?

—Hola, Bobby. Bueno, estoy. ¿Pasa algo?

—Qué va, nada. Sólo quería saludarte. ¿Quieres que tomemos un café o algo? Puedo recogerte en tu casa.

—La verdad, no. Te lo agradezco, pero ahora estoy escribiendo.

—Vaya, me alegra oír eso. Por cierto... los de la editorial me dicen que dos meses y ni un solo día más. Yo he intentado convencerles, pero nada; lo quieren lanzar para la campaña de Navidad. No se les quita de la cabeza.

—Yo no sé si estará dentro de dos meses, Bobby.

—Pues más nos vale a los dos que esté, y con las ilustraciones. No sea que aparezca algún tipo con corbata dejándome caer lo del incumplimiento del contrato.

—Será eso. Bueno, voy a seguir con lo mío. Se supone que debo darme prisa.

—¿De verdad estás bien, Daniel?

—No. Ayer hizo tres años. Hasta luego, Bobby.

Colgó y volvió a acomodarse diligente ante sus cuadernos, descubriendo que ya no podía escribir nada; la llamada de Bobby le había cortado la tarde. Qué inoportuno había sido... pero naturalmente no era culpa suya. Se levantó y miró por la ventana: Madrid parecía un cementerio gris y borroso. Pensó en tomar una copa, encendió un cigarrillo. Así que metiendo prisa, ¿eh? Bueno, ya se vería. Y aquel cretino de Bobby que habría tragado con todo lo que le echaran... no, eso no era justo. Roberto era un

buen agente, probablemente mucho mejor que lo que él merecía como escritor. Las aventuras de Quique, el niño detective, y sus amigos la gata Bolita y el ganso Nino habían sido un éxito entre los críos; a esto no era nada ajeno el buen hacer de Roberto Illescas, Bobby para los amigos. Un homenaje al gran Robert (Bobby) Fischer, campeón del mundo de ajedrez; Roberto se volvía loco analizando sus partidas del Campeonato del Mundo contra Spassky en Reykjavik, en el 72. Se las sabía todas de memoria, podía recitarlas jugada a jugada.

Roberto tenía a otros cuatro escritores en cartera, todos ellos bastante más prometedores que Daniel. El último aún no había cumplido los treinta años y ya era finalista del Nadal, por no hablar de las columnas semanales en los periódicos y el programa literario de la 2. La verdad era que redactaba bien, mucho mejor que Daniel, eso nadie podía negárselo. Sólo que no decía absolutamente nada, al igual que la mayoría de los de su generación. *¿Pero y tú? ¿Por qué no hablamos de ti?* De acuerdo, pero hay muy poco que decir. Yo escribo libros para niños. Y no son buenos, eso lo sé mejor que nadie. No entiendo cómo tuvieron éxito. El niño Quique es más repelente que una cucaracha sabihonda, a veces dan ganas de romperle la crisma. Los argumentos son tópicos, las situaciones, absurdas. *¿Cómo no voy a saber todo esto?* Pero a Cristina le gustaban. A mi hija le gustaban. A mi hija, a mi hija. *¿Cuál es la palabra más horrible que conoce?* Eso le preguntaron un día, en una especie de charla literaria con alumnos de un instituto de secundaria. Al principio no supo qué contestar; esto era grave, porque como escritor se le debía de suponer un cierto ingenio. Seguramente al final dijo *guerra* o algo así; eso siempre quedaba bien. Además casi coincidió con el tema de Irak, mejor que mejor. Pero sólo era una asquerosa mentira para salir del paso, para quedar bien. Vaya, qué cosas preguntan estos chavales. La palabra más horrible del mundo es leucemia, niño estúpido. Vete y no preguntes más.

Miró a su alrededor: los peluches de Cristina le miraban con reproche desde sus ojos de plástico. *No pudiste salvarla, no pudiste.* ¿Isabel había llegado a decir eso? Seguramente no, pero lo pensaba, sin duda alguna lo pensaba. Algún día cogería todos esos malditos muñecos y los donaría a Cáritas o algo así. No, mejor los tiraría a la basura. Traían mala suerte.

Isabel no había podido aguantar y se había marchado de casa, quizá para salvar su vida o algo por el estilo, como si las vidas de ambos tuvieran algún sentido después de lo de Cristina. *No podemos enterrarla todos los días, Daniel. Yo te quiero pero ya no puedo más, no puedo más.* Muy bien, adiós. Yo me quedo aquí... ¿para qué? No lo sé. La separación había sido rápida y de mutuo acuerdo. Aún no habían iniciado los trámites del divorcio y seguramente ninguno de los dos lo haría, por simple desgana. A fin de cuentas poco importaba.

Aquella misma noche soñó con el Lobo Tragón. Sólo que ahora no llevaba puesto el

sombrero hongo ni sus tirantes de colores, y tampoco se reía palmeándose las rodillas con sus manos enguantadas. Porque ahora el Lobo Tragón estaba corriendo de noche por un camino solitario, y jadeaba chorreando babas entre chasquidos de dientes asesinos, y Daniel supo que buscaba niños. Buscaba niños para matarlos y luego despedazarlos, y beberse la sangre y triturar los pequeños huesos hasta llegar al tuétano. Y de repente supo que Cristina estaba perdida en medio de aquel bosque, y lloraba asustada llamando a su papá. Pero papá no podía acudir porque no estaba allí sino en el sueño, y aunque gritara, no podía despertarse. Entonces, la Bestia que una vez había sido el pícaro y simpático Lobo Tragón escuchó el llanto de la pequeña y sonrió a Daniel mostrando unos colmillos enormes y afilados, mientras que de su garganta brotaba un aullido ronco: *¡bienvenido a cereixo, hijo de puta!* Después se internó entre los árboles, y desapareció.

El bosque de Feira recibe su nombre de las tradicionales ferias de ganado que se celebraban en sus lindes, en época medieval: por entonces existían muchos más pueblos en la región, hoy día deshabitados y olvidados salvo Cereixo, que también se encamina a una lenta desaparición si el turismo rural o las instituciones no lo remedian. El bosque de Feira es uno de los más extensos y hermosos de toda Galicia, pero no es esa su principal peculiaridad; en realidad se halla casi inexplorado. La mala calidad de las tierras para la agricultura y su relativo aislamiento, rodeado de colinas, no bastan para explicar del todo el desconocimiento que aún hoy día reina sobre él. En realidad, nadie ha querido colonizarlo a fondo: incluso algunos de los lugareños más viejos han llegado a pensar, de un modo vago e impreciso, que el mero hecho de pasar por sus veredas trae mala suerte. Por supuesto, todo ello no son más que supersticiones típicas de la Galicia rural.

Y sin embargo el bosque *es raro*. No tanto por su trágica historia como por otros motivos menos definibles; aunque bien es cierto que durante los primeros años de nuestra era fue escenario de violentísimos combates entre los soldados romanos de la Legión Gémina y las tribus celtas autóctonas. Siglos más tarde, ya en la Edad Media, solía ahorcarse en sus lindes a los bandidos que acechaban de noche a los peregrinos de la ruta jacobea, y más de una hoguera destinada a quemar brujos fue también prendida con madera proveniente de sus numerosísimos arces y abedules. La mayoría de las ejecuciones tenían lugar durante las ferias de ganado, como una parte más de un espectáculo que incluía a juglares, acróbatas, adivinos de todo tipo y exhibiciones de osos encadenados, entre otros entretenimientos. Sin embargo, estas ferias anuales dejaron de celebrarse definitivamente hacia 1450, sin que sepamos con exactitud los motivos de su desaparición.

Pero el bosque no guarda muchos recuerdos de estos sucesos, y los signos de la presencia humana en su interior han ido desapareciendo lentamente tragados por los siglos, o bien se cubren con paciencia de musgo y hojarasca. Mas lo verdaderamente

extraño del bosque consiste en la oscuridad que habitualmente suele reinar sobre él; los gigantescos árboles de hoja caduca son tan abundantes y frondosos que en ocasiones envuelven a muchos de sus parajes en una extraña penumbra eterna, como si allí jamás amaneciera. Además de la neblina siempre presente; una película de color gris sobre todas las cosas que se diría escapada de las ramas y las hojas. Todo ello viste de un aire melancólico y sombrío a un lugar por otra parte hermoso, aunque su belleza podría sugerir en cierto modo la de un cadáver maquillado y cubierto de joyas. Y así aguarda el bosque impenetrable a unos colonizadores que nunca llegan, como lo ha hecho durante miles de años. Basta pasear brevemente entre sus descomunales abedules para darse cuenta de que no ama a los hombres; su naturaleza es indiferente a los sentimientos humanos, y no le interesa en absoluto nuestro pasado o nuestro futuro. Tan sólo sabe que seguirá allí cuando todos nosotros nos hayamos marchado para siempre.

La manada parecía nerviosa; un extraño olor (aunque de algún modo familiar y por eso aún más extraño) flotaba entre los pinos desde los primeros y tímidos rayos de sol. Ojos Grises, el dominante, no podía estarse quieto. Corría en círculos y gruñía enseñando los dientes, presa de un malhumor inexplicable. Una Oreja tuvo la mala suerte de cruzarse en su camino sin agachar suficientemente el hocico: hubo un fugaz relampagueo de colmillos, y al infortunado Una Oreja casi le faltó tiempo para tenderse de espaldas, imitando el suave gemido de los cachorros. El flanco le sangraba aunque la herida no era grave, pues el ataque había sido más aparatoso que real. Ojos Grises olfateó sin interés entre las patas traseras del vencido y continuó dando vueltas por la colina, poseído de un extraño frenesí. Después montó a una de sus hembras y devoró un enorme trozo de la carne del venado encontrado muerto la noche anterior, pero tampoco eso pudo tranquilizarlo.

Había tres machos y cinco hembras en la manada que pasó el verano en las montañas: Ojos Grises guardaba un grato y difuso recuerdo de esta época, de la que ya no recordaba si sucedió hacía tres meses o tres años. Ya había olvidado a la camada que perdió Mancha Roja y también la muerte del joven Imprudente, degollado por las navajas de un jabalí al que no habían podido atrapar. Pero no habían olido a los Dos Patas a lo largo de muchas jornadas, casi más de las que Ojos Grises podía recordar, y eso era algo bueno. Cuando las noches comenzaron a hacerse más largas, Ojos Grises condujo otra vez a la manada hacia las colinas y los valles, descendiendo las montañas. A veces, los vigías descubrían algún Dos Patas merodeando entre los brezos, pero esto no era muy preocupante: la manada siempre tenía tiempo de alejarse antes de ser siquiera detectada. Los Dos Patas eran torpes; no sabían correr, hacían un ruido espantoso que se escuchaba a jornadas de distancia, mientras se desplazaban a su lentísima y extraña manera. Sólo eran temibles por los truenos mortales que podían arrojar a voluntad a través de sus palos: sólo por eso

convenía alejarse de ellos.

Ahora, sin embargo, Ojos Grises no estaba nervioso a causa de los Dos Patas: había otro olor en el bosque que no podía recordar y peor aún, ni siquiera localizar. Una emanación débil pero lejanamente familiar que le llenaba de inquietud y le hacía gruñir sordamente, sin dejar de trotar en círculos cada vez más estrechos. Y al fin, Ojos Grises tomó lo más parecido a una decisión en el transcurso de toda su vida: tras un largo aullido, empezó a galopar a toda velocidad hacia las montañas mientras la manada le seguía de lejos y con esfuerzo, peñas arriba.

El viaje en tren a Lugo también le pareció a Daniel parte de un sueño, un sueño extraño del que no podía o quería despertar. Tuvo mucho tiempo para preguntarse por qué había telefoneado al primo Anxo, por qué se encaminaba ahora a una aldea perdida de Galicia con la intención de pasar un mes en la antigua casa del tío Julián. Posiblemente quería alejarse de sus recuerdos, respirar un aire nuevo. En realidad esta explicación no valía un pimiento, y Daniel lo sabía.

Conforme el tren iba devorando kilómetros hacia el noroeste fue dándose cuenta del sutil cambio en el paisaje: las mesetas desnudas y frías del norte de Castilla daban paso paulatinamente a praderas y bosquesillos verdes tan cuidados como jardines. *Parece el anuncio de una central lechera*, pensó riendo. Su carcajada quizá había sido demasiado estruendosa; la señora del asiento de enfrente se quedó mirándole con curiosidad y le preguntó si estaba bien. Claro que estaba bien; sólo que no había tomado ni una copa en todo el día y se encontraba algo nervioso, sí, quizá. Por supuesto, no era necesario que la amable señora supiera nada de todo esto, así que se limitó a sonreírle con cara de no haber vaciado un vaso en toda su vida. Todo estaba bien.

El primo Anxo le esperaba en la estación:

—Hostia, primo, qué alegría, no has cambiado nada.

—Claro que no, Anxo, nada de nada.

Se fueron a tomar unos vinos a la taberna del Luceiro, aunque Daniel hubiera preferido algo más fuerte.

—Pero déjame a mí esa maleta, hombre, que estarás hecho polvo. ¿Y qué, te casaste?

—Pues no, yo no... En fin, ya sabes, que yo no...

—¡Ay, primo Daniel, que estás hecho un calavera, ja, ja, ja!...

Después fueron al despacho de la agencia inmobiliaria. Daniel estrechó algunas manos sin saber a ciencia cierta a quiénes correspondían. Firmó unos papeles en el espacio donde previamente le indicaron. Escuchó comentarios muy elogiosos sobre la casa y el paisaje agreste que la rodeaba intentando prestar atención, parecer interesado. En qué medida lo consiguió es algo que nunca pudo llegar a saber. Pero debió salirle suficientemente bien; volvió a estrechar manos y a repartir vagas

sonrisas, deseando escapar de allí a toda prisa. Por suerte, al poco rato se encontraban en el Land Rover del primo Anxo, que traqueteaba devorando kilómetros de caminos de tierra hacia Cereixo.

—Ya verás qué casa, primo, es enorme, tú ya la conoces por fuera, pero por dentro te va a encantar.

Desde que salieron de la inmobiliaria, Daniel se hallaba más relajado; ahora casi no se arrepentía de haber venido a este lugar del que sólo conservaba vagos recuerdos pertenecientes a otra era geológica, antes de que ocurriese todo lo bueno y lo malo del mundo.

—Pero tendrá fantasma, ¿no, primo? Es decir, espero no haber alquilado una casa sin fantasma, sería una estafa.

—Claro que lo tiene, hombre. El hijo de puta sale a las doce de la noche y se te mea en la alfombra del salón. Y si no le rezas diez padrenuestros se te caga encima.

Rieron. De algún modo era reconfortante hablar con Anxo, sobre todo después de la sobredosis de conversaciones pedantes y pseudoliterarias que le habían tocado en suerte desde que le editaran el primer libro. Y eso que él sólo escribía para los niños, pero daba igual. De todos modos, siempre le preguntaban qué opinaba sobre James Joyce o Truman Capote, por poner unos ejemplos. Naturalmente, Daniel opinaba que se trataba de unos autores que habían revolucionado la literatura con un ímpetu vigoroso a la conquista de nuevas cimas artísticas que bla, bla, bla. Magníficos, soberbios, fantásticos, esdrújulos. Como Daniel siempre había sido un cobarde y en el fondo lo sabía, nunca tuvo el valor de confesar en público que no podía opinar nada en absoluto sobre Truman Capote, al cual no había leído ni por el forro en toda su literaria vida. En cuanto al Ulises de Joyce, jamás consiguió pasar de la página veinte, al considerar aquello un ladrillo sin remisión. Aunque cierto era que una vez había utilizado el primer tomo para equilibrar un sillón cojo, en su piso de Madrid.

Pero había algo mucho mejor en la conversación de Anxo: él no preguntaría nunca nada que no debiera de preguntar. La mente de su primo estaba de algún modo inmaculada con respecto a Daniel: por ejemplo, Anxo nada sabía de Cristina y eso era bueno. De hecho Anxo preguntaba muy poco, y las pocas veces que lo hacía parecía contentarse con respuestas vagas que examinadas en limpio no decían absolutamente nada. En eso era muy gallego. A Daniel le gustaba imaginar que su primo lo veía exactamente igual que en aquel verano de hace nueve años, como si él hubiese pasado todo ese tiempo envuelto en plástico transparente, al igual que esos vasos desechables de los hoteles. Y de repente... ¡ale hop! Un mago se había llevado en su chistera los últimos nueve años. No había pasado ni un día, ni un solo día.

—Mañana o pasado te llevo a ver los dólmenes de Aguas Santas, verás qué buena caminata.

—Vale. Oye, ¿puedes parar aquí un momento?

—Claro. Pero creí que querías ver la casa enseguida.

—Sólo será un momento.

La plaza mayor de Cereixo parecía difuminada a la luz de un atardecer gris. Se detuvo un instante al bajar del coche y paseó la vista por las casas de piedra, con nidos de vencejos en los tejados; aquí parecía vivirse aún en 1800, a pesar del Land Rover y la cabina telefónica instalada justo enfrente de la tienda de ultramarinos. Sí, allí había más coches aparcados, uno de ellos con una pegatina en la ventanilla del Deportivo de La Coruña, «Aúpa Depor». Y a pesar de todo, aquel pueblecito parecía salido de la Edad Media, o de algún cuento infantil de princesas y brujas. ¿1800, había dicho? Se había quedado muy corto. Sonrió mientras ambos paseaban admirando la fachada románica de la iglesia, como dos auténticos turistas. Anxo saludaba a todo el mundo, ancianos en su mayoría: *este es mi primo Daniel, un escritor de la capital. ¿De Lugo? No, de Madrid.* Al escuchar esto, los más viejos se quedaban mirando a Daniel como si hubiesen visto un fantasma, encantados en realidad con tan exótica visita. *Así que usted escribe*, le espetó una mujerona rubicunda con un pañuelo negro anudado a la cabeza. *Pues sí. ¿Y qué escribe? Bueno, cuentos para los niños. Ah, libros*, dijo la mujer con un más que evidente desencanto. Todavía habló unos momentos con Anxo en gallego, pero ya había perdido todo el interés por el viajero madrileño.

—¿Y qué se supone que debo escribir?

—Pues revistas y telenovelas, primo. ¿Qué otra cosa si no?

Rieron ambos mientras se encaminaban a la Taberna La Alegría, Casa Fundada en 1921, el único bar del pueblo. Allí hubo más apretones de manos, y decenas de cortesías variantes de *se va usted a aburrir mucho en Cereixo, pero es un pueblo muy tranquilo, muy bonito, le gustará*. Incluso unos pocos aún le recordaban de su primer viaje, hacía nueve años. Por su parte, Daniel no dejaba de preguntarse dónde estaba la gente joven, y en un respiro se lo preguntó a su primo.

—Pues dónde van a estar. La mayoría coge el coche de los padres y se va a Lugo. Y si no hay un duro pues a la Cuesta de los Acebos, para echar unos polvos. No querrás que se queden aquí aburriéndose. ¡Santiago, rapaciño, dos vinitos blancos!

De un equipo de música oculto tras la barra sonaba a media voz una hermosa canción de Luar Na Lubre. Daniel tarareó para sí: *Somos parte de esta Terra / porque Terra somos nos*. Los primos se habían acomodado en una mesa del rincón, al lado de una ventana desde donde se vislumbraban las lejanas colinas nubladas, semejantes a una hilera de dientes afilados. El paisaje era en verdad hermoso, aunque inquietante; nadie sabía qué podía emerger de aquellos mares de bruma desde el mismo corazón de las montañas. Daniel descubrió que le costaba seguir la conversación de su primo, absorto en la contemplación de aquellas soledades.

—Es magnífico, ¿verdad? —decía Anxo—. Aquel es el pico de Os Mouros. Y la cintura verde que lo rodea, que podrías ver mejor si no hubiera tanta niebla, es el bosque de Feira; el lugar más agreste del mundo. Nadie lo ha explorado nunca del todo, que yo sepa. Aunque no me extraña...

De pronto hubo un silencio brevísimo, de esos en los que siempre pensamos

automáticamente que ha pasado un ángel. Todas las conversaciones de la taberna enmudecieron a la vez para reanudarse un segundo más tarde; en ese instante fugaz se habría escuchado hasta el batir de alas de una mosca. Pero aquello sólo duró un momento, naturalmente. Daniel tardó un poco más de tiempo en percatarse de la figura que esperaba a la espalda de su primo.

El hombre parecía viejo y arrugado, pero permanecía en pie tan erguido como si su espinazo fuese una barra de acero. Los ojos grises —clavados en Daniel— no demostraban ninguna emoción, ni tan siquiera curiosidad o interés. El viajero podía verse reflejado en ellos como en un espejo, sin que ningún movimiento alterase la estructura de aquellas cuadradas facciones de piedra. *Esto es la Galicia Profunda, algo que nunca han enseñado en los reportajes de la tele*, pensó intentando sonreír. Pero la sonrisa no llegó a nacer, aplastada por aquella mirada fría y remota.

—Primo, creo que hay alguien que quiere hablar contigo.

Anxo se volvió e inclinó la cabeza ligeramente. Podía ser un saludo, o podía no serlo. En todo caso el hombre no contestó, ni tan siquiera movió un músculo. Allí seguía en pie, tieso como una escoba, la mirada fija en Daniel con una insistencia difícil de explicar y casi insoportable. Anxo se volvió hacia su primo con una sonrisa de disculpa.

—Anda, vámonos a otra mesa.

—¿Pero por qué? Estamos bien aquí.

—Ya te lo explico luego. Venga, vámonos a esa del fondo. ¿O prefieres la de la esquina?

Se levantaron con sus vinos y se acomodaron cerca de la barra. Los parroquianos charlaban de sus asuntos en voz baja y ceremoniosa o jugaban con parsimonia al dominó, pero Daniel intuía vagamente que no se habían perdido ni una coma de toda la escena, bastante intrascendente por lo demás. El hombre esperó un poco, en pie, antes de ocupar la mesa abandonada sentándose en el lugar de Daniel, observando el paisaje a través de la ventana exactamente igual que había hecho este. Santiago llegó en aquel momento con una botella de ginebra medio llena y un vaso en una bandeja. Sin mediar palabra, los dejó sobre la mesa y recogió el billete arrugado que el hombre había puesto ante sí. Las miradas de ambos no se cruzaron ni un solo instante.

—Bueno, pues ya conoces al Coronel.

—¿De verdad es un coronel? ¿Y por qué le hemos dejado el sitio? Había un montón de mesas libres.

—Tendrás que comprender un poco las manías de Cereixo, primo, si es que vas a quedarte aquí una temporada. En cuanto al Coronel, nadie sabe quién es. Apareció de repente hace algún tiempo, compró la casa de Monteagudo y allá vive desde hace un año o año y medio, eso suponemos. Naturalmente que lo de «coronel» no es más que un simple apodo. En realidad nadie sabe quién es: yo mismo intenté algunas discretas averiguaciones en su día, sin sacar nada en limpio. Le llamamos de este modo como una broma, por lo tieso que va siempre el tío. Y tendrías que oírle hablar, primo, y eso

que habla bien poquito, por no decir nada. No sé quién es ni de dónde viene, pero está acostumbrado a dar órdenes.

Daniel, esto no es Madrid ni nada que se le parezca. Este es un pueblo pequeño y perdido en mitad de los bosques, chismoso, tranquilo, supersticioso, sobre todo aburrido. Nadie quiere que este aburrimiento desaparezca. Estamos bien como estamos, dejando en paz a nuestros vecinos al mismo tiempo que procuramos averiguar prudentemente cada minúsculo detalle de sus vidas, mejor aún si se trata de un detalle sórdido. Pero nadie ha sabido nunca nada a ciencia cierta sobre el Coronel. Llegó un día y se quedó para siempre, no sabemos por qué. Todo son conjeturas y suposiciones. ¿Puede haber algo mejor para entretener a unos lugareños aburridos? El Coronel forma ya parte del paisaje, tanto como la fachada del ayuntamiento o el pino centenario de Barcallón. A nadie molesta y a todos da que hablar. Francamente, no sé qué sería de este pueblo sin él.

Te habrá llamado la atención el detalle de la mesa; bueno, no tiene ninguna importancia. Si nosotros no nos hubiésemos marchado, él habría esperado unos minutos en pie, como una estatua. Y luego se habría largado sin más. Porque esa es *su mesa*, y no se sienta a ninguna otra. Quizá la razón consiste en que ese es el único lugar de la taberna desde el que se pueden admirar las montañas, aunque seguramente esta es una suposición demasiado romántica. Lo más probable es que se trate de simples rutinas de alcohólico. Que más da... en todo caso, yo no tengo el menor interés en hacer que se marche de la taberna. Él paga sus cuentas y no causa problemas. ¿Qué me importa a mí cambiar de mesa, si el hombre tiene ese capricho?

Santiago se había acercado con un plato de pulpitos al ajillo y una botella de Ribeiro. Daniel buscó la billetera en un gesto casi reflejo, pero el camarero le detuvo con un ademán.

—¿Entonces es usted sobrino de Don Julián?

La pregunta tomó por sorpresa a Daniel, que empezó a sentirse nervioso sin saber por qué.

—Sobrino nieto, en realidad. Aunque nunca llegué a conocerle, murió mucho antes de que yo naciera.

—Mejor así. Creo que es usted una buena persona y a mí en eso nadie me engaña. Pero el señor Don Julián, que en paz descansa, era un hijo de mala madre. Y perdonen ustedes si he faltado, pero es que si no lo digo reviento. Ahora tómense un aperitivo por cuenta de la casa.

Alguien pidió más cerveza y Santiago se marchó con su bandeja vacía dejando al escritor asombrado y confuso, mientras Anxo se reía suavemente.

—Bienvenido a Cereixo, primo. Bienvenido.

La casa del tío Julián se elevaba entre las faldas de la colina como una montaña oscura, dormida entre dos valles: a medida que ascendían por el sendero flanqueado

de brezos, los amables pinos y alerces de Cereixo iban desapareciendo para ser sustituidos por orgullosos robles y abedules altos, blancos como la leche. La vegetación era cada vez más espesa, y el suelo aparecía alfombrado en una interminable maraña de hojas rojizas y pardas que crujían al pisarlas como si se quejasen, despertadas de algún vago ensueño. Era el típico paisaje de otoño melancólico y gris, salido tal vez de la imaginación de algún poeta romántico. Esto era ahora, claro, a las dos del mediodía. Todo aparecía bucólico y evocador: Daniel supo que a partir de las seis de la tarde no se vería allí prácticamente nada, ni siquiera al resplandor de la luna llena. Entonces sí que sería aterrador perderse en este lugar.

Anxo se despidió en el umbral. *Mañana estoy todo el día de servicio, primo. Así que te veo pasado mañana, te recojo temprano. Vete haciendo a la casa y date una vuelta, escribe un poco. Para cualquier cosa ya sabes, llámame a la Casa Cuartel o mejor al móvil. ¡Y cuidado con el fantasma!* Se rieron ambos, aunque Daniel sentía de repente un vago temor a quedarse solo en aquella enorme mansión rodeada de un bosque inexplorado. Súbitamente, echó de menos las luces y los ruidos enloquecedores de Madrid. Seguramente no dormiría bien esta noche; aquí no se oía nada, absolutamente nada. Claro que no iba a quedar como un idiota delante del primo Anxo, y menos aún el primer día. Necesitaba otra copa, eso estaba claro. Pero procuró reírse bastante con el chiste; un fantasma, claro, qué gracioso. Y así fue como subió las escaleras de la entrada arrastrando sus maletas como un caracol, deseando poner una puerta cerrada entre él y el bosque desconocido, mientras se arrepentía una vez más de haber llegado huyendo de sus recuerdos a un mundo que no conocía y que jamás llegaría a comprender.

La casa tenía espejos por todas partes: esto era algo incomprendible para Daniel, a menos que alguien hubiese querido aumentar sus ya enormes dimensiones mediante extraños efectos ópticos que de algún modo conseguían su propósito; las habitaciones parecían multiplicarse hasta el infinito. Todo se hallaba impecablemente limpio, pero no había ni rastro de los antiguos inquilinos... ¿escoceses? Sí, escoceses, había dicho Anxo. Las paredes aparecían desnudas, los pasillos no tenían fin. Vio un dormitorio austero y blanco como la celda de un ermitaño. Ningún crucifijo colgado de la pared, ni tan siquiera cuadros. Muebles viejísimos y más espejos por todas partes, y pare usted de contar. Daniel sacó unas sábanas de su maleta e hizo la cama en lo que parecía el dormitorio principal. También sacó el *whisky* y echó un par de tragos directamente de la botella; al momento se sintió algo mejor. Bajó al cuarto de calderas y encendió la calefacción, tal y como le había explicado Anxo.

La casa tenía dos plantas y un sótano donde latía el olor a vejez bajo la humedad; estaba completamente vacío, salvo por la presencia de un armario cerrado con llave. Daniel no podía imaginar para qué había podido servir el sótano en su día, ni qué secretos escondía el armario cerrado: supuso que sólo sería algo tan prosaico como

algunas viejas prendas de vestir con olor a naftalina. Los demás armarios de la casa estaban vacíos, y Daniel acomodó su ropa lo mejor que pudo sobre perchas de madera. La cocina de fogones, grande y blanca: *Limpia como una patena*, pensó Daniel, aunque jamás había llegado a averiguar en toda su vida qué diablos podía ser una patena. Pero desde luego que los escoceses se habían portado bastante bien con el tema de la higiene. Cuartos de baño impecables, aunque bastante mal iluminados. Pero lo que más llamaba la atención era el salón lleno de cabezas disecadas de animales: venados de imponentes cuernas, jabalíes, muflones... El tío Julián —o quienquiera que fuese el que habitó la casa después— debió ser un gran cazador. Aunque la única decoración de la vivienda no dejaba de ser macabra, y Daniel tuvo la impresión de que los ojos de vidrio abiertos en una grotesca imitación de vida le seguían a todas partes.

Se sentó en una mecedora y bebió otro sorbo de *whisky*, esta vez en un vaso de la cocina. Lo necesitaba para explorar la planta de arriba, aunque quizá lo dejara para mañana, llegó a pensar. Pero al fin se obligó a subir las escaleras y abrir una por una todas las puertas, que se quejaban entre chirridos de su presencia. Encontró más dormitorios, tan austeros e inexpresivos como los de abajo, como si los hubieran fabricado en serie. O más bien como si alguien hubiese borrado meticulosamente toda huella de sus antiguos inquilinos. Otros dos cuartos de baño y algo que parecía un desván, en el que no se atrevió a entrar sin una linterna. Seguramente la bombilla se habría fundido. Bueno, no importaba. Mañana la cambiaría.

El *whisky* le había puesto de buen humor, y el hecho de haber completado una semiexploración de la casa le llenaba de una satisfacción absurda, como un entomólogo que hubiese descubierto una nueva especie de mariposa o algo por el estilo. Precisamente, esta sensación le indicó que no debería beber más hasta la noche. Ahora se encontraba en un estado agradable, al que una nueva copa colocaría en la casilla de salida de la borrachera. Era mejor no llevar las cosas más adelante: se prometió no beber al menos hasta las diez de la noche. Lo haría por Cristina. Sí, por Cristina.

Pero tu hija está muerta, dijo una voccecita a la que odiaba, y que parecía salir de algún rincón particularmente podrido de su mente. *Está muerta, ¿recuerdas? ¿Recuerdas las carreras enloquecidas al hospital, los especialistas de batas blancas y las sesiones de quimioterapia, su hermoso pelo rubio desapareciendo y desapareciendo a puñados? ¿Recuerdas el gorrito azul? Pobrecilla, le daba vergüenza quedarse calva y eso que ya no iba ni a la escuela. Y cómo sufrió, Daniel, los últimos meses fueron un auténtico tormento, le dolía todo el cuerpo como si la quemasen viva, los calmantes no servían de nada. Bueno, a veces conseguían mantenerla en coma como un vegetal, eso hay que admitirlo. En esos breves intervalos los médicos dijeron que no sufría. ¿Pero cómo puedes estar seguro, Daniel? ¿Y si yo te dijera que enloquecía de dolor sin poder ni tan siquiera gritar? Mírame a la cara, Daniel, ten cojones de una puta vez. Mi nombre es Leucemia, yo*

maté a tu hija. La maté por placer, ella no me había hecho nada, era un ser inocente. ¿Y cómo podría no serlo, si tenía sólo cinco años? Me divertí mucho, sabes, es terrible cómo me aburro a veces. ¿Quieres joderme, Daniel? No puedes joderme. ¿Y a qué coño has venido a este pueblucho de mierda, a olvidarla a ella o a olvidarme a mí? Ni lo sueñes, amigo, a ninguna de las dos. Pero voy a ser buena contigo, Daniel, lo pasado pasado está, pelillos a la mar, ¿no te parece? Mira, te presento a mi buen amigo Jack Daniel's, o Ballantine's, o Four Roses, ya no me acuerdo cómo se llama. Bebe Daniel, bebe y olvida. Bebe hasta que revientes y sólo entonces te librarás de mí, te lo prometo. ¿Qué pasa, aún no quieres beber? ¿Tendré que recordarte entonces las noches en vela, los médicos que desviaban la mirada al hablarte, las peleas constantes con Isabel? Os tirabais a la niña el uno al otro como un arma arrojadiza, ya empezabais a odiaros. Pero delante de Cristina había que fingir que todo iba bien, mi mamá y mi papá que tanto se quieren. Era bastante patético, de verdad. ¿Qué te crees, que la niña no se daba cuenta? Lo vuestro nunca fue el teatro, Daniel. ¿Todavía no bebes, jodido cabrón? Entonces tendré que hablarte de la amable enfermera, no me dejas otra alternativa. Porque yo soy el Lobo Tragón y también soy Leucemia, tu vieja amiga.

Daniel apretaba la manita de Cristina con una gran sonrisa en la cara: el gato de peluche había encantado a la niña. «Pero no es un gato, mi vida, es una gatita. ¿Sabes cómo se llama?». *Hola, Cristina, hola, me llamo Bolita*, dijo agitando el peluche. La chiquilla rió, e incluso Isabel consiguió esbozar una sonrisa sentada al lado de la cama, en aquella habitación de hospital espantosamente blanca. Por un momento existió entre los tres un halo de luz tenue que prometía durar siempre. Pero sólo duró un instante leve como aire, una vez más. Porque Cristina se había puesto muy seria de repente, y le había preguntado a papá si en el Cielo tendría pelo. Daniel empezó a temblar: *Pero tú no vas a ir al Cielo en mucho tiempo, cariño, estarás bien pronto, muy pronto*. ¿Pero estaba seguro papá? Cristina no lo sabía, porque la amable enfermera del pelo blanco le había dicho que en el Cielo podría jugar con otros niños y peinarse unas largas trenzas rubias, y sería feliz hasta que llegasen papá y mamá, y ella les estaría esperando allá arriba. De repente Daniel comenzó a verlo todo rojo, como si le hubiesen puesto unas de esas gafas de celofán de los cines. *Papá tiene gana de hacer pis, nena, vengo enseguida, juega con mamá y Bolita*. Isabel debió darse cuenta de algo en el último momento, justo cuando Daniel salía de la habitación; intentó agarrarlo por el brazo, pero ya era demasiado tarde. Daniel abrió un par de puertas en el pasillo hasta que vio a la amable enfermera del pelo blanco. ¿Blanco? No, era rojo. Todo era rojo, rojo, rojo. Alguien le dijo que no podía pasar, la enfermera le sonrió iniciando una frase que jamás llegaría a terminar cuando el puño de Daniel le rompió la mandíbula. Alguien gritó, la amable enfermera cayó al suelo como un fardo, echando sangre por la boca. Vinieron los celadores, se lo llevaron de

allí. Él se dejó hacer, poseído de una extraña calma. Lo último que recuerda de aquella mañana es una aguja penetrando a través de su antebrazo, mientras los ojos de Isabel lo miraban con una indiferencia que era aún peor que el odio. Aquella noche agarró su primera gran borrachera, precisamente él, que sólo bebía un vasito de vino tinto en las comidas. Sólo aquella noche acertó a comprender, sin la menor sombra de duda, que Cristina se moría.

La amable enfermera estuvo muchos meses de baja, varios más de los que duró la vida de su hija. Hubo denuncias cruzadas que nunca llegaron a nada, en buena medida gracias a los esfuerzos de la dirección del hospital. Convencieron a Daniel de que firmara una nota de disculpa para la enfermera. Daniel asintió, y escribió en mayúsculas en un papel: te debería haber matado, hija de puta, para que ardieras en el infierno, firmando debajo. Un anestésista bastante hábil y piadoso redactó más tarde la siguiente nota, con el visto bueno de Isabel y del director del hospital: *Le presento mis disculpas y lamento mucho lo que sucedió. Le ruego que me perdone*, terminando el mensaje con una conseguida imitación de la firma de Daniel, el cual, naturalmente, jamás llegó a saber nada de las humildes y falsas disculpas. Sólo entonces accedió la enfermera a retirar la denuncia por agresión. Pero esto importaba ahora poco a Daniel, que ya sólo podía recordar aquella caja blanca, tan pequeña, en la que se habían llevado a Cristina.

Aquella noche, Mauro Regueiro se encontraba de excelente humor: al término del primer tiempo el Depor ganaba dos a cero al Real Madrid en el Bernabéu, con goles de Diego Tristán y *El Rifle* Pandiani. El segundo había sido la leche: un cañonazo desde treinta metros que había entrado como un obús por la escuadra derecha de la portería blanca; Casillas sólo había podido hacer la estatua. *Ahora hay que defender y contraatacar, defender y contraatacar, carallo*. Se tomó otra copa de orujo (ya no recordaba cuántas llevaba en la cuenta), y desconectó el volumen del televisor mientras duraban los anuncios. Sólo entonces escuchó los aullidos lastimeros desde fuera de la casa.

—Cacho, ¿qué cojones te pasa, perro tonto?

Querría entrar. Ya habría cagado lo suficiente, y ahora querría estar un ratito en la estufa con el amo, antes de pasar la noche en su caseta vigilando el establo. *Ay, Dios, este perro mío está cada vez más viejo y más chocho*. Entonces se escuchó otro aullido más largo y patético aún que el primero, y Mauro descubrió súbitamente que aquello no era normal, que no tenía nada de normal. Sintió cómo la piel se le erizaba de repente, mientras un negro presentimiento empezaba a crecer en su interior como una planta venenosa: se levantó y cogió el rifle de caza de la estantería. Estaba cargado.

—Cachito, meniño, qué te ha pasado. Espera que voy.

Probó la linterna, deseando en lo más profundo de sí mismo que no funcionase.

Eso le daría una aceptable excusa para atrancar la puerta y no salir de casa hasta la mañana. Pero afuera estaba Cacho, y la linterna funcionaba perfectamente. *Una trampa, el muy idiota ha pisado un cepo para lobos, ay, Dios.* Al mismo tiempo sabía que no era así: Cacho nunca hubiera llorado de este modo, ni siquiera con la pata destrozada por unas mandíbulas de acero. Y sin embargo estaba seguro de que era su mastín el que aullaba. Mauro lo había recogido cuando no era más que un cachorrito y lo reconocería entre mil.

Abrió la puerta y se detuvo un momento. La linterna en la mano izquierda, el rifle montado en la derecha. Esperaba algo sin saber qué, sin desear tampoco que nada sucediera. Nada, excepto que Cachito llegase corriendo y meneando el rabo y entrara como una exhalación en la casa, para llenar de barro y de pelo todos los sillones. *Joder, te prepararé una pierna de cordero. Y después un chuletón de buey, si es que todavía te queda estómago. Vamos, ven, Cachito, ven.*

—¡Cacho! —llamó en voz alta.

Nada se oía, y de algún modo el silencio resultaba aún peor que aquellos gemidos que ya habían estropeado irremediablemente una noche feliz. Entonces su mirada tropezó con el establo, fantasmalmente iluminado bajo la luna llena. Y sin embargo estaba oscuro: alguien había apagado o roto la bombilla de la puerta, si es que no se había fundido sola. Pero no, no se había fundido sola. Sólo dudó un momento más antes de lanzarse corriendo por el sendero bamboleando el rifle y la linterna, dibujando caóticas ráfagas de luz que simplemente conseguían oscurecer aún más la noche a su alrededor. *Cobras e sapos, bruxas e ratos, lobos e meigas, fora de miñas veigas,* así iba repitiendo la vieja cancioncilla entre dientes, sin darse apenas cuenta de lo que decía. Fue entonces cuando encontró al perro.

—Ay, Dios mío, Cachito, Dios mío.

Aún gemía mirándolo tristemente desde sus ojos entrecerrados el bueno de Cacho, con las tripas fuera, despanzurrado. *Ay, quién te ha hecho esto, cabrones, cabrones.* La sangre parecía agua sucia a la pálida luz de la luna, mientras el amasijo informe de vísceras iba deslizándose lentamente sobre la hierba, como si algo monstruoso le empujara desde dentro a través de la herida. Tragándose las lágrimas, Mauro apoyó con infinita delicadeza el doble cañón del arma sobre la fiel cabeza peluda.

—No pasa nada, Cachito. Tranquilo, tranquilo.

Disparó. Después apartó la vista del mastín y metió otros dos cartuchos en el rifle, sin poder contener ya los sollozos. No quería volver a mirarlo, le bastaba con saber que su perro ya no sufría. *Dios, lo han hecho pedazos.* Caminó como un sonámbulo hacia la puerta del establo: estaba rota. No era que la cerradura hubiese sido forzada; curiosamente permanecía en su sitio tan bien instalada como el primer día. Era la misma puerta lo que habían destrozado: alguien o algo había pasado *a través* de la madera, dejando como única huella un enorme agujero y un montón de tablas astilladas en ángulos imposibles.

—Salid, cabrones, que os estoy esperando.

El silencio de la noche como única respuesta no era un buen augurio, pero la ira de Mauro superaba ya a cualquier razonamiento. Tuvo que encontrar sus llaves para poder abrir una puerta destrozada y esto le enfureció aún más: un olor acre y persistente, como el de la jaula de fieras de un zoológico, le asaltó al entrar como una llamarada. Mantenía el rifle en alto, buscando ansiosamente un blanco que ni tan siquiera podía imaginar. Y mientras, su mano izquierda tanteaba frenéticamente la pared en busca del interruptor, extrañamente húmedo y pegajoso. Un segundo antes de que los tubos fluorescentes parpadearan inundándolo todo de luz blanca, Mauro supo que su mano estaba cubierta de sangre.

Las ovejas habían muerto. Varias de ellas aparecían degolladas o incluso decapitadas, pero la mayoría no presentaba ninguna herida. Habían muerto de miedo, sencillamente. Dos o tres aún agonizaban en los rincones, agitando espasmódicamente las patas. Mauro no tuvo estómago para rematarlas y salió del establo tambaleándose, repitiendo que todo aquello no podía pasarle a él, precisamente a él. Entonces vio la forma oscura que se alejaba a cuatro patas a través de los primeros castaños, cerca del camino.

No pensó en nada. Si hubiese podido pensar, se habría dado cuenta de que aquello era demasiado grande para ser un lobo, o incluso un hombre. Podría haberse tratado de un oso, en el caso de que allá hubieran vivido osos alguna vez. Si hubiese pensado no habría disparado, y habría podido vivir para ver el día siguiente. Pero para su desgracia Mauro no pensó en nada, ni siquiera en osos, al echarse al rifle a la cara y disparar los dos cañones a la vez. Aquella cosa se encogió en un gruñido sordo y por un momento se quedó inmóvil. Durante una fracción de segundo, Mauro llegó incluso a creer que le había matado, y una desbordante sensación de triunfo le recorrió las venas como si fuera vino. Pero la criatura se alzó entonces sobre sus patas traseras y cambió su rumbo en dirección al establo, a una velocidad imposible de creer. Entonces Mauro supo que el muerto era él. No tuvo tiempo de volver a cargar el rifle.

Retrocedió un paso, como si eso fuera a servirle de algo. Llegó a ver a la luz de la luna las fauces brillantes que se acercaban, el hocico húmedo y rojo de sangre de oveja, los diminutos ojillos rabiosos. Lobishome, se dijo sin poder creerlo. Aquello no podía ser cierto. Sólo eran antiguas leyendas, historias que contaban las viejas para asustar a los críos. Ni siquiera tuvo tiempo de sentir miedo: una garra afilada le seccionó la garganta antes de que llegara a creer en todas aquellas tonterías supersticiosas. El rifle cayó al suelo como un palo inútil, mientras aquellas enormes fauces se cerraban como tenazas en torno a su muñeca: una mano saltó al aire arrancada del brazo agitándose como si se despidiera, pero Mauro ya no llegó a verla. Dentro de la casa, en la televisión conectada y sin volumen, los jugadores del Deportivo de la Coruña se felicitaban abrazándose: Diego Tristán había marcado un tercer gol al Madrid desde la frontal del área pequeña, el guardameta blanco

abroncaba en perfecto silencio a sus defensas. También fuera todo estaba ahora silencioso y oscuro salvo el débil resplandor de una luna rojiza, escondida tras las nubes.

Daniel despertó cerca de las once de la mañana sintiéndose tranquilo y optimista, una sensación que prácticamente había olvidado desde hacía años. La noche anterior había tardado en dormirse intimidado por la silenciosa presencia de la casa, como si se hallase dentro de las tripas de un dragón. Hacia las dos de la mañana (debían de ser las dos, según las manecillas fluorescentes del reloj) le había parecido escuchar lejanos ecos de aullidos que el viento traía desde el bosque. Pero quizá era el murmullo de los sauces, o algún sueño difuso que no le dejó ningún otro recuerdo. Pensó en levantarse y tomar una copa, pero recordó entonces que había estrellado la botella contra el suelo del salón, durante un súbito ataque de ira del que ya no recordaba el motivo. Así que no le quedaba *whisky*. Fue al cuarto de baño y bebió tres vasos de agua, uno detrás de otro. Fumó un cigarrillo sentado en la taza y tomó otros dos vasos de agua; nunca había sentido tanta sed. Volvió a meterse en la cama preparándose para soportar una larga noche en vela, y se quedó dormido de inmediato.

Sonó que los tres paseaban por un inmenso prado verde salpicado de margaritas y tréboles, mientras escuchaban los dulces trinos de los pájaros en las ramas de los árboles. El solitario nogal de la colina hallábase cubierto de diminutas flores blancas y amarillas que caían desde las nubes para vestirlo de oro y plata: aquí llovían flores del cielo, pensó Daniel maravillado. Los tres caminaban despacio, contentos de la simple caricia del viento en sus mejillas sin que a nadie se le ocurriera pensar en el futuro o en el pasado: en este lugar el tiempo no existía y ellos tres eran felices; Daniel, Cristina y la Mujer del Sueño.

La Mujer del Sueño no tenía cara. Mejor dicho, su rostro era tan luminoso que resultaba imposible contemplarlo más de un momento, como si uno mirase directamente en dirección al sol. Eso no importaba; se trataba de una vieja amiga a la que no había visto en mucho tiempo, y el reencuentro era grato. La Mujer del Sueño cogía de la mano a Cristina, que ahora tenía ocho años. Daniel caminaba junto a ellas en silencio, sin preguntarse cómo sabía que Cristina tenía ocho años, sin preguntarse nada en absoluto. Pues estaba contento y sereno, porque esta era la vida real y le gustaba: todo lo demás no era más que una parodia, una caricatura patética llena de miseria y de dolor. No era real, no lo era en absoluto. Y supo entonces que no quería separarse jamás de Cristina y de la Mujer del Sueño, que nunca saldría por su voluntad de aquel prado verde y soleado. Entonces despertó, y antes de que la amargura pudiera desgarrarle las entrañas, recordó las últimas palabras de Cristina desde un sueño que ya se desvanecía: *Papá, te quiero. Pronto volverás conmigo al Valle de Miel.*

El Valle de Miel. Recostado aún en la cama recordó al hámster de Cristina, el señor Plimplám. Había sido un regalo del tío Emilio, uno de los hermanos de Isabel, ejecutivo en una compañía telefónica y un imbécil vanidoso por lo demás. Pero aquella vez el tío Emilio había acertado de lleno sin que ello sirviera de precedente: el hámster había encantado a Cristina, a la que quedaba ya aproximadamente un año de vida. Ella se encargaba de cuidarlo con auténtico esmero, sin que la supervisión discreta que ejercía Daniel resultase necesaria. Pero el animalito sólo vivió unos meses; los roedores viven muy poco tiempo, como algunos niños. El caso es que Cristina lloró desconsolada el día que el ratoncito murió, hasta que su papá le aseguró que el señor Plimplám ya estaba en el Valle de Miel. El país del Valle de Miel se hallaba muy lejos, un poco más allá de las estrellas. Allá hacía sol y buen tiempo siete días a la semana, y llovían flores blancas y amarillas, y las mazorcas de maíz que tanto gustaban al señor Plimplám crecían por todas partes, hasta en las ramas de los árboles. La idea ni siquiera era de Daniel (la había leído en algún libro, no recordaba en cuál), pero funcionó a las mil maravillas: Cristina no dejó de sentir tristeza por su pequeño amigo roedor, pero de algún modo quedó tranquila y consolada. Así se hallaba ahora Daniel, tras despertar de un sueño que extrañamente no le había partido el alma en pedazos, no esta vez. El recuerdo era hermoso y tierno, le hacía posible soportar el dolor serenamente, en calma, como si alguna vieja herida hubiese sido lavada y estuviese curando al fin.

Tomó una ducha, se cambió de ropa y salió a dar un paseo. El sombrío bosque otoñal de las afueras de Cereixo le recibió como a un viejo amigo, o al menos eso le pareció a él. Anduvo un buen rato hasta bajar al riachuelo, donde los sauces mecían sus ramas en la corriente. No lejos de allí se encontraban unas viejas ruinas romanas, probablemente los restos de un templo consagrado al dios Nodens, según había asegurado Anxo el día anterior con aires de entendido. Se propuso encontrarlas y siguió caminando entre los cañaverales, llenándose las botas de barro. El sol ahuyentaba poco a poco a la neblina, que sin embargo aún resistía en pequeñas nubes a ras de tierra, o envolviendo como una cortina gris a viejos robles retorcidos y nudosos. Daniel sorteó con precaución unos enormes peñascos cubiertos de musgo, y salió finalmente a un estrecho sendero atravesado de maleza y arbustos trepadores. A ambos lados se alzaban como columnas olmos y abedules, cada vez más altos y frondosos. Sus ramas, inclinadas hacia el camino, construían una grandiosa cúpula de hojas verdes y pardas que cubrían el cielo casi por completo. Fuera tal vez brillaría el sol, pero aquí parecía vivirse eternamente en un extraño crepúsculo hecho de penumbra. Vio varios corros de setas en círculos concéntricos, bajo las ramas de un gigantesco castaño. Las setas eran preciosas, de grandes caperuzas claras moteadas de pintas rojas. Él no lo sabía, pero aquellos hongos hubieran podido conducirle a la muerte en menos de veinticuatro horas.

Continuó caminando, no muy seguro ya de querer encontrar las ruinas. De repente, le pareció buena idea dar media vuelta y volver a la casa, a escribir un rato.

El sendero se volvía ya casi inexistente, ahogado en ambas lindes por millares de arbustos invasores. Y sin embargo Daniel siguió caminando, internándose cada vez más en el corazón del bosque, como si una voz misteriosa lo llamara desde la espesura. Aguzó el oído, buscando trinos de pájaros o el corretear furtivo de algún conejo; no se oía nada en absoluto, salvo el sonido de su propia respiración. La vegetación cada vez más densa le hacía sentir cierta claustrofobia inexplicable. Entonces vio de pronto las ruinas en un claro del bosque, cubiertas de helechos y plantas trepadoras. No eran nada llamativas, por cierto. Sólo un murallón semiderruido rodeando unos cimientos circulares casi invisibles por la maleza, en una minúscula pradera flanqueada de hayas y abedules. Sorteó las piedras con precaución, como si temiera pisar una trampa oculta entre los helechos. Encontró una inscripción en latín en la base de una columna, en la parte de atrás del muro, semioculta por los múltiples brazos de las enredaderas y tan desgastada que era casi ilegible; la copió en su libreta, esperando que alguno de sus amigos de Madrid pudiera traducírsela al regreso: Daniel era de los que gustaban de estas curiosidades. Bajo la inscripción aparecía un relieve aún más estropeado y Daniel no pudo evitar una sonrisa; representaba a una pareja sorprendida en pleno acto amoroso. Vaya con estos romanos, pensó. Después lo miró mejor y la sonrisa desapareció: el hombre (¿el hombre?) con piernas de carnero estaba tumbado sobre la mujer, penetrándola con un falo enorme, desproporcionado, que el anónimo artista se había encargado de recalcar todo lo posible. Pero lo más extraño eran los rostros; ambos miraban directamente al espectador sonriendo, en una expresión de maldad y perversión imposible de olvidar. Parecía imposible que después de tantos siglos a la intemperie aquellas minúsculas caras contraídas pudieran continuar siendo tan dañinas: Daniel sintió de pronto como si un hueco negro y podrido le creciera en el alma hasta contaminarla por completo, como un árbol agonizante devorado por parásitos. Y aun así no podía apartar la vista de aquellas diabólicas figurillas talladas sobre la piedra. Excepto un acto de amor, pensó, aquello podía representar absolutamente cualquier cosa. Al fin consiguió apartar la vista, desazonado. Toda la serenidad que sintiera al despertar se había evaporado por completo. Ahora más que nunca necesitaba una copa. Dedicó una última mirada a las ruinas circulares y echó a andar, prometiéndose no regresar jamás a aquel paraje. No había caminado ni tres pasos cuando la voz lo detuvo:

—¡Twill tegg! ¡Twill tegg! ¡Eh, tú, aquí no puedes estar!

El hombre tendría unos treinta años, aunque la soñadora expresión de los ojos le hacía parecer casi un muchacho. Una barba rojiza enmarcaba el rostro ancho, bovino, rematado por matojos de cabello mugriento que más bien parecían crines. Sonreía estúpidamente parpadeando al sol, envuelto en unas viejas ropas tres tallas mayores de lo necesario.

—Ya me marchaba —contestó Daniel.

—Eso, eso está muy bien. Echa a correr hasta que seas viejo. ¡Corre, corre a esconderte! ¡Ash nagg puskurmellig, vamos, vamos!

Seguramente es un retrasado, pensó Daniel. ¿Qué demonios hará aquí? ¿Y qué significa esa jerga en la que habla? Como todo el mundo, había escuchado historias más o menos siniestras sobre dementes o simples tarados que las gentes de los pueblos abandonaban en lo más profundo del bosque, sin dar ningún crédito a estas leyendas rurales. Y sin embargo, ahora se le ocurrió que tal vez en Cereixo la historia tuviese alguna verosimilitud. El muchacho (imposible pensar en él de otro modo, aunque era evidentemente un hombre adulto) se reía ahora tontamente con la mirada perdida en la espesura, limpiándose mecánicamente y a cada momento los mocos que colgaban de su nariz, con la manga del abrigo.

—Vamos, vete ya.

—Me iré cuando me apetezca —contestó Daniel, sin saber si estaba cometiendo un error. De todos modos mejor no darle la espalda, al menos por el momento—. ¿Puedo saber por qué tengo que irme?

Ahora la expresión de felicidad se había borrado por completo del rostro anodino, mostrando un desamparo del que Daniel se sintió en el acto un poco culpable. El chico miraba al suelo sin saber qué decir, pateando las piedras en un gesto mil veces repetido, como el de un muñeco de cuerda. Se volvió caminando en círculos una y otra vez, balbuceando entre dientes su incomprensible lenguaje, o lo que fuera. Al fin echó a correr y se escondió tras un árbol.

—Había un hombre que llevaba a un lobo dentro de las tripas. El lobo se lo comió poco a poco desde dentro, hasta que al final sólo quedó el pellejo del hombre, que ya no podía contener al lobo.

—¿Cómo te llamas, chico? —preguntó Daniel.

—Vete de aquí. Este es un lugar sagrado; aquí se casaron mi papá y mi mamá. ¡Lárgate, tagg twingudd, fuera, fuera!

El muchacho echó a correr colina arriba con una agilidad sorprendente, y Daniel lo perdió de vista muy pronto. Empezó el camino de regreso inquieto y nervioso, caminando cada vez más deprisa. Sólo deseaba regresar a la casa y encerrarse entre las cuatro paredes protectoras: la inmensidad del bosque lo abrumaba. Pero no perdió la cabeza y desandó el camino con atención, buscando los puntos de referencia que había marcado mentalmente en la ida. Por nada del mundo hubiera querido perder el sendero, y que la noche lo sorprendiera solo en medio de aquellos parajes.

... de tal modo que su existencia es indiscutible, y sólo serían capaces de negarla personas carentes de toda perspectiva científica. Tomemos los ejemplos de Wallendorf, en Alemania, o el de Asonne, en la Bretaña francesa. Los cráneos encontrados pueden confundir a un profano, ya que recuerdan lejanamente a los de los grandes osos. Sin embargo, un examen mínimamente detallado descarta cualquier semejanza accidental que...

¿Quién demonios ha escrito esto?, se preguntó Daniel. Había encontrado el

montón de cuartillas amarillentas dentro del hueco de un cajón del armario, en su propio dormitorio. Una de sus camisetas se había deslizado traicioneramente hacia el fondo, y en su prisa por sacarla Daniel había abierto demasiado el cajón, que cayó al suelo con un golpe sordo dejando al descubierto las cuartillas: habían sido arrancadas evidentemente de algún cuaderno, quizá escolar. La letra parecía apresurada y nerviosa, aunque resultaba perfectamente legible; sin duda, el misterioso escritor había querido exponer sus ideas en el menor tiempo posible. Pero... ¿qué diablos quería decir con todo aquello? ¿Y por qué estaban allí esos papeles?

El caso de Romasanta es el más conocido en nuestra geografía y sin embargo es falso. El buhonero de Allariz no era más que un demente agresivo y desquiciado como ya se demostró en el juicio, la célebre causa 1788 que he estudiado atentamente en La Coruña. Pero todo el mundo sabe de Manuel Blanco Romasanta, y en cambio nadie se acuerda del caso de Lucía Bayo o el de José Huertas Martín. ¿Por qué? A la gente no le gusta aquello que no puede explicarse. Sin embargo, yo explicaré ciertas cosas a todo aquel que quiera escucharlas:

Lucía Bayo Romero salió de su casa en las afueras de Fonsagrada la tarde del trece de febrero de 1925, con la intención de comprar unas gallinas en una granja cercana. Jamás regresó. Tres días más tarde encontraron su cuerpo destrozado en un claro del bosque de San Texeiro, cerca de la antigua ermita. Había sido degollada y parcialmente devorada; una de sus piernas jamás se encontró. Los relatos de los testigos son estremecedores: «Parecía (me dijo uno de ellos) como si hubiese encontrado a una legión de demonios en el camino». El examen de las lesiones demostró que habían sido causadas por unas mandíbulas de enorme tamaño y potencia, que actuaron literalmente como trituradoras. Sin embargo no se pudo identificar al animal agresor, aunque estaba claro que las mandíbulas en cuestión eran mucho más grandes y fuertes que las de un lobo, o incluso que las de un oso. El caso jamás fue resuelto.

Diez días más tarde y en un robledal cercano a Lorenzana, dos cazadores de tórtolas fueron atacados por algo que el único superviviente (José Huertas) describió como «una bestia enorme y negra que galopaba a cuatro patas rechinando las mandíbulas, un monstruo de ojos rojos escapado del infierno». José Huertas Martín sobrevivió únicamente tres días a la gravedad de sus heridas, aunque pudo mantener la lucidez hasta el final. Y hasta el último momento estuvo convencido de que tanto él como su compañero de cacería se habían topado con un lobishome...

En aquel momento sonaron unos suaves golpes en la puerta, que al principio Daniel ni siquiera oyó. Aún seguía preguntándose por el misterioso autor de las

cuartillas cuando la llamada volvió a repetirse, leve pero insistente. Daniel levantó la cabeza como impulsado por un resorte y escondió los amarillentos papeles en el fondo del cajón, bajo un montón de camisetas arrugadas. Más tarde se preguntaría por qué lo habría hecho. Pero por ahora sólo acertó a caminar mecánicamente hacia la puerta.

—Buenas tardes. Soy el Padre Arminio, el párroco de Cereixo. ¿Puedo pasar?

—Sí, claro —respondió Daniel, preguntándose para qué demonios acudía a verle este hombre al que no conocía de nada, intuyendo de una manera oscura que aquella visita acabaría trayéndole problemas—. Pase, por favor, siéntese.

—No le molestaré mucho tiempo; es sólo una visita de cortesía. Espero que se encuentre a gusto en nuestro bonito pueblo... ¿Daniel, si he escuchado bien su nombre?

Daniel cayó en la cuenta de que ni siquiera se había presentado. Todo iba tan deprisa... ¿quién se creía aquel cura o lo que fuese para irrumpir en su casa de ese modo? Pero el hombre sonreía y parecía amable, aunque algo nervioso, vestido de negro de los pies a la cabeza y con esa ridícula cinta blanca que ya lucían muy pocos clérigos: ¿alzacuellos, se llamaba? Qué importaba.

—Soy Daniel Morales. Encantado de conocerle.

—Lo mismo digo.

Se estrecharon las manos: a Daniel le pareció que la del Padre Arminio temblaba un poco, pero tal vez fuera una falsa impresión. Se sentaron en las butacas del salón, observados implacablemente por docenas de testas disecadas. El Padre Arminio mantenía un silencio que al principio divirtió a Daniel y que después empezó a molestarle.

—Como ya le he dicho, se trata de una mera visita de cortesía. Me gusta conocer a los nuevos vecinos, aunque sólo lo sean por una temporada, como usted.

Está mintiendo, pensó Daniel en un relámpago de intuición. Al instante se obligó a reprimir esa idea y sonrió amablemente. Pero el pensamiento no quería marcharse.

—Así que es usted escritor, según me ha dicho su primo...

—Sí. Escribo libros para niños. En realidad...

—¿Y cree que este es un buen lugar para escribirlos?

A esto siguió un largo silencio en el que Daniel buscó en vano una respuesta a esa pregunta. Aún no la había encontrado cuando el sacerdote volvió a hablar.

—Dígame: ¿cuánto tiempo piensa quedarse en Cereixo?

—Había pensado en quedarme un mes, aproximadamente.

—Bien, bien. Aunque seguramente sea demasiado tiempo. Quiero decir que se aburrirá bastante en este hermoso pueblecito. Y ni siquiera en el pueblo, sino en esta casa tan aislada, una persona sola... Al menos hay media hora de camino a pie hasta los primeros pazos de Cereixo. ¿Ha pensado lo que haría si le ocurriese algo?

—¿Qué podría ocurrirme?

—No lo sé. Una caída, Dios no lo quiera, una indisposición... Algún imprevisto.

—Tendré cuidado y confiaré en que no me ocurra. Además, tengo un teléfono móvil.

—Ya, claro. En esta época todo el mundo tiene teléfono móvil. ¿Cree usted en Dios, Daniel?

Daniel lo miró sorprendido un buen rato antes de contestar. Ahora sí que no le cabía duda; el cura estaba temblando como una hoja.

—No.

—Ya. A veces yo tampoco. Pero sólo a veces.

—¿Se siente bien, Padre? Parece usted indispuerto.

—Es este lugar... el viejo caserío de Don Julián. Jamás había entrado aquí, y eso que llevo viviendo toda la vida en Cereixo, salvo mis años en el seminario. ¿Conoce usted la historia de esta casa?

—No.

—No es una historia agradable; el viejo Don Julián no se hacía querer demasiado. Yo le conocí muy poco, afortunadamente. Aunque creo que era pariente suyo.

—Un pariente muy lejano; yo no llegué a conocerle. Dígame, Padre, ¿tan espantoso era? —dijo Daniel sonriendo.

—Esa palabra resulta insuficiente para él. Y espero que me disculpe.

El cura no sonreía. En el silencio se oyó cantar a un mirlo cerca de la ventana, mientras el sol encapotado descendía lentamente tras las colinas, y la tarde se despedía dejando paso a la noche.

—Don Julián gobernó toda esta comarca con mano de hierro durante cerca de treinta años —continuó el sacerdote—. Había hecho su fortuna antes de la guerra, algunos dicen que gracias al contrabando y la extorsión, por no mencionar cosas peores. El caso es que se instaló en Cereixo en 1933 y compró a un precio ridículo todos los terrenos colindantes con la casa. Después siguió acumulando tierras, hasta hacerse con casi toda la comarca.

Su modo de hacer negocios con los pequeños propietarios de la región era característico de su personalidad: al principio les ofrecía un precio muy por debajo del valor real de los terrenos. Los campesinos, naturalmente, se negaban a vender. Entonces, de manera misteriosa, comenzaban a ocurrirles desgracias cada vez más amargas a los recalcitrantes. Así, en una sola noche podían morir todas las vacas de un pequeño ganadero, mientras otro veía cómo su granero ardía y se convertía en carbón con toda la cosecha dentro. Sólo entonces Don Julián reiteraba su oferta de compra, con el precio aún más bajo que en la primera ocasión. Llegados a este punto, la mayoría de los campesinos vendían llenos de desesperación y se marchaban como emigrantes a América, los que tuvieron más suerte. Los que no se decidieron a viajar tuvieron que quedarse como asalariados al servicio de Don Julián. Y si quedaba algún testarudo que siguiera negándose a vender, el proceso volvía a comenzar.

Había hecho construir un barracón al lado de la casa donde se alojaban unos cuarenta hombres armados, mitad guardaespaldas y mitad matones a sueldo. Nadie

sabía a ciencia cierta de dónde habían venido, pero sin duda eran ellos los que se encargaban de hacer el trabajo sucio. Eran la auténtica escoria de la tierra, pistoleros y asesinos sacados de cualquier agujero para servir de lacayos muy bien pagados al cacique local. Y Don Julián no se olvidó de sobornar generosamente a todos los políticos locales, tanto de derechas como de izquierdas. Necesitaba las manos libres para sus manejos y nadie le opuso demasiada resistencia. No era prudente hacerlo.

Así estaban las cosas cuando comenzó la Guerra Civil, en julio del 36. Al día siguiente de la sublevación, un grupo de milicianos intentó asaltar esta casa a tiro limpio, con la única intención de ahorcar de un roble a Don Julián: entonces hubo un tiroteo espantoso que duró una noche entera. Si se fija bien, aún podrá ver los impactos de bala en la parte trasera del tejado. Murieron muchos hombres de ambos bandos, y el propio Don Julián recibió un disparo en una pierna; desde ese día caminó siempre cojeando y su genio, nunca muy apacible, se agrió todavía más. Pero hay que decir que aquellos mercenarios protegieron muy bien a su patrón, algunos pagando incluso con su propia vida esa siniestra fidelidad. Por otra parte, los soldados republicanos no disponían de bombas incendiarias o fuego de mortero; tan sólo poseían armas ligeras. De no ser así, es muy posible que Don Julián se hubiese consumido como carbón entre estos muros. Pero las cosas no ocurrieron así.

Como ya le he dicho, el combate duró una noche entera. Al alba, los milicianos recibieron malas noticias del frente y se retiraron, llevándose a sus heridos y muertos consigo. Tres días más tarde una columna del ejército nacionalista ocupó la comarca, y Don Julián no tuvo demasiados problemas para simpatizar rápidamente con las nuevas autoridades. Para colmo se había convertido en una especie de héroe para el ejército franquista, por haber resistido valerosamente el rabioso ataque de las hordas bolcheviques en su propia casa. Fue condecorado por el propio Caudillo con la Gran Cruz de Isabel la Católica, acontecimiento que Cereixo presencié como una especie de broma macabra. Y una vez terminada la guerra, continuó dedicándose a sus negocios con mayor energía aún que de costumbre. Por último, ya no le quedó nada más que tomar dentro de la comarca: él era el amo del pueblo y de todas las tierras colindantes. Y la vida o la muerte en Cereixo podían depender de un simple gesto de Don Julián.

Contrató a bastantes de los antiguos propietarios y de sus familias para que trabajaran de sol a sol en sus campos, así como a muchos desgraciados a los que la guerra había arruinado y que no poseían mayor fortuna que sus brazos, vagando de pueblo en pueblo en busca de un jornal o una limosna. Decir que las condiciones en las que trabajaban estas gentes eran propias de la esclavitud sería quedarse muy corto. Hacían jornadas de catorce a dieciséis horas diarias constantemente vigilados por capataces armados, con orden de disparar sobre todo aquel que robase una patata o una mazorca de maíz. Los jornales eran tan miserables que no alcanzaban para alimentar a las pobres familias, y muchos de los niños más pequeños murieron de hambre. Había que tener suerte y caerle bien a Don Julián para que las condiciones

mejorasen mínimamente. O mejor aún, tener una hija joven y bonita que pasase de vez en cuando una noche en esta casa, para marcharse rayando el alba por la puerta trasera. Llorosa y asqueada, sí, pero con un modesto puñado de billetes en el bolsillo que bien administrados daban para mucho. Y los padres y las madres tenían que convencer a sus hijas de que aquello era horrible, espantoso, de acuerdo; pero que mucho más espantoso resultaba morir de hambre.

—Es una historia... terrible. Nadie en mi familia quiere hablar de mi tío abuelo, pero no me imaginaba algo tan sórdido. Y ahora estoy alojado en su propia casa...

—Estas paredes han sido testigos mudos de muchos horrores —continuó el sacerdote—. Ahora me estoy arrepintiendo de haberle contado parte de este pasado sombrío, pero supongo que ya no tiene remedio. Todo el mundo en Cereixo conoce la historia de Don Julián, salvo las personas más jóvenes. Sin embargo, no es un asunto del que se hable mucho. Los jóvenes no saben y nada tienen que saber, bastantes problemas se les presentan entre el paro y los estudios, en estos tiempos enloquecidos. Y los viejos no quieren recordar. Sabe, el Mal no siempre desaparece con la muerte de su hacedor, por desgracia. Muchas veces, la maldad sobrevive durante décadas o siglos a aquel que la inició, y que ahora se pudre bajo tierra; es un hecho cruel y misterioso, incomprensible para nuestras limitadas mentes humanas. Dios nos libre del pasado.

—Cuénteme el final de la historia —dijo Daniel.

—Si así lo desea... ya no queda mucho, por fortuna, aunque quizá sea lo peor... Don Julián se casó en 1938 con una rica heredera de Pontevedra, lo que le sirvió para acrecentar aún más su fortuna. En 1939 o 1940 nació su único hijo, Armando. El muchacho creció tímido y apocado, y su carácter se cerró aún más en sí mismo tras la muerte de su madre, cuando Armando contaba unos ocho años, más o menos. Supongo que tampoco la figura de un padre todopoderoso y temido que se encolerizaba y le gritaba por cualquier nimiedad ayudaría al chico a sentirse más seguro. El caso es que era muy bueno en los estudios, y las cosas se mantuvieron en un precario equilibrio durante varios años. Por entonces, Don Julián pasaba largas temporadas en Madrid enfrascado en sus negocios. Supongo que estaba demasiado ocupado para darse cuenta de que su hijo había comenzado a perder el juicio.

El solitario y sensible Armando se hallaba cursando su tercer año de estudios en la universidad de Santiago, cuando las extrañas ideas que anidaban en su mente desde hacía años estallaron de repente como una olla a presión. Siempre había sido un chico muy introvertido, que había dedicado la práctica totalidad de su tiempo libre al estudio de las tradiciones gallegas en su vertiente más tenebrosa: ya sabe, las meigas, los mouros, los trasgos... por citar sólo algunas de las supersticiones del folklore de estas tierras. Las pocas veces que llegué a hablar con él se las ingeniaba siempre para sacar a colación temas parecidos, en los que mostraba una erudición asombrosa. Le fascinaba particularmente el mito del Hombre Lobo; el lobishome, como decimos por aquí. Había aprovechado su estancia en Santiago para proveerse de libros extraños

que su padre no hubiese aprobado jamás, y finalmente su conocimiento abismal del lobishome degeneró en auténtica obsesión. Lo sabía todo acerca de la *fada*, la maldición demoníaca que tiene el poder de convertir a una persona común en una bestia sanguinaria. No ignoraba que cuando una mujer da a luz a seis niñas, nacerá un séptimo varón y será un hombre lobo. Conocía el modo de revelar la forma humana del monstruo con un trozo de hierro bendecido... En resumen, Armando creía en estas descabelladas falsedades con toda su alma. Poco a poco, su mente iba deslizándose por una pendiente que cada vez se inclinaba más hacia la locura.

La catástrofe sucedió cuando Armando regresó para las vacaciones, al final de su tercer año en la universidad. Se volvió aún más introvertido que de costumbre y comenzó a decir que la gente le perseguía, que le habían echado mal de ojo, que todos murmuraban y conspiraban contra él. Su padre, preocupado por un negocio ruinoso en el que le habían estafado una enorme suma, no le prestó demasiada atención hasta que el muchacho protagonizó un escándalo en el pueblo, dando una enorme paliza a un hombretón a sueldo de su padre, el cual no se atrevió a levantarle la mano al hijo del patrón. Sólo entonces Don Julián llamó a capítulo en su despacho a su hijo Armando. De lo que hablaron entonces sólo conocemos lo que se hizo público en el expediente del juicio, por los testimonios de los criados y del propio acusado.

Al parecer, Armando confesó a su padre ser víctima de una maldición proferida por una muchacha desengañada de amores, en Santiago de Compostela. El maleficio le hacía convertirse en lobo las noches de luna llena, y sólo gracias a su enorme fuerza de voluntad conseguía encerrarse durante esas noches fatídicas en su habitación, donde contenía a duras penas su ansia bestial de sangre humana. Hasta había comprado un revólver en Santiago, y había hecho modelar balas de plata del mismo calibre que el arma. Su intención era suicidarse de un tiro en la cabeza, si alguna vez la sed de violencia que lo poseía durante aquellas terribles transformaciones comenzaba a escapar a su control. Hizo llenar toda la casa de espejos, (a lo que extrañamente no se opuso su padre, que tal vez ni siquiera se daría cuenta) para poder comprobar en todo momento en su rostro el inicio de la diabólica transformación.

Imagine la reacción de Don Julián al escuchar de boca de su único hijo semejantes locuras. La disputa fue tremenda y el padre, demasiado acostumbrado a la violencia durante toda su vida, cambió pronto los insultos y las amenazas por puñetazos y bofetadas. Pero ahora no se enfrentaba a un campesino acobardado, ni a una muchacha prostituida a la fuerza. Ahora peleaba contra su propio hijo; ágil, joven... y completamente loco. Los criados escucharon aterrorizados los golpes tras la puerta, los gritos de cólera cargados de amenazas, el estrépito de muebles derribados. La pelea terminó abruptamente con un alarido atroz de Don Julián: lo encontraron muerto, tendido sobre la alfombra, con un abrecartas de oro macizo regalo del duque de Medinaceli clavado en el corazón.

Armando escapó de la casa gritando y aullando, sin que nadie se atreviera a detenerle; a la mañana siguiente, el grupo de guardias civiles enviados en su busca le encontraron entre los cañaverales del bosque de Feira, muy cerca de las ruinas. Estaba desnudo y balbuceaba unos sonidos incomprensibles, pero no opuso resistencia alguna a su detención. Parecía incluso que la presencia de los guardias le tranquilizara un tanto.

Lo normal es que esta triste historia hubiese acabado en una condena a cadena perpetua o una reclusión de por vida en un manicomio. Pero no fue así. Había ricos hacendados en la provincia muy interesados en las tierras de Don Julián, y al fin y al cabo, Armando era el único heredero directo. Como usted sabrá, las leyes españolas no permitían entonces que un condenado cumpliera una pena superior a los treinta años de prisión: Armando podía haber salido de la cárcel con una edad aproximada de cincuenta años. Entonces hubiese sido muy difícil despojarle de las tierras de las que era legítimo heredero. Un manicomio resultaba aún más alarmante para los intereses de los hacendados. En efecto; ¿quién podía asegurar que Armando no saldría a los pocos años presuntamente curado, en posesión de todos los certificados médicos necesarios? Los pocos parientes que le quedaban se desentendieron de él, y ni siquiera presentaron una alegación en su defensa. Es cierto que ya no mantenían ninguna relación con Don Julián ni con su hijo desde antes del nacimiento de éste, pero aun así podrían haber mostrado algún interés. No fue así. Todo su afán se centró desde primera hora en evitar el escándalo, impidiendo a los periódicos publicar los aspectos más escabrosos del caso y silenciando eficazmente cualquier publicidad, lo que consiguieron de manera notable. En efecto, en la prensa de la época apenas se informa del asunto. Todo lo más, algún minúsculo artículo donde se habla de «parricidio perpetrado en un estado de exasperación», sin mencionar otros detalles. Esto es chocante, dado que otros crímenes de más o menos la misma época —como los de Jarabo, por ejemplo— dieron la vuelta al país. Pero volvamos a Armando.

Definitivamente no tuvo suerte. El juez de la Audiencia Provincial de Lugo recibió considerables presiones para dictar una sentencia de pena capital. Por desgracia para Armando, ni siquiera era muy necesaria esta presión. El juez era un hombre viejo, endurecido por la guerra, y con un sentido de la justicia prácticamente medieval. Nadie tuvo piedad en esta historia, como tampoco la había tenido Don Julián en su día, y a veces me pregunto cuál era en realidad el peor de todos... Tampoco ayudó mucho el hecho de que Armando no mostrase el menor arrepentimiento de sus actos ante el tribunal, limitándose a decir que había matado a su padre mientras estaba poseído por el espíritu de un lobo; en consecuencia, no podía serle atribuida la menor responsabilidad en el hecho. Por lo visto, ya se había olvidado de que sólo se transformaba en las noches de luna llena. Llegó a mostrarse desafiante durante la vista, sugiriendo con sorna que encontrasen al lobo y lo metiesen en la cárcel, si podían. Fuese cual fuese la razón más poderosa para ello, el caso es que Armando fue condenado a morir en el garrote vil.

Se le trasladó a la prisión de La Coruña, donde permaneció en régimen de aislamiento en espera de la ejecución de la sentencia. Allí le describen como un joven educado e introvertido, no desprovisto de cierto sentido del humor. Al parecer aceptaba su suerte con resignación, y se alegraba de que el espíritu del lobo le hubiese abandonado tras la muerte de su padre. En efecto, ya no hubo más «transformaciones»; la maldición lobuna de la muchacha despechada había desaparecido. Sólo que ya era demasiado tarde para Armando. Y sin embargo quizá él tenía razón, en cierto sentido.

Antes de la guerra, uno de mis profesores en el seminario había asistido espiritualmente a varios condenados a muerte, la noche anterior a su ejecución. Siempre recuerdo sus palabras cuando pienso en Armando: lo que matamos es en realidad una cáscara vacía, mientras que el verdadero Mal ha escapado ya hace tiempo, mucho antes del fusilamiento o del garrote. Jamás se mata al auténtico Mal, eso decía. Algo así debió de ocurrir con Armando, aunque al parecer pudo mantener cierta gallardía hasta el final. Bueno, no exactamente hasta el final.

Aquella misma mañana bromeó con los guardias y agradeció sonriendo los cigarrillos que le ofrecían, fumando sin parar. Pero cuando le sacaron al patio de la prisión y vio el asiento de madera y correas que le estaba destinado, se derrumbó definitivamente. Fue una escena penosa. La sonrisa se pudrió en sus labios y se dejó caer al suelo, de donde tuvieron que arrastrarlo a viva fuerza hacia el patíbulo. Creo que sólo entonces se dio cuenta realmente de lo que estaba sucediendo. Sollozaba a lágrima viva gritando que era inocente, que buscasen al lobo, que el lobo era el único culpable. Al fin lograron sentarle en el garrote y ajustarle las correas en las manos y en los pies, mientras él continuaba proclamando su inocencia entre lágrimas y una gran mancha de orina se extendía lentamente por sus pantalones. El verdugo le cubrió la cabeza con una tela negra y después hizo su trabajo con rapidez y eficacia, no logrando impedir pese a todo que alguno de los testigos tuviera que retirarse entre arcadas. Y este es el final de la historia, una historia demasiado horrible y larga que me alegro de haber terminado. Está usted muy pálido, Daniel. Veo que todo lo que le he contado le ha impresionado de veras, y lamento mi indiscreción. En fin, le ruego que disculpe mi falta de tacto. Soy sólo un viejo que habla demasiado.

—No. Usted no lo lamenta en absoluto, ni esta es una simple visita de cortesía. Dígame; ¿sabe mi primo Anxo algo de todo esto?

—Yo... no acabo de entenderle. En cuanto al cabo Rivera, bueno, es posible que sepa algo, aunque es muy joven y se trata de una historia de la que apenas se habla.

—Ya. ¿Por qué me ha contado todo esto, Padre?

—Vuelvo a repetirle que soy un viejo demasiado hablador: ha surgido de este modo, y por otra parte fue usted el que preguntó. Pero le presento de nuevo mis disculpas, si es que eso le sirve de algo.

—¿Y por qué quiere que me marche? —preguntó Daniel.

Hubo un silencio largo y tenso en el que la mirada del cura se desvió de la de

Daniel, buscando los rincones. Tras las ventanas el sol se inclinaba sobre la línea del horizonte, como si ya hubiese comenzado a despedirse.

—Yo no he dicho nada de eso —respondió el sacerdote.

—No con esas palabras, pero está muy claro. ¿Piensa asustarme contándome historias de miedo? ¿Son de ese tipo los sermones que endosa los domingos a sus feligreses? A mí no me interesan las misas ni los fantasmas, y menos aún su Dios. Por mí, ese Dios puede morirse como...

Cerró la boca bruscamente, conteniendo las lágrimas. *Puede morirse como se murió mi hija*, había estado a punto de decir. Volvió la cara, esperando que el cura no advirtiese cómo se le desgarraba el alma en dos, una vez más. Necesitaba desesperadamente un trago, necesitaba aún más que el cura se marchase, pero sobre todo anhelaba consuelo. Era lo único que en realidad le hubiese servido de algo.

—Por favor, no se enfade —dijo el sacerdote suavemente—. Lo siento. Le aseguro que no he venido aquí con la intención de hacerle pasar un mal rato.

—Pues lo está consiguiendo, Padre. Tenga por cierto que lo está consiguiendo. Y en cuanto a su Dios...

—No. No diga eso, eso que estaba a punto de decir. Escuche, Daniel, yo sé lo que sufre. Créame, conozco ese dolor tanto como usted mismo. Yo mismo lo he sentido tantas veces... Y es cierto, a veces parece que Su Voz se debilita tanto que al final sólo nos queda el silencio y la desesperación. Y cuando desesperamos nos volvemos sordos, más sordos cada día a todo lo que no sea nuestra propia amargura. Podría estallar el mundo junto a nuestros oídos sin que nos diésemos cuenta. Por ejemplo aquí, en Cereixo. Siempre he pensado que este era un lugar abandonado por Dios, que en toda la región existían fronteras invisibles que Él jamás atravesaba. No hablo de un lugar maldito, sino olvidado. Como un viejo jardín umbrío y abandonado. ¿Me comprende usted?

Daniel asintió cansadamente. Toda su ira había desaparecido para convertirse en una tristeza dura y fría como el metal, clavada profundamente en el pecho.

—La historia que le he contado es terrible, ciertamente. Pero aún sé de cosas más atroces que ocurrieron en esta misma comarca y que no contaré jamás, ni a usted ni a nadie. Y sí, he llegado a dudar de Su Bondad, no me avergüenzo de confesarlo. Y sin embargo... vamos, mire por la ventana.

Daniel quedó atrapado al instante por la visión: el sol se ocultaba en un bellissimo crepúsculo anaranjado y añil, un momento mágico que jamás podría ser atrapado en un lienzo o una fotografía. Jirones de nubes delgadas como briznas se fundían con el resplandor de poniente en una infinita gama de amarillos y azules imposibles de imaginar, salvo en sueños. En aquel momento el viento comenzó a soplar con mayor fuerza entre los sauces, poniendo una solemne música a aquella visión majestuosa.

—¿Ve? —sonrió el cura—. Siempre hay que tener los ojos y los oídos bien abiertos. Y también el corazón. Entonces, más tarde o más temprano...

—Yo no creo en Dios. Y si existe, no puedo imaginar que sea bondadoso.

—Yo sí. Creo que es misericordioso sin límites, y también cruel. Porque la crueldad es una parte necesaria de Su Misericordia. ¿Lo comprende usted?

—No.

—Yo tampoco. Pero es así como lo creo.

Ambos quedaron un momento en silencio, con la vista clavada en la ventana. Daniel fue el primero en volver a hablar.

—Aún no ha respondido a mi pregunta, Padre. ¿Por qué quiere que me marche?

—Vuelvo a repetirle que yo no he dicho nada acerca de eso. Pero ya que insiste en ello, le diré que en su lugar yo no hubiese venido. No creo que este sea un buen lugar para usted. Quiero decir que procede de una gran ciudad; esto no es Madrid, ni nada que se le parezca. Hay costumbres aquí que le resultarán chocantes, por no decir un poco desagradables. Y esta casa aislada en mitad de un bosque tan salvaje... Sí, sinceramente yo le aconsejaría marcharse de aquí mañana mismo.

—¿Y por qué no se marcha usted?

—Es muy distinto; yo llevo aquí toda la vida. Ya no sabría vivir en Madrid, como usted jamás aprenderá nada acerca de nosotros en Cereixo, ni aunque permaneciese aquí durante mil años. Es usted un extranjero, Daniel, y lo será siempre. Tanto o más que si procediera del Japón o de Saturno. Supongo que se da cuenta.

—Tiene que haber algo más que esas insinuaciones. Dígamelo de una vez.

—Hay algo más, pero no voy a decírselo. De todos modos no se preocupe demasiado; no esperaba que me hiciese ningún caso. Son estos los tiempos que nos ha tocado vivir; los más jóvenes ya no escuchan a los viejos. Y yo no estoy intentando asustarle o amenazarle, aunque usted me vea como un cuervo agorero. Le hablaré claramente: si se queda un mes no le ocurrirá nada en absoluto. Hasta es posible que disfrute del paisaje y escriba un bonito cuento para los niños. Por supuesto no va a atacarle ningún trasgo, ni ninguna meiga le echará a un caldero, ni La Santa Compañía se llevará su alma al purgatorio mientras duerme. Le estoy diciendo que existe la pequeña posibilidad —permítame recalcar que es muy pequeña— de que se lleve usted de vuelta a Madrid algunas experiencias... poco agradables, que en mi opinión podía ahorrarse perfectamente marchándose cuanto antes. No me pregunte cuáles son estas experiencias. No lo sé a ciencia cierta y temo decir más. Lo más probable es que sean sólo paparruchas que imagina a veces un viejo cura de aldea, demasiado acostumbrado a vivir solo. Aun así...

—Padre, no se canse. No voy a marcharme.

—Lo imaginaba. Está bien, en ese caso deseo que disfrute de su estancia en nuestra preciosa comarca. Pero hágame un favor, si quiere; no vuelva a pasearse solo por las ruinas. Es un sitio de mal agüero.

—¿Cómo sabe usted que he estado en las ruinas?

—Me encontré con ese chico, Elías, viniendo hacia aquí. Me dijo que había echado a un intruso que merodeaba por el templo. Me di cuenta de que el intruso no podía ser otro más que usted. ¿Le gustó el relieve esculpido?

Daniel se estremeció, recordando a las dos figurillas enlazadas en un abrazo maligno.

—No. En realidad me pareció espantoso.

—Había otros peores, pero fueron destruidos hace años. Sin embargo, aquel parece haber resistido a nuestros esfuerzos y a los de nuestros ancestros. Ha sido golpeado con palas y martillos... pero es inútil. Lo único que se conoce a ciencia cierta es que, en su origen, el lugar fue un templo celta dedicado al culto de Nodens, el Dios del Abismo Profundo.

—Creí que era romano. Tengo entendido que los celtas no construían templos.

—Y eso es cierto en la mayoría de los casos; por ello es más sorprendente aún la existencia de las ruinas. Debió tratarse de un grupo de población escindido de las corrientes migratorias que procedían del norte, que en algún momento quedaron aislados del resto. Según los historiadores romanos, los matrimonios incestuosos y el canibalismo eran moneda común. De algún modo el aislamiento los hizo involucionar. Tácito se refiere a ellos como los *canis*, los hombres-perros que hablan a gruñidos y muerden como las fieras. Al parecer, los sacrificios humanos en honor a Nodens eran frecuentes y, según los romanos, muchos de ellos tuvieron lugar entre estas ruinas. Las víctimas eran asesinadas a mordiscos; literalmente, se las comían vivas. En el combate eran terribles: no utilizaban más armas que las manos y los dientes, que se afilaban cuidadosamente unos a otros. Aun así mantuvieron en jaque a los romanos durante varios años, hasta que toda la comarca fue conquistada definitivamente en tiempos de Tiberio.

Tras la ocupación los romanos prohibieron los sacrificios humanos, pero toleraron el culto a Nodens. Incluso algunos patricios y colonos acomodados acabaron convirtiéndose a la fe de los vencidos, sin por ello dejar de venerar a los dioses protectores de Roma. ¿Ha visto usted la leyenda en latín que aparece en el muro?

—Sí. La he copiado en espera de que alguien pueda traducírmela.

—Yo mismo lo haré con sumo gusto. La inscripción reza: «*Aquí Druso Póstumo Casio ha erigido esta columna y ofrenda su hija menor al Gran Teranu [uno de los nombres de Nodens] como regalo de homenaje y muestra de agradecimiento en el Banquete de la Sombra*».

—¿Qué quiere decir todo eso?

—Supongo que está bien claro. Los romanos prohibieron los sacrificios humanos, cierto, pero algunos de ellos incumplían sus propias leyes. Esta comarca tiene una historia oscura, Daniel. Aquí la sangre ha llovido como si fuese agua. Bueno, debo marcharme.

—Espere... ¿Quién es ese muchacho, ese tal Elías?

—Ah, sí. Bueno, se habrá dado cuenta de que no se trata de ningún muchacho, pero claro, lo parece... Elías no es muy despabilado, por desgracia. Su madre murió cuando él era muy pequeño y nadie quiso recogerlo... nadie, salvo esa vieja medio bruja que vive en la hondonada del páramo, La Mariña.

—Pero ¿y el padre? ¿También murió?

—Elías nunca ha tenido padre. Es un Niño del Bosque, según le llaman todavía en Cereixo algunos de los más viejos. En realidad tampoco se llama Elías, aunque mi predecesor aquí se las ingenió para bautizarlo sin que su madrina se enterara, o eso creemos. En verdad no sé si tiene nombre; Mariña parece llamarle cada vez de una manera distinta. Yo le llamo Elías y él responde, aunque respondería igual por Asdrúbal o Enebro o Sócrates... Ya le digo que no es muy inteligente. Pero también es una criatura de Dios.

—Lo que no entiendo es por qué los servicios sociales no se ocuparon de él.

—¿Los servicios sociales? ¿Bromea usted? Vuelvo a repetirle que esto no es Madrid, Daniel, métaselo bien en la cabeza. Aquí los únicos servicios sociales de que disponemos son el cuartel de la Guardia Civil y el alcalde, que vive en Lugo y viene a visitarnos dos veces al año, aproximadamente. Y en los tiempos en que nació Elías, ni siquiera eso. Por lo demás, no se trata de un asunto que haya que ir pregonando fuera del pueblo.

La historia de Elías es breve: su madre era una joven campesina que desapareció una tarde en las lomas del bosque de Feira. Al día siguiente la encontraron llorando, desnuda y casi destrozada a golpes en mitad de la floresta, pero viva. Nunca dijo nada sobre lo que le había ocurrido en el bosque, pese a las insistentes preguntas que se le hicieron. Y aunque en los días que siguieron se recuperó bastante bien de sus heridas, algo se había roto de forma definitiva en su mente, algo que ya no volvió jamás a encajar como antes. Al parecer, tomó la costumbre de reírse estúpidamente todo el tiempo de cualquier cosa, pero sobre todo de las desgracias ajenas, de las que nadie sabía exactamente cómo llegaba a enterarse. También farfullaba largos monólogos en un idioma incomprensible, o acaso fueran sólo gruñidos sin significado... El caso es que al cumplirse nueve meses desde su desaparición, dio a luz un niño; ese niño era Elías. Se dice que nació sabiendo hablar la misma lengua que su madre.

—Hoy estuvo intercalando entre sus frases algo que parecían palabras, mientras me decía que me marchase —susurró Daniel—. ¿Sabe usted algo acerca de ese lenguaje?

—Nada. No se trata de una variante atrofiada del gallego, como llegué a pensar en un principio. Probablemente no sea más que un galimatías sin el menor sentido. Pero volviendo a Elías, hay que decir que cuando su madre murió él contaba nueve años. Entonces se escapó de casa de sus abuelos y apareció de nuevo a los pocos días viviendo en la casa de Mariña, la vieja saludadora. Esto le vino muy bien a sus parientes, que sólo deseaban librarse de él. Por lo demás, la vieja lo cuida bien.

—No termino de comprenderlo. Sólo tenía nueve años... ¿nadie hizo nada por él?

—Nadie hizo nada en absoluto. Aquí no tenemos costumbre de entrometernos en los asuntos de los vecinos salvo para chismorrear, tal vez. Bien, Daniel, ya no le entretengo más. Ha sido un placer charlar con usted.

Daniel le acompañó hasta la puerta, más confuso que escandalizado. La noche se

desplegaba en el umbral como un manto de oscuridad; el sacerdote recorrió con la vista el horizonte como si esperase algo, pero a lo lejos sólo eran visibles las ramas más altas de los árboles, recortadas en el cielo. Entonces se volvió hacia Daniel con una sonrisa tímida.

—¿Me permite? Sólo será un momento.

Antes de que Daniel tuviera tiempo de responder, el cura ya le había trazado la señal de la cruz en la frente susurrando algo acerca del Hijo y del Espíritu Santo, entre otros murmullos que no llegó a entender. Después inclinó la cabeza en señal de despedida y se marchó. Con sus ropas negras y su figura enjuta no tardó mucho en desaparecer, engullido por la noche.

«Muy bonito, el efecto final. Quiere que me marche y me cuenta historias de miedo, como haría con un niño pequeño. Malditos curas y quien los inventó; en cuanto a Anxo, va a oírme. Va a oírme hasta que se le caigan las orejas. Ya sólo me falta la visita del alcalde: el alcalde, el cura, el guardia civil y el farmacéutico, los poderes fácticos, los cuatro pilares sobre los que se sostiene el mundo rural. Seguramente se reúnen los sábados por la tarde en la botica para jugar al dominó, bajo la atenta mirada de cuarenta y seis frascos de jarabes simples. La madre que los parió... Ay, Dios, cómo necesito una copa. Si no fuera tan tarde bajaría al pueblo... ¿y esas cuartillas? Un paranoico pensaría que las han dejado ahí para que yo las encontrase. ¿Y qué diablos tengo que ver yo con todo esto?».

Daniel se hallaba en la salita de la planta baja, incapaz de soportar por más tiempo las cabezas disecadas que adornaban el gran salón; fumaba sin parar un cigarrillo tras otro, dando vueltas por la habitación como un animal enjaulado, sin saber a ciencia cierta si debía sentirse angustiado, divertido o simplemente irritado. Esto último era lo más probable.

«No voy a marcharme y lo siento mucho por el señor párroco, pero ha conseguido un efecto contrario del que pretendía. Voy a quedarme el mes entero, y hasta puede que siga otro más. He venido hasta aquí para terminar un maldito libro para niños con ilustraciones incluidas, y de veras que voy a hacerlo. Con dedicatoria especial en la primera página para Cereixo, el pueblo de los malditos en versión Lacón con Grelos. Puede que meta incluso algún chiste de gallegos, quién sabe, la creatividad no conoce límites. De esos que empiezan... a ver, están doscientos gallegos jugando al fútbol en una cabina de teléfonos y uno de ellos dice...». *Aquí es donde le mató.*

La Voz no dijo nada más, pero a Daniel le bastó eso para conocer a su vieja enemiga. Era Leucemia y también era el Lobo Tragón, era todo el Mal que existe y todo el que ha de venir. Y por un instante —sólo por un instante— llegó a ver en el suelo la silueta de un hombre tumbado en medio de un charco de sangre, con la empuñadura de un abrecartas dorado asomándole del pecho. Pero de repente sonó el timbre del teléfono en su bolsillo y toda la visión desapareció. Tuvo que hacer varios intentos hasta conseguir descolgarlo; sus manos temblaban como las de un anciano.

—Primo, soy yo. Oye, ha surgido algo. Mañana no podré verte, pero pasado

mañana...

—Escucha, Anxo; ¿por qué no me contaste...?

—¿Qué dices? Apenas te oigo. Mira, me estoy quedando sin batería. Pasado mañana me llego y hablamos.

—Espera, Anxo, no cuelgues. Dime solamente...

—... muy feo, primo, un asunto muy feo. Ya te contaré... —aquí hubo un zumbido que estuvo a punto de dejar sordo a Daniel—. ¡No (...)as de (...)che!

La comunicación se cortó de pronto con un crujido de papel arrugado. Daniel se quedó inmóvil mirando el teléfono, como si esperase que de repente este empezase a cantar y bailar en su propia mano. Como el aparato no hizo ninguna de las dos cosas, pulsó furiosamente el número de Anxo, equivocándose varias veces. Al fin consiguió escuchar una sensual voz femenina: *Ibertel le informa. El número marcado no está disponible en este momento. Si desea dejar un mensaje...* Colgó con rabia, reprimiendo un intenso deseo de estrellar el teléfono contra el suelo y ver saltar las piezas en todas las direcciones. ¿Qué había dicho Anxo al final? No lo sabía. Miró hacia la oscuridad densa como humo tras la ventana y sólo entonces comprendió: *no salgas de noche*.

—Esto no han sido lobos ni perros, mi comandante.

—¿Y entonces qué? Un tío sabemos que no ha sido; eso no lo puede hacer nadie, por muy loco que esté. ¿Quién ha sido? ¿Un oso? ¿Un tigre? ¿O la Caperucita Roja?

—Yo no lo sé, mi comandante. Pero yo me he criado en el campo, y mis padres y mis abuelos son del campo, y le digo que no han sido ni lobos ni perros. Con el debido respeto, mi comandante.

—Pues si no lo sabe mejor que se guarde sus opiniones. No hable con nadie de esto, ¿me entiende? Con nadie. Ya puede retirarse.

—¡A sus órdenes, mi comandante!

El comandante esperó a que se cerrase la puerta para llamar al Juzgado, discretamente observado por la serena mirada de Su Majestad Don Juan Carlos I desde la fotografía enmarcada en la pared. *Tiene que ser un perro rabioso, un mastín, qué sé yo. Un bicho enorme que no puede beber y que está cada vez más loco*, pensó mientras marcaba. En cierto modo la idea era un consuelo: a veces no había ni que matarlos. A veces ellos mismos se acurrucaban de noche en un rincón y se morían solos, aullándole a la luna.

LIBRO II: EL CUBIL

El pueblo duerme bajo una espesa niebla. El día ha sido largo y trabajoso, y habrá más faena por la mañana temprano; la tierra no espera. Pero por ahora todo es tranquilidad y reposo, una paz que recuerda extrañamente a la de los cementerios. Las calles oscuras parecen las de un pueblo deshabitado; un perro aúlla tristemente a lo lejos en el zumbido monótono del viento. Las puertas están cerradas y atrancadas; nadie sale aquí de noche. La noche es para los duendes y los fantasmas, los vivos deben descansar y prepararse para las duras tareas del día, cuando cante el gallo. Y sin embargo, no todos duermen en Cereixo.

La noticia de la muerte de Mauro Regueiro corrió como pólvora durante la tarde, aunque la Guardia Civil no quería o no podía decir nada. Los rumores fueron haciéndose cada vez más detallados y absurdos, ensanchándose hasta lo grotesco: a Mauro le habían pegado dos tiros para robarle las ovejas, después lo habían decapitado. Mauro se había ahorcado de las ramas de un roble al comprobar que estaba en la ruina, los cuervos le habían comido los ojos. Mauro había caído por un barranco haciéndose pedazos, y así sucesivamente. Pero nadie habló de manadas en el bosque llegadas desde las montañas; el largo invierno pasado pesaba aún como plomo sobre las espaldas de todos ellos. El Coronel escuchó de pasada retazos de estas habladurías en la taberna, mientras bebía ginebra a solas en su mesa favorita y vigilaba las montañas, a través de la ventana. Al principio, pensó que aquellos fragmentos de conversación se producían exclusivamente en el interior de su cráneo; esto no le alarmó en absoluto. Ocurría cada vez con mayor frecuencia, y ni siquiera podía decirse que fuera malo. Al contrario, las voces acababan haciéndole compañía, sobre todo si había bebido mucho. Pero ahora se trataba de cuchicheos de pueblerinos, escandalosos como trompetazos, por mucho que quisieran pasar inadvertidos. El Coronel había sido entrenado para escuchar el vuelo de una mosca a treinta metros de distancia; todavía hoy, viejo y acabado, puede hacerlo.

Ahora está en casa, un viejo pazo muy apartado del pueblo al que llegó tambaleándose y soportando unos horribles ardores de estómago a los que a veces cree haberse acostumbrado: son el precio del olvido. Ha cambiado la ginebra por el vodka; la influencia de Borisenko, sin duda. *¿Dónde estará ahora ese jodido? Tomó su dinero y se largó sin más. Un tío con dos cojones, el ruso. ¿O era ucraniano? Qué más da.* El Coronel ya no recuerda la nacionalidad de su amigo Sergei, ha olvidado demasiadas cosas. Pero como él mismo dice, qué más da. Ha cogido casi con reverencia el viejo banderín de escolta de la Waffen SS y la pistola Luger, la única herencia que le dejó su padre. Eso y los recuerdos de Rusia, los camaradas de la División Azul. Acaricia suavemente la calavera bordada en plata sobre tela negra lamentando una vez más no haber vivido aquella época de victorias y derrotas, de

gloria y esplendor. ¿Qué puede hacer un soldado en estos días absurdos? Meterse a marica de casco azul, seguramente. El Coronel vacía su vaso de un largo trago, sintiendo la deliciosa quemazón que le achicharra por dentro y que terminará matándole algún día. Él lo sabe, pero son muchas las cosas que sabe y muy pocas las que le importan: nada tiene que reprocharse. Aunque Ellos murmuren y conspiren contra él en la oscuridad, el Coronel sabe defenderse. Siempre ha sido un buen soldado, obediente, disciplinado, leal. Pero nunca una máquina ciega. Incluso en una ocasión se vio obligado a desobedecer las órdenes; hay cosas que ni siquiera un honorable soldado puede hacer.

Ahora toma otro trago de vodka, procurando caer cuanto antes en un estado de embotamiento que podría llevar a la muerte por intoxicación etílica a cualquier otra persona menos acostumbrada a la bebida. Pero no al Coronel, que mientras bebe fuma otro de sus cigarrillos Coronas, mirando soñadoramente los dos círculos dorados pintados en la boquilla. ¿Son dos, o son tres? Perfecto; ya vamos por el buen camino, el vodka nunca falla. Borisenko lo sabía, sí señor. El alcohol es ahora su paraíso y su infierno; una amante obstinada y fiel como la muerte que le protege de sus peores miedos. Porque el Coronel todavía teme al pasado mucho más de lo que él mismo cree.

«Los patitos regresaban a la granja tras su baño de la tarde, cantando una canción que decía así:

*¡Cuá, cuá! Nos gusta nadar mucho
y mojarnos las plumas. ¡Cuá, cuá!
¡Cuá, cuá! Y comernos el maíz dulce
que nos da el granjero. ¡Cuá, cuá!
¡Cuá, cuá! Y andar todos en fila
para no perdernos. ¡Cuá, cuá!*

Esta es una canción muy popular entre los patos, porque todas las Mamás Patas se la enseñan a sus patitos cuando apenas han salido del cascarón. Si conocéis algún pato, pedidle que os la cante en el idioma de los patos, que no es el mismo que el de los cisnes o el de las gallinas, claro está. Lo que no sabían los patitos era que por allí andaba escondido el Lobo Tragón, que no se había perdido ni una sola nota del canto de los patitos. (ILUSTRACIÓN). El Lobo Tragón vestía unos pantalones bombachos sostenidos por tirantes de colores, y llevaba puesto un sombrero en forma de hongo que le hacía aparecer aún más alto de lo que era.

—¡Jo, jo, jo! ¿Y qué se os ha perdido en el bosque, mis pequeños y deliciosos patitos?».».

El ataque va dirigido normalmente a la garganta de la víctima, buscando las

arterias y venas que irrigan sangre hacia y desde el cerebro. Aunque el resultado suele ser la rotura de la columna vertebral, lo que provoca una parálisis irreversible o la muerte inmediata. En el caso de Vladislakav, en Rusia, los cadáveres hallados presentaban...

«—¡Vete de aquí, malvado Lobo Tragón! —dijeron los patitos a coro—. Quique ya viene hacia el bosque con sus amigos, y como te coja te chamuscará el rabo. ¡Cuá, cuá, cuá! —El Lobo Tragón rió a carcajadas, golpeándose las rodillas con las palmas de las manos.

—¡Jo, jo, jo! ¡Qué graciosos sois, mis apetitosos patitos! Ese niño bobo no me preocupa, y si se pone pesado me lo comeré a él también. Y ahora os meteré en el saco y os llevaré a mi casa, y así durante el camino tendré ocasión de resolver un curioso problema: ¿Os comeré fritos, o en adobo? ¿Os prepararé asados, o en salsa de arándanos? ¡Jo, jo, jo!».

En todos los casos los cadáveres han sido eviscerados y parcialmente devorados, al igual que lo haría una manada de lobos. Las vísceras suelen ser desechadas, salvo el hígado y en ocasiones, el bazo. Las autopsias llevadas a cabo demuestran sin lugar a dudas que...

No puedo seguir, pensó Daniel cerrando bruscamente el cuaderno. No había manera de concentrarse, de dejar de pensar en aquellos manuscritos amarillentos escritos por un loco seguramente en aquella misma casa, quizá en la misma habitación. Cuando el cura se marchó, Daniel había continuado leyendo hasta la madrugada aquellos papeles de letra apretada y diminuta, perfectamente alineada en los márgenes. Letra de psicópata que aún no sabe que lo es, medida hasta el extremo, demasiado equilibrada y perfectamente legible a pesar de su pequeñez, exhibiendo horrores y más horrores con la fría y distante precisión de un cirujano. Era casi el amanecer cuando se obligó a abandonar la lectura y acostarse: en realidad, se prometió a sí mismo ocultar de nuevo el manuscrito leído a medias donde lo había encontrado y no volver a verlo jamás. Había cumplido su promesa, pero no podía dejar de pensar en aquellas cuartillas que databan de hacía casi medio siglo. Quique, Bolita y el ganso Nino tendrían que esperar; hoy no se sentía con ánimo de escribir ni de dibujar ilustraciones. En realidad sólo deseaba marcharse y retornar a Madrid, al mundo real que en algún sitio aún debería existir. Al mismo tiempo sabía que no lo haría, y no sólo por el mero hecho de que el sacerdote no se saliera con la suya. Existía otra razón mucho más profunda que aún no lograba entrever, enterrada como las raíces de un árbol en lo más hondo de sí mismo. Daniel no la conocía, ni quería conocerla; el instinto le decía que pronto iba a saber mucho más de estos asuntos de lo que nunca deseara.

Al día siguiente se levantó tarde, a pesar de que apenas había podido dormir. Bajó al pueblo en busca de provisiones, sintiéndose algo mejor a pesar del cansancio; la luz del día suele calmar nuestras angustias nocturnas con mayor eficacia que cualquier razonamiento, por lógico que este parezca. El paseo de más de media hora

por el camino que conducía hacia Cereixo le despejó en cierta medida, aunque bien sabía que por la tarde iba a encontrarse mucho más que agotado. Pero de momento caminaba en silencio, maravillándose de los colores que el otoño ponía en los fresnos y los alisos que bordeaban el sendero, engalanados de rojo y pardo mientras esperaban perder sus hojas. Más o menos hacia la mitad del camino, observó a lo lejos el tejado puntiagudo de una casa que a primera vista le pareció abandonada. Él no lo sabía, pero lo que había ante sus ojos era la vieja casa del Coronel, construida sobre una quebrada de la colina hacía ya siglos por sus primeros propietarios, de tal modo que sólo el tejado (rematado por una veleta en forma de gallo) era visible desde el camino. Pero por alguna razón, la casa no le gustó: le dio la impresión de ser un gigante agazapado y hostil; hostil sobre todo con los extraños, como él mismo. A medida que pasaba más tiempo en la comarca, más se acrecentaba en él esta sensación de ser un extranjero, un intruso en aquellos parajes que parecían sacados de una fábula siniestra. A la región no le gustaban los forasteros, pensó. Quizá el cura tuviese razón, quizá debería haberse marchado. Apartó de un manotazo imaginario estos pensamientos y continuó caminando. Aún tardó un buen cuarto de hora en divisar las primeras casas de Cereixo, pero el pensamiento no quería marcharse.

De hecho la idea parecía verse recalcada por los aldeanos, aunque Daniel no sabía si atribuir estas sensaciones a su propia manía persecutoria. Según sus propios cálculos, llevaba demasiado tiempo sin beber y eso le alteraba el ánimo, para bien o para mal. El caso es que le pareció que los vecinos rehuían su mirada, y que la amabilidad del primer día había dado paso a una cortesía distante, cuando no fría como el hielo. Hizo sus compras con rapidez (comida y bebida en los ultramarinos, unas cuantas bombillas y una linterna en un minúsculo local que hacía las veces de carpintería y ferretería) y las metió en unas bolsas de plástico que prometían dejarle los dedos bien hinchados antes de llegar a casa. El viaje de vuelta iba a ser agotador pero Daniel lo enfrentó de muy buena gana, deseando alejarse del pueblo lo más pronto posible.

Qué gente tan extraña, pensó, mientras las últimas (o las primeras) casas de Cereixo se perdían en la distancia. Pero se equivocaba. La gente no era necesariamente más extraña aquí que en Madrid o en Bruselas o en Montevideo. Sencillamente estaban asustados, y su aislamiento les llevaba a desconfiar de los forasteros. Mas aún cuando la llegada del forastero en cuestión casi había coincidido con el asesinato de uno de los vecinos. Daniel, por su parte, aún no sabía nada de lo que había ocurrido con Mauro Regueiro. Nadie se lo había dicho mientras hacía sus compras, y él no había preguntado. Aunque no había que ser un mago para adivinar que algo iba mal en Cereixo.

Hizo varios altos durante el camino de regreso; las bolsas de provisiones eran pesadas, y su vida sedentaria no le había acostumbrado a las caminatas. En una de esas pausas le sorprendió el silencio absoluto que reinaba en el sendero, rodeado de un espeso bosque. Aguzó el oído, buscando en vano trinos de pájaros o el corretear

nervioso de algún animalillo entre la maleza. No podía oír nada en absoluto, salvo sus propios jadeos de fumador incorregible que ya iban remitiendo poco a poco. Paseó la vista en torno, encontrándose a lo lejos una pequeña mancha negra y puntiaguda en medio de un mar de tonos verdes: el tejado de la vieja casa del Coronel. *Está demasiado lejos para pedir ayuda*, pensó sin saber por qué. Fue entonces cuando comenzó a percibir el hedor; no de manera paulatina sino bruscamente, como si de repente hubiese metido la nariz en el interior de una bolsa llena de desperdicios. Pero no olía exactamente a basura, no al menos como la basura humana. Era el olor característico de la jaula de fieras de un zoológico, acre y persistente, imposible de olvidar. Agarró sus bolsas de plástico y al momento volvió a dejarlas otra vez en el suelo, como si alguien se lo hubiese ordenado. De nuevo volvió a mirar a su alrededor muy despacio, moviendo levemente la cabeza. Por nada del mundo quería perturbar aquel silencio sobrenatural que se había adueñado repentinamente del bosque. Vio los árboles inclinados sobre el sendero, observó la caída en vaivén de una hoja con la misma atención con que hubiera contemplado la creación del mundo. Una minúscula oruga sorteaba a sus pies briznas de hierba y piedrecillas, absorta en sus propios asuntos. Una fila de hormigas negras caminaba deprisa al borde de la vereda, entrechocando sus antenas al cruzarse. *Silencio, no te muevas, no se te ocurra hacer ruido*. Unos pasos más adelante vio una zona embarrada con algunos charcos como lagos diminutos, que le habían manchado las zapatillas durante el trayecto de ida. Vio sus propias huellas a rayas onduladas sobre el barro, parecidas a los dibujos de los neumáticos. Pero al lado de las suyas había otras huellas: la curiosidad de Daniel pudo más que su prudencia.

Se acercó unos pasos muy despacio, sin dejar de mirar al suelo. Cada minúsculo crujido de las piedrecillas bajo sus suelas le estremecía, se le antojaba un trueno en medio de aquella quietud. Al fin se agachó y examinó la huella moldeada en el barro, justamente al lado de la suya; fue entonces cuando el miedo, que hasta entonces había tenido a raya bajo la forma de un cierto desasosiego, se le agarró al estómago con unas tenazas heladas. Aquello era la huella de una mano, una mano grande y deforme como una garra. Alguien había estado caminando en medio del sendero *con las manos*. Un crujido a su espalda le hizo volver la cabeza como impulsado por un resorte: no vio nada, pero una gran mata de enebro al borde del camino aún temblaba levemente. Seguramente algún animalillo silvestre escapando hacia su madriguera. O quizá un golpe de viento, pese a que bajo el cielo azul las hojas de los árboles estaban tan inmóviles como si fuesen pintadas. Daniel se incorporó y recogió sus bolsas intentando no pensar en nada. Pero entonces el olor a leonera que casi había olvidado mientras examinaba la huella, le envolvió de repente como un manto de pestilencia. Porque ahora sí se había levantado un poco de viento, que soplaba justamente desde la dirección del enebro. Daniel se quedó petrificado mirando los matorrales sin ver absolutamente nada fuera de lo común, casi ahogado por aquel hedor envolvente. Y entonces supo que el peligro estaba en el enebro. Si había algo escondido allí, lo que

quiera que fuese, lo encontraría tras el enebro. *Dios, ten piedad de mí. Está aquí, me está mirando. El Lobo Tragón me está mirando.* Daniel se tambaleó y supo que estaba a punto de desmayarse.

Papá, ella dice que te marches. Pero ten cuidado y no corras, tienes que irte despacito, muy despacito. Aquella era la voz de Cristina, pensó alucinado. ¿De dónde venía? *Papá, no lo asustes, no le gusta que le vean. Vete andando despacito y sin mirar. Ella lo dice así.* Quién es ella. Donde estás, donde estás, cariño, pensó sin atreverse a desplegar los labios. No hubo respuesta alguna ni Daniel la esperaba; de nuevo estaba solo en el silencio del sendero con aquel hedor implacable que le ahogaba por momentos. Tuvo que esforzarse en mantener el equilibrio mientras daba un paso hacia delante, y después otro y otro más. Parecía una huida dentro de una pesadilla, en la que las zancadas se hacían más lentas mientras más se esforzara en apresurarse. Pero continuó caminando con la lentitud de un caracol sin mirar a otro sitio que no fuera el suelo, sin atreverse a pensar, intuyendo que lo que uno piensa demasiado acaba por suceder. *¡Corre, estúpido! ¿No ves que está detrás de ti? Ya viene para cazarte y entonces...* No, Daniel no se dejaría engañar ahora por las argucias de aquella otra voz a la que odiaba. Correr significaba la muerte, eso lo había sabido desde el principio. Así que caminó aún más despacio, como si se hallase en el interior de una película proyectada a cámara lenta, sin hacer caso a la voz. Pero era imposible no pensar en el enebro. Así es que tuvo suerte mientras alzaba una pierna y la posaba suavemente en el suelo, y después levantaba la otra y volvía a apoyarla en un espacio de tiempo que parecía durar siglos; tuvo suerte de que acudieran en su ayuda las preposiciones. Las recitó mentalmente de corrido, pero despacio, tal y como le habían enseñado a hacerlo en quinto de primaria. Descubrió que las preposiciones hacían callar a la voz, le impedían pensar. A, ante, bajo, cabe, *muy bien, un paso más*, con, contra, de, desde, en, entre, *¿me está mirando todavía?* ... hacia, hasta, para, por, según, sin, so, sobre, tras. *¿Y ahora? No pienses, no te detengas, vuelve a empezar.* A, ante, bajo, cabe, con, contra, de, desde...

Quizá había recitado las preposiciones cincuenta veces cuando se percató de que el olor había desaparecido. No del todo, pero ahora parecía tan débil que ni tan siquiera resultaba desagradable. A pesar de ello no se atrevió a mirar atrás; si lo hubiese hecho, sólo habría podido vislumbrar un recodo del camino, bordeado de aulaga y brezo blanco. En lugar de ello apretó el paso, al principio de una manera casi imperceptible, cada vez un poco más, hasta que terminó llegando a la casa a plena carrera. Aquel día ya no volvió a salir ni hizo ninguna otra cosa que recordase más tarde, salvo atrancar bien las puertas y las ventanas, y emborracharse lo más rápidamente que le fue posible.

Lycaon fue rey de la Arcadia en el tiempo de los Grandes Dioses. Era un monarca próspero y poderoso, que había conducido a su pueblo desde el antiguo salvajismo de

las cavernas hacia una civilización bella y floreciente. Mas, pese a todo, Lycaon conservaba aún en lo más profundo de sí mismo la semilla de la Bestia: se dice que ordenaba sacrificar a los forasteros para devorar su carne en horrendos banquetes secretos. Intrigado por estos rumores, el Padre Zeus descendió del Olimpo disfrazado de mendigo y pidió hospitalidad en tierras de la Arcadia. Lycaon pensó en hacer compartir a su huésped el destino reservado a todos los demás forasteros, pero en el último momento se percató de la verdadera identidad del visitante, y ofreció a Zeus un suntuoso festín. Todo habría terminado bien para Lycaon de no ser por su macabro sentido del humor, que le inspiró fatalmente para gastar una horrenda broma al Padre de los Dioses. En efecto, el rey de la Arcadia ordenó cocinar y sazonar la carne fresca de un niño recién asesinado, y la sirvió con sus propias manos en la escudilla de su ilustre invitado. Ninguno de los presentes habría podido adivinar nunca el origen de aquella carne tierna y jugosa. Pero el Padre Zeus conoce el pasado y el futuro, y también aquello que impulsa las vidas de los mortales y los dioses: lleno de cólera, Zeus maldijo a Lycaon y a todos sus descendientes, convirtiéndoles en lobos perpetuamente hambrientos. Cuentan que el rey escapó aullando hacia la oscuridad en la forma de una bestia tenebrosa, a la que más tarde dieron muerte los hijos de Anteo el Gigante. También se dice que la maldición permanecerá inmutable al paso de los siglos y las eras, al menos mientras la luna continúe su peregrinaje nocturno a través de la bóveda celeste.

El chico se acercó un poco más a la fogata mientras miraba de reojo los pechos de la muchacha: aquello era glorioso, aunque la estrecha de Sonia sólo se había dejado sobar un poco por la tarde, simulando estar bastante más borracha de lo que estaba. Pero esta noche nada de nada, otra vez a hacerse la santita. *Vaya por Dios*, pensó el muchacho. *Y eso que lleva una minifalda como para empalmar a todos los monjes de la Cartuja.*

—Déjame ya, tío, no seas coñazo.

Cuánta virtud repentina. Estaba claro; habría que concederle el título de Calientabraguetas Oficial del Reino. Encendió un canuto con resignación, sin poder apartar los ojos de aquellos muslos infinitos que la minúscula falda no ocultaba en absoluto. Había que ver cómo venía a un fin de semana en el campo, como si acudiese a la puñetera discoteca. Blusa anudada justo encima del ombligo varias tallas más pequeña de lo necesario y minifalda rosa; sólo le faltaban los tacones de aguja.

—Vamos, dale una caladita, Sonia. Estás muy tensa.

—Ya sabes que no fumo de eso. Te lo he dicho mil veces.

Ya la he cagado otra vez. Qué fácil es cagarla contigo, Sonia, pensó con rencor. En la tienda de campaña más cercana, Carlos se afanaba a base de bien con su novia de entonces, la bella Laura. Que por cierto estaba igual de buena que Sonia y no tenía

ni la mitad de sus tonterías; qué suerte la de Carlitos. Bueno, suerte no, la verdad es que Carlos se lo curraba del diez con las mujeres. Coño, el tío era más feo que Satanás, pero a todas les caía simpaticísimo. ¿Cómo se las apañaba? Desde donde estaban podían escucharse perfectamente los grititos de ella y los empujones rítmicos de su amigo Carlos, sincronizados como un reloj. Al menos había alguien aquí pasándolo bien. Y él con la estrecha, de meditación a la luz de la fogata, vaya plan. Sonia estaba muy buena, no cabía duda de eso, pero el chico estaba empezando a pensar que era más tonta que un zapato.

Habían salido los cuatro de Oviedo el viernes, con la secreta esperanza (al menos para el muchacho) de un largo fin de semana lleno de mucho sexo, algo de drogas, nada de *rock and roll* y un poquito de naturaleza. Sonia ya había dado la nota nada más salir: se presentó a la cita vestida como una putilla de tres al cuarto. Naturalmente todos llevaban ropa deportiva o al menos cómoda (por ejemplo, el muchacho vestía su camisa caqui y los pantalones verde oliva, con un impermeable por si les llovía y sus buenas botas de montaña) y ella nada, acudió como si fuera a presentar la jodida gala de los Grammy. La segunda campanada de Sonia tuvo lugar en Umbría, donde pararon a desayunar en un bar de las afueras. Pidieron café y tostadas, y ella, ni corta ni perezosa, se va para la barra y le pide al tío una Coca Cola Light. ¡Una Coca Cola Light, a las diez de la mañana! Nadie hizo comentarios mientras se bebía su Coca Cola de los cojones, pero ellos tres se miraron como si acabaran de descubrir a los marcianos. Después la tía tuvo un comportamiento más o menos normal, con algunas cursiladas como que si leía a Cernuda (¿o era Neruda?) pero bueno, más o menos pasable, después de todo. La primera noche no le dejó ni acercarse —mientras Carlos y Laura se lo montaban como conejos en la otra tienda— pero esto entraba aún en sus expectativas. Al fin y al cabo, todavía era demasiado pronto. El sábado amaneció prometedor; una buena caminata por la mañana para respirar aire puro, bocadillos de sardinas y mucha cerveza para almorzar, y luego una siesta indolente bajo los pinos, donde... —¡música de campanas, por favor!— la virginal Sonia se había dejado acariciar al fin sus magníficas tetas, incluso que el muchacho le lamiera un poquito los pezones. Pero lo que parecía el inicio de una de las mayores hazañas sexuales del siglo XXI había quedado justamente en nada: a partir de aquí a Sonia se le debió pasar de golpe la borrachera, o bien recordó súbitamente que era lesbiana, o que su deber en la vida consistía en ingresar como monja de clausura, quién diablos sabe. El caso es que dedicó al muchacho una de esas miradas que hubieran podido dejarle helado, de no ser porque él ya estaba a punto de romper los pantalones. No le dejó frío, no. Más bien de muy mala leche. *Anda, chico* —parecía decirle con los ojos—, *vete detrás de las matas y practica un poco el noble oficio de Pajero Solitario, conmigo ya has terminado*. Todo ello muy frustrante, la verdad. El muchacho sospechó que volvería a la ciudad con el mismo índice de polvos con el que había salido; bajito, muy bajito. Así de cruel era la vida.

Hacía cada vez más frío y la niebla espesaba en el claro del bosque; el chico

aprovechó la circunstancia para acercarse más a la fogata y de paso a su distante compañera. Le acarició el muslo en lo que pareció un gesto espontáneo y distraído, que en realidad llevaba varios minutos considerando meticulosamente. Durante un segundo pudo recrearse en aquella piel suave antes de que la muchacha le apartara bruscamente. Ahogó su ira y decidió jugar el papel de víctima. No es que diera nunca grandes resultados, pero no se le ocurría otra cosa.

—Joder, Sonia, no sé por qué me tratas así. ¿Qué es lo que te he hecho, si puede saberse?

La muchacha volvió hacia él unos ojos redondos como platos. Intuyendo que aquella mirada no traería nada bueno, el chico se anticipó con rapidez.

—Quiero decir que los dos somos adultos, ¿no? Tú me gustas, me caes muy bien, eres una tía fantástica y muy inteligente —las pequeñas mentiras ayudaban mucho a una noble causa—. Quiero decir...

—No digas más chorradas, por favor. No quiero, y ya está.

—No estoy diciendo chorradas. De verdad, Sonia, somos universitarios, somos adultos. —Aquí se embrolló consciente de que se había repetido, y por un momento no supo continuar—. No suponía que fueses tan puritana, al menos después de lo de esta tarde.

—Y tú todavía eres un niño. Como todos los hombres.

Bienvenidos al maravilloso universo de los tópicos, pensó el muchacho fastidiado. De repente estaba harto de estar aquí, pasando frío en medio de este estúpido bosque gallego con esa estúpida que iba de santita y aquella estúpida fogata que ya se consumía. ¿De quién había sido la idea de venir aquí? De Carlos, claro. Las ideas siempre eran cosa de Carlos, las buenas y las malas. *Eh, tío, voy con Laura de acampada el fin de semana, también viene una amiga suya, ¿te apuntas?* El chico preguntó si la amiga de Laura tenía novio y si era atractiva, aunque no utilizó estas mismas palabras para hacerlo. Por lo visto no tenía novio, y Carlos contestó a la segunda pregunta con un expresivo gesto que valía más que mil palabras: el idioma de los jóvenes no siempre es tan simple como parece, pero tampoco es que haga falta un diccionario para traducirlo. Naturalmente que me apunto, dijo el chico. Carlos estaba encantado con su proyectada excursión: *Ya verás, chaval, me han hablado maravillas del bosque de Cereixo, eso está en Lugo, lo vamos a pasar como los indios. Hay que desconectar de las clases y los jodidos exámenes. Hasta el lunes no quiero saber nada de la facultad. «Oye, y esta amiga de Laura, si se tercia tú crees que...».* Sí, hombre, si se tercia. *Anda, vamos a tomarnos unas cervezas. Que estudie hoy su puta madre.* Y en el bar de los estudiantes (ante dos botellines de tercio por los que les cobraron setenta céntimos a cada uno). Carlos continuó cantando glorias y alabanzas del maravilloso lugar al que se suponía que iban: *Ya verás, es un bosque virgen, me han dicho que está prácticamente inexplorado. Hay robles, abedules, castaños... qué sé yo. Un sitio precioso; muy tranquilo y muy agreste.* Lo de agreste lo repitió diez o doce veces, cuando a Carlos le agradaba una palabra en particular

resultaba difícil que se la sacara de encima en varios días. El caso es que ayer se subieron con sus mochilas a bordo del cuatro latas de Carlos y hala, a devorar kilómetros hasta la frontera gallega. Y ahora estaban en aquel maravilloso (y agreste) bosque, en el confín del mundo, y algunos lo estaban pasando mejor que otros.

—Qué pasa, tíos. Os veo bastante aplanados.

Carlos y Laura habían aparecido de pronto en torno a la candela con unas caras en las que brillaba la felicidad en estado puro: no era para menos. Al muchacho le pareció que Laura caminaba con las piernas un poco arqueadas, aunque quizá fuera sólo una figuración suya. Los recién llegados se sentaron ante la fogata moribunda, y la tonta felicidad que irradiaban empezó a fastidiar cada vez más al muchacho. Mientras tanto, Sonia miraba fijamente al horizonte, ajena a todo.

—Estás muy seria, Sonia —dijo Carlos—. ¿Te encuentras bien?

—Sí. Sólo estaba pensando en el futuro.

Sonia no podía saber que ella ya nunca tendría futuro, como tampoco Carlos o Laura, y quizá ni siquiera el muchacho. Se rieron. Es fácil reírse del futuro cuando crees que tienes todos los años del mundo por delante, y la condición de adulto es un monstruo inimaginable que no llegará jamás. En eso tenían razón, aunque no en la forma en que creían. Porque ellos ya no tenían ningún futuro y lo peor de todo era que aún no lo sabían. Pero no iban a tardar en averiguarlo.

—Propongo unas manitas de cartas, a euro la apuesta, ojo, no admito menos — Carlos se quedó un momento pensativo antes de continuar—. O mejor, contemos historias de miedo. Conozco una terrorífica y además totalmente auténtica. Pero no sé si contarla; es demasiado horrible, la verdad.

—Carlos, por favor —dijo Laura—. Juguemos a las cartas, anda.

—Ya está la cobardica como de costumbre. ¿No sabes que hay que respetar la tradición? En todas las acampadas se cuentan historias de miedo por la noche ante la fogata, eso es obligatorio. Bueno, empiezo:

—¿Tiene mucha sangre, Carlos? —preguntó el muchacho.

—Sí, es una historia espantosa y totalmente verídica. Pero no me interrumpáis. Bien, pues érase que se era una pareja de novios que iban conduciendo de noche por una carretera secundaria, un camino de tierra más bien, rodeado de bosque... Sí, de un bosque muy parecido a este, qué casualidad.

—Carlos, basta. Por favor.

—Venga, Laura, cariño, no seas pesada. Que yo cuente la historia no significa que te vaya a pasar nada a ti... aunque podría pasarte, desde luego. Está bien, prosigo: sucedió que se quedaron sin gasolina en mitad del camino, y el chico no tuvo más remedio que echar a andar hacia la carretera principal, para ver si encontraba una gasolinera. La muchacha —una rubia muy guapa como tú, Laura— se quedó esperándolo en el coche. Bueno, no sé si sabéis que antiguamente, cuando no había manicomios, la gente de los pueblos desterraba a los locos al campo: allí vivían como animales y había locos de todas clases, pero sobre todo de los violentos. Ya sabéis,

auténticos psicópatas asesinos, de esos que sólo disfrutaban matando seres humanos.

—Por favor, cariño, por favor —Laura tenía los ojos llenos de lágrimas. ¿Hasta dónde pensaba llevar Carlos la pesada broma?, se preguntó el muchacho. Ya era más que suficiente, su amigo se estaba pasando algo así como diez pueblos.

—Déjalo ya, Carlos. ¿No ves que está aterrorizada?

—Que no sea tan cobarde, que ya tiene veinte años, es toda una mujercita. Parece mentira, Laura, que tengas que hacerme esta escena delante de los amigos. El otro día alquilamos la peli de La Señal y tuve que quitar el vídeo a los diez minutos, como lo oís. En fin, dejémoslo correr. El caso es que el tiempo va pasando, una hora, después otra y otra más... la noche cada vez más oscura y el chico que no regresa. La muchacha está cada vez más nerviosa, y piensa si debería salir del coche para buscarlo. Pero entonces comienza a escuchar unos alaridos aterradores...

—Eres un cerdo —Laura sollozaba, apenas se entendían sus palabras—. Me voy a la tienda. No quiero seguir escuchándote.

Carlos sintió algo parecido a una punzada de remordimiento. Pero, a pesar de ello, no pudo resistirse a colocar la guinda final en su pesada broma:

—Eso es. Haces muy bien, vete a la tienda, *sola*. Y métete en el saco de dormir, *sola*. Y cuando unas garras heladas rodeen tu dulce cuello y comiencen a estrangularte, piensa que vas a morir *sola*... —la chica gimió más fuerte, ya aterrorizada por completo—. Oh, Dios, soy un gilipollas. Lo siento, cariño.

Laura lloraba ahora acurrucada y temblorosa, incapaz de dar un paso fuera del círculo protector de la fogata. Carlos se levantó y la abrazó acariciándole el pelo; la chica estaba demasiado asustada para rechazarlo.

—En una cosa sí tienes razón, Carlos —intervino Sonia—. Eres un auténtico gilipollas.

—Vaya. Tú hablas poco, pero cada vez que lo haces no lo desaprovechas. Sí, es verdad, he sido un imbécil, pero eso ya lo he reconocido yo solito —Carlos se volvió hacia la llorosa Laura—. Venga, nena, perdóname. Vamos, deja de llorar. No hay ni un gramo de verdad en toda esa estúpida historia. No volveré a contar esas tonterías en toda mi vida, te lo prometo. Anda, no llores más.

—No puedo —gimió Laura—. Tengo mucho miedo.

—Venga, ya estoy yo aquí contigo. Hemos venido a pasarlo bien, ¿no es así? Voy a por la baraja, damas y caballeros, se admiten apuestas. No llores más, mi vida. Mejor dame un buen tirón de orejas, me lo merezco por capullo.

—Laura, tu novio es un tonto y eso ya lo sabemos —dijo el muchacho—. Pero nadie tiene la culpa, y esa es la cruz que te ha tocado en la vida. Anímate, mujer, vamos a echar unas partidas.

—Callaos todos un momento —dijo Sonia.

¿Y ahora a ésta qué le pasaba?, pensó colérico el muchacho. Ya habían conseguido que Laura se secara las lágrimas y empezara a sonreír, pero no era posible desobedecer el tono de alerta de aquella voz. Quedaron todos petrificados en un

instante de silencio que pareció durar una eternidad.

—Hay algo allí. Se mueve.

—Sonia, no tiene ninguna gracia.

—Está allí. Mirad.

Al principio no vieron nada, salvo los árboles difuminados bajo la pálida luz de la luna. Después les pareció que una sombra se movía lentamente al borde del claro, pero aún dudaban que todo ello no fuera más que un extraño efecto de luz. De pronto aquella forma indefinida se detuvo y dobló súbitamente su estatura, enmarcada entre los árboles que conducían al sendero. Ya no podían negar que allí había algo.

—Lo estoy viendo —dijo el muchacho.

—Es un *jeep* de la Guardia Civil —susurró Carlos con un hilo de voz—. Nos va a caer una buena multa, está prohibido hacer fuego en el bosque.

—¿Qué está pasando? ¿Alguien puede decirme qué está pasando? —Laura sí estaba ahora al borde de la histeria, temblando como una hoja. *Ojalá pudiera explicártelo*, pensó el muchacho. Se le ocurrió que era muy raro no haber escuchado el motor del coche, y más extraño aún que la Guardia Civil hiciera sus rondas a oscuras. Pero él también deseaba que fueran los agentes, que les propinasen una bronca monumental y una multa de campeonato. Ahora estaban los cuatro inmóviles en torno a la moribunda fogata, observando aquella sombra que se desplazaba de nuevo entre los matorrales. *Se está alejando, lo que quiera que sea se está alejando*, pensó el muchacho. Pero entonces Laura vio por fin la silueta oscura recortada en la noche, y comenzó a gritar.

En eso consistió precisamente la verdadera fatalidad, porque el muchacho tenía razón: aquella cosa se marchaba. Esta noche no tenía hambre, había comido un venado casi entero y se acercó a la luz impulsado por lo que en él hacía las veces de curiosidad. Había escuchado las voces incomprensibles desde la fogata que le traían recuerdos de lo que nunca había vivido, y que él se esforzaba por desentrañar en su mente atiborrada de imágenes sin palabras. ¿Tal vez había soñado alguna vez con estas voces? No podía saberlo, su memoria pocas veces abarcaba más de un día o unas horas, y por lo demás no solía diferenciar el sueño de la vigilia. Pero al fin se cansó de lo que no podía comprender y se alejó silenciosamente hacia el cubil. Fue entonces cuando escuchó los gritos de una de las hembras, y eso le hizo volverse súbitamente encolerizado. Comprendió que le habían visto mientras aquellos alaridos afilados como espinas le torturaban los oídos y le nublaban la mente. La herida del hombro (el eterno recuerdo de la escopeta de Mauro) latió súbita y dolorosamente, aumentando aún más su ira. No le gustaban los gritos ni los golpes, le hacían sentirse nervioso y sobre todo muy enfadado. Así que cambió de repente su rumbo hacia la luz de la fogata iniciando un galope cada vez más furioso, con el único deseo de acabar con los gritos agudos que le atormentaban.

Nadie sabe de quién fue en realidad la culpa y al muchacho estas cosas ya no le importan. Quizá de Laura, por haber perdido tan fácilmente los nervios y empezar a gritar como una niña histérica. O tal vez de Carlos, con su estúpido cuentecito que la había conducido de la mano al pánico más irracional. Puede que incluso de Sonia: ¿por qué habría tenido que hacerles notar aquella silueta que a todos los demás les hubiese pasado inadvertida? El muchacho no lo sabe. Tampoco recuerda ya cómo aquella cosa se acercó a cuatro patas como una exhalación y se arrojó sobre Laura con las fauces muy abiertas, buscando la garganta. Hubo un chasquido metálico de dientes y huesos rotos, y los gritos de Laura cesaron de repente, como si alguien hubiese pulsado un interruptor. Pero ahora todos los demás también gritaban; incluso el muchacho, pese a que era incapaz de mover un solo músculo o de creer que todo aquello estuviera sucediendo. Carlos intentó trepar a un árbol, pero aquello lo agarró por los tobillos y lo tiró al suelo. Aún tuvo tiempo de decir algo que el muchacho no entendió, antes de que el monstruo salido de la noche le estrellara la cabeza contra el tronco del árbol. Hubo un estallido similar al de una bomba llena de sangre y huesos destrozados, antes de que el visitante inesperado prestara atención a la presencia del muchacho inmóvil, que ya ni siquiera gritaba. *Ya está, así que esto es la muerte, que sea rápido*, pensó casi con tranquilidad mientras aquella mole de garras y colmillos avanzaba hacia él a grandes trancos. Pero entonces ocurrió lo inesperado; la Bestia redujo súbitamente su marcha hasta detenerse casi a quemarropa a menos de tres metros del chico, como si dudara. El Hombre y la Bestia se miraron fijamente durante un segundo, antes de que aquella saltara hacia la izquierda y comenzara a galopar hacia el sendero. Hacia allá también corría Sonia, gritando y sollozando a la vez sobre sus bonitos zapatos de ciudad, tan inadecuados para el campo. Llegó a subir la pendiente y se perdió ladera abajo tomando cierta ventaja, pero la persecución era demasiado desigual. También aquello atravesó la cuesta como si volara, aunque la loma de la colina impidió al muchacho contemplar el último acto. Pero sí pudo escuchar claramente los gruñidos bestiales y los jadeos de terror, la voz llorosa de Sonia suplicando que no la matara y por fin, el último quejido de agonía. Lo último que llegó a ver el muchacho antes de desmayarse fue cómo aquella cosa traía auestas el cuerpo sin vida de su presa y lo arrojaba ante él, para que se alimentase.

Daniel se levantó el domingo con una resaca espantosa que ni siquiera varias duchas frías pudieron aliviar; después hizo las maletas apresuradamente e intentó telefonar en varias ocasiones a Anxo para que viniera a recogerle en el Land Rover, pero su primo no contestaba. Tomó una copa matutina, y se dedicó a hacer tiempo observando con desconfianza las cabezas de animales disecadas en el salón; ya estaba absolutamente convencido, no podía continuar ni un día más en esta casa. Lo de ayer había sido más que suficiente. Ahora sólo pensaba en marcharse a Madrid, volver al hogar y alejarse de este lugar siniestro. Lo primero que haría al llegar a la estación

sería trincar una borrachera de campeonato en el primer bar que pillase abierto, se la había merecido. Volvió a marcar con impaciencia el número de Anxo, sin resultado alguno. Pensó entonces en despedirse a la francesa: el camino a pie hasta Cereixo cargado con las maletas sería agotador, pero allí seguro que encontraría algún autobús para Lugo. Y si no, tal vez pudiera convencer a alguno de los taciturnos lugareños para que le llevase a la ciudad en coche. No serían tan huraños como para no aflojarse a cambio de unos cuantos billetes. Se estremeció recordando el horror de aquel camino que ahora volvería a cruzar cargado con sus dos maletas, pero estaba dispuesto a hacerlo. No era sólo la ansiedad por abandonar aquellos lugares la que le impulsaba; de algún modo intuía oscuramente que ahora no iba a correr ningún peligro. Cereixo no se opondría a su marcha: el camino era *seguro*. ¿Continuaría siéndolo esta noche? Daniel no iba a poner la mano en el fuego por ello y, desde luego, no iba a quedarse para averiguarlo.

Intentó comunicarse una última vez con Anxo, con el mismo resultado que de costumbre. Entonces se decidió de una vez por todas, mientras agarraba sus dos maletas con intención de no soltarlas hasta llegar a Madrid. Dio dos vueltas a las llaves (ya se las mandaría por correo a Anxo, pensó) y echó a caminar por el sendero a buen paso. El tímido sol de octubre le recibió con amabilidad al principio, para más tarde ir trepando malévolamente por el cielo y derretirle el cerebro a fuerza de calor: Daniel sudaba ahora como un condenado a galeras. Las maletas, que dieran la impresión de ser ligeras los primeros trescientos metros, parecían ahora encontrarse rellenas de plomo. El camino resultaba agotador, pero Daniel persistió ayudado por la sola fuerza de su testarudez. Sin embargo, no pudo evitar hacer cada vez más pausas y que estas fueran cada vez más prolongadas y jadeantes. Maldijo en voz baja a todos y cada uno de los cigarrillos fumados en el pasado y, a un paso que se asemejaba bastante al de una tortuga particularmente agotada, llegó casi sin darse cuenta al recodo del enebro.

Se detuvo hipnotizado, sin poder dejar de mirar al arbusto. El cansancio y el calor le habían hecho olvidar de momento el pánico que sintiera en este recodo gris y solitario, pero ya no había charcos ni huellas en el barro. El enebro seguía allí, alto y frondoso, con minúsculas bayas oscuras colgando de las ramas. Daniel deseó hacerle mil preguntas, pero en lugar de ello husmeó el aire con inquietud. Lentamente fue tranquilizándose de nuevo; no había rastro alguno del olor. Su intuición no le había engañado, el camino era seguro por ahora. Paseó la vista alrededor encontrándose otra vez con el tejado de la vieja casa a cierta distancia del camino, casi enterrada en un mar verde de castaños, álamos y abedules. «Es un buen paseo, pero no tan largo como de aquí al pueblo», se dijo. Entonces se sentó sobre una de sus maletas, considerando detenidamente la situación. Estaba horriblemente sediento y muy cansado, no tenía agua y al menos le restaba una hora de camino hasta Cereixo, al paso que iba. Llegaría destrozado, si es que podía seguir arrastrando las maletas.

Fue entonces cuando la idea apareció de pronto en su mente, acompañada de un

suave murmullo de agua fresca. Y Daniel no tuvo fuerzas para rechazarla.

«La casa no está a más de diez minutos, eso es seguro. Y el dueño debe tener coche, viviendo tan alejado del pueblo. Quizá uno de esos cuatro por cuatro que ahora se han puesto tan de moda y que contaminan más que una central nuclear, pero por hoy se lo vamos a perdonar».

Miró de nuevo en torno suyo, aún inquieto por el recuerdo del día anterior. Pero aquella sensación de peligro inminente había desaparecido por completo. El enebro no era ahora más que un arbolito de ramas verdes y ocres; la extraña huella había desaparecido... ¿acaso había existido alguna vez? «Pero Cristina me habló», se dijo.

Sí, hombre, claro. El único problemilla sin importancia es que Cristina está muerta, sabes. Y partiendo de ese minúsculo detalle, es de suponer que tenga algunas dificultades de comunicación desde el Más Allá, por mucho que se trate de mensajes telepáticos o de toda esa mierda a lo Star Trek, no sé cómo ves tú este razonamiento. ¿Y el olor? ¿También me he imaginado el olor? Hombre, si has podido creer que tu hija muerta te envía notitas por cable espiritista, no veo qué dificultades podrías tener en imaginarte el aroma de los leones del circo. Reconócelo, Daniel, tú no estás bien de la azotea.

La voz sonaba ahora casi amable, lanzando sus sarcasmos con una lógica aplastante.

El mero hecho de que me estés escuchando no dice mucho en favor de tu salud mental. ¿Quién soy yo en realidad, Daniel? Yo soy lo que más temes de ti mismo. ¿Y eso qué es: la soledad, la muerte, la locura tal vez? Ah, quién sabe. Escuchas la voz de Cristina que te habla, escuchas mi voz... ¿cuándo comenzarás a oír en tu cabeza a Elvis Presley desde el Triángulo de las Bermudas, o a Jack el Destripador sugiriendo recetas de cocina? Hazme caso, Daniel, has bebido demasiado durante demasiado tiempo; tienes los sesos hechos puré. Necesitas un buen descanso, quizá diez o doce años en un manicomio de cinco estrellas con camisas de fuerza diseñadas por Darth Vader. O mejor aún, tírate a un pozo con una piedra bien gorda atada al pescuezo, así ahorrarás tiempo y dinero. ¿No comprendes que no existen niñas muertas que hablen desde la tumba? Y tampoco hay Hombres Lobo escondidos tras los arbustos. En rigor ni siquiera yo existo, Daniel: yo soy como todo lo demás, el desvarío de una mente enferma. La tuya, Daniel. Hazte un favor, hermano, deja ya de sufrir. Mira qué árboles tan bonitos, qué ramas tan fuertes. Busca una buena cuerda de cáñamo y... ¿pero qué diablos haces?

Daniel había encendido un cigarrillo y de repente lo apagó sin vacilar en el dorso de su mano. El dolor le hizo derramar lágrimas, pero no se le había ocurrido otro plan para hacer callar a la voz. La idea era brutal, pero funcionó a la perfección. No sólo había terminado de escuchar a la voz; también pudo dejar de pensar en ella, al menos por el momento. Puede que la voz tuviera razón, o puede que no. En cualquier caso Daniel no deseaba escucharla. Asió sus maletas y se encaminó campo a través hacia la solitaria casa de la colina, ignorando el dolor que latía en su mano con la cadencia

de un diminuto corazón.

El recorrido resultó en realidad mucho más largo y trabajoso de lo que le había parecido desde el sendero. Apartaba casi a puñetazos unas ramas llenas de espinas afiladas, cargando además con las maletas. El hecho de que la maleza fuese aclarando poco a poco no significó ningún consuelo para Daniel, pues fue entonces cuando la valla metálica (con el lacónico letrero de propiedad privada / prohibido el paso) le obligó a detenerse, haciéndole dudar entre la risa o la desesperación. La valla estaba coronada con alambre de espino vuelto hacia dentro, nada menos. Tan sólo hacían falta unas cuantas garitas con centinelas armados y diez o doce perros dóberman hambrientos, pensó con amargura. Aquí, el sentido común habría dictado sin duda un retorno inmediato al sendero de Cereixo, pero aceptar este pensamiento hubiese arrojado por los suelos el poco ánimo que le quedaba ya a Daniel.

No sabía lo que hacer y no quería volver; así que se dedicó a rodear el perímetro de la valla con la secreta esperanza de encontrar alguna puerta abierta. No encontró puerta alguna, pero sí una brecha de tela metálica rota de más de dos metros de altura, a través de la cual pasaron sin demasiados problemas las maletas y él mismo. No dejaba de ser curioso que a ambos lados de la abertura la valla se encontrase combada hacia fuera, y que tampoco se advirtieran señales de tenazas o alicates en los bordes. Pero la inesperada brecha en la barrera mejoró mucho el ánimo de Daniel, el cual ni siquiera pensó al atravesarla que se estaba haciendo reo de un delito.

Le ofreceré cincuenta euros si me lleva a Cereixo, y doscientos más si me deja directamente en la estación de Lugo, pensó, tan ilusionado e iluso como la lechera del cuento. *Y por una botella de agua fría le pagaré lo que me pida. Qué diablos, podría ofrecerle a cambio hasta mi virginidad trasera, tan celosamente guardada durante tantos años.* Este pensamiento le hizo reír de tal modo que tuvo que soltar las maletas para no caer al suelo. Se obligó a mantener la compostura (al fin y al cabo, alguien podía estar ya divisándole desde las ventanas) y dio los últimos toques a la historia que llevaba preparada: su madre se hallaba muy enferma, el médico había confesado con tristeza que el fatal desenlace era ya sólo cuestión de días o quizá de horas, él debía regresar a Madrid cuanto antes. El buen hijo que retorna pesaroso al lado de la madre moribunda; esa historia tenía que complacer forzosamente los sentimientos de un granjero. Quizá el hombre soltase hasta una lagrimita, quizá incluso el viaje en coche a Lugo le saliera a Daniel completamente gratis. De bóbilis bóbilis, como decían los curas. Naturalmente que el buen labriego no tenía por qué saber que la madre de Daniel había muerto hacía ya más de treinta años, era una información que sería mucho mejor ahorrarle. Y así todos tan contentos; Daniel enfilando con su locomotora hacia Madrid y el honrado labrador conduciendo de nuevo hasta su páramo gallego, con la íntima satisfacción de haber llevado a cabo una hermosa obra de caridad.

Por fin llegó a la entrada de la casa, jadeando como un búfalo herido; no había coche alguno a la vista, pero esto nada significaba. Estaría en la parte de atrás, o en

algún cobertizo que hiciera también las veces de garaje. Se acercó hasta la puerta y pulsó el timbre, que no emitió sonido alguno que él pudiese escuchar. A pesar de ello esperó un buen rato, mientras observaba el porche desvencijado y lleno de malas hierbas que crecían en las juntas de las baldosas, algunas de ellas desde lugares inverosímiles. Todo el conjunto transmitía una inquietante sensación de vejez y abandono que no gustó nada a Daniel. Volvió a pulsar el timbre, sin resultado alguno. Entonces quiso golpear la puerta con los nudillos y esta se abrió muy suavemente, como si alguien le esperara dentro.

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa?

Asomó la cabeza, sin atreverse todavía a entrar: no había nadie, al menos a la vista, pero la casa no parecía abandonada. Vio una televisión portátil con dos diminutas antenas coronadas de papel de aluminio, sobre una mesita de madera. Enfrente un sillón de cuero con varias botellas vacías a su lado, en el suelo. ¿Vodka? *Vodka y ginebra, este es otro del gremio*. Daniel atravesó el pequeño vestíbulo y entró en el salón, empezando a arrepentirse justo al instante de hacerlo. Pero ya era demasiado tarde para echarse atrás.

—Buenos días. Me llamo Daniel Morales, he encontrado la puerta abierta. ¿Hay alguien en casa?

Silencio. Toda la estancia se hallaba envuelta en un fuerte olor a lejía y amoníaco. Así era como seguramente se pretendía enmascarar el otro vaho oculto bajo los desinfectantes, rancio y algo desagradable. Olor a decrepitud acumulada durante muchos años, a viejos que no se lavan demasiado. Fue entonces cuando Daniel escuchó los ronquidos provenientes del piso superior; más bien parecían gruñidos ahogados, pero no cabía la menor duda de que alguien dormía arriba. Pensó entonces en recoger sus maletas abandonadas en el umbral y marcharse por donde había venido. Lo que en realidad hizo fue recorrer el salón a pasos lentos y silenciosos, como si temiera despertar de algún modo al durmiente de la planta superior.

La sala era en realidad mucho mayor de lo que parecía a primera vista. De hecho se doblaba en forma de L, quedando la mayor parte de la estancia (el asta de la L) fuera de la vista de un observador situado en la entrada. Resultaba una forma extraña de plantear la estructura de una vivienda, pero lo mismo podía decirse de los que construyeron la casa que Daniel había ocupado hasta esta mañana, la vieja mansión de Don Julián Taboada. El suelo se encontraba lleno de colillas; siempre las mismas, blancas con dos circulitos dorados y paralelos. El ocupante de la casa parecía ignorar la existencia de los ceniceros.

Daniel se adelantó unos pasos y miró hacia la pared opuesta, sintiendo frío de repente: una enorme bandera con la cruz gamada en el centro presidía la escena, flanqueada en ambos lados por fotografías enmarcadas de personajes de los que sólo pudo reconocer a Hitler y a Mussolini, entre otros que nada le dijeron. En otra foto en blanco y negro pudo ver a un hombrecillo de cara ratuna y anteojos oscuros, que estrechaba la mano de uno de los integrantes de una perfecta fila de soldados, todos

ellos alineados en posición de firmes. Daniel quizá podría haber sabido que el sujeto de los anteojos no era otro que Heinrich Himmler, pero no podía adivinar en absoluto que el oficial saludado por el Reichsführer SS en aquel preciso momento —entre otros cientos de combatientes condecorados el mismo día— iba a ser años más tarde el padre de aquel otro individuo que en Cereixo apodaban como *El Coronel*. Daniel suspiró con inquietud sin querer pensar en dónde se había metido y desvió la vista hacia la única estantería del salón, curiosamente instalada a cierta distancia de la pared. Vio un montón de novelitas del Oeste amontonadas de cualquier manera, de esas que se vendían hace tiempo en los quioscos de golosinas. *El Winchester de Wallace, Una Horca en el Valle, Los Pistoleros de Carson City, La Tumba del Oro Maldito...* todas ellas y muchas más firmadas en portada por Don Marcial Lafuente Estefanía. A la izquierda del anaquel superior se alineaba la literatura seria: *Raza, Estudio de un Ideal*, de un tal Félix Martín Copado. *El Día Decisivo*, de Augusto Pinochet. Dos biografías de Francisco Franco y otra de José Antonio Primo de Rivera, una más de Joseph Goebbels. *Historia de la Infantería Española Volumen III*, varios autores. *Así habló Zaratustra*, de Friedrich Nietzsche. *El Holocausto Judío: ¿Genocidio o Mentira?*, de Valerio Marini. *Historia del Tercio Legionario Don Juan de Austria*, de Bernardo Luis Jiménez de Cisneros y Espinosa. *Los comunistas vigilan*, de Jaime Montero Biedma, ediciones Nuevo Amanecer. *La Decadencia de Occidente*, de Oswald Spengler. *Mi Lucha*, de Adolf Hitler. *El Protocolo de Los Sabios de Sión...* En el anaquel de abajo se amontonaban infinidad de números atrasados de la revista *Armas y Municiones*. Daniel miró entonces detrás de la estantería y de repente quedó sorprendido, sin siquiera percatarse de que los ronquidos del piso de arriba ya se habían extinguido por completo hacía un buen rato.

Entre la estantería y la pared había un espacio cuadrangular de aproximadamente metro y medio de lado, cerrado por una trampilla de madera. La trampilla estaba asegurada únicamente con un diminuto pestillo metálico, que ni siquiera estaba echado. Aquel era el acceso al sótano, pero Daniel no llegaba a comprender por qué no habían instalado una simple puerta con una escalera de caracol, como en la casa del tío Julián. Tampoco tenía mucho sentido el lugar donde habían instalado la trampilla, prácticamente escondida en un rincón. Desde luego que la cosa no tenía ninguna importancia; supuso que el sótano habría almacenado infinidad de cosechas en su día, en la época en que todas estas casonas estaban reconvertidas en gigantescos graneros. Abrió la trampilla sin saber por qué, y no vio más que unos toscos escalones de madera descendiendo hacia una penumbra en la que se perdían gradualmente. Pero ahora el olor a vapores desinfectantes sí que le sorprendió de pronto semejante a una llamarada, como si se hubiese atrevido a mirar dentro de las fauces de un dragón. Y se le ocurrió que aquel tufo asfixiante también ocultaba tras de sí otros olores, menos penetrantes y recientes, pero mucho más duraderos. En cualquier caso, no los mismos que notó a la entrada de la casa. Cerró al fin la portezuela de madera, preguntándose molesto quién diablos le habría ordenado

abrirla. Ya se daba la vuelta cuando sintió un objeto frío y metálico apoyado contra su nuca y, pese a no tener la menor experiencia en estos lances, Daniel supo de inmediato que se trataba del cañón de una pistola.

—Date la vuelta y pon las manos donde yo pueda verlas.

—Verá, la puerta estaba abierta. Mi madre se encuentra muy enferma y yo...

—Cállate o te mato.

El rostro del Coronel le dijo lo mismo que la primera vez que lo viera en la taberna de Cereixo: absolutamente nada. Era como mirar a una piedra gris más o menos moldeada en la forma de unas facciones vagamente humanas, sin expresión alguna. También la voz era fría e imperturbable, como si brotara de algún dispositivo mecánico. Y sin embargo, Daniel supo que aquella voz no mentía ni amenazaba en vano. Si no obedecía le iba a matar sin más, era así de sencillo.

—¿Qué estás haciendo en mi casa?

—Yo... necesito que alguien me lleve a Cereixo o a Lugo en coche. Habrá visto mis maletas en la entrada. La puerta estaba abierta, no he querido molestarle, se lo juro.

—No me interesa lo que quieras o no. Contesta a mi pregunta.

Pero si acabo de hacerlo, pensó Daniel con desesperación. No se daba cuenta de que había comenzado a temblar: de repente todo aquello le parecía una pesadilla con detalles grotescos. Aquel tipo le apuntaba con una pistola Luger; un arma anacrónica, irreal. Daniel sólo las había visto antes en las películas de televisión, en manos de cruelísimos oficiales alemanes durante la Segunda Guerra Mundial. Quizá el arma ni siquiera disparara, quizá la conservaba como un adorno o una especie de espantoso fetiche nazi. ¿Y si se arriesgara...? Por un momento llegó a pensarlo, pero algo le dijo que aquel loco le mataría con la misma emoción con que se aplasta una mosca. Y seguramente ni siquiera necesitaría la Luger para hacerlo.

—Ya se lo he dicho, vi la puerta abierta y entré. Lo siento. Escuche, me marcharé y no volveré a molestarle. Yo...

—Dime quién eres. Ahora.

—Me llamo Daniel Morales. Soy escritor, escritor de cuentos infantiles. Soy de Madrid. He venido al pu... pu... pu... (*¡maldito tartamudeo!*) pueblo para terminar un libro. Por favor, no dispare.

—¿Dónde vives?

—Pues en Madrid, en la calle... Ah, se refiere usted aquí. Me he instalado en el pazo de la colina de Feira, la antigua casa de Julián Taboada. Pero ya me marchaba. Por favor, deje ya de apuntarme, se lo suplico.

—¿Qué has visto ahí debajo, Daniel?

—¿Qué?

—Debajo de la portezuela, tras la estantería. No te hagas el tonto.

—No he visto nada, se lo juro. Yo...

—Yo sí que te he observado fisgoneando. No mientas. No pensé que llegaríais tan pronto. ¿Qué has visto?

—Nada, se lo juro. Tan sólo unos escalones... Por Dios, le estoy diciendo la verdad.

—Puede que sí, puede que no. Y también puede que yo me haya equivocado contigo. Porque pienso que no eres más que un asqueroso fisgón. ¿Te gustaría que me hubiese equivocado, Daniel?

El brazo que sostenía el arma fue acercándose entre ondulaciones al rostro del intruso, como una serpiente que tratase de hipnotizar a su presa. Daniel cerró los ojos y sintió lágrimas que corrían de repente por sus mejillas, mientras el cañón de la Luger se apoyaba en su frente.

—Sí, un hijo de puta fisgón. Bienvenido a Cereixo, hijo de puta. ¿Sabes lo que hacemos con los fisgones en tiempo de guerra?

Daniel recordó de pronto su último sueño en Madrid, justo la noche antes de tomar la desgraciada decisión de acudir a estos parajes perdidos del norte. ¿Cómo podía ser posible? *Bienvenido a Cereixo, hijo de puta*. Era la voz cavernosa del Lobo Tragón, exactamente la misma voz. Durante un segundo, el asombro le impidió sentir más pánico aún.

—¿Crees en el Destino, Daniel?

—No. No lo sé. Por favor, dispare de una vez o déjeme marchar.

—Qué valiente. Yo sí creo en el Destino, ¿sabes? Y también sé que es peligroso desafiarlo. Vaya, te has meado encima, héroe.

Era cierto. Daniel no pudo evitar una furtiva mirada a sus vaqueros, donde una mancha oscura iba extendiéndose lentamente. Sintió una secreta mezcla de vergüenza y alivio latiendo bajo el miedo que le ahogaba como un mar. El Coronel encendió uno de sus cigarrillos; *Coronas*, llegó a leer Daniel en el paquete. Las mismas boquillas blancas con dos circulitos dorados. Era curioso ver en qué insignificancias se fijaba la gente cuando estaba a punto de morir.

—Como te decía, es muy peligroso desafiar al Destino. Es algo parecido a abrir la caja de Pandora, ¿vas comprendiendo? Cuando esos idiotas abrieron la caja, todos los horrores que contenía escaparon a nuestro mundo, donde ahora vagabundean libremente y a sus anchas. Al cerrarla de nuevo comprobaron que ya era demasiado tarde para retenerlos. Y sólo la Esperanza quedó encerrada en la cajita... Esta moraleja nos demuestra que nunca hay que abrir cajas desconocidas, ni trampillas de sótanos en casas que no son las nuestras. Quién sabe lo que podría salir de ellas, ¿verdad?

Daniel asintió mecánicamente. *Va a disparar, en cuanto termine el discursito apretará el gatillo, eso es lo que hacemos con los fisgones en tiempo de guerra. ¿Qué sentiré? Probablemente nada, no tendré tiempo de nada. Dios mío, tantas veces he querido morir desde lo de Cristina. Pero no así, no así.*

—Aunque, ¿sabes?, en el fondo te creo. Creo que no eres más que un idiota despistado, así que voy a dejar que te marches, Daniel. No sólo eso, incluso voy a dejar que te lleves tus apestosas maletas. (*Esmentiraesuntruocosaltaescapa*, insistía la voz en el cerebro de Daniel). Ya ves, me has pillado de buen humor. Pero no quiero volver a verte jamás, ni a ti ni a ninguno de tus amigos figones. Si te encuentro de nuevo por aquí... bueno, no voy a invitarte a una copa precisamente. Supongo que lo comprendes. No quiero volver a verte nunca, ¿entiendes? Nunca jamás, como en los cuentos infantiles. Ahora lárgate.

Daniel caminó tembloroso hasta la puerta preguntándose en qué momento oiría el disparo, si es que llegaría siquiera a escucharlo. Pero no hubo ningún disparo. Ya atravesaba la puerta cuando aquella voz inexpresiva le detuvo de nuevo.

—Has olvidado tus maletas, figón. Llévatelas, yo no las quiero aquí.

Estuvo a punto de contestar *Gracias*, pero por fortuna no dijo nada. Agarró las maletas —que ahora no parecían pesar nada en absoluto— y salió a la claridad cegadora del sol en el exterior. Anduvo torpemente campo a través hacia el sendero, sintiendo durante mucho tiempo aún aquellos ojos grises y fríos clavados en la nuca. Después puso rumbo de nuevo hacia la vieja casa del tío Julián. Allí encontró aparcado el Land Rover y dentro a su primo Anxo, que salió del coche para recibirle con una tímida sonrisa.

Anxo no había hecho ningún comentario; eso le honraba en cierta medida a los ojos de Daniel. En principio había puesto su mejor cara de circunstancias al ver llegar a su primo sucio y agotado, cargando dos maletas casi tan grandes como él mismo a través de un camino infernal. Después había mirado para otro sitio con la proverbial discreción de un gallego del campo, curtido en estos y otros silencios. Más tarde esperó pacientemente a que Daniel se duchase y se cambiase de ropa, y después inició la conversación con un tópico tan viejo como el mundo.

—Parece que ha mejorado el tiempo, ¿verdad primo?

—Anxo, yo me marchó. La verdad es que no he acabado de adaptarme bien aquí.

—Ya, ya te he visto con las maletas. Por cierto, podías haber esperado a que te recogiera en el coche. Me figuro que te has dado una buena caminata yendo y viniendo a Cereixo con todo ese peso. Pero los domingos no hay autobuses a Lugo, aunque supongo que ya lo has averiguado por ti mismo.

—Sí. Así es.

Daniel comprendió entonces que no iba a contar nunca a su primo el episodio sucedido en la casa del Coronel. Ni a su primo Anxo ni a nadie en el mundo, jamás. Era mejor sepultar esa experiencia en la memoria para siempre, si es que no podía olvidarse. O al menos intentarlo.

—Primo, no es por nada, pero me resulta extraño que quisieras marcharte sin despedirte siquiera de mí. No sé, creí que lo estabas pasando bien.

Oh, sí, Anxo, lo estoy pasando genial. Pero procuró borrar la sonrisita irónica que se le había dibujado en la cara. Al fin y al cabo, su primo no tenía la culpa de nada.

—En todo caso —continuó Anxo—, siento haberte hecho venir para esto. No sé, de verdad pensaba que lo pasarías bien. Como la otra vez que viniste, hace tantos años. Pero supongo que te ha afectado mucho enterarte de lo de Mauro. Es natural que quieras marcharte.

—¿Mauro? ¿Quién es Mauro?

—¿No lo sabes? Creí que querías marcharte por eso. Yo pensé...

Por primera vez en toda la conversación Anxo parecía nervioso. Sacó un cigarrillo del paquete y empezó a deslizarlo de una mano a otra, hasta acabar encendiéndolo por la boquilla. Sonrió entonces a Daniel, pero no había alegría alguna en aquella sonrisa.

—De verdad, creí que te habías enterado en el pueblo.

—Dime de una vez que ha pasado, Anxo.

—Bueno. El viernes encontramos algo... algo bastante espantoso, a decir verdad. Un vecino del pueblo, Mauro Regueiro, apareció asesinado en su granja. Nosotros recogimos... en fin, lo que quedaba de él.

—Dios Santo. ¿Asesinado?

—Me temo que sí. Mauro vivía solo con su perro y sus ovejas en una granja a pocos kilómetros al norte del pueblo, en las lomas de San Augusto. El asesinato debió de ocurrir en la noche del jueves, según el forense. Pero ya estoy hablando demasiado...

—¿Cómo murió? ¿Le dispararon?

—No. Lo destrozaron a dentelladas: a él, a su perro y a sus ovejas. Por favor, primo, no me preguntes nada más. Todo lo que te he contado está bajo secreto de sumario.

Daniel notó entonces como su cabeza comenzaba a dar vueltas en círculos cada vez más amplios y borrosos. Intuyó que aún tardaría unos segundos en desmayarse, así que aprovechó para pellizcarse el brazo lo más fuertemente que pudo. El dolor fue extraordinariamente desagradable, pero el mundo pareció asentarse de nuevo un poco ante sus ojos. Ya no se desmayaría.

—¿Quién le mató?

—No puedo decirte nada más; no lo sabemos. Incluso pudo haber sido un animal salvaje. Por favor, Daniel, me estoy jugando el empleo al contarte todo esto.

—Llévame a Lugo. No esta tarde, sino ahora mismo. Quiero irme a casa ahora.

—A eso iba —respondió Anxo—. Mira, ahora mismo no puede ser. Mi comandante quiere hablar contigo mañana por la mañana. Serán cuatro preguntas de rutina, para cubrir el expediente, nada más. En cuanto termine nos marchamos a Lugo y te despido en la estación.

—¿Pero qué estás diciendo? Dios mío... ¿ahora resulta que soy sospechoso de asesinato? Creo que voy a volverme loco.

—¡Claro que no! No eres sospechoso de nada, absolutamente de nada. Es pura rutina, ya te lo he dicho. Mañana te llevaré a la estación, y aquí paz y después gloria.

Vamos primo, tranquilízate, por favor.

Eso significa que tendré que pasar otra noche solo en este lugar. El pensamiento lo aplastó como una montaña, pero así y todo pudo mantener cierta compostura mientras Anxo se levantaba sonriendo y le palmeaba la espalda cariñosamente. ¿Era sincero aquel gesto amistoso? Daniel supuso que sus paranoias de alcohólico habían regresado, y que ahora iba a sospechar hasta del inocente Anxo. Pero que bien se las había apañado éste para retenerle un día más en la casa, vaya, vaya, qué fino parecían haberlo hilado todo. El cura no había dejado de insistir hasta la saciedad en que se marchara, a sabiendas de que él iba a reaccionar justamente en sentido contrario. Y ahora Anxo... sí, lo tenían todo muy bien montado. *No, diablos, no existe ninguna maldita conspiración salvo en mi cabeza. Me estoy volviendo loco, eso es todo.*

—Son casi las tres —dijo Anxo con una sonrisa—. He traído comida en el coche; sólo tenemos que calentarla. Anda, almorcemos un poco. Y después una buena charla, ¿de acuerdo? Creo que nos hace falta.

—Sí —Daniel no le devolvió la sonrisa—. Nos hace mucha falta.

Comieron en silencio y sin ganas los bocadillos y la ensalada de atún; se trataba más de un acto mecánico que de saciar un verdadero apetito. Si eran las tres de la tarde se hacía necesario almorzar con hambre o sin ella: ese era el axioma irrefutable. Y no era tan estúpido como parecía a primera vista, al menos para Daniel. Las costumbres observadas a rajatabla constituían una disciplina que ayudaba a mantenerle de algún modo en el mundo de los cuerdos, o en el de los sobrios. Bocadillos, ensalada y platos sucios a las tres de la tarde; en este cuadro no existía cabida alguna para monstruos invisibles o voces espectrales. Y sin embargo, Daniel no podía dejar de dar vueltas a ciertas peculiaridades ocurridas en los últimos días.

—El viernes vino Don Arminio el cura a saludarme; una simple visita de cortesía, según me dijo. Claro que ya entrando en materia, me contó con muchos detalles toda la historia de esta casa. No es muy agradable, que digamos.

—Naturalmente que no —contestó Anxo con la boca llena de atún—. Es una historia espantosa.

—Hubiera preferido que me la contases tú mismo, primo. Y que lo hubieses hecho antes de que yo firmase el contrato de alquiler de la casa.

Anxo miró a su primo con los ojos abiertos como platos; tosió, a punto de atragantarse con el atún. ¿Era sincera su sorpresa? Daniel no podría jurarlo: todos los gestos de Anxo le parecieron por un momento exagerados, como los de un mal intérprete que sobreactuara. ¿Era solamente un efecto de su paranoia, o realmente había algo de falso en los ademanes de Anxo? La manida frase acudió de pronto a su mente sin que pudiese evitarlo: *Lo peor que puede ocurrirle a uno que tiene manía persecutoria es que le persigan de verdad.*

—Yo... creí que lo sabías, primo. Habías estado aquí hace nueve años, hablaste

con todo el mundo.

—No creo que fuese un tema del que se hablara demasiado. Y menos aún con los extraños como yo.

—Así que tú no sabías nada... De verdad que lo siento, primo. Sencillamente he debido pasarlo por alto. De todos modos, tú no crees en fantasmas ni en tonterías similares, ¿no es así?

—No estamos hablando de eso, Anxo. Se trata de que tú deberías haber sido sincero conmigo.

Al menos no ha fingido ignorarlo él mismo, pensó Daniel al mismo tiempo que hablaba. Eso resultaba un consuelo, al menos en cierta medida. Ahora Anxo miraba al suelo con aire de arrepentimiento, como un niño regañado. A pesar de las disculpas y las explicaciones, toda la escena le parecía a Daniel tan falsa como un decorado de cartón. Sentía que se ahogaba en aquel salón siniestro y lleno de cabezas de animales, mientras su cólera iba creciendo por momentos.

—Tiene gracia que haya tenido que venir el cura a contármelo. ¿Dónde le mató, en este salón o en el despacho de enfrente? Y bromeabas acerca de un fantasma cuando llegamos de Lugo. ¿Cómo tuviste estómago para hacerlo? Yo no sabía nada, nada de nada. Parece una maldita película de terror, *Poltergeist* o algo por el estilo. Ya sólo falta que los espejos se muevan solos y que los tenedores salgan volando de los cajones. En todo caso...

—Daniel, por favor, deja de decir tonterías y escúchame. Escúchame con mucha atención.

No era posible desobedecer la autoridad de aquella voz: el primo Anxo —siempre tan sanote y jovial, y ahora un poco avergonzado— se había convertido de repente en alguien que no podía perder el tiempo con niñerías. Daniel sintió que su indignación desaparecía como si alguien hubiese cerrado un grifo de golpe.

—Está bien, no he sido del todo sincero contigo. Pero la culpa no es mía. De verdad pensé que sabías lo que sucedió en esta casa; puedes creerme o no, tal como gustes. Pero ya que estamos siendo sinceros, te diré que de todos modos no te hubiese contado ni una sola palabra de toda la historia, en ningún caso.

—¿Pero por qué, Anxo?

—Al parecer era muy importante para alguien que tú vinieses aquí, aunque yo hubiera preferido que te quedaras en Madrid. Eso no nos hubiese complicado la vida a ninguno de los dos... En fin, yo hice mi parte. Recordé que tú dijiste hace nueve años que te gustaría alquilar o comprar la casa, si es que en alguna ocasión quedaba vacía y disponías de la oportunidad. Así que cumplí la orden recibida y escribí una carta para ti. Eso fue lo único que hice.

—¿Una orden? ¿De qué demonios estás hablando?

—Yo mismo tampoco termino de comprenderlo. Pero tú sí debes entender que viniste aquí por tu propia voluntad; nadie te obligó a ello. Te lo repito otra vez: yo sólo te escribí una carta. Escucha, Daniel, sé que todo esto es muy extraño para ti.

Pero créeme, también lo es para mí. Ya te he dicho que resultaba muy importante que acudieras a Cereixo, pero las razones por las que lo es no me han sido reveladas, ni yo he intentado adivinarlas. Soy sólo un guardia civil de pueblo, pero sé cuándo una cosa me viene demasiado grande. Hice lo que me pedían y nada más; si te sirve de consuelo te diré que no fue nada agradable. Se me dijo que intentara convencerte de que regresaras a Cereixo, aunque sólo fuera por unos días. Por eso escribí la carta.

—¿Quién te lo dijo? ¿Y por qué?

—Vamos a salir —Anxo se puso en pie y miró por la ventana—. Supongo que quieres conocer a tu Protectora. Anda, acompáñame.

Caminaron en silencio, bajo un débil sol otoñal que ya no podía disimular por más tiempo el frío reinante; el viento sacudía hojas y ramas en un gemido monótono que les susurraba en los oídos como el rumor de una marea.

—¿No vas a contarme nada más?

—Ella te lo dirá todo. Todo lo que necesites saber, naturalmente.

—Fue muy oportuno que los escoceses abandonaran la casa justo cuando lo hicieron, ¿no es verdad, Anxo? O quizá todo fue otra mentira y allí nunca hubo escoceses. ¿Me equivoco?

—Sí que los hubo. Un matrimonio bastante mayor, pero se marcharon hace siete años. Nunca fueron a Canarias; en realidad volvieron a Edimburgo. La mujer está internada en un hospital, o eso fue lo último que supe de ellos.

—¿De quién es la casa, entonces?

—De los escoceses, los McConnor. Intentaron venderla durante años pero fue imposible, así que ahora la alquilan. Tú has sido el primer inquilino. Tienen un abogado aquí en España, que también gestiona sus negocios de importación de vinos. Es el tío que conociste en la inmobiliaria, el de la corbata a rayas.

—Así que la casa lleva varios años deshabitada... Cuántas cosas sabes, Anxo, y qué pocas me has contado.

—Yo apenas conozco nada. Pero ahora hablaremos con alguien que sabe.

El sendero se volvía cada vez más salvaje y retorcido conforme iban ascendiendo por las colinas que coronaban el bosque de Feira. Las ramas de los árboles se entrelazaban entre sí formando un techo húmedo y neblinoso, que contribuía a que la atmósfera pareciera más sombría aún; Daniel recordó su caminata solitaria a la búsqueda de las ruinas del templo, hacía ya mil años, pensó. ¿Irían en la misma dirección? Era imposible saberlo: imposible al menos para él, porque Anxo parecía conocer el camino a la perfección. Se preguntó qué le ocurriría si su primo desapareciese de repente, dejándole perdido en aquella inmensidad verde y gris. Ya no sabría volver; ni los árboles retorcidos ni las piedras cubiertas de musgo habrían hecho otra cosa que confundirle aún más. Y tal vez sería oportuno que desapareciese ahora... Sí, justo aquí, en mitad de un bosque salvaje sin agua y sin comida, y con esa

cosa horrible y hedionda merodeando entre los arbustos. ¿Cuánto tiempo tardarían en encontrar su cuerpo? Probablemente no lo hicieran nunca. Se aproximó aún más a Anxo, como si temiese que éste se volatilizase de repente.

—Estamos llegando.

Continuaron caminando en silencio. Al poco rato, Daniel divisó una casita en el claro donde terminaba el sendero: la miró fijamente mientras recorría los últimos pasos, preguntándose qué había esperado en realidad. ¿Una siniestra choza de bruja en mitad de la arboleda? No había nada de eso.

—Aquí vive Mariña, la menciñeira. Es con ella con quien debes hablar.

Parecía un hogar limpio y acogedor, aunque pequeño, pintado de blanco hasta el tejado. Se acercaron buscando en vano un timbre o llamador en la puerta, hasta que advirtieron que se hallaba abierta. Oyeron entonces una voz femenina desde el interior, invitándoles a entrar. Resultaba evidente que estaban esperándolos, aunque Daniel no podía imaginarse cómo. Entraron en silencio atravesando un largo pasillo hasta lo que debía de ser la sala principal: Daniel no vio búhos disecados, ni frascos llenos hasta rebosar de sustancias humeantes. Sólo estanterías con libros (libros de cocina, supuso), algunos óleos bonitos pero insulsos de paisajes o bodegones, y una mesa con un juego de té. ¿Cómo podía resultar todo tan prosaico? *Esta es Mariña, mi Protectora*, pensó recordando las palabras de Anxo. La casa de su Protectora parecía la de una solterona más o menos adinerada, o más bien la de la viuda de un militar obsesionada con la limpieza. Daniel todavía no se daba cuenta de lo mucho que podían llegar a engañarle las apariencias; aún no sabía que simplemente miraba lo que otros habían decidido poner delante de sus ojos. Sobre la alfombra jugaba tranquilamente aquel muchacho de barba rojiza y extraño lenguaje, Elías, con piezas de construcción de juguete; las mismas con las que jugara de pequeño el propio Daniel y tantos niños de su generación. De repente, se dio cuenta de que Elías estaba construyendo una réplica idéntica y en miniatura de la casa; casi le pareció ver dos minúsculas versiones de sí mismo y de Anxo entrando tímidamente por la puertecita entreabierta. De pronto comenzó a sentirse incómodo, como si las paredes de la sala comenzaran a encogerse sobre él. El muchacho (sería de la misma edad de Daniel, pero era imposible no pensar en él como un muchacho) le contemplaba ahora fijamente, sin el menor asomo de la estupidez bovina que recordara Daniel. De algún modo aquella mirada era inquietante, y sintió alivio cuando la llegada de la anciana le obligó al fin a desviar la vista.

—Bienvenido, Daniel. Cómo has cambiado... Sentaos, por favor.

Tomó asiento en una mecedora y contempló cariñosamente a su Protegido, a través de los gruesos cristales de sus gafas: tal vez reflexionaba acerca del veloz paso del tiempo, o puede que ultimara los detalles de sus misteriosos planes en los que de algún modo había conseguido envolver a Daniel, que ahora se sentía más títere que nunca. No entendía nada, y no estaba muy seguro de querer entender: sólo sabía a ciencia cierta que él no pertenecía a este sitio. ¿Y cuál era entonces su lugar en el

mundo? Eso también lo ignoraba. La mujer habló unos instantes con el muchacho en aquel idioma extraño que tanto llamara la atención de Daniel en las ruinas del bosque: Elías recogió su casita en miniatura y se marchó sin dejar de mirarle. Aquella no era precisamente una mirada amistosa, y Daniel sintió un cierto alivio cuando el muchacho se perdió escaleras arriba. Pero la anciana sí que le observaba con dulzura. Y con un poco de melancolía, tal vez.

—Aquí lo tienes, Mariña. Tal y como me pediste.

—Gracias, Anxo. Nunca me he arrepentido de confiar en ti. Y ahora deberás disculparnos. He de hablar a solas con mi Protegido.

—Esperaré fuera.

Anxo se marchó sin cruzar la mirada con Daniel, la mano dentro del bolsillo tanteando ya el paquete de cigarrillos. ¿Se avergonzaba su primo de lo que había hecho? Era difícil adivinarlo, pensó Daniel, sobre todo cuando seguramente no tendría ni la más remota idea de por qué lo habría hecho. Había traído a Daniel al pueblo, y ahora a casa de esta mujer... ¿para qué? Anxo no sabía nada. Si alguien tenía respuestas en alguna parte debía de ser esta sonriente viejecita. Pero eso no era asunto suyo.

—Al fin estamos solos y supongo que tienes muchas preguntas. Puedes empezar por la que quieras.

—Ese chico, Elías. ¿Por qué me ha mirado así?

—Tendrías que preguntárselo a él. Hace lo que quiere y yo no le impongo ninguna norma de conducta: no soy quién para hacerlo. También él es otro de mis Protegidos, en cierta medida. Me gustaría que anduviese mejor vestido y que no comiese con las manos, por ejemplo, pero ya ves... —La anciana sonrió—. Además, no se llama Elías. Su verdadero nombre es uno que tú no tienes necesidad de saber. Pero nos llevamos bien. ¿Alguna otra pregunta, Daniel?

Daniel suspiró largamente antes de contestar.

—Señora, no quisiera parecer un maleducado. Pero realmente todo esto, sea lo que sea, no tiene nada que ver conmigo. Mañana mismo me marcho a Madrid, y dudo mucho que regrese aquí jamás. Si me disculpa...

—Entonces no quieres saber nada. ¿Tampoco sobre Cristina?

Daniel tuvo que volver a sentarse mientras un repentino ahogo le impedía responder. En cuestión de un segundo se sintió súbitamente tembloroso y cubierto de sudor: parecía encontrarse dentro de una película en la que el protagonista yace gravemente herido en un hospital, y que en la escena siguiente ya camina por las calles totalmente recuperado. Su primer pensamiento fue una nueva traición de Anxo, pero al instante se dio cuenta de que aquello no era posible: Anxo nada sabía de Cristina. Como no sabía qué decir, optó por la elección más inteligente y guardó silencio.

—¿Quieres que hable o prefieres que me calle, Daniel? Yo haré lo que tú digas. También puedes salir por esa puerta y no volver a pensar en este encuentro nunca

más. No te detendré. Yo te he hecho venir hasta aquí, pero no voy a encerrarte. Tú decides.

Daniel tragó saliva antes de contestar: el miedo le impedía decidirse. De algún modo supo que se hallaba en un cruce de caminos en el que toda su vida anterior quedaba irremisiblemente atrás. Cortar las amarras era inquietante, mas no tanto como aventurarse en solitario por aquel sendero oscuro. La anciana únicamente estaba abriendo una puerta: a él correspondía atravesarla. O bien darle la espalda y dejarla cerrarse para siempre, y esta última alternativa no parecía tan mala. *La ignorancia es la fuerza*, pensó recordando a Orwell, y de repente esta absurda frase le pareció sublime y llena de sentido. Pero aún le quedaba la lucidez suficiente como para comprender que si ahora no atravesaba el umbral, pasaría el resto de su vida preguntándose qué habría del otro lado.

—Hable.

—No esperaba menos de ti —sonrió la anciana—. Pero en ese caso, hemos de empezar por el principio.

»Supongo que Anxo te ha contado que eres mi Protegido, como también sospecho que eso nada significa para ti. Bien, dime, Daniel: ¿qué sabes de tu madre?

—Apenas sé nada. Murió siendo yo todavía un bebé. ¿Qué tiene que ver mi madre en todo esto?

—Mucho, como verás a continuación. Aún ignoras que tu madre era una gran amiga mía... una de mis mejores alumnas, he de añadir con algo de orgullo. Sabrás que aunque naciste en Madrid, toda tu ascendencia por parte de madre es gallega. Tus abuelos maternos nacieron y vivieron toda su vida en Poza de San Roque, una aldea hoy deshabitada a poca distancia de Cereixo. Y un buen día, tu madre se presentó en esta misma casa y me pidió que la iniciara en algunas de las artes más sencillas. Así fue como empezamos. Tras algunas pruebas y muchas vacilaciones por mi parte, resolví ocuparme de su educación. No tardé en darme cuenta de que aprendía deprisa y profundamente: si hubiese vivido, habría llegado aún más lejos que yo. Sí, aquí también la alumna hubiera acabado superando a la maestra... ¡Ay, Muerte Negra!

—¿Quién es usted? —dijo Daniel en un susurro.

—¿Yo? Yo soy Mariña. Mariña la menciñeira, la saludadora. ¿Y qué quiere decir eso? ¿Sabes tú quién eres, o tal vez lo estás aprendiendo en este mismo momento? ¿Sabes todo lo que yo conozco sobre ti? En cuanto a mí, soy sólo una pobre vieja, aunque los vecinos de Cereixo difieren mucho en sus creencias sobre mi persona. Me he oído llamar bruxa, meiga chuchona, servidora del *demo preto*. Algunos dicen que puedo echar a volar de noche al escuchar el canto del mochuelo; *por riba de silveiras, por baixo de carqueixas*... La gente siempre habla demasiado, y aún más de lo que menos conoce. Eso no me desagrada del todo: aquí todos me respetan, hasta los que más me odian y quizá desean verme colgando de una higuera. Y esos son precisamente los que más me respetan, porque me temen. Yo me he ocupado algunas veces de que ese temor no desaparezca del todo. Pero nada de esto es cierto, Daniel, o

al menos no lo es en la forma en que ellos se lo imaginan. Yo solamente traslado un viejo conocimiento al lenguaje que hoy pueden entender las gentes sencillas. Soy una traductora, por así decirlo. Y naturalmente, no todos tienen en Cereixo tan mala opinión de mí: para la mayoría de los viejos no soy más que Mariña, la curandera. Los jóvenes sencillamente no me conocen, y tal vez sea mejor así. Los días de los de mi raza están contados desde hace tiempo.

»Yo vivo aquí: veo cosas, oigo cosas, procuro aprender del bosque sin llegar a extraviarme en sus soledades. Porque es muy fácil perderse, Daniel, tanto aquí como en cualquier otra parte. La gente sencilla acude a veces a pedirme ayuda o consejo, que yo doy de buen grado. ¿Crees en verdad que un amuleto de diente de jabalí puede ahuyentar el mal de ojo? ¿Será cierto que la hierba cabreira navega contra la corriente al arrojarla en un río? Esas son las cosas de las que ellos entienden, Daniel, cuentos de niños asustados a la luz de una hoguera. Nada conocen del verdadero Poder más allá de esas minucias infantiles, y está muy bien que eso sea así. De hecho, no podría ser de ninguna otra manera.

»Pero me he desviado: estábamos hablando de tu madre. Ella vino aquí durante mucho tiempo, siempre a escondidas de su familia. Ya por entonces no era demasiado bueno para la reputación de nadie el hecho de acudir a mi casa con frecuencia. Pero ella sí sacó provecho de estas visitas, ya lo creo. Aprendió mucho, muchísimo; tanto que al final ya casi me asustaba. Pero un buen día desapareció y ya no volví a verla en mucho tiempo. Alguien me dijo más tarde que toda la familia había emigrado a Madrid, que la tierra ya no daba frutos, que necesitaban trabajar si no querían morir de hambre. Pasaron los años. Y una mañana de otoño la vi ahí plantada ante la puerta, con un abrigo remendado y un bebé en los brazos. Ese pequeño eras tú, Daniel. Y ahora has regresado.

»Ella veía muy lejos, a veces mucho más que yo. Fue capaz de prever su propia muerte y quiso que yo fuese tu Protectora. Así lo hice por cariño hacia ella: el ritual fue sencillo y hermoso. Después se marchó contigo en los brazos y ya no volví a verla nunca más. Pocos meses más tarde, me enteré de que había muerto de una enfermedad repentina. No la he olvidado desde entonces, ni a ti tampoco.

»Así que eres mi Protegido: te preguntarás en qué consiste exactamente esta condición. Bien, para ti consiste aproximadamente en nada en absoluto. Con ello quiero decir que no tienes ningún deber para conmigo, salvo quizá la obligación moral de escucharme... y aún eso podría ser discutible. Pero yo sí que estoy obligada contigo: obligada a protegerte en la medida de mis posibilidades. Eso fue lo que hice ayer, mientras tú caminabas de vuelta desde Cereixo hasta la vieja casa. Fue muy peligroso para ti.

—Si su misión en la vida era protegerme, lamento decirle que ha fracasado —gruñó Daniel levantándose—. Mi vida no vale nada y usted es una enferma mental, y yo no quiero oír más locuras.

—La compasión hacia uno mismo nunca ha servido de mucho. Pero dices que tu

vida no vale nada: ¿Te hubiera gustado entonces caminar hacia el enebro? Dos o tres pasos hubieran bastado para que pudieses dejar de preocuparte sobre lo que vale o no vale tu vida...

—Déjeme en paz. No sé qué es lo que sabe, pero...

—Hay muchas cosas que aún no sé: pero las averiguaré, puedes estar completamente seguro de eso. ¿Qué había tras el enebro, Daniel? Aún no estoy segura, aunque he llegado a sospecharlo. Y tú también, ¿verdad? Y ambos sabemos lo que hubiese significado mirar detrás, ¿no es así?

—Cristina me avisó. Mi hija...

—Lo sé. Yo estaba con ella.

»Fue entonces cuando Daniel rompió a llorar como si un muro se hubiese derrumbando al fin en su interior, un muro que contenía todas las lágrimas del mundo. Ya no sentía rabia o rencor, ni tan siquiera deseaba vengarse de un mundo que le había arrebatado a Cristina. *Mi niña, mi niña*, repetía entre sollozos inacabables que amenazaban con partirle en dos sin que él lo supiera, sin que le hubiese importado lo más mínimo. El llanto se había convertido en un río inmenso de donde manaba el dolor en estado puro, sin mezcla alguna. Ya no le importaba aquel lugar absurdo, ni la anciana, ni él mismo. De ahora en adelante tan sólo podría llorar día tras día y año tras año, para tal vez morir y descansar al fin. La vieja curandera se acercó a él y lo abrazó con ternura, lo acurrucó meciéndolo entre sus brazos como hubiese hecho con un niño pequeño. Entonces los sollozos fueron haciéndose poco a poco más débiles, y Daniel no tardó mucho tiempo en quedarse dormido.

El prado era verde y fresco: se hallaba moteado de margaritas, como si un gigante bonachón las hubiera arrojado a manos llenas desde los bordes del sendero. Pues había un sendero: un caminito de tierra flanqueado de lirios y nomeolvides que comenzaba justo al doblar la colina donde se hallaba Daniel. Estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, ante aquel enorme cartelón en el que podía leerse la leyenda Érase que se era, escrita en letras de caramelo y chocolate. Se levantó mientras respiraba hondo, llenándose el pecho de un aire perfumado y tibio que sin embargo no estaba allí, como tampoco nadie necesitaba respirar en el Valle de Miel. Sólo se hacía si a uno le apetecía, eso era todo, y la cosa no tenía desde luego ninguna importancia. Pero Daniel no sabía hacia donde ir, hasta que vio la flecha que señalaba hacia el camino; es por aquí, decía el letrero sobre la señal.

—Hola, Bolita.

—Hola —contestó la gata con una sonrisa—. ¿Qué haces aquí?

—Busco a Cristina. ¿Tú sabes dónde está?

—Debes seguir las señales. Pero no te pierdas, o acabarás en la casa del Lobo Tragón. Es allá lejos. ¿La ves?

Daniel volvió la cabeza y una sensación de angustia insoportable le envolvió

como una nube: allá a lo lejos, el verde prado se secaba para convertirse en una tierra negra y quemada, de donde brotaban extraños arbustos espinosos repletos de frutos podridos. En medio de aquel horrible erial se levantaba una casona negra, de tejados puntiagudos como agujas. El más alto estaba rematado por una veleta con la forma de un pájaro monstruoso que apuntaba directamente hacia Daniel. Del pico de aquel ave deforme colgaba un letrero que se mecía al viento con un desagradable chirrido de herrumbre: bienvenido a cereixo, hijo de puta.

—No lo mires o te comerá —dijo Bolita a su espalda—. Debes seguir las señales.

Daniel se volvió, pero la gata ya había desaparecido. Así que caminó deprisa y con alivio en la dirección marcada por la flecha: cada paso le alejaba más del Reino del Lobo Tragón y de su horrible hedor a jaula sucia. En la cima de la colina le esperaban otros dos carteles que señalaban enfrentados en direcciones opuestas: por un momento dudó, hasta que se dio cuenta de que uno de ellos (bajo el que reposaba una botella de *whisky* recién abierta) le orientaba directamente hacia la casa negra. Durante un momento miró fascinado la etiqueta de la botella, donde varios lobos vestidos con trajes escoceses marchaban sonriendo malévolamente en un desfile con gaitas y tambores. Aquello le atraía de algún modo, así que tuvo que hacer un esfuerzo para desviar la vista hacia el otro letrero dorado: Bien, ahora por aquí, decía. También había algo en el suelo, justo debajo de la flecha indicadora. Daniel se agachó y lo recogió: era la cámara fotográfica de juguete que le había regalado a Cristina el día que cumplió los cuatro años; la niña había recibido regalos mucho más bonitos en aquel cumpleaños, pero aquella cámara de plástico barato traída por su papá la había entusiasmado especialmente. Daniel se la guardó en el bolsillo con una sonrisa llena de ternura. Ya no tenía la menor duda sobre el camino correcto; ninguna trampa del Lobo Tragón le haría vacilar de nuevo.

Continuó siguiendo las señales en forma de flecha: Ánimo, ya falta poco, decía otra. Ahora hay que subir un trecho, podía leerse en la siguiente. Así las siguió una tras otra, hasta que al fin llegó a una pradera donde caían desde el cielo unas diminutas flores blancas y amarillas, que tapizaban la hierba en una alfombra de oro y plata. Halló unos árboles inmensos y desconocidos, cuyas ramas cubrían el cielo como un manto protector: Daniel se sentó con las piernas cruzadas y apoyó la espalda en un enorme tronco, justo bajo el cartel que decía en grandes letras amarillas: Has llegado. Entonces cerró los ojos.

—Hola, papá.

—Hola, cariño.

No hubo besos ni abrazos, tampoco lágrimas o gritos de alegría. Tan sólo permanecieron largo rato en silencio y cogidos de la mano en aquel prado lleno de sol, y eso era todo lo que siempre había necesitado. Al fin Daniel abrió los ojos: las trenzas de Cristina eran rubias, rubias y largas. La cabecita peluda del señor PlimPlám, el hámster, asomaba de un bolsillo en su vestido mirándole con atención. Entonces, ¿por qué se le hacía un nudo en la garganta cada vez que contemplaba la

carita sonrosada de la niña? ¿Acaso algo iba mal, o había noticias que él aún no conocía?

—Echo de menos a mamá. ¿Tú también la recuerdas?

—Claro que sí. Quisiera que nos quedásemos los dos juntos aquí contigo, mi vida.

—A mí también me gustaría, papá. Pero no podéis. Todavía no.

¿*Por qué no?*, pensó Daniel con más inquietud de la que demostraba. Pero casi al instante olvidó la pregunta y la angustia que esta traía consigo. Estaba junto a Cristina en un prado donde llovían flores y la mañana era luminosa y bella. El mundo entero era un lugar lleno de magia que de algún modo se había convertido en el paraíso. Daniel no necesitaba nada más y, desde luego, no necesitaba recordar. Recordar era feo y peligroso; era el camino que llevaba de vuelta al Reino del Lobo Tragón. No, no volvería a recordar jamás. Se quedaría allí con Cristina para siempre y jugarían a justicia y ladrón y al gallito inglés, le contaría cuentos de hadas y princesas y le pellizcaría las mejillas para hacerla rabiar y allí serían felices siempre, en el Valle de Miel.

—Papá, tienes que acabar con el Lobo Tragón.

—Lo sé, cariño. Le odio.

—No le odies. No es culpa suya y no puede evitar ser lo que es. Pero ya ha matado y volverá a matar.

Cristina lo miraba ahora muy seria con sus enormes ojos verdes, con una expresión de madurez impropia en una chiquilla. *Es tan bonita*, pensó Daniel, sintiendo cómo las lágrimas acudían de nuevo a sus ojos. *Hubiese dado mil veces la vida por ella si hubiese tenido una sola oportunidad*. De pronto se detuvo horrorizado: había estado a punto de recordar algo; ¿una habitación blanca en un edificio blanco? ¿Qué quería decir aquello? Sacudió la cabeza para alejar esa extraña sensación.

—El Lobo Tragón siempre me dio miedo —decía Cristina—. De pequeña pensaba que por la noche saldría del libro de cuentos para comerme. Ahora ha salido, está fuera del cuento. Está en el lugar donde tú estás.

—A mí también me asusta. ¿Cómo puedo acabar con él, cariño?

—No lo sé. Pero ella podrá ayudarte.

Cristina miraba ahora a la mujer que se acercaba por el prado, con un ramo de margaritas en las manos: Mariña y Daniel se sonrieron reconociéndose, mientras la anciana se sentaba junto a la niña.

—Así que tú eras la mujer sin rostro. Mi Protectora.

—Sí. Ahora en verdad me conoces y las máscaras ya no son necesarias. Pero debemos marcharnos, Daniel.

De repente recordó la cámara de juguete en su bolsillo, y se la devolvió a Cristina con una sonrisa: la chiquilla rió y bailó de pura alegría para sí misma y para ellos dos. Aún estaban riéndose los tres cuando la anciana quiso hacerles una foto: el padre y la

hija posaron muy serios, intentando en vano contener sus ganas de reír. Mariña hizo como si apretara un imaginario disparador y todos acabaron revolcándose a carcajadas sobre la hierba, hasta el señor PlimPlám con sus carrillos llenos de granos de maíz. Aquellas risas eran sin duda el sonido más puro que Daniel había escuchado jamás, pero como todas las cosas que aparecen en los cuentos también ellas tuvieron un final. Aunque Daniel todavía continuó un rato escuchándolas como un eco, mientras abría los ojos en casa de Mariña, la saludadora.

—No ha sido un sueño —dijo la mujer.

Daniel sacudió la cabeza lentamente. Había esperado el dolor rabioso como una puñalada al despertar, pero extrañamente no se hallaba allí. Tuvo que admitir que se sentía tranquilo y aliviado, aunque muy confuso. Pero lo más extraño de todo era que no había sentido ningún temor, ni antes ni ahora.

—Estoy volviéndome loco, ¿no es eso?

—No. Es ahora cuando recuperas la cordura.

—Todo ha sido un sueño. Un precioso sueño y nada más.

—Tú mismo no crees en tus palabras; si hubiese sido sólo un sueño ahora estarías deshecho por el dolor, y lo sabes. Además, yo estaba allí contigo. ¿Recuerdas?

—No sé nada, no estoy seguro de nada. ¿Qué fue lo último que hiciste en el sueño?

Mariña sonrió con cierta ironía, como un maestro que ve a su mejor alumno intentando pillarle en falta.

—Os tomé una foto a ti y a Cristina con la cámara de juguete. ¿Es que ya no te acuerdas?

Eso no probaba nada, pensó Daniel. Él podía haber estado hablando en sueños, esa era en realidad la única explicación razonable. Y sin embargo, Daniel ya adivinaba que las explicaciones razonables se habían terminado desde hacía mucho tiempo. Estaba empezando a creer, casi sin darse cuenta. Nadie le había demostrado nada; ningún argumento que pudiera proporcionarle la anciana convencería jamás a su mente. Pero no era con la mente con lo que Daniel creía. Consideró con atención la idea de que la vida podría ser de nuevo algo más que emborracharse y llorar la pérdida de su hija: él aún no lo sabía, pero en aquel preciso momento acababa de abandonar de un solo salto el mayor abismo de toda su historia. Atrás sólo quedaba la tristeza y el dolor: ¿qué le esperaba ahora, en esta nueva y extraña *terra incógnita*? Daniel lo ignoraba por completo, pero sentía curiosidad.

—¿Qué es el Valle de Miel?

—¿Te encuentras bien, hijo? ¿Quieres un poco de café?

El muchacho no miraba a su interlocutor, no miraba a nada ni a nadie. Cierto era

que sus ojos permanecían abiertos pero estaban vacíos de vida, como los de un pez que ya ha empezado a pudrirse. A veces parecía estremecerse, como si se riera estúpidamente de algo que el comandante no podía adivinar.

—Escucha, Diego, tienes que contarnos lo que ha pasado. ¿Me estás escuchando, Diego? ¿Me oyes?

No hubo respuesta alguna, salvo el incesante temblor de las manos y la cabeza. El comandante suspiró y salió del calabozo con el ánimo a la altura de las botas. Dos horas así: aquello era demasiado, pensó, sin darse cuenta de que el médico le llevaba esperando ya un buen rato.

—Enrique, hay que llevarle al hospital ahora mismo y llamar a Madrid de inmediato. Nos la estamos jugando con esto.

—Ya lo sé. Estoy intentando sacarle algo, pero necesito un poco más de tiempo.

—No vas a sacarle nada. ¿Es que no lo has visto? Está catatónico.

Bonita palabra, catatónico, pensó al encender el enésimo Ducados de la noche. Bonita noche también: tres cadáveres destrozados, un superviviente catatónico. ¿Por qué habría sobrevivido el chico? ¿Por qué no había muerto junto a los demás? Cuatro tontitos de Oviedo; ¿quién les habría mandado venir aquí? *Dios mío, y cómo se lo diremos a los padres.*

—No ha pronunciado palabra desde que le encontramos tras la llamada anónima. Hay que enviarlo al hospital de inmediato: aquí sólo puede empeorar.

—¿Quién crees tú que pudo llamar avisándonos?

—Algún cazador furtivo o algún trampero, supongo —contestó el médico—. Qué más da. Yo sé lo mismo que tú, que llamó desde una cabina de Lugo. Vio el pastel, se cagó las patas abajo y al menos tuvo la decencia de avisar, aunque no quiso complicarse la vida haciéndolo desde el pueblo. Pero no creo que tenga mucha importancia.

—Yo sí que lo creo. Lo investigaremos.

—Como te parezca conveniente. Pero el chico...

—Ya lo sé, ya lo sé. Hay que llevarlo al hospital de Lugo.

—Pero ya, Enrique. Pero ya.

El comandante salió al pasillo y de ahí a la calle, para respirar algo de aire puro y, de paso, librarse de las interminables advertencias del doctor. Bajó las escaleras lentamente contemplando el pueblo dormido, aquel pacífico y tranquilo pueblecito que mañana iba a despertarse con otros tres asesinatos. Miró pensativo la leyenda esculpida en piedra sobre el portón, *Todo por la Patria*, bajo la bandera descolorida, y encendió otro cigarrillo con la colilla del anterior. ¿Por qué habría sobrevivido aquel chico, aquel Diego Montes Nosequé según su carnet de identidad? Ni siquiera estaba herido. ¿Por qué no le habían matado junto a los demás, aquel otro muchacho y las dos chicas? No era la primera vez esta noche que el comandante de la Guardia Civil Enrique Villa se preguntaba sobre esta cuestión, y tampoco sería la última. Decepcionado y sin respuestas, subió de nuevo las escaleras y entró en el cuartel.

—El Valle de Miel no es un lugar como este —dijo Mariña.

Ambos permanecieron callados un buen rato, mientras la anciana buscaba las palabras adecuadas. No era fácil hablar de esto con alguien como Daniel: las gentes de la gran ciudad se habían acostumbrado a usar su mente más como una maza que como una llave. Eran prisioneros de sus costumbres y sus máquinas, y ni siquiera se daban cuenta de ello. Todos sus sofisticados accesorios habían terminado al fin por convertirlos en unos inútiles completos. Era una triste verdad que no admitía réplica, y así fue como Mariña decidió vigilar mucho sus palabras: a ciertos niveles, era como si estuviera intentando hablar con un recién nacido.

—¿Pero existe?

—Claro que existe. Y es tan real como este mundo: no se trata simplemente de un estado de ánimo o de un ensueño, aunque bien pudiera derivar de ambos.

—No entiendo.

—No es necesario que entiendas: el Valle de Miel sólo es una parte más. Insignificante en cierto modo, como cada una de las piezas del rompecabezas cuando se las toma por separado. O quizá sólo una fase, si lo prefieres así. Cristina no estará allí mucho tiempo. Al fin y al cabo, está creciendo.

—Yo inventé el Valle de Miel; ¿no es eso?

—Oh, no, claro que no —rió la anciana—. No seas tan pretencioso, querido. Tú sólo le diste un nombre, uno más de los que ya tiene. Pero no sigas dándole vueltas: existe, y es tan real como tú y como yo. Sólo que sus reglas no son las nuestras.

No añadió que no dominaba del todo esas reglas: tampoco habló de los riesgos de transgredirlas, ni de seres desconocidos que eran capaces de burlarlas y cruzar fronteras infranqueables entre ambos mundos: no confesó el miedo que sentía por sí misma y por su Protegido. No eran cosas que Daniel estuviera preparado aún para escuchar.

—Ocurre como en todas partes: si conoces bien las reglas sabrás cómo comportarte. Es tan sencillo y tan difícil como eso.

—¿Qué es el Lobo Tragón? —preguntó Daniel con un hilo de voz. La anciana guardó silencio y pensó un buen rato, antes de contestar con otra pregunta.

—¿Sabes por qué estás aquí, Daniel?

—Tú hiciste que viniera.

—No. Yo sólo transmití un mensaje, como de otro modo lo había hecho Anxo. Fue tu hija, Daniel. Cristina hizo que vinieras.

»La noche era ya oscura tras las ventanas; había empezado a lloviznar mientras una luna pálida y borrosa se asomaba con timidez tras las colinas.

—No puedo decirte exactamente qué es, o qué representa eso que llamamos el Lobo Tragón. Ojalá pudiera, pero no lo sé. Aunque si quieres enterarte de algo, será

mejor que escuches la historia desde el principio.

»Hace unos meses o tal vez un año que comencé a sentir la presencia en este lugar de una niña muy asustada. Yo sabía perfectamente de quién se trataba, pues nada de lo que a ti te sucede me es desconocido, y nuestros vínculos son más poderosos que los vínculos de sangre. Yo misma llamé a Cristina y ella acudió a mi llamada. En aquel instante todo pareció casual; tú mismo nunca te habrías enterado de nada si la historia hubiese quedado ahí, y desde luego, jamás habrías regresado a Cereixo.

»No me preguntes cómo sabía que era tu hija, ni cómo conocí que había muerto siendo una niña a causa de una cruel enfermedad. Tengo muchas maneras de enterarme de las cosas, Daniel. Ya te he hablado de los lazos que existen entre nosotros, entre una Bruja y su Protegido. Pues es cierto, Daniel, no todo lo que se murmura sobre mí en el pueblo son habladurías. Mariña conoce a muchas gentes; aquí... y también allá abajo, sí. No sirvo a los mouros ni a los meigallos pero tampoco estoy en guerra con ellos, y alguien como yo ha de estar a bien con muchas gentes, tanto buenas como menos buenas. Pero no te preocupes: mi interés por ti y por tu hija sólo se guía en la piedad y la protección. Jamás podría ser de otro modo; eres mi Protegido. Veo a través de tus ojos como si fueran los míos, puedo leer en tu alma como en un libro abierto. Sé todo lo que tú sabes, y he explorado regiones de tu mente de las que tú mismo ignoras su existencia. Sé más de ti que tú mismo, Daniel. Tengo ese Poder.

»Aquella criatura estaba sola y aterrorizada; la hubiese cobijado aunque no se tratara de tu hija. Ella me dijo muchas cosas y yo investigué otras, pero aún hoy continúo ignorando las claves. A Cristina le aterraba el Lobo Tragón: ella estaba convencida de que permanecía en libertad en esta comarca y de que no tardaría en matar; eso ya ha sucedido. ¿Qué es en realidad el Lobo Tragón? ¿Un monstruo, un maníaco asesino, un demonio? No lo sé. Sólo sé que existe y que no anda lejos. No sólo por Cristina; yo misma he sentido su presencia. Y tú también, ayer tarde en el camino. También sabemos que ya ha matado.

»El pasado invierno hubo numerosas muertes de animales domésticos que siempre fueron atribuidas a las manadas de lobos, pero jamás se cazó un solo lobo. Por entonces, la idea de hacerte regresar a Cereixo ni siquiera se me había pasado por la cabeza. La primavera y el verano fueron tranquilos, mas al llegar el otoño Cristina predijo que las cosas empeorarían de nuevo. Entonces se empeñó en que te hiciera venir, como si se tratase de un asunto de vida o muerte. ¿Qué podía hacer yo? Ella cree que tú eres la única persona del mundo capaz de acabar con el Lobo Tragón. No sé por qué lo cree, no le gusta hablar de ello ni contesta a mis preguntas. Quizá todo consiste en que tú creaste aquel personaje que la aterrorizaba para tus libros de cuentos, y tal vez ella piensa ahora que sólo tú puedes destruirlo. Pero esto es únicamente una conjetura.

»Resumamos y vayamos a lo que sabemos con certeza, que es realmente muy

poco: hay algo en esta comarca que ya ha comenzado a matar gente; ya conoces lo que ocurrió con Mauro, el granjero. Temo que aún no nos hayamos enterado de cosas peores. A falta de otra denominación, llamaremos a este algo el Lobo Tragón. Y es necesario acabar con él de cualquier modo posible, antes de que continúe matando. Eso es al menos lo que creemos Cristina y yo. ¿Y tú, Daniel? ¿Nos ayudarás?

—Todo esto es de locos.

—Así es. Olvida todo cuanto has aprendido hasta ahora, Daniel. Ahora te hallas en un mundo de locos, y nuestras reglas son también propias de locos. Porque has de saber que hay reglas aquí y que es necesario cumplirlas: en muchos casos se trata de una cuestión de vida o muerte, mucho más importante de lo que podrías llegar a imaginar en tu mundo de cuerdos. Pero naturalmente tú no necesitas participar en ninguno de estos asuntos. Eres libre; puedes marcharte a Madrid o adonde te plazca y olvidarlo todo. Al principio te costará trabajo, pero sin duda lo conseguirás y acabarás riéndote de todo esto: incluso te sorprenderá el haber sido tan ingenuo como para prestarme oídos hasta ahora. No tienes ninguna obligación conmigo ni con nadie: haz exactamente lo que tú quieras, Daniel.

—Sigo pensando que es de locos. Pero me quedaré.

Ahora tomaba a lentos sorbos el té que la anciana había servido, mientras se esforzaba vanamente en descubrir alguna estrella: tras la ventana, la noche aparecía negra como el carbón. Quizá se trataba de un presentimiento del camino que acababa de tomar casi sin darse cuenta: un camino largo y oscuro en el que avanzar penosamente a tientas. ¿Encontraría algo de luz entre aquellas sombras? Nadie podía saberlo aún. Ni siquiera Mariña y sus poderes, ni siquiera Cristina.

—No sé ni por dónde empezar.

—Tampoco tenemos una idea precisa de a lo que nos enfrentamos —dijo pensativa la curandera—. Si quieres mi consejo, te lo daré: no hagas nada, al menos de momento. Espera. Observa. Y si cuando termine tu mes de estancia en Cereixo te encuentras en el mismo punto que ahora, entonces márchate a tu ciudad con la conciencia tranquila. Aquí no se habrá podido hacer más.

Daniel dudó un momento antes de hablar; y al fin se decidió.

—Encontré en la casa unos papeles muy extraños. Creo que pertenecieron al hijo de Don Julián, un muchacho obsesionado con los licántropos. Supongo que ya sabes cómo terminó.

—Conozco la historia de Don Julián y de su hijo Armando desde antes de que tú nacieras. Continúa.

—A mí me la contó el sacerdote, y es una historia espantosa. Pero los papeles no dicen nada de particular. Bueno, sí, muchas chaladuras sobre los hombres lobo. Cuenta casos supuestamente reales sobre ataques a personas en los bosques, las maneras de convertirse en un hombre lobo, posibles defensas contra ellos... en fin,

ese tipo de cosas.

—Un lobishome, podría ser —murmuró la anciana para sí. Después miró fijamente a Daniel—. ¿Has terminado de leer esos papeles?

—No. Pensaba hacerlo, pero cuando vino el cura y me contó la historia de la casa y de sus habitantes se me quitaron las ganas. Al final los guardé en el mismo lugar donde los había encontrado, debajo de un cajón. Supongo que aún me quedan unas veinte o treinta cuartillas por leer.

—Debes terminar de leerlas. Tal vez nos digan algo que no sabemos aún. ¿Qué recuerdas de tu sueño? —dijo Mariña.

—Creí que tú también estabas en él.

—Yo llegué casi al final. Además, a mí me interesa saber lo que *tú* recuerdas. Contesta a mi pregunta, por favor.

—Estaba en un prado bellissimo donde llovían flores. Y también había un camino de tierra con flechas indicadoras que señalaban en direcciones opuestas: unas llevaban hacia Cristina, otras, hacia la casa del Lobo Tragón.

—¿Llegaste a ver esa casa? ¿La recuerdas?

—Sí. Estaba en mitad de un páramo negro y quemado en el que no crecía nada, salvo arbustos retorcidos y llenos de espinas. La casa era un lugar horrible, con puertas y ventanas que miraban como ojos. Un viejo caserón negro de tejados puntiagudos y una veleta que... Oh, Dios mío.

Daniel se levantó y volvió a sentarse de golpe con la cabeza entre las manos, recordando. Se veía a sí mismo mirando desde el sendero de Cereixo hacia la veleta en forma de gallo cantor sobre el tejado más alto. En el sueño, el gallo había sido sustituido por un horrible pájaro deforme, pero el mensaje era inequívoco: Bienvenido a Cereixo, hijo de puta. Las dos imágenes se fundieron en una sola como en un caleidoscopio.

Era la casa del Coronel.

A la mañana siguiente tuvo que hacer un ímprobo esfuerzo para convencerse de que todo lo ocurrido no había sido sólo un sueño. No le costó mucho recordar la vuelta a la casa del tío Julián, a través de un sendero tragado por la noche. Ni él ni Anxo pronunciaron palabra durante todo el camino de regreso: no sabían a qué o a quién podían perturbar sus voces en aquellas soledades. Después su primo se había marchado en el coche y le había dejado solo en aquel frío e inmenso salón, fumando un cigarrillo tras otro. Cuando se le terminó el tabaco, Daniel se metió en la cama intentando prepararse para otra larguísima noche de insomnio. Pero se sumergió al instante en un sueño de piedra sin sueños, hasta bien entrada la mañana. Su cuerpo había demostrado ser mucho más sabio que su mente.

Al despertar recordó su pacto con la anciana, si es que podía llamarse de ese modo. Un pacto sin obligaciones, sin cláusulas, sin reglas. *Quédate y observa,*

observa y espera. ¿Qué habría querido decir con eso? Resultaba una extraña bruja, si es que lo era, con su casita de aire pequeño-burgués, su teléfono de rosca y sus gafas de gruesos cristales, por no hablar de los libros de cocina que adornaban sus estanterías. Sí, Mariña resultaba extraña hasta como bruja. Y, sin embargo, Daniel intuía que sólo había llegado a entrever una diminuta parte de Mariña, como en aquella historia de los ciegos hindúes que pretendían discutir sobre la forma exacta de un elefante palpando uno de ellos la trompa, otro la pata, otro la oreja... Aunque posiblemente ella estaba tan perdida como él mismo en aquel asunto, a pesar de su aire de misteriosa sabiduría.

Y no obstante era lo más razonable: esperar y observar. ¿Qué otra cosa podía hacerse? Marchar a Madrid y olvidarlo todo, naturalmente. Pero había prometido que no lo haría, al menos no antes del plazo fijado. No lo había prometido por la anciana, sino por Cristina. Desde luego todo aquello nada tenía que ver con la razón o el buen juicio; pero hacía ya mucho que intentaba sobrevivir sin que le preocupasen demasiado los dictados razonables.

Con todo, Daniel sabía a la perfección que con ciertas cosas no estaba permitido jugar. El pacto con Mariña le trajo a la memoria otro pacto, sellado mucho tiempo atrás y olvidado desde hacía una eternidad, que ahora regresaba inoportuno del pasado, envolviéndolo todo en una remota y vaga inquietud.

Debía de tener entonces unos diez u once años, y toda su vida había consistido prácticamente en pasar los cursos de aquel colegio de curas con escasos notables y demasiadas clases de recuperación. Solía mirar de reajo a las chicas en el patio, jugaba al *futbito* de portero-delantero, y a menudo se afanaba en asesinar indiscriminadamente a millares de inocentes marcianos, en videojuegos prehistóricos que funcionaban con una moneda de cinco duros. Perteneecía, sin saberlo, a una de las últimas generaciones que jugaron en la calle, para la que los ordenadores y los teléfonos móviles hubiesen significado poco más que mala ciencia-ficción. No era más que un chaval de su época, sin la más remota idea de lo que habría de depararle el futuro, y en esto no se diferenciaba demasiado de cualquier generación que le hubiese precedido, o de las que se sucederían en adelante.

Un buen día se organizó una excursión de fin de semana al pueblo de un amigo de la pandilla. Para su sorpresa, los padres de todos —por aquel entonces dioses remotos y caprichosos— concedieron de buena gana su permiso. No iban menos de siete rapazuelos de cuidado, con la única y discreta vigilancia de los padres del anfitrión, más simbólica que otra cosa. En realidad, lo único que hicieron los adultos fue alojarlos en colchonetas, casi unos encima de otros, en el desván de un enorme caserón. También los hartaron de pan con chocolate y convinieron en aguantarlos con estoica resignación hasta el domingo siguiente. Ninguno de los excursionistas necesitaba naturalmente nada más: durante aquel largo fin de semana se hartaron de

nadar en el pantano y se atiborraron de moras silvestres, que en los días posteriores les provocarían unas magníficas diarreas. No olvidaron liarse a pedradas con los del pueblo de al lado, jugar al fútbol con cuatro pinos como postes improvisados, y construir interminables suposiciones sobre lo que esconderían las chicas debajo de sus bragas: la famosísima hendidura que nadie había visto jamás. Daniel pertenecía al bando de los que pensaban que aquello se asemejaría más bien a un orificio redondo y liso, algo así como el agujero de un tonel. Pero naturalmente no había pruebas de esta ni de ninguna otra conjetura, y ese mismo misterio daba pie a encendidos debates que podían durar horas y horas, mientras compartían un cigarrillo robado entre los siete. Pero sin duda el punto álgido de aquella reunión vino dado por la entrada furtiva al cementerio.

Visto desde la distancia que proporciona el tiempo puede considerarse aquel lance como un rito de paso, una ceremonia absurda a primera vista que simbolizaba la entrada en la adolescencia como estadio preparatorio de la edad adulta, y el adiós definitivo de la adorada infancia. Algo semejante a lo que ocurre con el muchacho masai al que se exige cazar un león para ganar su derecho a ser considerado un miembro respetable de la tribu: la tensión y los nervios habrían hecho el resto. Sin embargo, Daniel terminaría por saber más tarde que semejante teoría, impecable en términos antropológicos, no valía a la postre un bledo. Lo veía claro ahora, a través de la lente de los años, como si observara al microscopio la totalidad de un mundo que cabía entero en una minúscula placa de cristal: aquello fue una premonición. Más bien un aviso, una advertencia de que con determinadas cosas no está permitido jugar.

El cementerio estaba situado a la salida del pueblo, rodeado por sus cuatro tapias de cipreses y margaritas. Allí se hallaban sepultados en un panteón familiar los restos del famoso vizconde Don Antonio de Guzmán, que había matado a cuchilladas a su mujer y a sus cinco hijos antes de ahorcarse de una higuera como Judas Iscariote. El chico que vivía en el pueblo conocía bien la historia. La había escuchado docenas de veces en la voz cascada de las viejas, escondido tras las puertas. Normalmente las abuelas se santiguaban raudas al llegar a la higuera; aunque solían insistir siempre, como si lo dijeran por vez primera, en que el sacerdote nunca había dejado de considerar aquellos sucesos como un rapto, como un acceso de locura: de otro modo jamás habría consentido enterrar en sagrado al pobre vizconde. Todo esto debía haber sucedido cincuenta o cien años atrás, pero desde entonces era bien sabido que cualquiera que se acercase solo y de noche al panteón de ángeles esculpidos en piedra gris, sufriría las aterradoras visiones de una figura embozada que se acercaba blandiendo un enorme cuchillo de carnicero. Semejante aparición del alma atormentada del vizconde podía provocar en el incauto visitante la muerte o la locura; no era la primera noticia que se tenía de esto en la comarca. Y así les contó la historia el chico del pueblo a sus amigos de la ciudad, no olvidando darse el oportuno aire de importancia por el hecho de residir en una población donde habían ocurrido unos hechos tan extraordinarios. Lo que habría de venir era prácticamente inevitable: el

pacto fue rubricado.

Era una noche cerrada: comprobaron que la tapia norte del cementerio se hallaba casi derruida, dejando al descubierto varias hileras de nichos vacíos por los que se podía trepar. No irían todos juntos: lo verdaderamente aterrador consistía en que se internara uno de ellos y contase después su experiencia a los demás. Si es que podía. Ese era el pacto. Así que su amigo Jorge colocó boca abajo todas las piezas de su dominó de bolsillo y las removi6 escrupulosamente, mirando hacia otro lado. El primero que sacase el seis doble entraría en el cementerio: fue Daniel el que lo descubrió en el segundo intento, maldiciendo en silencio su mala suerte en tanto reía con desdén para disimular su temor. Por supuesto que podía negarse a entrar, pero tal idea ni siquiera se le pasó por la cabeza. Un pacto entre amigos era siempre inviolable. De no haber entrado al cementerio habría sido un gallina, habría perdido para siempre el respeto de sus amigos y, a ciertas edades, el respeto está muy por encima del valor de la propia vida. Así que continuó sonriendo con suficiencia y procuró que las piernas no le temblasen demasiado. Sus amigos verificarían la hazaña instalados a plena seguridad del otro lado de la verja, desde donde podía divisarse perfectamente el panteón del vizconde a la pálida luz de la luna. Daniel sólo tendría que acercarse, tocar con las yemas de los dedos aquel mármol negro como el carbón, y volver a salir por donde había venido. La cosa parecía bien fácil, y hasta cierto punto resultó incluso más sencilla de lo que habían pensado... hasta cierto punto.

Trepó con facilidad sobre la fila de nichos y aterrizó en una especie de patio, rodeado de blancas lápidas de niños. No tuvo tiempo de preguntarse si justo allá yacía alguna de las víctimas del enloquecido noble porque echó a caminar hacia el panteón en absoluto silencio, como si el menor ruido pudiese despertar a los muertos. A cada momento temía que una figura encapuchada le saliera al paso blandiendo un cuchillo manchado de sangre, pero nada ocurrió salvo el habitual baile de sombras en la oscuridad, al que procuró no prestar atención. Y justo al tocar el frío mármol escuchó la voz dentro de su cabeza junto al aullido de un perro, con tanta claridad como a través de un altavoz: uno de tus amigos morirá esta noche. Nada más: no hubo escalofríos venidos de ultratumba, ni manos crispadas como garras que se apoyasen en sus hombros. Regresó a plena carrera sin preocuparse ya de ruidos, y todos se alejaron de allí secretamente aliviados. Contestó con evasivas a las preguntas de sus amigos, pero procuró no separarse de ellos ni un momento. Al fin volvieron al caserón y jugaron a las cartas, antes de que los adultos les ordenaran apagar la luz y echarse a dormir de una vez por todas: Daniel se acostó en la colchoneta con los ojos muy abiertos, preguntándose cuál de sus amigos aparecería muerto a la mañana siguiente. Esta situación hubiese llevado a cualquier persona mayor a la autonegación o a la locura, pero el organismo apenas preadolescente de Daniel necesitaba horas de sueño por encima de cualquier otra premisa. Es curioso observar cómo los niños saltan de la magia a la rutina cotidiana con absoluta naturalidad: tan real es para ellos la ensalada de la cena como el castillo de Barba Azul. Ya sabemos que los niños son

pequeños lunáticos cuyos delirios consentimos entre todos de buen grado. Por ejemplo, imaginad a vuestro hijo pequeño describiendo el dragón que ha visto volando por la ventana: seguramente os reiréis de buena gana mientras le alborotáis el pelo. Ahora imaginad a vuestro padre que os dice muy seriamente: *He visto un dragón volando por la ventana*. Es probable que entonces no os apetezca reír en absoluto.

Valga todo esto para justificar en cierto modo cómo consiguió Daniel conciliar el sueño en algún momento de aquella madrugada interminable, mientras que nosotros (adultos hechos y derechos con cuentas bancarias y permisos de conducir) no hubiésemos conseguido desde luego pegar ojo, y hasta es posible que alguno de los más razonables hubiese tenido que salir de allí engalanado con una de esas camisas blancas que se abrochan por detrás. Pero el sueño acabó venciendo finalmente a Daniel, el cual, no obstante, se despertó bien entrada la mañana con el corazón en un puño, recordando. Y sin embargo nada había ocurrido durante la noche: todos sus amigos se encontraban perfectamente. La voz de la tumba enmarcada en aquel fantasmal aullido había errado el golpe, el maleficio no tenía ningún efecto. A duras penas pudo Daniel contener el alivio mientras se abochornaba de su credulidad pasada, sintiéndose de repente más maduro y cínico, como si se hallase de vuelta de algo que no sabía precisar. Lo que quedaba de aquel domingo en el pueblo fue magnífico, antes de regresar a casa por la noche agotado y feliz. Pero allí le esperaban muy serios su padre y sus tíos, y su hermana Laura estaba llorando.

Entre todos acabaron por explicarle que Laurita había bajado anoche a pasear a Pisco, que llevaba todo el día muy nervioso y ladrándole a todas las ventanas. Al principio todo iba bien con el tonto de Pisco, un cruce de podenco y setter irlandés más bueno que el pan, que Daniel había criado desde que era un cachorro. Pero entonces un camión de mudanzas apareció por la avenida y Pisco le aulló, le aulló con un gemido que helaba la sangre, como si fuera el lamento de un perro ya muerto. Fue entonces cuando Pisco dio un tirón brutal de la correa y Laurita se cayó por fortuna en la acera, con un pedazo de cinta de cuero en la mano, y el pobre Pisco que se lanza nadie sabe por qué a meterse como un loco justo debajo de las ruedas. Y el tío del camión que frenó y giró el volante pero no pudo evitarlo de ninguna manera, y el pobre hombre estaba blanco como el papel cuando llegaron los municipales. Todo aquello había ocurrido la noche anterior, aproximadamente a la misma hora en que Daniel rozaba con las yemas de los dedos el mármol frío de un panteón de nobles, enterrados en un cementerio rural. Y Daniel no lloró por su peludo amigo Pisco porque no podía llorar: una tristeza helada le agarraba el pecho impidiéndole hasta el consuelo de las lágrimas. Y con la tristeza vino el miedo, y con el miedo la ira; la ira contra sí mismo por haber sido tan terriblemente estúpido. Ahora sabía sin duda alguna que había matado a Pisco. Lo había matado de igual modo que si le hubiese empujado él mismo bajo las ruedas del camión. Y también había aprendido para siempre que no se puede jugar con ciertas cosas sin pagar por ello un alto precio.

¿Por qué habría recordado aquella historia después de tanto tiempo? Incluso había derramado unas lágrimas al acordarse de Pisco, las primeras en muchísimos años que no eran para Cristina. Pero el chucho y su hija hubiesen sido muy buenos amigos, sí. Apartó ese pensamiento de su cabeza antes de que le hiciese llorar de nuevo, y sólo entonces escuchó el timbre de la puerta, que ya llevaba un buen rato sonando.

El comandante del puesto había venido sólo para hacerle unas preguntas de rutina: se trataba de un señor educado y distante, con la cara de piedra que debe mostrar todo buen servidor de la ley durante un interrogatorio. Pero Daniel acabó sacando más información de la entrevista que el propio comandante. Gracias a él averiguó que tres jóvenes excursionistas habían sido brutalmente asesinados la noche del sábado en el bosque de Feira; un cuarto permanecía ingresado en un hospital de Lugo, físicamente ileso pero en estado catatónico. El muchacho no hacía más que babear entre gemidos, como si hubiese olvidado el habla, y naturalmente no podía aportar ninguna información sobre lo que les había ocurrido en el interior del bosque.

Las preguntas fueron rutinarias, o al menos eso le pareció a Daniel: dónde estuvo usted la noche de tal día, cuánto tiempo lleva en Cereixo, cuánto piensa quedarse... cosas así. Daniel ni siquiera tuvo que mentir para no parecer sospechoso. La noticia de los excursionistas asesinados le había impresionado más de lo que estaba dispuesto a revelar al comandante, así que bastante hizo con mantener bajo control su propio estado de ánimo. Quizá si el comandante hubiese acudido a la casa con un espíritu más receptivo habría sospechado algo, pero resultaba evidente que el hombre se limitaba a cumplir con un trámite: desde luego hoy no esperaba descubrir nada. Cuando el comandante se marchó, Daniel se derrumbó sobre un sillón incapaz de hacer otra cosa. No almorzó y se quedó allí sentado varias horas dándole vueltas a la cabeza, mientras esperaba la llegada de Anxo. Éste vino a media tarde con dos botellas de ron cubano y un cartón de tabaco bajo el brazo, como regalo de despedida. Mucho tuvo que pensárselo Daniel para decirle que ya no hacía falta que le llevara a Lugo, que lo había pensado mejor y que ya no quería irse. Esto no era cierto —Daniel deseaba marcharse de allí más que nada en el mundo— pero una promesa era una promesa. Daba igual que en un sentido estricto ni siquiera se hubiese comprometido ante la anciana: sabía que aún debía permanecer aquí un tiempo, y eso era todo. Al menos las botellas de ron y el tabaco se quedaron en la casa, y ese no era un pequeño consuelo.

Estuvieron hablando un buen rato sobre los excursionistas, y Anxo contó sin reservas a Daniel todo lo que se sabía sobre el caso. Era en verdad muy poco, y más que nada suposiciones y conjeturas. El comandante había modificado sus primeras sospechas desde un animal salvaje hasta una secta satánica, pero esto no eran más que tiros al aire. Podía ser absolutamente cualquier cosa, y por supuesto la clave de todo consistía en que el muchacho catatónico recuperase su juicio cuanto antes... si es que

lo hacía, claro. El chico era la llave de todo el asunto: ¿por qué lo que quiera que fuese no le había matado a él también? Esa era la pregunta sin respuesta. Pero no parecían existir dudas en cuanto a que lo que había matado a Mauro Regueiro era exactamente lo mismo que habían encontrado los desdichados excursionistas.

Después jugaron un buen rato a las cartas, antes de que Anxo se marchara y Daniel le prometiera no meterse en líos. *No sé de qué hablasteis ayer tú y Mariña, primo, pero me arrepiento de haberte hecho venir.* Eso lo podías haber pensado antes, reflexionó Daniel, pero nada dijo. Era absurdo enojarse con Anxo: ahora necesitaba más amigos que nunca. Se separaron con una sonrisa cariñosa, y Daniel volvió a prometer mantener informado de todo a su primo y pedirle cualquier cosa que necesitara. Al quedarse solo recordó las botellas de ron como si le fueran mostradas por un demonio tentador, pero se mantuvo firme. Ahora necesitaba por encima de todo estar sobrio, si es que existía alguna esperanza de poner un poco de orden en semejante caos. Tuvo la extraña intuición de que no volvería a beber mientras todo aquel asunto de Cereixo —fuese cual fuese— no terminara por completo. Lejos de tranquilizarle, esa especie de presentimiento sólo le hizo experimentar una mayor inquietud.

Intentó recapitular sobre lo ocurrido, pero las imágenes se fundían en su mente y daban lugar a otras nuevas y extrañas, fundiéndose entre ellas como las de un caleidoscopio: Mariña, Anxo, aquel muchacho retrasado, el Coronel... Una parte de sí mismo sabía que el Coronel era una de las puertas que conducían hasta el Lobo Tragón: aquella casa de tejados picudos se había convertido de alguna manera en un cubil, tal y como había visto en el sueño. Pero el yo racional de Daniel aún negaba esa posibilidad, y su única y poderosa razón para hacerlo era el miedo: en realidad no pensaba regresar jamás a aquella casa. Ya era suficientemente horrible orinarse una sola vez en los pantalones mientras un demente lo encañonaba con una pistola salida de la Segunda Guerra Mundial: no era una experiencia que Daniel estuviese ansioso por repetir. Por enésima ocasión volvió a jurarse que no contaría a nadie aquel incidente y que intentaría olvidarlo con todas sus fuerzas, quizá hasta conseguir convencerse de que no había ocurrido jamás. Por supuesto que tal deseo era por completo irrealizable, pero cosas más absurdas se habían visto, incluso procedentes de personas harto más sagaces y brillantes que él. *Mal de muchos, consuelo de tontos,* se dijo, *pero consuelo al fin y al cabo.*

La casa del Coronel era en definitiva el único rastro de que disponía. Pero Daniel no pensaba seguirlo. ¿Se había comprometido a observar y a esperar? De acuerdo, observaría y esperaría, pero nada más. Dejaría pasar los días intentando poner algo de lógica en toda aquella historia, y transcurrido el plazo fijado se marcharía. Únicamente eso.

Nadie podría pedirle nada más; ni Mariña, ni Anxo... ni siquiera Cristina.

LIBRO III: EL LOBO TRAGÓN

El día siguiente —martes— transcurrió gris y sombrío, desangelado: un simple compás de espera antes del final, fuese este el que fuese. Daniel no tuvo ánimos para enfrentarse a las últimas cuartillas del difunto Armando y aplazó su lectura para el día siguiente. Era necesaria una pausa, una tregua que le permitiese respirar un poco ante lo que se avecinaba. Naturalmente que Daniel no tenía ni la más remota noción de lo que se le venía encima, pero había aprendido a no subestimar el poder de su intuición. Sin embargo, las posibilidades que esta podía llegar a brindarle se vislumbraban siempre borrosas, como sombras a través de un cristal ahumado; y en el fondo Daniel lo prefería así. Dedicó toda la mañana a descansar plácidamente y lo único que hizo, ya al mediodía, fue cambiar la bombilla fundida del desván, por simple cabezonería. A Daniel no le gustaba aquel desván, le recordaba demasiado a un museo de los horrores: el habitáculo se hallaba repleto de animales disecados de cuerpo entero; en ese sentido era aún peor que la macabra decoración del salón, con docenas de cabezas inertes. Aquí los animales se encontraban congelados e inmóviles en obscenas parodias de vida, en realidad realizando únicamente la aniquilación y convirtiéndola en eterna. Una siniestra inmortalidad de la muerte, si es que tal retorcida idea era posible. Había un chimpancé que sostenía eternamente una banana de cerámica, mientras una cierva simulaba pastar con su cervatillo; más allá un jabalí hociendo entre arbustos imaginarios, un enorme búho real, prisionero para siempre en un vuelo inacabado... No cabía duda de que quienquiera que fuese el aficionado a la taxidermia —seguramente el mismo Don Julián— había contratado los servicios de un excelente profesional. Aunque también era necesario tener mucho estómago para quitarle las vísceras a un cervatillo, rellenarlo de serrín y colocarle después unos ojos de cristal, para terminar situándolo junto a su madre disecada en actitud de hallarse pastando. Pero parecía que a su difunto pariente, Don Julián Taboada, le apasionaban ese tipo de artes.

Sin embargo, la pieza más asombrosa para Daniel de todo aquel improvisado museo era el lobo. Se trataba de un ejemplar enorme, de vigorosas mandíbulas y un erizado pelo pardo, que se tornaba más oscuro a lo largo de su espina dorsal. Había sido naturalizado en actitud de ataque, encogido y con las patas traseras flexionadas, como un poderoso cepo que estuviera a punto de saltar. Las orejas se plegaban hacia atrás, casi invisibles para el observador que lo contemplase frontalmente. Los párpados, como dos agudas rendijas, encerraban unos feroces ojos de cristal gris. Prácticamente lo único que se veía al mirarlo eran aquellas fauces abiertas de par en par, repletas de dientes afilados. Muy probablemente aquella bestia habría sido en vida un cazador letal.

Cuando terminó de cambiar la bombilla del techo, recogió la escalera plegable y

se marchó cerrando cuidadosamente la puerta; no tenía intención de volver a visitar aquel desván nunca más. Almorzó a base de bocadillos y más tarde intentó escribir un rato, sin ningún resultado. No podía concentrarse, y de alguna manera supo que hasta que no terminara con el asunto de Cereixo, no podría reanudar ninguna de las otras actividades habituales en su vida; eso incluía también la escritura. Un verdadero fastidio, sobre todo porque jamás había tenido una idea clara sobre en qué diablos consistía exactamente el «asunto de Cereixo». Y sin embargo, aquella gris tarde de octubre transcurrió para Daniel de forma plácida y tranquila, sin que nada le hiciera presagiar los horrores que habrían de venir más tarde. Hasta llegó a pensar que lo peor ya había pasado, que en pocos días se cumpliría el plazo fijado, y él se habría ganado su derecho a marcharse sin remordimientos, sin nada especial que recordar de Cereixo salvo unas cuantas rarezas fruto quizá del alcohol, de la soledad o simplemente de sus nervios alterados. Sí, el incauto de Daniel llegó a suponer incluso que las cosas iban a mejorar: aún no podía saber cuánto se equivocaba.

... la mayoría de los lobishomes no se transforman a propósito; en realidad son víctimas de una fada y su metamorfosis es terriblemente dolorosa. Hay quien dice que este dolor no cesa ni siquiera cuando la transformación ha concluido, y esto podría explicar en parte la tremenda violencia de los ataques. Al cambiar de estado pierden por completo la conciencia humana, volviéndose peligrosos hasta para sus seres queridos. Esta fase suele durar hasta el amanecer, cuando la ocultación de la luna da lugar a la transformación inversa: de lobo a hombre. Un hombre desorientado y confuso que aparece con la ropa hecha jirones, y que no tiene la menor idea de lo que le ha ocurrido esa noche. Pues es la luna la que gobierna el ciclo del hombre lobo...

Daniel levantó la vista de los papeles para mirar por la ventana: el tiempo era gris y desapacible, como de día de difuntos. No deseaba continuar aquella lectura siniestra, escrita por un demente, pero era lo menos que podía hacer. No esperaba sacar nada en limpio, y su único consuelo consistía en que sólo le restaban dos cuartillas por leer. Después podría olvidarse piadosamente de toda aquella locura.

La única forma segura de dar muerte a un hombre lobo y acabar con la maldición es por medio de la plata: una espada, un cuchillo o una bala de plata que logre penetrar en el corazón o en el cerebro de la Bestia provocará el final de la fada y la liberación del desdichado espíritu humano prisionero, sometido al implacable tormento de las transmutaciones...

¿Qué podemos hacer, Mariña? Me duele dejarlo solo. Me siento culpable por él.

—No te atormentes, Anxo. Nada podemos hacer ya: el ciclo ha de seguir su curso y Daniel debe enfrentarlo solo.

—Pero supongo que podríamos ayudarle de algún modo...

—Ya le hemos ayudado en todo lo que estaba a nuestro alcance; le hemos traído hasta aquí. No tenemos autoridad para cambiar las cosas, Anxo. Nosotros únicamente hemos desencadenado un proceso destinado a eliminar una amenaza que pende sobre todos: prácticamente hemos actuado en defensa propia. No ha sido nuestra elección, ni seremos nosotros los que pongamos fin a todo esto. Ahora debemos esperar, aunque nos parezca duro.

—Me da la sensación de que le hemos mentido.

—No es cierto. Quizá no le ha sido mostrada toda la verdad, pues ni siquiera yo la conozco en su plena dimensión, y eso entre otras poderosas razones. ¿Acaso conoces tú toda la verdad, Anxo? Pero jamás le hemos mentido. Al menos yo no lo he hecho, y estoy segura de que tú tampoco. Mas seguramente subestimamos a Daniel. Es más fuerte de lo que parece: es bondadoso y limpio de corazón, y también cobarde y quizá un poco egoísta. Pero será valiente cuando llegue el momento: entonces se volverá duro como el pedernal, y severo, y justo. Y debo añadir que no está tan solo como tú crees.

... los casos mejor documentados de Europa se encuentran en Francia; basta recordar a la familia de Gandillon en el Jura, o al sastre de Chalons. También es curioso el caso del expresidiario Gilles Garnier: en el juicio se le acusó del secuestro y el asesinato de trece niños de la comarca. Se trataba de una región de bosques salvajes donde los lobos eran muy abundantes y mantenían aterrorizados a los campesinos. Al ser sometido a tortura, Garnier confesó que se había convertido en lobo para devorar a los niños. Fue ejecutado en la hoguera en el año 1573. Es un caso similar al de Jean Grenier en Burdeos, donde sin embargo el acusado corrió mejor suerte: los jueces dictaminaron que su estado se debía a una manía alucinatoria, gracias a lo cual la sentencia fue algo más benévola: prisión perpetua dentro de los muros del monasterio franciscano de Burdeos.

Estos casos pueden resultar interesantes desde el punto de vista de los alienistas, mas el verdadero estudioso de los fenómenos naturales los apartará a un lado como simples aberraciones de la conducta humana. Tanto Garnier como Grenier como el mismo Romasanta no eran otra cosa que desdichados dementes que tal vez, en algún momento de sus oscuras vidas, tomaron por cierta la ilusión de transformarse en lobos. Pero nada hay en estos individuos del temible loup-garou: mucho más interesantes desde mi

punto de vista son las muy bien documentadas crónicas sobre la Bestia de Gévaudan.

Los hechos se sucedieron nuevamente en Francia, en la provincia de Gévaudan. Se trata de una extensa zona al sur del país que linda con las montañas de Margeride, un lugar especialmente salvaje y boscoso que de algún modo podría considerarse, como suele decirse, dejado de la mano de Dios. Cierta criatura que fue descrita por los testigos como un lobo gigante, atacó y devoró sin hacer distinciones tanto a seres humanos como a animales, en el lapso de tiempo situado entre 1764 y 1767. Las víctimas mortales fueron muy numerosas, y las frecuentes batidas contra los lobos que tuvieron como escenario los bosques de Gévaudan no dieron el menor resultado: a finales del año 1767 los ataques cesaron de pronto, tal y como habían comenzado. La famosa Bestia jamás fue abatida ni capturada. En este punto es obligatorio hacer mención a dos sucesos concretos: en primer lugar

Así terminaba bruscamente la penúltima cuartilla de Armando: la última sólo contenía dos frases en mayúsculas, que atravesaban el papel en diagonal como cuchillas. Lo de las cuchillas no era una simple metáfora; la pluma había rasgado la hoja casi en cada una de las letras:

*CUANDO EL FINAL ESTÉ PRÓXIMO
ENTRA EN LAS TRIPAS DEL LOBO*

Eso era todo: ¿y qué podía significar? Daniel soltó el puñado de cuartillas sobre la mesa como si quemasen: no podía ni quería solucionar este acertijo. Tal vez el enigma ni siquiera existía, probablemente se trataba sólo del delirio de una mente enferma. Pero de algún modo helaba hasta los huesos leer los papeles del joven Armando, tan juicioso y comprensivo en lo que se refería a los locos del pasado que se habían creído hombres lobo; seguramente nunca pudo imaginarse que iba a terminar de la misma forma que ellos.

Así que Daniel guardó por fin aquellas cuartillas que tanto dolor y soledad transmitían desde cincuenta años atrás; pero una cosa era ocultarlas a la vista, y otra muy distinta dejar de pensar en ellas. Decidió salir a dar un breve paseo por el bosque, procurando no alejarse demasiado de la casa. Fue entonces cuando se acordó del *walkman* que había traído de Madrid por si le apetecía escuchar la radio; lo sacó de la maleta y comprobó con una agradable sorpresa que aún contenía en las tripas una vieja cinta de James Taylor. Sonrió mientras se colocaba los auriculares: Jim había sido un viejo amigo durante mucho tiempo, y hacía ya demasiado que no se

tomaban una cerveza juntos. Cómo va todo, compañero.

*So close your eyes; you can close your eyes, it's alright.
I don't know now love songs,
and I can't sing the blues anymore
but I can sing this song
and you can sing this song
when I'm gone.*^[1]

Y tú puedes cantar esta canción, cuando me haya ido. ¿Y dónde ir? Quien no conoce el lugar de donde viene no puede saber hacia dónde va, eso dicen. Mira hacia atrás, vaquero solitario. Tú aún no lo sabes, pero esta es la última vez que vas a hacerlo.

«¿Por qué apenas recuerdo a Isabel? Es extraño. Recuerdo que la quise, eso es cierto. Me casé enamorado, como uno de esos idiotas antiguos. Y Cristina no hubiese nacido sin ese amor, pero todo cambió tras la enfermedad. ¿Por qué ocurrió así? Debió haber sido justamente al revés, debíamos habernos unido más que nunca. Pero las cosas son como son. Apenas he vuelto a pensar en ella desde la separación. ¿Qué estará haciendo con su vida? Probablemente nada, como yo con la mía. A pesar de todo me gustaría verla, tomar un café con ella, preguntarle cómo le va. Sería muy hermoso, si consiguiéramos que el recuerdo de Cristina no se interpusiera entre los dos como un bloque de hielo. Sí, sería también bastante difícil.

Es curioso que haya aparecido esta cinta precisamente hoy; yo ya la había olvidado. Y precisamente hoy viene mi viejo amigo James Taylor a hablarme de mí mismo, como dos compañeros que se van a pescar juntos en compañía de unas cuantas latas de cerveza. Es curioso que esta música consiga sacar lo mejor que hay dentro de mí, que sea luminosa como una buena acción. Ahora está sonando *Carolina in my mind*, que por cierto es la canción más bonita del mundo, con esos toques de guitarra *country* como flores nacidas al borde de un camino, un camino que se acaba. Porque sé que nos estamos acercando al final y estoy asustado, muy asustado. *No tengas miedo, amigo, lo harás muy bien, ya lo verás.* ¿De verdad, Jim? *Claro. No tengas miedo.*

Pasó el resto del día tranquilo y sosegado, escuchando buena música y procurando no pensar en nada. Al atardecer se quedó ensimismado mirando la puesta de sol desde la mecedora; en algún momento debió de quedarse dormido, pues recuerda un estúpido sueño en el que aparecía Caperucita Roja sacando sana y salva a su abuelita de la barriga del lobo. Al despertar sonrió; el cuento tradicional que le habían narrado de pequeño había sufrido múltiples variaciones en el transcurso del tiempo. Sin embargo parecía que los críos de ahora se traumatizaban con que se les

mirara, según los últimos descubrimientos de los psicólogos. Realmente Daniel no recordaba muy bien el cuento original, así que había montado su propia versión para contarle a la pequeña Cristina mientras le daba la papilla de la cena. En ella, un cazador amigo de Caperucita conseguía poner en fuga al Lobo de unos perdigonazos en el culo (Cristina siempre se reía mucho al oír decir esta palabra a Papá sin que se enterara Mamá) y el Lobo salía corriendo antes de poder merendarse a la Abuelita, que había conseguido encerrarse previamente en un armario. Antes estaba por supuesto el famosísimo diálogo: son para verte mejor, es para olerte mejor. ¿Y esos dientes tan grandes? ¡Para comerte mejor! Al llegar a este punto Daniel imitaba una voz ronca y le hacía cosquillas a Cristina en la barriga, con lo que la niña se ahogaba de risa y la papilla podía acabar en cualquier parte menos en su boca. Esta era, digamos, la versión *light*, pensada especialmente para los hipersensibles niños del siglo veintiuno. La que Daniel recordaba de su propia infancia (y seguramente tampoco la rememoraba con exactitud) era bastante más siniestra. Ahora le daba risa, naturalmente, pero en aquellos años infantiles podía ser especialmente aterradora.

Recordó o creyó recordar que en la versión antigua el Lobo sí se *comía* a la Abuelita. Después se disfrazaba como ella, se metía en la cama y cuando llegaba Caperucita tenía lugar el célebre diálogo, repetido como un ritual caníbal. Abuelita, qué dientes más grandes tienes. ¡Son para comeerte mejooooor! Más tarde, y de algún modo que Daniel no recordaba, el cazador amigo de Caperucita conseguía *matar* al Lobo (porque no lo hacía salir corriendo con el culo lleno de perdigones, no; *lo mataba*) y más tarde la dulce niña de caperuza roja o quizá el cazador *le abrían el vientre en canal con un cuchillo*, y de ahí sacaban a la Abuelita tan sana y salva como había entrado, seguramente sin perder siquiera la permanente y hablando hasta por los codos. Y por fin todos juntos, abuela, nieta y cazador, hacían una deliciosa tarta para *festejar la muerte* del malvado Lobo. Este era el cuento tal y como Daniel lo recordaba, mejor o peor. Y resultaba curioso que la mayoría de las narraciones infantiles fueran tan sangrientas y en el fondo perversas, antes de que la influencia de la moderna pedagogía las convirtiese en fabulitas inofensivas. La malvada madrastra de Blancanieves, el ogro gigantesco y caníbal, la bruja de la casita de chocolate, todos ellos asesinos deseosos de matar. Matar y después devorar, como el Lobo de Caperucita. Como...

CUANDO EL FINAL ESTÉ PRÓXIMO ENTRA EN LAS TRIPAS DEL LOBO

De repente un escalofrío le sacudió todo el cuerpo como el latigazo de una corriente eléctrica. Así que era eso, claro. Debía de haberlo supuesto. Aquella estúpida frase no era la clave de nada, ni contenía símbolo alguno. No existía código secreto en ninguna parte. El mensaje era literal, había que tomarlo exactamente al pie de la letra. *Ahora está fuera del cuento, está en el lugar donde tú estás.* ¿Las tripas

del lobo? Claro, las tripas del lobo.

Maldiciéndose por haber comprendido al fin, y todavía con la débil esperanza de equivocarse, tomó un cuchillo bien afilado de la cocina. Sin el menor deseo de hacerlo, subió al desván y se enfrentó al lobo disecado, inmóvil para siempre en su furiosa posición de ataque. En cuclillas, palpó repetidas veces el vientre peludo hasta convencerse de que allí debajo había algo duro, probablemente metálico. Sin el menor miramiento, rasgó con el cuchillo la superficie áspera y llena de polvo, e introdujo los dedos en la hendidura con la vaga sensación de estar llevando a cabo un acto repugnante. El serrín comenzó a derramarse entre sus dedos como la arena de un reloj y ya apartaba la mano en un gesto de asco, cuando algo semejante a una piedrecita o una canica cayó al suelo rodando sobre su propio eje. Volvió a meter la mano en el vientre del lobo, esta vez hasta la muñeca. Otras piedrecitas cilíndricas cayeron al suelo con un chasquido metálico, cinco más en total. Y al fin Daniel consiguió agarrar el tubo metálico en las tripas del lobo y tirar de él, como si pretendiera arrancarle los intestinos. Lo que extrajo en realidad fue un revólver negro y pesado, manchado de serrín. Después recogió uno por uno los trocitos cilíndricos de metal que habían rodado por el suelo; se trataba de una especie de balines, unos proyectiles muy ligeros. Sólo tardó un momento en darse cuenta de que eran balas de plata.

Aquella noche no había demasiados parroquianos en la única taberna de Cereixo; hacía demasiado frío y en el ánimo de todos pesaba una extraña angustia: aquello no había terminado, ni muchísimo menos. Tal vez sólo acababa de empezar. Aunque el Coronel no faltaba jamás a su puntual cita con una botella de ginebra en la mesa del rincón, justo al lado de la ventana. Sólo desde allí podían divisarse las colinas nubladas del bosque de Feira, invisible ahora tras la oscuridad. El Coronel las miraba fijamente como si las vigilara, sin pestañear; nadie hubiera podido adivinar sus pensamientos.

—No me gusta ese tío, Santiaguíño.

—A mí tampoco, pero paga —contestó Santiago, mientras frotaba por enésima vez con la bayeta una vieja mancha de vino en la barra. Era una noche floja y no tenía demasiadas ganas de hablar, menos aún del Coronel. En realidad sólo deseaba bajar la chapa e irse a dormir de una vez por todas.

—Y tampoco me gusta el otro, el escritor —continuó Anselmo mirando pensativamente su cerveza—. Ya sabes, el que se ha ido a vivir al pazo de Taboada. Me pregunto si no tendrán algo que ver con todo lo que está pasando aquí.

—No creo. Mas bien pienso que...

—¡Santiago, coño, que estoy seco!

La voz desafinada provenía del otro extremo de la barra, y hacia allá se encaminó Santiago procurando disimular su malestar. El borracho jugueteaba con el vaso vacío

y aquella bobalicona sonrisa pintada en la cara, que daba un motivo más que suficiente para partírsela. *Calma, calma*, se dijo Santiago. *¿Por qué estoy tan agresivo esta noche? Es sólo el viejo borracho de Celestino, nada más. Ya me lo conozco, a él y a sus historias.*

—Ponme una copita de Magno, meniño.

—Ya has bebido bastante, Cele. Vete a casa. No voy a servirte más.

—Venga, chaval, por tus muertos, apiádate de este pobre viejo. Media copa de Magno, me cago en la hostia.

—Haz el favor de no blasfemar. Te he dicho que no te sirvo más.

—La de veces que te he llevado a jugar de neno, cuando tu madre murió. Y eras el más malo de todos los rapaces; había que guardarse de tus falcatruadas. ¿Es que ya no te acuerdas?

—Eso no tiene nada que ver. Anda, vete a casa, Cele.

—¡*Carallo!* Eres despiadado. Bien, ya me marchó de esta taberna de santitos. Véndeme al menos una botella para el camino. Mira, todavía tengo un billete de veinte rublos de estos. ¿Cuántas pesetas son eso?

De repente Santiago ya no pudo aguantar más. De un salto fue a la cocina y regresó con media botella de vino blanco peleón, del que usaba para cocinar. De un golpe, colocó la botella encima de la barra.

—Es para ti. No tienes que pagar nada, regalo de la casa. Pero lárgate de una vez.

La boca del borracho se torció en una sonrisa de agradecimiento que de alguna manera conmovió a Santiago. *Es la última vez que le veo*, pensó sin saber por qué. Celestino bebió a gollete un largo trago como si fuese agua.

—Qué rico... Gracias, meniño. Es para el camino, sabes...

—Sí, para el camino. Y luego a dormir, ¿eh?

El viejo inició una torpe reverencia que no se atrevió a completar por miedo a una caída, y salió a la calle tambaleándose. Santiago suspiró aliviado: Celestino estaba cada día peor y a su edad ya no iba a reformarse, desde luego. Santiago apenas podía recordar ya a aquel hombre apuesto y risueño que lo llevaba a chutar el balón en las laderas de Os Pinos. En su lugar no quedaba más que aquel viejo despojo borracho y mugriento. *Esto es lo que somos*, pensó con una lógica aplastante, y aquella evidencia le asqueó bastante más que todas las borracheras de Celestino.

Volvió a su lugar habitual tras la barra sacudiendo la cabeza. Anselmo aún peroraba en voz baja como si alguien hubiera continuado escuchándole todo ese tiempo. En realidad Santiago no le hacía ningún caso; continuó frotando la mancha de vino sobre la barra con una insistencia difícil de entender.

—Y fíjate que la muerte de Mauro ocurre el mismo día en que llega el escritor. Eso da qué pensar, por lo menos a mí. Y además...

De repente, Santiago soltó la bayeta y corrió hacia la puerta como picado por un escorpión. No había nadie, la calle estaba desierta. Aún permaneció un rato más mirando a un lado y a otro, con la cada vez más tenue esperanza de ver asomar al

viejo. Al fin volvió a entrar muy despacio en su taberna, mientras Anselmo lo miraba con los ojos como platos y el Coronel rellenaba en silencio otro vaso de ginebra.

Celestino Prieto pateó una piedra en la oscuridad de la noche como había hecho en sus buenos tiempos con el balón, mientras su mente se saciaba una vez más con el trepidante rugido de las gradas. *¿Habéis visto qué cambio de ritmo, qué disparo? Ha marcado raso, pegadito a la cepa del poste, qué golazo. El número nueve del Celta, un delantero nato, un depredador del área.* Nada de esto había sido olvidado, salvo el propio Celestino. Ahora caminaba haciendo eses por una solitaria calle de su pueblo natal, bebiendo a grandes tragos un vino malo que le habían dado en la taberna como limosna, para que se marchara. Pero nadie iba a quitarle sus recuerdos.

Celestino había empezado en los juveniles del Atlético Lucense como una alternativa a pasarse todo el santo día apacentando vacas y echando raíces por las noches en la barra del bar, como había visto hacer a su padre día tras día y año tras año. Por entonces era un muchacho atractivo, alto —algunos decían que demasiado alto para ser un buen delantero— y flaco como un alambre. Un alambre hecho de fibra y nervio que sorteaba defensas en aquellos infernales campos de tierra como si tuviera alas en los pies. Al año siguiente fichó por el Monforte, y empezó a cobrar por partido ganado o empatado (las derrotas no daban derecho a remuneración alguna). Por primera vez se dio cuenta de que se podía ganar dinero jugando al fútbol, y no sólo las simbólicas cantidades que le abonaba su modesto club. Al año siguiente subieron a Tercera desde Primera Regional y ya les hicieron contratos por escrito, aunque los sueldos continuaban siendo de risa. Fue entonces cuando conoció la dureza de la Tercera División: había comenzado a ser un profesional casi sin darse cuenta. Profesional desde el escalón más bajo, pero asalariado al fin. Se encontró con jóvenes ambiciosos como él mismo, y con viejos de colmillo retorcido que se tiraban siempre a las espinillas o le escupían en la cara cuando el árbitro no miraba. Fue expulsado en un par de ocasiones antes de aprender la lección: en el campo no había que responder jamás a las provocaciones. Una vez le rompió un labio de un puñetazo a un defensa del Racing de Villalba. Pero aquello ocurrió después del partido, en aquellas cuadras que hacían las veces de vestuarios. Pese a todo lograron mantenerse en la categoría y Celestino acabó la temporada como máximo goleador de su grupo, con treinta y dos goles en treinta y ocho partidos. Fue entonces cuando Don Marcelo Vilanova, por entonces secretario técnico del Real Club Celta de Vigo y ojeador oficioso del club celeste, recomendó a la directiva su fichaje para la siguiente temporada.

Celestino se lo pensó mucho antes de aceptar la tentadora oferta. El salto era tremendo, algo nunca visto: de tercera a primera división. De jugar en campos donde el día anterior habían estado triscando las cabras, a hacerlo en Mestalla o en Chamartín. Contra el Madrid, sí, contra el Madrid. *Qué hago, míster,* preguntó a su entrenador y casi su segundo padre, Don Eugenio Silva, que en paz descanse. *¿Eres idiota? Firma por el Celta o vuélvete a tu pueblo con las vacas, aquí no te quiero ver*

más. Se despidieron con lágrimas en los ojos. Tres días más tarde Celestino firmaba en Vigo el contrato que le comprometía con el Celta durante las siguientes cuatro temporadas, con opción a dos más.

La primera fue un calvario: en realidad se la pasó casi entera calentando banquillo en espera de alguna contusión de los delanteros titulares. Tipos duros, expertos, con oficio, de los que alguno había llegado a jugar hasta con la clavícula rota. Los veteranos le miraban como a un pimpollo, prácticamente le convirtieron en la mascota de los entrenamientos: *Neno, trae agua. Neno, las toallas*. La segunda temporada la pasó prácticamente en blanco por culpa de la mili. Pero a la tercera fue la vencida: era el segundo partido que jugaban fuera (contra el Zaragoza), y ya iban perdiendo por tres a uno cuando el delantero centro se resintió de una vieja lesión en la rodilla. *Ponte tacos largos, sales ahora*, fueron las únicas y lacónicas palabras que le dirigió el entrenador. Faltaban sólo veinte minutos del segundo tiempo y Celestino saltó al césped sin casi haber tenido oportunidad de calentar. Pero no lo hizo del todo mal. En su primera acción estrelló un balón en el palo; después marcó con la zurda desde el borde del área y, casi al final, sirvió un gol en bandeja a Paquito Rivadabia, el veterano centrocampista que se retiraba aquella misma temporada. Acabaron empatados a tres, salvando un punto en el último suspiro. Al domingo siguiente, en su estadio, Cele salía ya de titular.

Aquel año fue la locura: Celestino marcaba prácticamente en cada partido. Los defensas rivales vigilaban su posible remate de cabeza, pero esto significaba errar el objetivo. Era tan alto que todos suponían instintivamente que su fuerte era el juego aéreo. No era cierto. De los veintiocho goles que marcó aquella temporada sólo cuatro fueron de cabeza. De hecho, en los saques de esquina no bajaba al área chica, más bien se quedaba en la frontal aguardando algún rechace. Pero para los rivales era difícil luchar contra la cartilla del fútbol, esa que viene grabada a fuego por años de entrenamientos y que decreta que todo prójimo de más de uno ochenta tiene que saber rematar de cabeza, aunque en otros aspectos del juego resulte una auténtica calamidad. Tampoco era que Celestino destacara por su regate o su velocidad, aunque sabía defenderse bien en esas lides. Pero su fuerte era sin duda el disparo a puerta o el pase milimetrado. *Donde pongo el ojo pongo el balón*, hubiera podido decir si su humildad gallega no se lo hubiese impedido. Pero lo pensaba y lo pensaban también el *míster* y los compañeros, y lo sabía todo el mundo porque no era más que la verdad. Conocía el ángulo muerto, ese que tienen todas las porterías del mundo. Sabía exactamente dónde tenía que ir la bola una décima de segundo antes de chutar. Aquel año jugaron en Chamartín contra un Madrid que venía de ganar otra Copa de Europa y perdieron por cuatro a uno, pero él hizo el único gol del Celta. Al acabar el partido, un tipo rubio con cara de pocos amigos que se hacía llamar Alfredo Di Stéfano le cambió la camiseta y le palmeó la espalda con una sonrisa: *¡Che, pibe, qué bonito jugaste!* Mucho más tarde pensaría que aquel escueto comentario había sido sin duda lo más hermoso que le había ocurrido en su breve carrera.

En la temporada siguiente le comunicaron una oferta del Valencia para los próximos cinco años. El salario era generoso, pero Celestino pidió tiempo para meditarlo hasta final de año. En realidad deseaba renegociar su continuación en el Celta, mejorando sensiblemente las condiciones económicas. Si la directiva no cedía siempre quedaba el Valencia, por otra parte un club de muy superior nivel. Pero le parecía feo comprometerse en secreto con los valencianistas, sin dar a su club la oportunidad de negociar. Esta suerte de romanticismo —absolutamente impensable en el fútbol actual— empeoró su situación cuando la desgracia le llegó, demasiado pronto y demasiado amarga.

El penúltimo partido de la temporada enfrentó a Betis y Celta en Sevilla, y no era sino un mero trámite: ninguno de los dos equipos se jugaba ya nada en la clasificación. Esto hizo más incomprensible aún la acción del defensa bético Triscal, un central con fama de duro, mas no de violento. Corría el minuto cuarenta y dos del primer tiempo, cuando Cele recibió un pase en la frontal del área y acabó de matar la pelota con el pecho, preparando el disparo a puerta. Había visto el ángulo muerto junto a la base del palo izquierdo, justo donde el portero jamás podría llegar. Y una décima de segundo antes de golpear, el mundo se volvió de pronto del revés. Lo siguiente que acertaría a recordar era verse a sí mismo tumbado en el césped como si fuese otra persona, preguntándose vagamente qué habría ocurrido mientras intentaba levantarse. Y entonces, el dolor, como un hachazo certero que le hundiría al fin en una misericordiosa inconsciencia.

Fractura de tibia y peroné con rotura de ligamentos, dijeron los galenos. Hoy esto significa para un deportista perderse la temporada, pero en aquella época representaba el adiós definitivo al fútbol profesional. Y esto ocurría unos días antes de renegociar su contrato, o de decidirse por la oferta del Valencia; por supuesto, todo ello se convertía de repente en los mismos cántaros rotos del cuento de la lechera. Su contrato con el Celta expiraba el treinta de junio: ya no habría más contratos, ni más fútbol. La entrada había sido terrorífica; Triscal, sancionado con veinte partidos de suspensión, había golpeado de lleno con los tacos en la pierna de apoyo. Ni siquiera él pudo explicar por qué lo había hecho y se le veía sinceramente arrepentido. Claro que de poco le sirvió esto a Celestino, postrado en la cama de un hospital mientras maldecía su mala suerte. No le guardaba rencor a Triscal, eran cosas que ocurrían a veces.

El club se portó bien con él. Al año siguiente le hicieron un partido de homenaje que recaudó mucho en taquilla, y le ofrecieron un puesto en el cuerpo técnico como entrenador de juveniles. No lo aceptó por pura cabezonería, o quizá por un orgullo baldío que en el fondo no era más que desesperación. Si el fútbol le había despreciado, él no querría volver a saber nada del fútbol nunca más. Así que tras su retiro —¡a la edad de veintiún años!— Celestino retornó a Cereixo sin la más remota idea de lo que hacer con lo mucho que aún le quedaba de vida. Tenía un terruño arrendado que le facilitaba unas mínimas rentas, y entre eso y los ahorros de sus

pocos años dorados podía mantenerse modestamente durante bastante tiempo. ¿Y qué hizo Celestino? Celestino no hizo nada, nada en absoluto. Otro en su lugar hubiese intentado algo, habría iniciado otro camino. No Celestino: había visto el éxito demasiado de cerca, y en el último momento el éxito le había estallado en la cara como una pompa de jabón. Había visto partir el último tren mientras tropezaba en el andén, y había caído de bruces mientras la locomotora silbaba alejándose cada vez más, burlándose de él. Ese primer y único fracaso era más que suficiente. No quería empezar de nuevo, no quería arriesgarse a la posibilidad de un nuevo desengaño que tal vez en sí mismo no hubiera significado mucho, pero que le habría recordado inevitablemente el primero, el que en realidad le destrozó la vida. *Cuanto más alto hayas subido más dura será la caída*, pensaba a veces sin sospechar que citaba el título de una vieja película de Humphrey Bogart. Pero era cierto, y la gravedad nada sabe de héroes ni de excepciones. De todos modos, tal manera de pensar hubiese sido comprensible en una persona de mayor edad. Pero el verdadero drama de Celestino radicaba en que comenzó a razonar como un hombre acabado antes de cumplir los veintidós años. Todo le había llegado demasiado pronto, el éxito y el fracaso. Pero el éxito había sido breve y luminoso como el fulgor de un relámpago, y el fracaso iba a durar toda la vida.

Los primeros tiempos mantuvo el tipo como pudo. Esos son los años en que Santiago, el tabernero, le recuerda como un tipo alto y jovial, que jugaba cojeando a la pelota con los chavales del pueblo y les narraba gloriosas hazañas de la zamarra azul celeste con el nueve a la espalda, historias que dejaban boquiabierto a su jovencísimo público. Pero con el tiempo Celestino comenzó a beber más de la cuenta y a descuidarse en exceso. Tenía la costumbre de no medir palabras cuando bebía, y ello le costó más de un disgusto. El cura le prohibió la entrada a la iglesia durante un año por blasfemar en público. Esto le daba igual a Celestino, dado que no pensaba volver a poner los pies en iglesia alguna en todo lo que le quedase de vida. Pero no así a su madre, señora muy piadosa a la que podía haber ahorrado muchos sinsabores si hubiese sabido controlar su lengua. El caso es que los años continuaron pasando, como tienen la mala costumbre de hacer, y Celestino bebía ya a mares, hasta el tiempo en que resultaba difícil verle sobrio. La metamorfosis del hombre elegante y apuesto que había paseado el nombre de Cereixo por toda España hasta el viejo harapiento que suplicaba unas monedas para emborracharse había sido muy lenta y nadie la había advertido claramente, al igual que al mirarnos cada día en el espejo nos parece ver siempre el mismo rostro, invariable durante décadas. No era posible precisar un día o año en el que decir: justo en este espacio de tiempo, Celestino dejó de ser un hombre para convertirse en un despojo. No, aquellos eran procesos remotos e impersonales, como la erosión de las montañas o los valles.

Y así paseaba aquella noche Celestino, cojeando y tambaleándose con media botella

de vino barato en la mano. Estaba demasiado achispado para regresar enseguida a casa, así que se le ocurrió darse una vuelta por el cementerio para despejarse un poco. Naturalmente el camposanto permanecería cerrado a esas horas, pero podría asomarse a la verja y rodear la tapia por detrás. Un pequeño paseo para despejarse antes de ir a dormir, eso era justo lo que necesitaba.

Cereixo estaba tan desierto esa noche como si se tratara de un pueblo fantasma; y eso que sólo eran las once. Pero a Celestino no le importaba. Silbaba muy bajito, recordando los buenos tiempos y pateando piedrecillas que entraban como obuses en porterías imaginarias. Fue entonces cuando se asomó a la verja y contempló las primeras lápidas iluminadas por la luna, y todo su buen humor desapareció. *Podrías escalar la verja y dejarte caer a su lado, estás tan muerto como ellos*, le dijo una Voz sospechosamente parecida a la que en ocasiones hablaba a Daniel Morales, escritor de cuentos infantiles. Pero Celestino no le hizo ningún caso y bebió de nuevo un largo trago. Fue entonces cuando le pareció ver una silueta humana, bajo el ciprés que coronaba la cuesta hacia el cementerio.

—Eh, paisano. ¿Quieres un poco de vino?

No hubo respuesta. El tipo debía de estar dormido, o quizá muerto. Quién sabía. De todos modos... ¿qué diablos estaría haciendo aquí, a estas horas de la noche? Y olía a perros muertos, de eso Celestino sí que podía estar seguro. No es que él emanara precisamente esencias orientales, desde luego. Pero tampoco hedía como un zoológico del que no se retira a los animales muertos.

—¿No te sobra un eurito, paisano, un eurito para un pobre sediento? Anda, bebe conmigo un trago de vino.

Se había acercado estimulado por la curiosidad, y ahora estaba a menos de diez metros del ciprés. Entonces, aquella silueta que poco tenía de humana se levantó lentamente, como si se desperezara: medía casi dos metros y medio, pero a Celestino le parecieron cinco. Por un momento le miró como si sonriera con aquellos feroces ojillos rojos hundidos en las cuencas, desde detrás de una maraña de dientes inhumanos. La mano se abrió sin fuerza, la botella cayó al suelo: Celestino supo que estaba muerto incluso antes de oír el crujido de vidrios rotos a sus pies. No sintió el miedo que esperaba, sólo una expectante curiosidad que no acertaba a comprender. La Bestia se acercó a grandes trancos sin dejar de mirarle.

—¡Che, pibe, qué bonito jugaste!

Apenas tuvo tiempo de decirse aquella última frase que lo resumía todo, justo antes de que unas garras implacables volaran como cuchillas para destrozarle la garganta. Pero aquello no duró más de un segundo: ahora la Bestia trotaba a cuatro patas alejándose hacia el bosque mientras Celestino se desangraba inmóvil sobre la hierba, los ojos aún clavados en el ciprés nocturno. Pero ya no volvió a ver nunca más al ciprés: en lugar de eso se encontró inesperadamente a la salida de los vestuarios del estadio, en el túnel que llevaba al terreno de juego. Miró a su alrededor; los compañeros se acomodaban las botas de tacos de aluminio y hacían

estiramientos con rostros serios y tensos, el capitán palmeaba las espaldas dando gritos de ánimo. Celestino se ajustó la camiseta con el nueve a la espalda sin recordar en qué estadio se hallaban, ni quién era el rival, ni tan siquiera de qué partido podría tratarse. Tan sólo le fascinaba la deslumbrante luminosidad de la boca del túnel, la salida al estadio donde hacía ya tiempo que los esperaban. Y entonces fueron llamados.

A la mañana siguiente, Daniel aún cavilaba sobre su extraño y macabro descubrimiento en el interior del lobo disecado: un revólver y seis balas de plata. Quizá hubiese sido algo gracioso de no resultar a la vez tan siniestro. ¿Y para qué podían servir las balas de plata? Tal vez para matar a un hombre lobo.

Anxo telefoneó al mediodía para preguntar si todo iba bien. Así se lo confirmó Daniel, sin mencionar una sola palabra de su curioso hallazgo. No era el único que guardaba secretos: su primo tampoco le dijo que a primera hora de la mañana habían encontrado el cuerpo degollado de Celestino Prieto, un pobre y viejo borracho que había sido futbolista en su juventud, en las proximidades del cementerio. Era la primera vez que el asesino (o asesinos) se atrevía a actuar *dentro* del pueblo. Porque no cabía la menor duda de que fuese lo que fuese lo que le había ocurrido al viejo, era exactamente lo mismo que le sucedió en su día a Mauro, o a los excursionistas. La brutalidad de los ataques no admitía ninguna otra hipótesis. Pero naturalmente esto no era de la incumbencia de Daniel, pensaba Anxo. En realidad, Anxo sólo quería que su primo se marchara de Cereixo cuanto antes, que se hallara lejos y a salvo, y creía que cuanto menos supiera, mejor. A pesar de todas las buenas (o no tan buenas) razones de Mariña, Anxo continuaba sintiéndose vagamente culpable por haberle traído al pueblo. Era algo muy difícil de ignorar, por más que la vieja saludadora dijese lo que quisiera. Definitivamente, los presagios de Anxo no eran tan buenos como los de Mariña.

En cuanto a Daniel, estuvo hasta media tarde contemplando fascinado el arma y aquellos pequeños proyectiles, que apenas dejaban notar su peso. Al fin desplazó el tambor y lo hizo girar suavemente introduciendo las balas una a una, hasta seis en total. Era curioso que Daniel supiese hacer esto; precisamente él, que en su día se había librado de la mili por excedente de cupo, y que no había llegado a sostener un arma en toda su literaria vida. Pero cargó el revólver a la perfección, como lo hubiese hecho un profesional. Y cuando sonó el timbre de la puerta, lo guardó en el bolsillo de su cazadora con absoluta naturalidad. Como si fuese algo que hacemos todos los días, o para lo que hemos nacido.

—El cura quiere que vayas a verle.

—¿El cura?

El muchacho asintió, apoyado en el marco de la puerta. *No es un muchacho, es un hombre adulto*, se corrigió Daniel. En todo caso Elías siempre resultaba inquietante. Tanto podía parecerse a un pobre retrasado digno de lástima como a alguien que ríe a escondidas secretos que nadie conoce. Le tendió un sobre cerrado y arrugado, sin la menor indicación sobre su contenido: Daniel lo abrió sin saber si estaba haciendo lo correcto. ¿Qué diablos podría querer ese viejo charlatán del Padre Arminio? ¿Y por qué no habría acudido a decírselo en persona?

Estimado Daniel:

Pese a que haya podido tomarme en nuestro primer encuentro por un viejo entrometido, debo asegurarle que hay demasiados asuntos que yo conozco y que usted ignora. Pero esta situación ya no es soportable para mí, y los últimos acontecimientos me han decidido a hablarle al fin con absoluta claridad, incluso sabedor de que con ello mancillo mi juramento más sagrado para convertirme en otro Judas ante los ojos de Dios.

En la iglesia del pueblo hay una vidriera a la derecha del altar que representa al Agnus Dei: es el Cordero de Dios que borra los pecados del mundo. Bajo la vidriera verá un confesionario; allí le estaré esperando esta tarde a las seis en punto. Por favor, le ruego que acuda a esta cita, aunque sólo sea por la caridad de aliviar la conciencia de un desesperado. Allá usted sabrá y también decidirá lo que ha de hacerse: yo soy demasiado viejo y débil para discernir lo más conveniente. Pero ya no callaré más: esta misma tarde lo sabrá usted todo sobre este pueblo maldito y los monstruos semihumanos que lo habitan. Sólo espero no ganarme su odio con mi historia, pues ahora es esta en verdad la misión que me ha sido encomendada.

¿Cree que del Mal puede florecer el Bien, al igual que de la llama surgen ya las cenizas que al fin habrán de extinguirla? ¿Servirá de algo mi traición, como la de aquel que vendió a Nuestro Señor por treinta dineros de plata? Quién lo sabe. Tal vez —sólo tal vez— lo averigüemos juntos. Por favor, acuda a la cita. Le ruego, le suplico, le ordeno que acuda a la cita.

Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre. Tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros. Tú que estás sentado a la derecha del Padre, atiende nuestra súplica. Esta es ahora mi única oración mientras le espero con el corazón encogido en este pueblo castigado por las sombras.

Hasta muy pronto, Daniel.

Había leído la carta dos veces y después miró al muchacho, intentando aparentar una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir: Elías le sostuvo la mirada con su habitual inexpresividad.

—¿Te ha dado esto el cura para mí?

—Sí.

—¿Cuándo? ¿Esta mañana?

—Sí.

—¿Has leído la carta?

—No.

—¿Cómo sabes entonces que el cura quiere verme? ¿Te lo dijo él?

Elías se encogió de hombros y se marchó sin contestar, sin prestar la menor atención a la perplejidad de Daniel. Al poco rato era tan sólo una manchita gris que se perdía en las borrosas lindes del bosque de Feira.

La iglesia se encontraba desierta aquella tarde. Daniel había esperado ver a las inevitables viejas piadosas sentadas en los primeros bancos: pañuelos negros a la cabeza y misales con rosarios; casi había anhelado el suplicante cuchicheo de las beatas como un murmullo tranquilizador. Pero el silencio era absoluto y no había nadie en la iglesia. Nadie, salvo tal vez el Padre Arminio esperándole escondido en un confesionario, como en alguna estúpida película sobre conspiraciones vaticanas. Daniel sonrió, pero esta sonrisa no tuvo larga vida.

—¿Padre? Soy Daniel.

Nadie respondió; tampoco era de extrañar, porque la frase no había sido más que un susurro. A Daniel tampoco le apetecía gritar en el interior del templo: que no creyera en Dios no significaba que hubiese olvidado el respeto hacia las cosas sagradas que le enseñaron en su infancia. Pero también le pareció ridícula la excesiva teatralidad del sacerdote: ¿no hubiese sido más lógico citarse sencillamente en la puerta de la iglesia? Esto del confesionario resultaba irrisorio y siniestro a la vez.

Atravesó la última fila de bancos y avanzó hacia el presbiterio. Al pasar frente al altar tuvo que contenerse para no santiguarse ni terminar una genuflexión apenas iniciada: el reflejo adquirido en la niñez tardaba toda la vida en marcharse. Observó las vidrieras, que no dejaban pasar demasiada de la escasa luz de aquella tarde de otoño: la iglesia era básicamente sombría y mal iluminada. Posiblemente su tamaño (parecía mucho mayor por dentro que por fuera) también contribuyera a resaltar este efecto, que desde luego no la convertía en un lugar acogedor. Desde detrás del altar, el rostro del Crucificado había sido pintado de manera que los ojos no separasen jamás su mirada de la de los fieles. De algún modo el propio Cristo parecía disecado, como los animales en las paredes de la casa de Don Julián. *Dios te vigila en todo momento*, había oído decir Daniel innumerables veces. El desconocido artista se había ocupado de hacer lo más auténtica que pudo esa sentencia.

Por fin llegó al confesionario bajo la vidriera del *Agnus Dei*, preparando algún comentario sarcástico que sirviera de saludo al Padre Arminio: pero antes de que pudiese articular una sola palabra, la voz se le congeló en la garganta. Había visto la

mancha oscura de apenas un palmo que salía del pequeño habitáculo, y que se extendía cada vez más lentamente por el suelo. Sin tiempo para pensarlo, Daniel apartó de un tirón la cortinilla del confesionario: el sacerdote parecía meditar con los ojos muy abiertos, quizá contemplando algún lugar especialmente remoto. Pero en su frente se hallaba una estrella carmesí de la que ya habían brotado dos regueros descendentes de sangre, que ya iba secándose poco a poco. Antes de que el pánico lo dominara por completo, Daniel pudo apreciar que el disparo era perfecto. El Padre Arminio ya no oficiaría más misas, ni contaría más extrañas historias. Y todavía vio algo más, algo que le heló la sangre en las venas aún más que el propio crimen: en el suelo, al lado del confesionario, había una colilla. Alguien se había fumado un cigarrillo y había tirado la colilla justo aquí. Una colilla blanca, con dos líneas doradas y paralelas que la rodeaban. Habanos o Coronas, seguramente. Sí, Coronas, más bien. Y entonces Daniel supo que aquella colilla no había caído en ese lugar por casualidad o descuido, desde luego, sino como una señal, un signo colocado únicamente para él. Entonces el terror le venció por completo mientras escapaba corriendo de la iglesia.

En la habitación de un hospital en Lugo hay un muchacho que mira fijamente la pared, hora tras hora: la mira, pero no ve absolutamente nada. Aunque es cierto que de vez en cuando se entremezclan en su cabeza imágenes que le aterrorizan y que no puede explicarse: un bosque de árboles oscuros, un fuego que se apaga, que aún ilumina débilmente rostros de personas que ya ha olvidado que conoció. Esas no son en realidad visiones amenazantes, pero le asustan. Porque él conoce lo que suelen traer consigo más tarde, cuando se hace de noche y la luz de la luna llena atraviesa la ventana de la habitación. Entonces los médicos y las enfermeras se han ido, y ya no queda nadie que pueda protegerle.

¡Si tan sólo pudiera hablar! Pero ha olvidado el lenguaje, y todo lo que puede recordar son imágenes absurdas saltando en su mente sin cesar, como en una película montada por un loco que automáticamente vuelve a empezar cada vez que termina. Si pudiese explicarles a ellos lo que sucede por las noches... pero ellos le han atado a la cama y le dicen palabras que él no entiende, y le sonrían como si todo estuviera bien. Pero el muchacho sabe que nada está bien.

De noche, Eso acude de nuevo a su ventana. Trepa a través de los rayos de la luna y se asoma tras el cristal, mostrando sus colmillos cubiertos de sangre y babas. Eso ríe y se relame, pero en realidad el Lobo Tragón no quiere hacerle daño al muchacho. Sólo desea jugar con él, burlarse un poco, quizá asustarle. Incluso ha llegado a traerle carne cruda y aún caliente, carne de mujer recién degollada para alimentarle. Entonces el muchacho cierra muy fuertemente los ojos y grita, grita, grita.

Al llegar al camino Daniel se detuvo; miró asustado a su alrededor, como si esperase ver a una multitud de lugareños que acudían furiosos a lincharle. No vio a nadie. Se sentó entonces en una piedra, aún jadeando.

Era indispensable llamar a la policía: al Padre Arminio no le había destrozado ninguna bestia salvaje. Le habían asesinado a sangre fría de un certero disparo de pistola, para que no hablase. Ahora se llevaría todos sus secretos a la tumba. *Pero puede ocurrir que me impliquen a mí. ¿Acaso la Guardia Civil no me ha interrogado ya? Notó que el pánico volvía de nuevo e intentó tranquilizarse. ¿Por qué eché a correr de la iglesia de ese modo, en vez de salir y gritar para llamar la atención de todos? ¿Y si alguien me ha visto escapar? Qué estúpido he sido.*

Calma. Tú no has hecho nada malo, y la policía no va por ahí culpando a los inocentes. Además, tú sabes perfectamente quién mató al sacerdote. Te ha dejado su firma.

¿Y qué?, gruñó malhumorada la Voz. ¿Con qué pruebas vas a culparle a él? ¿Con la colilla? Puede ser de cualquiera o de nadie en particular, idiota. ¿Por qué tiene que ser del asesino? Todo te lo vas a acabar tragando tú, estúpido. La poli de aquí es muy buena, claro que sí. Ya has visto lo pronto que han resuelto los otros crímenes... je, je. Seguro que necesitan desesperadamente a un tonto como tú para cargarle todos los muertos encima, no sólo el del cura. Porque además llevas encima una pistola cargada. ¿Te imaginas lo que ocurrirá si te registran ahora y encuentran la pistola?

La Voz calló, pero también consiguió dejar a Daniel vencido y sin argumentos. ¿Por qué diablos habría salido de la casa con el revólver en el bolsillo? Definitivamente hoy era un mal día. ¿Habrían matado al Padre Arminio con una bala de plata? Sonrió tristemente: qué confuso, qué absurdo era todo. Miró el reloj: hacía ya más de media hora del descubrimiento en el confesionario. Seguramente los vecinos habrían encontrado ya el cadáver y avisado a la policía, etcétera, etcétera. ¿Qué iba a arreglar él ahora? Tenía que haber dado la alarma de inmediato; pero ya que no lo había hecho no tenía ningún sentido hacerlo ahora, salvo que deseara que sospechasen de él. Acarició la culata del revólver en su bolsillo, sintiendo de un modo extraño que ese simple tacto le infundía valor y una audacia desconocida hasta entonces. No era tan ingenuo como para pensar que era el arma la que le inspiraba ese coraje. Nunca una pistola convirtió a nadie en un valiente y eso lo sabía muy bien Daniel: en realidad, aquel espíritu que ya estaba borrando el pánico venía de muchísimo más lejos, desde algún lugar desconocido. La pistola sólo podía transmitirlo de un modo parcial e imperfecto, pero de momento era suficiente así. Ahora podría reflexionar en frío, sin que el miedo (o la Voz, mensajera del miedo) enturbiara sus pensamientos.

Ya nada podía hacerse por el sacerdote: por desgracia, había muerto. El hecho de

acudir a la policía después de tanto tiempo sólo serviría para hacer que las sospechas recayeran sobre él. Daniel sabía quién era el asesino, o al menos lo sospechaba casi con total certeza. Pero esto no significaba que la policía o la Guardia Civil fueran a creerle.

Allí se hallaba, sentado sobre una piedra al borde de un camino que conducía a un pueblo desconocido, y allí tomó su decisión. Durante unos interminables minutos fue el hombre más solitario del universo: nadie vino a ayudarlo ni a aconsejarle; ni Cristina, ni Mariña, ni tan siquiera aquella Voz malévolas a la que odiaba y temía a la vez. Tomó su decisión como el que toma una medicina amarga como la hiel, con la lejana esperanza de curar alguna vez. Y la tomó completamente solo.

No acudiría a la policía. Tampoco se marcharía a escape rumbo a Madrid, y menos aún pensaba correr como un conejo a esconderse en la casa del tío Julián, en espera del asesino o de la policía. No, no haría nada de eso. Pero también supo que el tiempo de la observación y de la espera ya había terminado, y que ahora era necesario actuar. Apretó la culata del revólver en su bolsillo esperando sentir un valor que ya había desaparecido: no importaba. Ya había tomado una decisión; no necesitaba nada más. Entonces apretó el paso por el camino alejándose del pueblo, hacia la guarida.

La casa del Coronel parecía vigilar el sendero desde la distancia perfectamente clavada sobre sus cimientos, como si llevase mil años en ese lugar y aún debiese permanecer allí otros mil. Daniel sintió al atravesar la verja rota el peso de aquella presencia inmutable y maligna sobre la espalda: allí no había ocurrido nada bueno, nunca. En aquella casa sólo habían sucedido cosas horribles, pensó con un estremecimiento. Sintió más poderoso que nunca el deseo de marcharse a toda prisa, pero se contuvo. Había tomado una decisión, y no pensaba echarse atrás tan fácilmente.

¿Y qué haré si se encuentra en la casa?, pensó por enésima vez. *Aparte de esquivar los disparos, claro está.* En ese caso se imponía una rápida retirada, pero era necesario comprobarlo. Había que asumir riesgos; a estas alturas ya era cuestión de cara o cruz. Se acercó más y reconoció el terreno, consciente de que el Coronel podía estar vigilándole ya desde alguna ventana. Pero no se veía a nadie; bien, bien. Pulsó el timbre varias veces y golpeó la puerta con los nudillos: inmediatamente corrió a esconderse tras un gigantesco roble cerca del porche, allá donde crecían a sus anchas las malas hierbas. Contó hasta sesenta y repitió la cuenta tres veces más. Nada. Era imposible que no hubiese escuchado los golpes en la puerta, ni aunque durmiese. ¿Ni aunque durmiese? ¿Seguro? No, a estas alturas ya no había nada seguro. Quizá sencillamente no quería abrir, tan sólo deseaba que Daniel *entrara* por sí mismo. Vamos, cabritillo, enséñame la patita. Contó de nuevo hasta sesenta deseando que el Coronel apareciese en el umbral malhumorado y borracho, vociferando que quién andaba por allí. Eso le hubiera dado la excusa perfecta para marcharse: esperar que el

tío vuelva a cerrar y entonces salir por piernas como alma que lleva el diablo y no parar hasta Madrid, vaya, qué delicia. Sólo que Daniel no había venido a eso.

Ya no podía esperar más; si el Coronel no había abierto ya la puerta no lo haría nunca. Seguramente no estaba en la casa o quizá... bueno, sería mejor no pensar mucho en esa segunda posibilidad. Sacó la pistola de su bolsillo y la observó largo rato, preguntándose si sería capaz de utilizarla. No halló respuesta. Salió de la escasa protección que brindaba el roble con grandes precauciones, como si esas precauciones fueran a servirle de algo en el caso de que el Coronel le esperara dentro. Pistola en mano comprobó la puerta: esta vez estaba cerrada. Rodeó despacio y en silencio el perímetro de la casa buscando otra entrada y no tardó en encontrarla: una de las ventanas de la planta baja, tapada por una espesa cortina, se hallaba completamente destrozada. Se introdujo trabajosamente por ella maldiciendo entre dientes y haciendo un ruido de mil diablos: si el Coronel se encontraba en la casa aquello llamaría su atención más eficazmente que cualquier timbre. Cayó al suelo y se levantó como impulsado por un resorte, apuntando hacia las sombras con mano temblorosa. No había nadie. Comprobó que se había hecho dos rasguños en el brazo izquierdo, dolorosos pero afortunadamente superficiales. De momento casi estaba teniendo suerte.

Esperó hasta que su vista comenzó a adaptarse un tanto a la semioscuridad de la habitación; después buscó un interruptor. No sabía si sería más arriesgado encender la luz que andar a tientas, y al fin se decidió por lo primero. Tampoco sabía exactamente lo que buscaba, ni qué demonios pretendía hacer allí. Tan sólo barruntaba que debía encontrar *algo* en aquella casa. Aquel algo —lo que quiera que fuese— se hallaba aún muy lejos de la imaginación de Daniel.

La habitación resultó ser un dormitorio que parecía no haberse usado en mucho tiempo; movió el picaporte lo más sigilosamente que pudo y se encontró de bruces con el salón, a estas alturas ya un viejo conocido. Anduvo despacio y sin hacer ruido, mirando a todas partes y apretando el revólver por la culata como si deseara romperlo. La bandera y las fotografías de Hitler, Himmler y Mussolini habían desaparecido; ¿por qué las habría quitado el Coronel? Ahora sólo se veían paredes desnudas y las estanterías del otro lado. Entonces sus ojos se posaron sobre la trampilla de madera que daba acceso al sótano; estaba cerrada. El corazón comenzó a latirle más deprisa mientras se acercaba. Estaba cerrada, sí, pero con un simple pasador. Sólo habría que desplazarlo y tirar hacia arriba para abrir. Y entonces, el sótano...

Comenzó a bajar unas estrechas escaleritas que se hundían en la oscuridad del subterráneo, mientras le asaltaba un fortísimo olor a desinfectante. ¿Es que no había luz aquí? Su mano izquierda buscó frenéticamente un interruptor y lo halló en el lugar más inverosímil: en el techo, al lado de las escaleras. Hubo tres o cuatro fognazos blancos antes de que la fría luz de los tubos fluorescentes se estabilizara: Daniel esperó hasta ese momento para terminar de bajar las escaleras. Entonces echó

una mirada a su alrededor y lo que vio le dejó sin aliento.

¿Era posible que esto lo hubiese hecho el Coronel? Habían ampliado el sótano hasta al menos el triple de su tamaño original, pero esto era lo de menos. Al fondo había una jaula, una jaula enorme cegada por detrás y a ambos lados por una especie de muros de hormigón que llegaban hasta el techo. Aquí el olor a desinfectante era más fuerte aún. De frente, la jaula se cerraba con una verja metálica de barrotes extraordinariamente gruesos, con algo parecido a una puerta ovalada en el centro. La puerta se hallaba entreabierta, y sus bisagras chirriaron cuando Daniel apoyó la mano en el cerrojo. Un cerrojo que le pareció extremadamente fuerte, pero que ya no encerraba nada en absoluto.

¿Quién habría construido todo aquello? Con la ampliación, el sótano ocupaba ahora en el subsuelo casi la misma superficie que una planta entera de la casa. Pero aún había más sorpresas: en un rincón a la izquierda de la jaula se hallaba una gran pizarra que colgaba de la pared, con sus tizas de colores y un borrador en la parte inferior. Frente a la pizarra siete u ocho sillas de escolar, cada una de ellas con su mesilla plegable a la derecha. En cierto sentido era para reírse. ¿Qué lecciones se habrían impartido aquí? ¿Sobre qué asuntos, si es que no era todo una gigantesca locura? ¿Quiénes fueron los profesores o los alumnos? Y, por el amor de Dios... ¿por qué precisamente aquí? Una estantería con algunos libros de los que ojeó unos cuantos al azar: *Condicionamiento Operante*, de John Watson, *Sobre el Conductismo*, de B.F. Skinner. *Teorías del Estímulo a través de Redes Neuronales*, varios autores de la universidad de California en Los Ángeles, *Refuerzo Negativo y Agresividad*... ¿Qué significaba todo esto? Apenas había nada más en el sótano: una mesa, un perchero, (¡un perchero para colgar abrigos en el sótano!) vasos vacíos, un cenicero repleto de colillas blancas con dos líneas paralelas pintadas en dorado... Daniel echó un último vistazo pensando ya en marcharse, cuando de repente todo encajó en su cabeza con la precisión de una máquina de relojería. Sólo ahora comprendía la jaula y el cerrojo, el olor a desinfectante que enmascaraba otro viejo hedor ya conocido, la pizarra y los libros, ahora lo comprendió todo. Entonces se tambaleó intentando no gritar y retrocedió unos pasos: fue justo en aquel momento cuando un bastón guiado por manos expertas golpeó su cabeza desde atrás, haciéndole caer al suelo como un muñeco de trapo.

Se despertó con las manos atadas por detrás a los barrotes de la jaula. Por un momento creyó hallarse en el interior de una pesadilla de la que despertaría muy pronto; pero no era así, y para su desgracia tuvo que acabar admitiéndolo, mientras algo en su cabeza redoblaba como un tambor. No podía tocarse la cara, pero una sensación pegajosa le decía que la sangre había ido bajando por la mejilla en pequeños arroyos que ya iban secándose poco a poco. Intentó en vano librarse de sus ligaduras, gritó y lloró. Esto al menos le sirvió para desahogarse, lo cual no era

precisamente poca cosa. Más tarde se serenó todo lo buenamente que pudo e intentó analizar la situación.

¿Por qué no le había matado ya? Estaba claro que el crimen no le arredraba lo más mínimo: el sacerdote era el último testigo de eso. Quizá el Coronel no se conformaría sólo con su muerte: tal vez deseara propinarle un escarmiento *especial*. Al pensar en esa posibilidad Daniel comenzó a temblar incontroladamente; pero poco a poco la rabia fue ganando la partida al miedo. La rabia contra sí mismo por haber sido tan estúpido de dejarse coger de aquel modo y por segunda vez, por haber acudido allí sin que nadie lo llamara, esperando encontrar... ¿qué? Todo era tan absurdo que sentía ganas de llorar. Y la Voz volvía a burlarse, una vez más en silencio pero perfectamente audible desde el interior de su cabeza: *Como un conejo en un cepo, imbécil, inútil, mil veces inútil*. Estaba a punto de aullar cediendo por fin a la desesperación, cuando otras fuerzas llegadas de lugares desconocidos acudieron de improviso para serenarle: *No estás solo*. Apretó los dientes y la Voz enmudeció. Ya no lloraría más: no volvería a desmoronarse. Entonces escuchó los pasos que descendían por la escalera del sótano y apretó aún más los dientes, esperando.

—Buenas tardes, fisgón. O debería decir *noches*, porque ya ha oscurecido. ¿Cómo te encuentras?

Daniel no respondió. El Coronel estaba casi elegante, con su uniforme del ejército perfectamente planchado y los zapatos de charol. Bebía a pequeños sorbos de una petaca rellena quizá de ginebra o vodka.

—¿Un trago?

Daniel asintió cansado, y el Coronel le colocó amablemente la botella entre los labios dejando caer un buen chorro. Aquello parecía alcohol de farmacia pero en realidad era vodka, un horrible vodka más fuerte que la piel de Satanás. Daniel tragó lo que pudo y escupió el resto. Cuando la tos y el lagrimeo desaparecieron, comprobó sin mucho asombro que le había sentado bien.

—Es bueno, ¿verdad? A Sergei le encantaba: se lo traían expresamente de Kiev. Me regaló unas cuantas botellas; esta es la última que me queda. Lástima.

—¿Va usted a matarme?

—Te contestaré con franqueza: no lo sé. Dependerá de mi humor, supongo, y de cómo te portes. De momento creo que no. Tenemos trabajo por hacer.

El Coronel tomó una de las sillas de escolar y se sentó ante Daniel. Sonreía, pero de algún modo su sonrisa era aún más inexpresiva que la cara de piedra habitual. Del bolsillo de la guerrera sacó el teléfono móvil de Daniel y el revólver que éste había encontrado: el teléfono aparecía destrozado, como si alguien se hubiese entretenido pisoteándolo o propinándole martillazos. Le mostró ambos objetos como un prestidigitador que enseñase las cartas al público antes de comenzar un juego de manos.

—He olvidado tu nombre, fisgón.

—Daniel. Daniel Mo...

—No me interesan los apellidos. Daniel... sí, eso bastará. Es mejor que fisgón, ¿no crees? Aunque en realidad tú no eres más que un asqueroso hijo de puta fisgón. Pero sonrío, Daniel, has ganado. Y ahora mira tu teléfono móvil: nunca me gustaron mucho estos trastos, sabes. Me temo que se me ha estropeado un poco, lo justo como para tirarlo a la basura. En cambio, este revólver tuyo es una preciosidad, sí señor. Una auténtica maravilla. Me he tomado la molestia de engrasarlo y ponerlo a punto mientras tú dormías. Espero que no te importe; tal y como lo trajiste no hubiese podido matar ni una mosca con él, excepto a golpes. Pero le he dejado las mismas balas, esos magníficos proyectiles de plata... qué extraño; ¿para qué pueden servir unas balas de plata? ¿Lo sabes tú?

Daniel no contestó.

—Yo te lo diré: sirven para matar a un hombre lobo. Vamos, no te hagas el inocente conmigo. Tú sabes perfectamente de lo que te estoy hablando, ¿no es así? — el Coronel sacó un paquete de Coronas del bolsillo de su guerrera y encendió un cigarrillo.

—¿Por qué mató al sacerdote?

—Ah, sí, el bueno del Padre Arminio. Cometí un error con él, sabes. No, el error no fue matarle; más bien esa fue la única alternativa que me dejó. No era más que un charlatán, demasiado cobarde y demasiado estúpido. En cierto sentido le hice un favor; ya debe estar en el Cielo, causando jaquecas a los ángeles. Pero si te sirve de algo te diré que no sufrió en absoluto: de hecho, apenas se enteró. Utilicé la Walther del 38 con el silenciador; todo fue limpio y rápido. Y por supuesto dejé allí la colilla; no pensarás que iba a ser tan estúpido de dejarla caer accidentalmente. La colilla era mi mensaje para ti. Mensaje recibido: ahora estás aquí.

—También es un mensaje para la policía: ese cigarrillo le va a costar muchos años en la cárcel, Coronel.

Por vez primera, el Coronel miró a Daniel con una auténtica sonrisa en la cara. Estaba realmente contento, y de algún modo eso humanizaba algo sus rasgos. Aunque su prisionero hubiera preferido la inalterable expresión habitual: la cara de piedra podía denotar insensibilidad o brutalidad, indiferencia tal vez. Pero detrás de aquel nuevo rostro, optimista y risueño, sólo existía locura. Aunque ya lo sospechaba desde hacía tiempo, por primera vez Daniel supo con absoluta certeza que el Coronel estaba completamente loco.

—Vaya, me has ascendido de rango —dijo evidentemente complacido—. Coronel, nada menos. Sí, me gusta eso. Puedes seguir llamándome Coronel, si quieres. Estás ganando puntos, listillo; es posible incluso que no te mate. Pero volviendo a la colilla de la iglesia, no puedes compararla con esta, por ejemplo —tiró el cigarrillo a medio consumir y lo pisoteó cuidadosamente con la puntera—. Puaj, cada día los hacen peores. Porque naturalmente yo no fumé ningún cigarrillo en la

iglesia... ¡Hubiese sido una blasfemia, en la Casa del Señor! No, yo me limité a partir en dos el cigarrillo y dejar allí la boquilla. No he dejado huellas, ni restos de saliva, ni nada. No podrán cotejar pruebas de ADN, si es que quieres que hablemos como en las malditas series policíacas de televisión —el Coronel soltó una larga carcajada semejante a un graznido—. En resumen, la policía no tiene nada contra mí y por otra parte, yo voy a desaparecer esta misma noche. Este lugar jamás volverá a saber de mí. ¿Y qué me dices de ti, fisgón? ¿Desde cuándo me vigilas? ¿Quién te ha dado las órdenes, y cuándo? Y sobre todo: ¿por qué no han enviado ya a sus asesinos en lugar de un estúpido patoso como tú? Contesta, fisgón. Contéstame antes de que te pegue un tiro —el Coronel sonreía.

—Le juro que no sé de lo que me está hablando. Es cierto, le aseguro que...

—Ya basta. Mientes tan mal que hasta es posible que estés diciendo la verdad. Todo es muy confuso y hay cosas que no terminan de encajar en mi cabeza. ¿Para quién trabajas? ¡No mientas!

—Ya se lo dije la primera vez: soy escritor, escritor de cuentos infantiles. No sé nada más, se lo prometo.

—Ya. Y vienes como un espía a mi casa entrando por una ventana rota; una ventana que yo había destrozado minutos antes precisamente para ponértelo aún más fácil. Supongo que habrás venido a recoger material para tu nuevo libro, una versión *rock* de Pulgarcito, poco más o menos. ¿No será algo por el estilo?

—Llegué aquí siguiendo un rastro: el rastro que usted me dejó en la iglesia. ¿Es que ya no se acuerda, Coronel?

Se quedó pensativo un buen rato antes de contestar.

—Sí, es verdad, la famosa colilla. Bien, en el fondo ahora da igual quién seas o para quién trabajes. Ya te dije que habías ganado, fisgón. Vamos, sonríte: mientras tú dormías atado a esos barrotes, yo no he estado precisamente perdiendo el tiempo. Te diré una de las cosas que he hecho; he telefoneado a Madrid. ¿Es que aún no lo entiendes, hombre? Sí, he levantado la liebre, he tirado de la manta, como se dice ahora. He marcado el número que nunca debí marcar porque no existía. He detallado el asunto largo y tendido, con nombres y apellidos. Y se lo he contado todo a alguien que oficialmente no existe: todos somos ahora fantasmas. No sólo eso, hasta me ha dado tiempo de escribir una hermosa carta y echarla en el buzón. No llegará hasta dentro de dos o tres días, pero eso no importa. Esta misma noche ellos tendrán, o tienen ya, toda la información necesaria. Y esta misma noche actuarán, no hay duda de eso.

»¿Que por qué lo he hecho? Hay muchas razones, fisgón. La principal consiste en que ya estoy harto de ellos, de sus estrellas y sus despachos y sus jodidos uniformes a medida. Pero también he acabado por comprender que el asunto ha ido ya demasiado lejos. Y por otra parte pienso desaparecer esta misma noche, fisgón, si tengo tiempo. Es curioso, debí marcharme hace mucho tiempo y sin embargo sigo aquí, hablando contigo como dos viejos amigos. Ellos pueden venir en cualquier momento y yo aquí,

perdiendo el tiempo. No sé por qué lo hago: quizá es que estoy demasiado borracho, o tal vez el asunto se vuelve así mucho más emocionante. Tal vez ambas cosas. Además, aún tenemos un trabajo pendiente, tú y yo. Pero antes de eso te contaré una bonita historia. Si en verdad deseas comprender todo este asunto deberás escucharme desde el principio, Daniel. Y desde el principio comenzaré...

—Por favor —gimió Daniel—, ¿podría aflojarme un poco las ligaduras? Me duelen mucho las muñecas.

—Más tarde; ahora debes tener paciencia. La paciencia es lo que fortalece a un hombre, Daniel, la paciencia y el sacrificio. ¿Hasta dónde estarás dispuesto a sacrificarte? Yo no soy el monstruo que seguramente ves en mí, si en verdad eres Daniel, el escritor de cuentos infantiles. Porque yo me he sacrificado entero, lo creas o no. Por deber, por valentía, por honor... por todas esas cosas que a los jóvenes de hoy os importan algo menos que una mierda. Para comprenderlas y comprenderlo todo has de escuchar atentamente mi historia. Y mi historia comienza así...

Mariña despertó de pronto, sobresaltada, y miró el reloj: eran las nueve en punto, y hacía ya rato que había oscurecido. Se había quedado dormida en la mecedora, mirando viejas fotografías. El chico jugaba en el suelo con hojas de árboles y piedrecillas que él mismo había recogido en el bosque. Mariña se levantó casi de un salto hacia el teléfono e hizo varios intentos de llamada a dos números distintos sin resultado alguno; mientras, el muchacho la miraba imperturbable. La anciana lo llamó entonces por su verdadero nombre, el cual nada tenía que ver con el de Elías.

—Irás a buscar a Anxo y lo traerás aquí cuanto antes. Es muy importante. ¿Lo harás? Dime, ¿qué harás?

El muchacho reflexionó un momento y luego asintió.

—Iré por Anxo y le traeré aquí. Cuanto antes mejor. Es muy importante, ha dicho Mariña.

—Muy bien, eres un chico listo. Ahora date prisa.

Le dio un beso en la frente y lo dejó marchar. Pronto el muchacho se perdió silencioso como un gato en la oscuridad de la noche: Mariña permaneció esperando en la casa cada vez más angustiada, pues las últimas palabras escuchadas en el sueño se negaban a marcharse de su mente: *La paciencia es lo que fortalece a un hombre, Daniel, la paciencia y el sacrificio. ¿Hasta dónde estarás dispuesto a sacrificarte?* Se miró las muñecas hinchadas y amoratadas que aún dolerían durante mucho tiempo. Ojalá Anxo llegara pronto, porque Daniel estaba en peligro.

En un peligro mortal.

El Coronel encendió otro cigarrillo. Por un momento observó absorto la brasa, murmurando entre dientes palabras ininteligibles y asintiendo con suavidad a algún

interlocutor imaginario, invisible para su prisionero. Al fin pareció reparar de nuevo en Daniel y sonrió. Una sonrisa que podía expresar cualquier cosa menos alegría.

—Me has llamado Coronel. Buen truco, amigo mío, pero en realidad mi grado es el de Capitán de Infantería en la reserva, y he sido destinado a muchos lugares: Bosnia, Croacia, el Golfo Pérsico... En 1996 ingresé en el C.I.D.E. a petición expresa del general de Estado Mayor Don Francisco Muñoz Galán, ya fallecido.

El C.I.D.E. (Centro de Investigaciones para la Defensa Estratégica) es un organismo adscrito al Ministerio de Defensa, dentro del cual tiene, no obstante, plena autonomía administrativa y financiera. Su principal misión consiste en el diseño y desarrollo de todo tipo de armas —repito, *de todo tipo de armas*— que pudieran ser útiles contra el enemigo en el hipotético caso de que se declarara una guerra. Poco antes de que yo ingresara, el Centro recibía anualmente enormes partidas presupuestarias para financiar esta clase de proyectos, que no obstante rara vez dieron buenos resultados. Por aquella época nuestros técnicos se dedicaban básicamente a producir armamento químico y biológico de similar calidad al que circulaba en el mercado negro y, sin embargo, notoriamente más caro. Por esa razón no era de extrañar que muchas voces influyentes en el Ejército y el Ministerio abogaran, si no por la desaparición misma del Centro, sí al menos por una drástica reducción de su enorme presupuesto. A grandes rasgos esa era la situación poco antes de mi ingreso.

Te hablaré ahora del general de Estado Mayor Francisco Muñoz Galán y el biólogo ucraniano Sergei Borisenko. Pero vayamos por partes: en 1995, debido a la presión ejercida desde el Estado Mayor del Ejército, el gobierno releva al director general del Centro y nombra en el cargo al general Muñoz Galán, militar de reconocido prestigio y ejemplar trayectoria. Este se rodea enseguida de hombres de confianza, y presenta al gobierno una serie de proyectos novedosos que exigirán, no obstante, un gran presupuesto. El gobierno, que prácticamente acaba de nombrarlo, no se atreve a negarse, pero exige resultados. El general Muñoz se los promete en el plazo más breve posible.

Simultáneamente ingresa el biólogo ucraniano Sergei Borisenko, viejo conocido del general Muñoz. Al poco de comenzar su labor como director de la sección científica, Borisenko presenta al Consejo Rector el Proyecto B/512, más conocido como *Proyecto Lycaon*. Se trata de un intento de hacer a las tropas de choque más resistentes a las temperaturas extremas mediante minúsculas alteraciones hormonales y neurológicas. La realidad es bien distinta, pero el Consejo lo aprueba por unanimidad; todos sus miembros, como he dicho, son hombres de confianza del general Muñoz.

Es en este preciso momento cuando entro a formar parte de esta historia: el general Muñoz Galán me cita en un restaurante de Madrid y me propone ingresar en la plantilla del Centro, trabajando en exclusiva para un único proyecto: el B/512. El general y yo nos conocíamos desde hacía años, cuando tuve el honor de servir bajo sus órdenes en Mostar y Sarajevo. Desde entonces nació entre ambos una profunda

amistad, basada en la confianza plena con que me distinguió durante toda su vida. Le entusiasmaba mi lealtad y mi sentido del honor, prácticamente perdidos ya, por desgracia, en el ejército actual. El general sabía que podía contar conmigo; no encontraría aliado más fiel que yo. Su esposa no le dio hijos, y creo que de algún modo yo terminé ocupando ese vacío en su corazón, pues siempre me trató como tal, aunque jamás hablásemos de ello abiertamente. También coincidíamos en nuestras ideas políticas; ambos conocíamos y odiábamos la decadencia moral que iba apoderándose poco a poco de la nación. Claro que él debía disimular sus convicciones cuando se entrevistaba con miembros del gobierno o militares constitucionalistas, a los que en privado denominaba simplemente *payasos*.

No es de extrañar, pues, que yo aceptara casi sin pensar la oferta del general. Pero para comprender cómo consiguió llevarse a cabo el Proyecto B/512, hay que entender las circunstancias históricas del momento y las vicisitudes del propio C.I.D.E., sin olvidar una vieja obsesión de juventud del general Muñoz. Todas estas circunstancias y alguna más se combinaron de tal modo en aquel preciso momento que el desarrollo del proyecto pareció algo inevitable. Casi decretado por la mismísima mano del Destino. Intentaré explicarme.

En primer lugar, Marruecos. Las relaciones entre ambos países han pasado por muy malos momentos, pero en aquel periodo eran especialmente tensas, con la controversia sobre Ceuta, Melilla y el Sahara como telón de fondo. Esto y ninguna otra cosa fue todo lo que llegó a conocer del asunto el ciudadano medio: lo que la opinión pública nunca supo fue que el ejército marroquí había comenzado a efectuar maniobras en torno a las ciudades de Ceuta y Melilla, al mismo tiempo que su gobierno exigía del ejecutivo español la retirada de todo apoyo diplomático y humanitario al Frente Polisario y la renegociación del tratado de pesca, entre otras muchas demandas. Naturalmente, nada de todo esto trascendió a la prensa, y el asunto pudo arreglarse finalmente tras arduas negociaciones secretas; pero basta con esta muestra para ilustrar el estado de crispación entre ambas naciones. Y para buena parte del estamento militar, todo ello constituía una prueba más de que, a la larga, sería inevitable una guerra contra Marruecos, en la que se necesitarían nuevas y eficaces armas. Así se justificaba la existencia del Centro, y en particular la de proyectos como el B/512.

El mismo C.I.D.E. no pasaba entonces por sus mejores momentos, como dije. Había recibido numerosas críticas, las más dolorosas desde el seno del propio ejército. Aspiraban a algo sensacional para congraciarse con el Estado Mayor; esperaban que el B/512 fuese el definitivo espaldarazo que necesitaban. Naturalmente se adoptaría una política de hechos consumados; no se informaría, ni tan siquiera al Estado Mayor, de ningún aspecto del Proyecto en tanto no estuviera ultimado y perfectamente evaluado. Se convertiría en un secreto para todos los que no participaran directamente en él, y mientras tanto se utilizaría la falsa pantalla de la adaptación de los soldados a las temperaturas extremas. Las implicaciones éticas del

verdadero Proyecto serían inaceptables para muchos miembros del Alto Mando; sin embargo, llegamos a pensar que una vez coronado con éxito los resultados hablarían por sí solos, y las premisas supuestamente éticas pasarían a un segundo plano. De este modo decidimos jugárnoslo todo a una sola carta.

—¿Por qué me cuenta todo esto? —dijo de repente Daniel.

—Como si no lo supieras, fisgón. Como si Ellos no lo supieran. —El Coronel se quedó pensativo un instante—. O quizá sea verdad que no lo sabes. Sí, no creo que te hayan contado gran cosa. No acostumbran a explicar sus secretos a simples lacayos como tú. En realidad te cuento esta bella historia para que algún día, si sales vivo de aquí, puedas largársela a quien corresponda. Yo estaré muy lejos entonces. Pero Ellos comprobarán de una vez por todas que no es fácil engañarme, y es peligroso intentarlo, créeme. Muy peligroso.

En un chispazo de lucidez, Daniel supo que *Ellos* no existían. No se trataba de personas concretas a las que el Coronel podría llegar a considerar como enemigos naturales, tal vez izquierdistas o antimilitaristas. No era nada tan simple como eso. *Ellos* podrían ser tanto el cartero que no le había dado los buenos días al cruzarse en el rellano, como el camarero que había tardado sospechosamente en servirle una ginebra. Cualquiera transeúnte que cambiase de acera justo antes de cruzarse con él, o aquellos que hablaran en voz baja en su presencia podrían formar parte de la gigantesca conspiración que interminablemente tramaban *Ellos*. *Ellos* dominaban el mundo desde la sombra, el mundo entero les pertenecía. Sólo que *Ellos* no existían. El edificio de la paranoia del Coronel había crecido durante largos años como una gigantesca Torre de Babel. Y Daniel no deseaba estar entre los escombros cuando se desmoronase.

—Ahora he de hablar de Sergei Borisenko —continuó el Coronel—. Borisenko era el director científico del proyecto y amigo personal del general Muñoz. Ambos se habían conocido en las reuniones periódicas de la asociación *Nueva Hispanidad*, de la que el general era uno de los más antiguos miembros. Normalmente se reunían allí viejos falangistas o excombatientes de la División Azul —incluso habían llegado a contar con algún integrante de las Juventudes Hitlerianas— y por ello, la súbita presencia de Borisenko no dejó de causar cierto recelo. Pero rápidamente se adaptó a aquel ambiente de viejos combatientes e hizo numerosos amigos, entre ellos el general Muñoz.

Borisenko era ucraniano, nacido en Kiev. Había sido encarcelado en la antigua Unión Soviética bajo la acusación de actividades políticas ilegales, según decía él. Pero una noche, durante una charla en confianza con el general Muñoz, casi sin darme cuenta mencioné el tema y el general comenzó a reír de buena gana. Aún recuerdo perfectamente su contestación: *sí, agitación política, sin duda. Supongo que sería con los embriones. Le gustan mucho los embriones humanos, sobre todo los gemelos. Guárdese de Borisenko, amigo mío.* Sea como fuere, con la subida al poder del presidente Yeltsin, Borisenko fue puesto en libertad y se las ingenió para salir del

país y terminar recalando en España. Su prestigio como biólogo era enorme —había publicado importantes trabajos y obtenido numerosos galardones en la antigua U.R.S.S.— y de algún modo, todo ello desviaba la atención de su oscuro pasado.

Borisenko era el alma del proyecto: el general Muñoz podía ser el director del centro, pero en cuanto al B/512 el biólogo tenía siempre la última palabra. Hablaba un aceptable español con ligero acento eslavo, que le hacía resultar un tanto exótico, y su trato era invariablemente cordial. Tanto era así que nos hicimos buenos amigos, a pesar de la advertencia del general. Sólo me extrañó la rapidez con que desapareció cuando las cosas comenzaron a torcerse.

Pero basta ya de preámbulos: es hora de que sepas exactamente en qué consistía el Proyecto B/512, y quiénes eran los verdaderos integrantes del Círculo del Lobo.

El general Muñoz solía contar a sus más íntimos amigos una anécdota aterradora ocurrida en su niñez. Él había nacido y se había criado en Lugo; durante una excursión del colegio a un pueblo vecino se perdió en el bosque durante una noche entera. Ahora puedo decirte que ese pueblo era Cereixo, y que aquel bosque no era otro que el bosque de Feira. Imagina por un momento a ese niño perdido durante horas y horas en aquella inmensa espesura sombría, una noche de luna llena; imagina la soledad, el miedo, la desesperación. Pues bien, al ser rescatado a la mañana siguiente, medio muerto de hambre y de frío, el niño manifestó con total convencimiento que durante la noche había visto a un Hombre Lobo galopando a cuatro patas a la luz de la luna. Naturalmente nadie le creyó, y con el paso de los años hasta él mismo llegó a dudar que su aterradora visión hubiera sido algo más que un simple sueño. Y sin embargo, desde entonces, el mito del Hombre Lobo representó para el general un miedo más hondo del que se puede concebir: el terror en estado puro, mezclado con una cierta fascinación difícil de comprender. Años más tarde se enteró del horrible final de Don Julián Taboada a manos de su hijo Armando, y de las consiguientes leyendas sobre licantropía que salieron a relucir en el juicio; el general tuvo conocimiento de todo por medio de su padre, gran amigo de Don Julián y asistente a cada una de las sesiones del proceso hasta la sentencia final. Esto reavivó aún más su interés por el lobishome; no sólo por el mito en sí, sino sobre todo por la reacción humana ante la Bestia. Por primera vez en su vida, se dio cuenta de que un hombre aparentemente normal podía volverse loco simplemente por pensar en los licántropos.

Esta historia hubiese quedado olvidada para siempre, de no aparecer muchos años más tarde Sergei Borisenko para dirigir proyectos científicos en nuestro Centro; Borisenko confesó al general que su auténtica especialidad biológica consistía en la manipulación de embriones *in útero* mediante todo tipo de procedimientos. Después de esto, creo que ya no te quedará ninguna duda: el Proyecto B/512 se basaba en la creación artificial de un Hombre Lobo.

—Usted está loco —dijo Daniel.

Al instante se lamentó de haberlo dicho, pero ya era demasiado tarde. Se maldijo por su estupidez mientras esperaba una reacción violenta por parte de su secuestrador, pero el Coronel únicamente sonreía con benevolencia: así pensaban los ignorantes. De hecho, el comentario casi agradó al Coronel; de algún modo demostraba que Daniel no estaba con *Ellos*. *Ellos* le habrían seguido la corriente, habrían sido de algún modo más sutiles y, desde luego, más inteligentes. Como aquel maldito psiquiatra del hospital militar; ese sí que había sido listo, casi había conseguido engañarle. Pero sólo casi. Sin embargo, no había que bajar la guardia. El fisgón podría no pertenecer a *Ellos*, pero había otros enemigos a considerar. Enemigos que vestían de uniforme, a los que casi había considerado como hermanos en otro tiempo. Enemigos del Proyecto. Todo estaba tan colmado de adversarios que a veces se hacía difícil diferenciar unos de otros. Pero no importaba. En el fondo así resultaba más divertido.

—Crees que estoy loco, ¿verdad? También a mí me gustaría creerlo, a veces. Pero no me interrumpas y deja que te siga contando lo que no quieres oír. Al final juzgarás, si te piensas capaz de ello.

La teoría sobre la que se sustentaba el Proyecto era en apariencia irrefutable: si el mito del Hombre Lobo era el que más vinculado se hallaba a los terrores de nuestro inconsciente colectivo, podíamos convertirlo en la mejor arma posible para nuestro país. Si la tentativa tenía éxito en un primer sujeto experimental, podría iniciarse después la fabricación a mayor escala. El plan consistía en introducir de forma secreta y en tiempo de paz a especímenes ya adiestrados, en países considerados potencialmente hostiles. Allí quedarían confinados como *durmientes*, a la espera de ser activados por nuestros agentes infiltrados en caso de guerra. Se presumía que los daños que podrían causar tras las líneas enemigas serían enormes, no tanto por las pérdidas humanas y materiales en sí, sino sobre todo por el efecto devastador que habrían de ejercer sobre la moral del adversario. En efecto, un misil bien dirigido causaría sin duda muchas más víctimas, pero nunca el horror y el caos a los que daría lugar la presencia de un hombre lobo en territorio enemigo: el factor sorpresa estaría de nuestra parte.

Ahora todo el plan parece una locura, y tal vez lo sea, pero puedo asegurarte que en aquel momento todos estábamos convencidos de su éxito, convencidos hasta el entusiasmo. No nos guiaba ningún interés egoísta; obrábamos simple y llanamente en defensa de nuestra patria. Ante esto, los escrúpulos de conciencia provenientes de una moral hipócrita debían quedar a un lado, así como los protagonismos personales. Porque nosotros cinco formábamos un verdadero equipo, los únicos que en realidad conocíamos la verdadera esencia del Proyecto B/512: *El Círculo del Lobo*.

Desde el principio tuvimos muy claro que sólo nosotros tendríamos acceso al secreto, aun cuando la necesidad nos obligara a contar eventualmente con algunos

ayudantes provisionales. Sin embargo, estas personas sólo conocerían del Proyecto la parte del mismo que estuvieran ejecutando, sin saber siquiera cuál era su finalidad: con una sola pieza jamás podrían imaginar el esquema completo.

Algo así ocurrió al principio, cuando las instalaciones se hallaban aún en los sótanos del edificio del C.I.D.E., en Madrid. Borisenko había comenzado por provocar determinadas alteraciones en varias muestras de semen humano mediante radiaciones y ondas electromagnéticas, aunque supongo que todo sería mucho más complicado de lo que te estoy contando. Naturalmente que este esperma iba a necesitar más tarde o más temprano de la aparición de un óvulo receptor.

A los pocos días, un grupo de mujeres llegó a las instalaciones en una atmósfera de máximo secreto; se trataba de quince jóvenes inmigrantes ilegales, la mayoría sudamericanas. Todas ellas habían firmado un contrato con una compañía farmacéutica inexistente llamada Laboratorios Ther S.A., mediante el cual se comprometían, durante un periodo mínimo de tres meses y máximo de un año, a permanecer ininterrumpidamente en el interior de las instalaciones de la compañía, guardando un absoluto silencio sobre lo que allí sucediera. Naturalmente el contrato no tenía valor legal alguno, pero no era necesario que ellas lo supieran. A cambio de su colaboración, se les ofrecía una fuerte suma de dinero en efectivo —variable según el tiempo permanecido, pero siempre considerable— y la vaga promesa de ponerlas en contacto con alguien que pudiese facilitarles documentación falsa, al término de su etapa en el Proyecto. Ther S.A. informó además a sus cobayas que el experimento trataba de probar la influencia que sobre el embarazo podía tener un nuevo y revolucionario fármaco contra la hepatitis; su eficacia ya había sido comprobada en anteriores pruebas, pero ahora se trataba de valorar sus posibles efectos sobre la gestación. Debido a ello, todas serían inseminadas artificialmente: al saber esto, seis de las mujeres se negaron rotundamente a continuar, sin que de nada valieran promesas y amenazas para convencerlas de lo contrario. Al fin nos vimos obligados a expulsarlas y entregarlas a Inmigración para su repatriación inmediata. Las otras nueve continuaron, tal vez por miedo o por la promesa de una vida mejor, y todas ellas fueron inseminadas artificialmente.

La primera fase estuvo a punto de terminar en el más estrepitoso de los fracasos. De los nueve embriones que teníamos, sólo cuatro pudieron completar los primeros tres meses de gestación: Borisenko se había dedicado a experimentar activamente con ellos utilizando todo tipo de radiaciones y sustancias que atravesaban la barrera placentaria. Otro feto murió antes de que pudiera ser considerado viable, y otro más en un parto prematuro. De los dos que llegaron a nacer vivos, uno estaba tan enfermo y era tan deforme que sólo sobrevivió unos pocos días, pese a nuestros cuidados. De manera que al fin sólo nos quedaba un sujeto, y a ese, mal que bien, fuimos capaces de sacarlo adelante.

Era monstruoso; ni con la mejor voluntad del mundo se le hubiese podido aplicar otro calificativo. Y sin embargo era hermoso a la vez. Una criatura viva que representaba el punto más alto de nuestras aspiraciones y deseos. De alguna manera, era nuestro hijo.

Su cabeza, extrañamente alargada, terminaba en un hocico prominente, sin dientes ni labios; algo que no podía llamarse boca de ningún modo. Sin embargo, los ojos y las orejas sí eran inequívocamente humanos. Sus brazos eran tan largos como sus piernas, y toda su piel se hallaba cubierta de un vello pardo y espeso; al parecer, Borisenko se las había ingeniado para inocularle *in útero* un síndrome de efectos semejantes a la hipertrichosis. Al poco de nacer, su madre —una ecuatoriana, creo— quiso verlo. Le dijimos que el bebé había muerto durante el parto. No nos creyó y nos amenazó gritando que todo aquello era una vergüenza y un escándalo, y que iba a denunciarnos a la policía. El general Muñoz y yo intentamos hacerle ver lo inadecuado y peligroso de su actitud: era inútil, aquella mujer estaba fuera de sí y ningún argumento lógico conseguiría convencerla. Continuó gritando y vociferando que quería ver a su bebé, que nos denunciaría a la policía, que éramos unos canallas malnacidos y que no pararía hasta vernos en la cárcel. Ante esa triste situación, el general me hizo una seña que sólo él y yo conocíamos. Obedecí como lo que era, un soldado. La agarré por el cuello con ambas manos y apreté fuertemente durante unos minutos, hasta que dejó de debatirse para siempre. No estoy orgulloso, pero tampoco avergonzado; por desgracia, la seguridad de nuestra nación no dejaba lugar a vacilaciones de ningún tipo. Fue algo lamentable, pero necesario. Por otra parte yo había recibido órdenes, y un buen soldado no discute jamás las instrucciones de un superior. Quizá parezca duro, pero es lo único que tenemos para sobrevivir.

A esas alturas hacía ya tiempo que todas las demás mujeres habían abandonado discretamente nuestros laboratorios. Confiábamos en su silencio no tanto por el dinero que se les había entregado, como por la amenaza de inmediata expulsión del país que se cernía sobre ellas. Además, ¿a quién iban a comprometer, aún en el caso de que hablaran? ¿A Ther S.A.? Esa empresa no había existido jamás. No tenían ningún documento en su poder, ni tan siquiera una copia del falso contrato. Por otra parte sólo eran inmigrantes ilegales, la mayoría de ellas analfabetas. ¿Quién iba a creerlas? Ya habían cumplido su papel en el Proyecto.

Mientras tanto, aquel ser que manteníamos encerrado en los sótanos del laboratorio ganaba en fuerza y corpulencia día a día; su crecimiento era asombrosamente rápido, siempre supervisado por Borisenko y su ayudante el general Medina, también nuestro médico particular. Pasó un año, y su talla y peso eran ya similares a los de un niño de diez años: los métodos de alteración de Borisenko daban

resultado. Entonces dio comienzo la etapa de entrenamiento psicológico.

En un primer momento hay que decir que la criatura no resultaba especialmente hostil, salvo si se veía atacada. Y al principio incluso prefería encogerse en un rincón o aullar lastimeramente antes de repeler el ataque. Así pues, la labor del teniente coronel Lasarte —el psicólogo del grupo— se presentaba bastante ardua: había que convertir a aquella bestia semihumana en una perfecta máquina de combate. El largo y penoso entrenamiento fue dando resultados muy lentamente. Dicho de un modo burdo, el teniente coronel —puedes ver algunos de sus libros ahí, en la estantería— fue seleccionando estímulos psicológicos que provocasen en el sujeto una respuesta hostil; después convirtió esa respuesta en la única apropiada a cualquier tipo de estímulo aversivo, mediante técnicas de condicionamiento operante. Este era muy básicamente su modo de obrar, sin olvidar la parte biológica del Proyecto: en efecto, Borisenko continuaba administrando a diario al sujeto ciertas dosis de sustancias desencadenantes de la agresividad. A pesar de todo, Lasarte introdujo un único estímulo inhibitor del comportamiento hostil: los uniformes militares. Aunque esto costó meses de duro trabajo, al fin se consiguió que el sujeto permaneciese manso como un cordero o incluso mostrase cierta sumisión ante la presencia de cualquier persona vestida de uniforme pardo o verde oliva; esto no era más que una elemental medida de precaución para los integrantes del Proyecto.

Al cumplirse cinco años desde el nacimiento del sujeto experimental, su estatura era ya de dos metros con treinta y seis centímetros y su peso de ciento cincuenta kilos: según Borisenko, había llegado ya al límite de su crecimiento. A pesar de ello, se decidió que su aspecto resultaba aún demasiado parecido al del ser humano como para causar el deseado efecto psicológico de terror en el enemigo, por lo que se le sometió a tres intervenciones quirúrgicas. Fueron efectuadas por el general Medina —nuestro médico y cirujano— bajo su completa responsabilidad, y hay que decir que resultaron un éxito completo. En ellas se modificó la mandíbula dotándola de colmillos sintéticos, se implantaron nuevas uñas prácticamente indestructibles, y también se realizaron implantes de pelo, además de otras modificaciones menores entre las que se puede destacar el cambio al rojo del color del iris ocular. En definitiva, cuando Lycaon —así le llamábamos a veces entre nosotros— salió por última vez del quirófano, su aspecto se asemejaba bastante a lo que la gente corriente suele imaginar como un hombre lobo. Consideramos así que su apariencia física se hallaba ya fijada definitivamente. A partir de entonces nos volcamos en el aspecto psicológico.

Cabe preguntarse cuáles eran nuestros sentimientos hacia la criatura durante todo este proceso. Probablemente ninguno; los militares leales no podemos permitirnos el lujo de manifestar emoción alguna cuando la seguridad de nuestra nación se encuentra en juego. De todos modos creo que Borisenko lo veía sencillamente como un abanico de posibilidades de experimentación biológica; algo, en el fondo, sólo un poco más sofisticado que una rata de laboratorio. No creo que sintiera hacia él nada

diferente a lo que siente un niño cuando arranca las alas a una mosca (en el supuesto de que el niño lo hiciera con fines investigadores y no por pura maldad). Borisenko era frío como el hielo e incapaz de situarse ni por un instante en la piel de otro; menos aún en la de nuestro sujeto experimental. Eso estaba muy bien, necesitábamos gente firme que no perdiera la cabeza jamás, que tomara decisiones inapelables sin las inútiles trabas de los escrúpulos y los sentimentalismos. Sí, creo que Borisenko hubiese sido un magnífico oficial del ejército que yo soñaba.

A nuestro comandante en jefe, el general Muñoz, la criatura le atraía y repelía al mismo tiempo. Y poco a poco fue visitando cada vez menos las instalaciones, al tiempo que delegaba mayores responsabilidades en Borisenko. Creo que al final incluso llegó a pensar que seguramente habíamos ido demasiado lejos. En cuanto a Medina y Lasarte, aquella criatura sencillamente les asqueaba. Y ni siquiera pensaban en ella como un arma especialmente eficaz, sino sólo como un posible medio para promocionar sus algo estancadas carreras. Ambos deseaban que los resultados finales del Proyecto fuesen hechos públicos cuanto antes, pero ambos terminaron comprendiendo que aún faltaba mucho tiempo para eso: ni el ejército ni la sociedad se hallaban todavía preparados para digerir algo así. Si los resultados se hacían públicos, las anheladas medallas y ascensos serían sustituidos por expulsiones del ejército y condenas de prisión. Por tanto se hacía necesario aguardar con mucha paciencia.

En cuanto a mí... bueno, yo sentía a veces algo parecido al cariño hacia Lycaon... pero no me interpretes mal. Jamás permití que mis sentimientos personales interfiriesen. Aunque, por razones que sólo se debían a la casualidad, yo era de todos nosotros el que más tiempo pasaba con él. Me acostumbré a su presencia enorme tras los barrotes, normalmente pacífica, salvo cuando nuestro psicólogo ensayaba uno de sus experimentos de aversión. También me he habituado a ese olor tan peculiar, como si se hubiese convertido en una parte más de mí. En fin, él permanecía allí encerrado y era tan magnífico, tan hermoso a su extraña manera... Era una máquina de combate perfecta y al mismo tiempo significaba mucho más que eso, como supe más tarde. Pero esa es otra historia y debe ser contada en otra ocasión».

El Coronel bebió otro largo trago de su petaca. «No le hace más efecto que el agua», pensó Daniel entre el asombro y el terror, mientras su secuestrador volvía a parecer ausente. Lo que más temía Daniel eran precisamente aquellos prolongados silencios, aún más que las amenazas. Las palabras siempre eran tranquilizadoras, aún las del Coronel; de algún modo protegían de los hechos. Pero aquellos silencios cada vez más largos no auguraban nada bueno.

—¿Crees que todo esto me divierte, fisgón?

Daniel no contestó. No sabía qué decir y no quería provocar un estallido de furia. El Coronel era ya absolutamente imprevisible.

—¿Crees que me gusta matar, aunque haya sido por mi país? ¿De verdad piensas que me agrada estar encerrado contigo en este inmundo agujero, perseguido por enemigos implacables? También yo sé lo bella que puede ser una puesta de sol en una playa tranquila. Sí, incluso yo, el Monstruo. Y también sé disfrutar de una buena comida o de una hermosa música, o de las caricias de una mujer, aunque tenga que pagar por ellas. Las cosas bonitas de la vida, ¿verdad? Así que te pregunto, fisgón, y espero una contestación: ¿crees en serio que todo esto me divierte? Contesta.

—No —respondió Daniel en voz baja—. Supongo que no le divierte.

—Lástima. Sabes, creo que hasta te hubiese soltado si hubieses acertado la respuesta correcta. Porque la verdad es que sí me divierte, me divierte mucho. Por eso ahora debo continuar narrándote mi historia.

Pasó el tiempo; en el año 2001 nos sorprendieron malas noticias. No sé qué subdirector de qué director de qué subsecretario había sido cesado y sustituido en el ministerio; el cambio trajo como consecuencia directa la disminución en dos tercios del presupuesto asignado al Proyecto B/512. No sólo eso, además el nivel de seguridad interna se vio descendido del rojo al verde. Esto significaba (aparte de la inspección anual casi simbólica en la que engañábamos como se nos antojaba a los inspectores, a base de gráficos de temperatura y estadísticas incomprensibles) inspecciones sin previo aviso a lo largo de todo el año, efectuadas por personal civil. Dicho de otro modo: el general Muñoz no tendría ninguna influencia sobre estos nuevos inspectores, con lo que el asunto se volvía bastante peligroso. Sin embargo el Proyecto no había sido lisa y llanamente eliminado, de manera que aún conservábamos ciertas esperanzas.

Nuestro comandante en jefe fue el primero en reaccionar; evidentemente, el sujeto experimental no podía permanecer por más tiempo en nuestro laboratorio de Madrid. Cualquier inspección por sorpresa que hubiese descubierto el secreto antes de tiempo significaría la ruina para todos, así que fui yo el encargado de buscar una casa en *Cereixo* que reuniese las condiciones necesarias para recluir con garantías a la criatura. *Cereixo* fue siempre la primera elección del general, tanto por motivos estratégicos como por otros más personales. Él era natural de Lugo, como ya dije, pero se había criado en esta comarca y la conocía bien. Sabía que casi todos los pazos solían construirse sobre un sótano amplio, destinado al almacenamiento de cosechas, y que tal estructura sería ideal para nuestros propósitos siempre que estuviera bien acondicionada. Por otra parte el lugar era agreste y boscoso, poco poblado y mal comunicado. No tendríamos curiosos ni turistas. La comarca no dejaba tampoco de ser siniestra y plagada de supersticiones; no en vano se hallaba próxima de Alariz, la patria chica del único hombre lobo oficialmente reconocido en España, Manuel Blanco Romasanta. Eso quería decir que en el improbable caso de que el sujeto escapase del control... bueno, eso no iba a ocurrir, desde luego.

Aunque objetivamente era difícil imaginar un lugar mejor que Cereixo para nuestros planes, la razón decisiva para elegirlo provino únicamente de la obsesión del general: jamás había conseguido olvidar su particular noche de terror infantil, perdido en las soledades del bosque de Feira que circunda al pueblo como un anillo oscuro. Hubiera jurado por todo lo que consideraba sagrado —y hay que añadir que se trataba de un hombre de profundas convicciones religiosas— que había visto aquella noche al hombre lobo galopando a la luz de la luna llena entre los abedules de Feira. Y ahora la Bestia regresaría al bosque siguiendo un extraño y tortuoso camino: casi parecía cosa del Destino. Aunque yo tengo mi propia teoría sobre esta visión... Bueno, puede que te parezca una tontería, pero creo que lo que vio aquella noche ese niño aterrorizado fue el futuro. Un fragmento del futuro, si es que puede decirse así. Vio a la Bestia correr entre los árboles justo como lo haría cincuenta años más tarde, como tal vez lo hace en este mismo momento. Porque es sólo el Destino el que nos lleva de la mano hasta la tumba, a todos y cada uno de nosotros. ¿Me comprendes mejor ahora?

—¡Daniel! ¡Daniel!

—No está aquí, Anxo. No te canses —dijo Mariña.

A pesar de estas palabras, Anxo continuó aporreando cada vez con más fuerza la puerta de la casa del tío Julián; los golpes hubieran despertado a cualquiera que estuviese dentro. A cualquiera salvo que...

—¿Y si está muerto, Mariña?

—No. Si hubiese muerto yo lo sabría, habría dejado de sentirle en mí. No, no ha muerto. Pero no está aquí.

—¿Dónde está entonces?

—No lo sé. Pero sé dónde averiguarlo. Vamos, Anxo. Iremos a la casa del Coronel.

He de apresurarme. Ya no nos queda demasiado tiempo ni a mí ni a ti, fisgón. Pero ya que has empezado querrás escuchar toda la historia; aunque casi estamos llegando a la parte que ya conoces.

Bien, ahí va lo que falta. Las desgracias nunca vienen solas; como recordarás, los jefazos nos habían quitado la mayor parte de nuestro presupuesto y habían colocado el Proyecto en su punto de mira. Esto había obligado a buscar con urgencia un nuevo lugar para el sujeto experimental, un lugar donde poder continuar las investigaciones sin estorbos ni sorpresas desagradables. Por ese motivo me encontraba yo en Cereixo, acondicionando para nuestros fines una casa bastante apartada con un amplio sótano que agrandé aún más; en eso estaba ocupado cuando me enteré de la desaparición de Borisenko.

Se marchó de manera repentina, a los pocos días de enterarse de las nuevas medidas que afectaban al Proyecto. No avisó a nadie y, por supuesto, tampoco dijo dónde pensaba ir. Más tarde supimos que se las había ingeniado para cobrar varios meses de su sueldo por anticipado y vender su casa de Madrid en un tiempo récord; desapareció sin más, ya ves. Y naturalmente nadie le volvió a ver jamás.

El abandono de Borisenko supuso prácticamente el golpe de gracia, aunque en aquel momento aún nos negásemos a reconocerlo. Continuamos con nuestros planes intentando que la traición de Sergei nos afectase lo menos posible: el general Muñoz envió unos cuantos agentes en su busca, con orden de eliminarle de inmediato si era localizado: no se podía abandonar el Círculo del Lobo como el que baja de un autobús. Además, sabía demasiadas cosas y podría comprometernos, aunque si era la mitad de inteligente de lo que parecía seguro que pensaba en guardar silencio. Al fin todo fue inútil; era como buscar una aguja en un pajar. Así que los agentes enviados en su busca nunca lo encontraron, y jamás volvimos a saber de él.

Un par de meses más tarde, las obras de la casa habían concluido; los obreros trabajaron con rapidez y eficiencia en la ampliación del sótano, en lo que creían unas amplias perreras para un próspero aficionado a las razas caninas. Eso creyeron cuando se lo dije, o eso fingieron creer. Les convenía hacerlo, en función de los honorarios que les prometí. Hay que añadir que todos estos gastos (incluyendo la compra de la casa) salieron del bolsillo particular del general Muñoz. Nuestro nuevo presupuesto no daba para mucho, así que el propio comandante en jefe sacrificó una buena parte de su hacienda para la supervivencia del Proyecto. Esto debe callar muchas bocas de los que sin duda pensarán que el Proyecto solo servía a fines personalistas; eso no es cierto, como no me cansaré de repetir jamás. Tan sólo nos gobernaba en este tortuoso camino el amor a la patria y la fidelidad hacia nuestra bandera. Dirán de nosotros cosas horribles, pero nadie podrá manchar nunca nuestro sacrificio y nuestra lealtad en el nombre de la patria. De eso estoy completamente seguro y créeme, me siento muy orgulloso.

«Eso es lo más terrible», pensó Daniel. Podía ser que el Coronel fuese un asesino, y sin duda alguna estaba loco; pero no era un hipócrita ni un mentiroso. Estaba orgulloso de sus acciones, al igual que podía estarlo un médico tras asistir un difícil parto con final feliz, o un bombero cuyo valor hubiese evitado víctimas en un incendio. *Lo peor no es lo que has hecho, Coronel. Lo más horrible de todo es que crees que has hecho bien.* Se preguntó qué clase de persona habría sido el Coronel en un mundo imaginario en el que sus cargas psicológicas o su herencia genética —o ambas cosas— hubiesen sido menos nocivas. ¿Y si aquella temeridad ciega, aquella voluntad de hierro hubiesen podido ponerse al servicio de algo mejor?

Ya nunca lo sabría nadie. Y menos que nadie, el propio Coronel.

El traslado se realizó de noche, en un vehículo especial camuflado como una simple camioneta. No hubo ningún problema; todo el asunto transcurrió como la seda. Por fortuna contábamos con personas de absoluta confianza que, sin embargo,

jamás llegaron a saber lo que en realidad estaban transportando. Así pues, la criatura fue instalada aquí, en la misma jaula a la que tú permaneces atado. Hace tiempo que perdí la llave: por eso tú no te encuentras encerrado dentro y por eso he tenido que atarte. Aunque las ligaduras consiguen hacer que me prestes más atención, ¿no es verdad?

No queda mucho por contar; el Proyecto fue languideciendo poco a poco y nuestro desánimo crecía cada vez más. A pesar de ello, el sujeto continuó recibiendo periódicamente las visitas del general Medina y del teniente coronel Lasarte, que vigilaban su estado físico y de alguna manera continuaban con su *educación*. Pero al cabo del tiempo estas visitas fueron haciéndose cada vez más esporádicas, y resultaba evidente que ambos hombres también deseaban desvincularse. En el fondo envidiaban a Borisenko, que había sabido escapar en el momento oportuno dejándonos a todos con un palmo de narices; ellos jamás se hubieran atrevido a tanto, pero les habría gustado.

Así pasaron los últimos años, en los que yo era el único que prácticamente tuvo contacto con Lycaon: lo alimentaba, lo cuidaba, sostenía con él largos monólogos llenos de recuerdos. A veces hasta parecía comprenderme; ladeaba aquella monstruosa cabeza mirándome con atención, como si me escuchara. Desconozco hasta qué punto le habíamos arrebatado entre todos su humanidad, pero creo que aún le quedaba una buena parte, o al menos eso me parecía. Tal vez el entrenamiento no había sido tan bueno, después de todo. Al fin y al cabo también yo estaba perdiendo los ánimos, lo último que debe perder un soldado. Al final lo vi claramente; el Proyecto B/512 no podría ser hecho público ni entonces ni dentro de cien años. Nos habíamos equivocado: nos adelantamos demasiado a nuestro tiempo, a una sociedad hipócrita que dice considerar la vida como un bien sagrado y sin embargo no puede evitar la necesidad de tener a sueldo a perros como yo. Perros que hacen el trabajo sucio mientras ellos miran hacia otro lado como si lo ignorasen, como si aquello no tuviese nada que ver con sus inmaculadas vidas. Malditos sean, malditos para siempre. No puedes imaginar cómo les odio.

El Círculo del Lobo terminó su ya maltrecha existencia en noviembre del pasado año, con el inesperado fallecimiento del general Muñoz Galán al poco de abandonar una cena de gala en el Palacio de la Zarzuela. Al parecer el derrame cerebral fue fulminante y no le causó ningún dolor: seguramente ni llegó a darse cuenta de lo que le sucedía. Descanse en paz mi viejo camarada y amigo. Asistí a su entierro en el cementerio de la Almudena sin lágrimas en los ojos (rara vez los soldados hemos servido para llorar como mujeres) aunque dominado por una emoción difícil de disimular. Cuando se iniciaron las salvas en su honor, no pude evitar cuadrarme y saludar con la mirada fija el ataúd donde yacía mi buen amigo y mentor.

Regresé a Cereixo preguntándome ansiosamente qué ocurriría en los próximos

días: la clave del asunto radicaba en que Medina o Lasarte (sobre todo Medina) moviesen sus influencias de tal modo que alguno de ellos lograra ser nombrado director del C.I.D.E., en sustitución del desaparecido general. Si así ocurría, tendríamos aún muchas posibilidades de mantener el *status quo* reinante hasta entonces, y nadie correría peligro. Si por el contrario el gobierno nombraba a un director ajeno a nosotros, entonces sería necesario ocultarle la verdad sobre el Proyecto B/512, o bien intentar atraerle hacia nuestras ya menguadas filas. Si todo esto fracasaba, nos enfrentaríamos a un juicio y a una más que probable condena, exigida y dictada por los hipócritas de turno. La situación era en verdad muy peligrosa.

Pues bien, nada de eso ocurrió. El gobierno nombró como director general del C.I.D.E. al almirante de la Armada Jaime Bernal, un constitucionalista con el que el general Muñoz había mantenido serias diferencias en el seno del Estado Mayor. Bernal tomó posesión de su cargo dispuesto a supervisar personalmente todos y cada uno de los proyectos, y ni Medina ni Lasarte consiguieron ocultarle durante mucho tiempo el secreto que guardaba el B/512. La consecuencia fue naturalmente la supresión inmediata del Proyecto, y esto hubiera debido simultanearse con nuestra detención si las cosas hubiesen seguido un curso lógico. Pero hace ya tiempo que la lógica ha abandonado del todo esta historia: lo cierto es que Bernal llamó inmediatamente a capítulo en su amplio despacho de Madrid a los tres últimos integrantes del Círculo del Lobo: el general Medina, el teniente coronel Lasarte y yo mismo, el capitán Manuel Blanco. Los tres imaginamos que íbamos a salir de allí degradados hasta el rango de soldados rasos, y directamente enviados a una prisión militar en espera de juicio. Lo que en verdad ocurrió fue muy distinto.

La hipocresía no conoce límites; tampoco la cobardía. En realidad ambas caminan juntas y parejas a través de las vidas de los hombres; ese es el Destino que nos fue asignado. Resulta decepcionante, pero de un modo perverso también es divertido.

No fuimos degradados ni detenidos, ni tan siquiera trasladados: el ejército no podía permitirse semejante escándalo. Aparte de la orden terminante de eliminar todo lo relacionado con el Proyecto B/512, no ocurrió nada más. Bernal lo sabía todo, absolutamente todo: el experimento había quedado conservado en su totalidad antes de que la inesperada muerte del general Muñoz nos impidiera eliminar informes y documentos comprometedores. Bernal lo sabía todo, pero se limitó a regañarnos como a colegiales que faltan a clase o son sorprendidos con un cigarrillo en los lavabos. Más o menos vino a reprocharnos que nuestras acciones eran peores que incalificables, que nos habíamos convertido en la vergüenza de la institución, que cómo era posible que nos hubiésemos atrevido a perpetrar semejantes horrores y atrocidades. Nos amenazó de mil maneras distintas, sabiendo que no tenía el valor de cumplir ni una sola de sus bravatas. Aguanté toda esa monserga en silencio, en

posición de firmes, divertido y asqueado a la vez: no sabes cuánto miedo al escándalo puede haber en el uniforme de un almirante de la Armada. Estaba claro; Bernal se había achantado.

Aunque había un punto en el que no estaba dispuesto a ceder ni un milímetro: el B/512 y todo lo que con él se relacionaba (incluido el propio sujeto experimental) sería inmediatamente destruido y olvidado para siempre. De lo contrario nos atenderíamos a las consecuencias, y estas ya no consistirían en un juicio o una degradación de rango: a buen entendedor, pocas palabras bastaban. Supe que esta amenaza la cumpliría sin dudar llegado el caso. Pero si nos limitábamos a obedecer sus órdenes no tendríamos nada que temer. Borrón y cuenta nueva, así de sencillo.

Aquella misma tarde nos reunimos los tres últimos integrantes del Círculo del Lobo: acordamos que yo sería el encargado de eliminar en Cereixo toda prueba relacionada con el Proyecto, en particular la evidencia suprema: el propio sujeto experimental. Mientras tanto, ellos destruirían todo lo que había quedado en Madrid, en los archivos y laboratorios del C.I.D.E. Así quedaba borrado definitivamente no sólo el B/512 en su totalidad, sino incluso su mismo recuerdo. En adelante nunca habría existido. Eso creyeron ellos y eso les dejé creer yo. Pero sí, es cierto: aquella fue la última reunión del Círculo del Lobo.

De vuelta a Cereixo, excavé en el jardín que hay tras la casa un agujero de aproximadamente un metro de profundidad, que tapé posteriormente procurando remover bien la tierra; esta tarea me llevó un día entero. Aquella misma noche puse en libertad a la criatura. Fue curioso, no quería marcharse... tuve que sacarle casi a empujones de la jaula. No intentó defenderse, su inhibición hacia los uniformes militares era demasiado grande, aunque me gusta pensar que al final se había acostumbrado a mí. Es cierto, le puse en libertad, le di lo que jamás había vivido, lo que quizá ya ni siquiera quería vivir, quién sabe. Pensé que no sería peligroso para nadie; su entrenamiento estaba incompleto. Se marcharía al monte y allá moriría de hambre a los pocos días, o bien quizá sobreviviera un tiempo a base de ratones y conejos, como hacen los lobos en épocas de escasez. No habíamos conseguido hacer de él un buen soldado, pero ya no importaba. Incluso era mejor así: un soldado sin una causa por la que matar o por la que morir es mucho menos que nada. Le puse en libertad sin tener más que una sola y endeble razón para hacerlo: no quería matarle, tal y como se me había ordenado. Pensé en muchas cosas aquella noche, aunque he olvidado la mayoría de ellas. Había bebido bastante, sí. Aún más que de costumbre: el mundo me parece un poco más soportable cuando lo hago.

Dos días más tarde recibí una visita no anunciada, pero tampoco inesperada. Medina venía acompañado de un tal Solán, secretario particular del almirante Bernal. Ambos acudían a comprobar si todo estaba en orden y si se habían cumplido las instrucciones recibidas. Era repugnante ver a Medina exhibiéndose como un pavo

ante su nuevo amo. No había dudado un segundo en cambiar de bando, tal y como lo había hecho su amigo Lasarte. Ese era el concepto que tenían de la lealtad y el honor. En realidad no eran más que dos cerdos; tres, si contamos al secretario de Bernal. Créeme, los conozco bien, son todos unos cerdos. Les mostré la casa entera y el sótano vacío. Les enseñé el agujero tapado en el jardín, diciéndoles que allí debajo yacía el cadáver. Apenas tuve tiempo de pensar qué haría si alguno de ellos tomaba una pala y comenzaba a cavar, pero no había ningún peligro. Se fiaban de mí, o no querían ensuciar sus carísimos trajes de paisano. Me felicitaron y dijeron que debería tomar un par de meses de vacaciones antes de esperar nuevas instrucciones. Se despidieron, y tuve que esforzarme mucho para estrechar las manos que me tendían. No he vuelto a verles nunca más desde aquella mañana. Eso fue hace un año.

¿Por qué tenía que matarle? Me lo habían ordenado para que unos cuantos peces gordos no vieran turbada su comodidad por el escándalo que tanto temían. Al fin y al cabo, sólo los perros como yo estamos siempre dispuestos a hacer el trabajo sucio. Sólo que este trabajo tiraba a la basura diez años de mi vida; diez años de sueños y esperanzas borrados de un plumazo para no inquietar el blanco culo del almirante. ¿Por qué habría de matarle? Era fuerte, era hermoso, valía más que todos esos gerifaltes juntos. En realidad era tan perfecto como una obra maestra; era nuestra obra, nuestro hijo. Sí, también era un poco mi hijo, quizá aún más que de los otros. Yo siempre le llamaba con un silbido penetrante, siempre el mismo, uno que sólo él y yo conocíamos. Entonces bajaba al sótano y él me esperaba allí, con aquella cara monstruosa y bella apoyada en los barrotes. No podía olvidar aquello de un día para otro, tal y como pretendían mis justos y rectos superiores. Nadie había pasado tanto tiempo con él como yo, ni nadie había llegado a comprenderme tanto. Es gracioso, ¿verdad? Y eso que estuve a punto de hacerlo. Antes te mentí, fisgón, no me preguntes por qué. Excavé el agujero en el jardín pensando en matarle y sólo lo tapé mucho después, cuando ya lo había soltado. Porque aquella noche metí la pistola entre los barrotes y apunté cuidadosamente a su cabeza. Entonces me miró de un modo que yo no sabría explicar... porque él comprendía, sí, comprendía. Como si quisiera decirme que no me sintiera mal, que él ya lo había aceptado sin reproches. No era la mirada de una bestia, eso te lo aseguro; era la mirada de un niño, un niño asustado. Porque tiene diez años, sólo diez años. Fue entonces cuando lloré, y supongo que ha sido la segunda o tercera vez que he llorado en toda mi vida. Y él cerró los ojos esperando el disparo y creo que lloraba conmigo en silencio, sin lágrimas. Guardé la pistola, marché arriba y estuve emborrachándome unas tres horas a base de ginebra y vodka. Después regresé de nuevo a este sótano, ya de madrugada, y le di la libertad. Así fue como ocurrió.

El Coronel quedó en silencio, con la mirada perdida en un rincón. De vez en cuando comenzaba a temblar, casi imperceptiblemente al principio, cada vez con mayor fuerza. Cuando eso ocurría, tomaba automáticamente un trago de la botella de vodka. Entonces los temblores se calmaban durante un minuto, aproximadamente. Pero al cabo de ese tiempo volvían a comenzar, iniciando de nuevo todo el proceso.

—¿Qué ocurrió después, Coronel?

Los ojos del Coronel volvieron a enfocar con dificultad a Daniel, que ahora se preguntaba si había hecho bien devolviéndolo a la realidad. De pronto se levantó inesperadamente y apoyó la pistola en la nuca de su prisionero.

—Te voy a matar, cabrón.

Disparó. Aquello se escuchó como un trueno amplificado por mil altavoces cuyo eco continuara interminablemente. *Ya estoy muerto*, se dijo Daniel. Después pensó que si le dolían los oídos y podía sentir las lágrimas corriendo por sus mejillas, eso significaba que aún no estaba muerto. El Coronel se reía a carcajadas, casi asfixiándose. Daniel comprendió; lo que había estado apoyado en su nuca era la culata, no el cañón. En realidad el Coronel había disparado hacia arriba. Daniel alzó los ojos y vio en el techo un agujero estriado del tamaño de una nuez. *Dios, está completamente loco.*

—No te lo tomes así, fisgón. Era sólo una broma. Venga, no llores más.

No podía evitarlo, y se odiaba aún más por cada lágrima que derramaba delante de aquel maníaco. No quería parecer el más débil y no lo era, pese a todas las apariencias en contrario. En realidad era mucho más fuerte que el Coronel, pero aún no tenía ninguna manera de saberlo.

—Vamos, deja de llorar. Voy a desatarte. Tenemos trabajo que hacer y ya llevamos aquí demasiado tiempo. Escucha, si intentas escapar no voy a disparar precisamente al techo, ¿sabes?

Daniel no contestó. Se dejó desatar tan inmóvil como una estatua y después intentó ponerse de pie. No pudo. El Coronel tuvo que ayudarle con una mano mientras le encañonaba con la otra.

—Así es, buen chico —retrocedió unos pasos ladeando la cabeza para mirarle en perspectiva, como a un cuadro de museo—. Quizá quieras escuchar el resto de la historia. Te la contaré si tenemos tiempo. Pero ahora debemos marcharnos de aquí.

—¿Dónde me lleva?

—Lo verás en cuanto lleguemos. Ve delante, ya te iré diciendo.

Estaba señalando las escaleras con el cañón de la pistola, como si fuese la batuta de un director de orquesta. Daniel respiró hondo y comenzó a subir penosamente.

Habían caminado lo que le pareció mucho tiempo bajo la luz de la luna y de unas

pocas estrellas que parecían iluminar incluso un poco más que las linternas: aun así todo estaba muy oscuro. Más que oscuro el mundo parecía opaco y falto de vida, como si alguien hubiese corrido unas gigantescas cortinas desde el cielo. El Coronel portaba en la mano izquierda una pequeña maleta de un color imposible de discernir, en tanto le apuntaba con la derecha.

—Estamos llegando —dijo tras Daniel la voz del Coronel.

Claro que estaban llegando; Daniel recordaba ese paisaje incluso en la oscuridad. De la negra vegetación surgieron unos fantasmales círculos de piedra, las ruinas del templo de Nodens. Las cruzaron atravesando el claro hasta que el coronel dio la orden de detenerse.

—Sentémonos. Esperaremos aquí.

Daniel no tuvo ánimos para preguntarle qué esperarían y se sentó al pie de un gigantesco roble. Las linternas se habían apagado y del Coronel sólo se veía ahora una silueta y un punto de luz tembloroso, la brasa del cigarrillo. Pero Daniel sabía que continuaba apuntándole; ése era de los que no se descuidaban ni un segundo. No lo habían entrenado para descuidarse y no lo haría ni siquiera estando borracho o loco, o las dos cosas a la vez.

Daniel desvió la vista hacia las ruinas, cada vez más angustiado. Estas sí que eran extrañamente visibles bajo la luz de la luna. No sólo eso; parecían emanar su propia luz verdosa y podrida, del color del musgo en un pozo abandonado: un resplandor casi invisible que se percibía más con el espíritu que con los ojos, inequívocamente maligno. Aquí el Mal podía palpase tanto como a las mismas piedras a las que había envenenado: un Mal antiguo, quizá impotente ya para manifestarse, pero que aún bramaba su ira silenciosa desde las entrañas de la tierra. Un lugar de mal agüero, había dicho el cura; el mismo cura que ya no diría nada más, al menos en este mundo. Sacrificios humanos: no mataban a sus víctimas con un cuchillo o un hacha. *Lo hacían a mordiscos.*

—Dios mío.

—No, figón, te equivocas. Dios no está aquí. En realidad hace mucho tiempo que Dios no viene por aquí y no creo que regrese nunca, pero eso a nadie le importa. ¿Conoces el relieve esculpido aquí? ¿El del fauno y la mujer?

—Lo he visto una vez.

—Pues no lo olvides nunca. Ese es el verdadero Dios.

El Coronel sonreía. Daniel no podía verle la cara en la oscuridad, pero estaba seguro de que sonreía.

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa?

Hacía ya un buen rato que Anxo había sustituido el timbre por los golpes en la puerta del Coronel: ya estaba pensando en proponer a Mariña algo así como la rotura de una ventana, cuando de pronto la puerta se abrió inesperadamente.

No era el Coronel, sino un hombre joven con el pelo muy corto, vestido con vaqueros y una camisa de cuadros abotonada hasta el mentón. La verdad era que aquella ropa le sentaba como un tiro, pensó Anxo sin saber por qué: un uniforme verde oliva le hubiese estado mucho mejor. Pero qué sabía él. El hombre les miró atentamente un buen rato antes de hablar, como si quisiera asegurarse de poder reconocerlos en el futuro.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué buscan aquí?

—Soy el cabo de la Guardia Civil Anxo Rivera, del cuartel de Cereixo —Anxo mostró su documentación—. Esta es Mariña, una amiga mía. Buscamos al Co... al señor que vive en esta casa.

Dentro se oía discutir a unas voces masculinas, junto al ruido de cajones y armarios abiertos y arrojados al suelo: *Están registrando la casa*, se dijo Anxo en un fogonazo de comprensión. Un escalofrío le sacudió la espalda cuando pensó por enésima vez aquella noche qué podía haber ocurrido con Daniel. Un hombre canoso y vestido de negro de los pies a la cabeza apareció en el umbral, mirándolos con más fastidio que curiosidad.

—¿Quiénes son estos?

—No sé quién es la mujer. Él es cabo de la Guardia Civil, según figura en su documentación —el joven se había puesto en posición de firmes para contestar, detalle que no pasó inadvertido a Anxo—. Dicen que buscan al capitán, señor.

—¿Son ustedes familiares o amigos del capitán Manuel Blanco?

—No, sólo le conocemos de vista. Nosotros...

—El capitán no se encuentra aquí. Márchense, por favor.

—Aquí el único que se ha identificado soy yo, y soy un agente de la ley —dijo Anxo—. Muéstreme su documentación ahora mismo, y dígame por qué están esos hombres registrando la casa.

—Aquí está mi documentación.

De repente había sacado de la chaqueta una pistola automática que apuntaba directamente a la cabeza de Anxo, aunque siempre sin descomponer su gesto de fastidio. El joven de los vaqueros también desenfundó un arma y apuntó al pecho de Anxo, visiblemente más nervioso que el hombre de negro.

—Háganme caso —continuó este en tono conciliador—. Márchense los dos y no regresen. Por favor, no me lo hagan repetir más veces.

—Esto es una canallada. Ustedes son...

—Ya basta, Anxo —intervino Mariña—. Anda, vámonos. No molestemos más a estos señores.

—Muy sabio por su parte, señora. Que pasen una buena noche.

Los dos hombres no habían dejado de apuntar a Anxo ni por un momento, mientras Mariña lo agarraba del brazo y prácticamente lo hacía retroceder a viva fuerza, susurrando palabras apaciguadoras. Al fin Mariña consiguió a trancas y barrancas que ambos dieran media vuelta y se alejaran de la casa, en dirección al

bosque. Pero el hombre de negro no enfundó su arma, ni dejó de vigilarles hasta que se perdieron entre los árboles.

—Todavía no son las doce. Creo que aún tenemos tiempo para que te cuente el resto de la historia —sonrió el Coronel.

Daniel no le escuchaba; por un momento le había parecido divisar un rostro entre la maleza, a pocos pasos tras el Coronel. ¿Había sido una alucinación, tal vez el principio de la tan temida locura? Quizá tenía motivos de sobra para volverse loco, pero se obligó a apartar la vista hasta que el Coronel dejó de observarle directamente, o eso le pareció en la oscuridad. Entonces alzó los ojos de nuevo y el corazón le dio un vuelco: ese chico, Elías, se hallaba allí mirándole desde los arbustos y el Coronel no lo sabía. *El Coronel no lo sabía.*

Intentó mantener la calma y adoptar una expresión imperturbable a los ojos de su secuestrador: tenía que tranquilizarse. El muchacho estaba bien camuflado y Daniel sólo había llegado a localizarle por pura casualidad; tan sólo podían verse sus ojos y su nariz en el centro de un círculo perfecto rodeado de hojas y ramas bajo la pálida luz de la luna, como si se tratase de la aparición de un trago de la espesura. ¿Y por qué no? Era un Niño del Bosque; así lo llamaban en el pueblo, así lo conocía el sacerdote. Daniel intentó frenéticamente reprimir una carcajada que nacía del terror más hondo. Quiso enviar un mensaje desesperado a aquella criatura, fuese lo que fuese: *Trae ayuda. Por favor, estoy prisionero. Ayúdame. Ayúdame.* Lo había pensado con tanta fuerza que casi se desmayó. Pero no apartó los ojos de aquel rostro escondido entre los arbustos, repitiendo una y otra vez en su mente las mismas palabras como si fuesen una oración, sin atreverse a desplegar los labios.

—No me estás escuchando, figón —dijo el Coronel deslumbrándole con la linterna—. ¿Ocurre algo interesante? ¿Algo que yo me estoy perdiendo, tal vez?

—No. Lo siento, me he distraído. Estoy cansado.

El Coronel apagó la linterna, para alivio de Daniel. De todos modos parecía volver a su habitual humor de perros y eso era cada vez más peligroso para el prisionero. Daniel supo que era necesario seguirle la corriente por todos los medios, los posibles y los imposibles. Quizá únicamente detalles como estos marcaran la diferencia entre la vida y la muerte. Pero no pudo evitar dirigir de nuevo la mirada hacia los arbustos donde descubriera el rostro del muchacho. Ahora ya no había nadie. ¿Habría comprendido Elías su plegaria silenciosa? Seguramente no. ¿Y si el chico ni siquiera había estado allí, y todo era producto de su angustiada imaginación? Mejor no pensar en eso. Mejor no pensar en nada en absoluto.

—Estás cansado, ¿eh, figón? Yo también lo estoy. Pero sería mejor que me escucharas cuando te hablo. No me gusta repetir las cosas.

—Lo siento. Le estoy escuchando.

—Bueno, ¿por dónde íbamos? Ah, sí, ya voy recordando... De todos modos, si

no quieres escuchar lo que voy a contarte tú me lo dices sin el menor reparo, ¿eh? Entonces yo te pego dos tiros y hala, a contarle mi historia a las piedras. Como ves, no hay ningún inconveniente por mi parte. ¿Qué me dices?

—De acuerdo. Le escucho con atención.

—Buen chico, así me gusta. Creo que íbamos por la noche en que puse en libertad a nuestro precioso amigo. Bueno, pues no sabes cómo se embrolló la cosa a partir de entonces...

Ya te he contado cómo dos días más tarde recibí la visita de inspección del general Medina y del secretario del señor almirante Tócame-los-Cojones: recordarás también que les mostré el agujero cavado en el jardín y les dije que allí se encontraban los restos de la criatura que tantos quebraderos de cabeza nos había dado. Pues bien, esta visita me produjo un gran desasosiego. Te explicaré la razón:

»Puede que yo sea un asesino y un alcohólico; incluso puede ser cierto que esté loco de remate, que es lo que tú estás pensando en este mismo momento. De acuerdo. Pero lo que soy por encima de todo es un buen soldado: jamás he desobedecido la orden de un superior, jamás... hasta la noche en que solté a la criatura. No sólo eso; más tarde mentí deliberadamente a dos oficiales cuyo rango estaba muy por encima del mío. Naturalmente que existían muy poderosas razones para ello, pero eso no significaba que la imagen que yo tengo de mí mismo no sufriera graves consecuencias. También me atormentaba la idea de la Bestia en libertad ahora que se habían disipado los vapores del alcohol, que habían contribuido de modo decisivo a mi tal vez insensata acción. Ciertamente era que yo consideraba inofensiva a la criatura, pero... ¿cómo podía estar absolutamente seguro de ello?

—En eso se equivocó usted por completo —dijo amargamente Daniel.

—No tanto como crees, pero ya te explicaré esto más adelante. El caso es que por aquellas fechas sí que cometí el error más grande de toda esta historia. Hay que comprender que yo me hallaba habitualmente borracho y muy angustiado; bebía más para calmar la angustia y sólo lograba aumentar mi inquietud y con ella las ganas de beber... era un círculo vicioso. Entonces, a la tarde siguiente de la visita de los inspectores recibí otra visita más, y esta sí que fue totalmente inesperada. Inesperada en el sentido de que aquella tarde no había nada más lejos de mi imaginación que la aparición del cura en mi propia casa.

Descanse en paz el párroco de Cereixo, pero no por eso ignoremos el hecho de que se trataba de un estúpido chismoso entrometido. Yo ya conocía su mala costumbre de ir a importunar a los nuevos vecinos con sus visitas, así que cuando me instalé aquí (hará de esto aproximadamente un año) le fui evitando por el sencillo procedimiento de no abrir jamás la puerta cuando llamaba. Lo intentó tres o cuatro veces; después debió de cansarse y yo me olvidé de él. Y ahora aparecía de repente mucho más tarde, salido como un conejo de una chistera. No sólo eso; en realidad me

sorprendía en el momento más crítico de mi vida, cuando abrí sin pensar la puerta encontrándome su cara de oveja en el umbral.

Ya no recuerdo exactamente cómo transcurrió nuestra conversación: él no hacía más que hablarme de su Dios con aquel tono dulzón y zalamero que me repugnaba y al mismo tiempo me divertía. Pensé en echarle a patadas de mi casa, pero en aquel instante me sentí travieso y se me ocurrió una idea mucho mejor: fingí que mi malestar era producto del arrepentimiento por culpas pasadas y le rogué humildemente que me escuchara en confesión, petición que me otorgó de buen grado mientras yo me reía por dentro de su estupidez.

¿Qué otra cosa podía contarle para que me dejase en paz de una vez por todas? Le confesé la verdad, sabiendo que no creería en ella jamás y que acabaría marchándose de mi casa ardiendo de indignación. Supongo que estaba ansioso de enterarse de una buena ración de chismes y pecadillos baratos; la verdad se le atravesó en la garganta igual que una espina demasiado grande. Y eso que sólo le conté las ideas básicas del proyecto y la posterior puesta en libertad del sujeto experimental. Desde luego que fue un grave error hacerlo, pero ya es tarde para lamentarse. Con eso fue suficiente para que su cara se volviera blanca como el papel, aunque es seguro que al principio no me creyó. Así que se marchó disgustado y en silencio con su decepción a cuestas, deseando —como lo deseaba yo— no volver a vernos jamás. Y efectivamente tardamos mucho tiempo en volvernos a ver, ya lo creo que sí. Y cuando lo hicimos no fue precisamente lo que se dice un encuentro agradable. Ya has visto cómo hemos terminado. Y también toda esta historia pudo haber concluido aquí, de no haber sido por la muerte del granjero y todas las otras que le siguieron. En verdad se trata de una historia muy triste.

Y sin embargo los primeros meses no ocurrió nada malo, tal y como yo había previsto. Cierto era que los ganaderos informaron de un incremento del número de ataques de lobos sobre sus reses el pasado invierno, pero no hubo ninguna agresión contra seres humanos. Más tarde el invierno dio paso a la primavera e incluso los ataques sobre los animales cesaron por completo. Yo respiré tranquilo por primera vez en mucho tiempo, pero mi vigilancia nunca cesó del todo. Supongo que recuerdas la primera vez que nos vimos en la taberna de Cereixo; tengo la costumbre de sentarme siempre en la mesa justo al lado de la ventana norte, desde donde pueden divisarse las primeras arboledas del bosque de Feira. De algún modo vigilaba el bosque, por si acaso aquella criatura retornaba alguna vez al único hogar que había conocido. Pero con el tiempo fui convenciéndome de la idea de que habría muerto al terminar el invierno, y esa razón explicaba el súbito cese de los ataques sobre el ganado. Tal vez se había despeñado por un barranco o se lo había llevado una pulmonía, o quizá tuvo una pelea mortal contra sus medio primos los lobos. Qué importaba: la historia finalizaba así, o eso creía yo por entonces. La primavera y el

verano transcurrieron sin el menor incidente, y yo aproveché para viajar a Madrid y finalizar los trámites de mi jubilación anticipada; ya había cumplido la edad necesaria y no deseaba continuar sirviendo en el ejército. Una vez concluido este asunto regresé a Cereixo: la casa estaba a mi nombre, aunque comprada con el dinero de mi desaparecido amigo el general Muñoz, y a mí no se me ocurría ningún otro sitio a donde ir. Pensé que me quedaría en Cereixo viviendo con mis recuerdos hasta que la vejez me tumbase por completo. Ya ves cuánto me equivoqué.

El otoño comenzó muy hermoso en el bosque, pero también trajo la primera muerte hace una semana: Mauro, el granjero. He escuchado con cierta atención en estos últimos días algunas conversaciones en la taberna (esos paletos imbéciles deben tomarme por sordo) y de entre las sandeces de las que me enteré pude entresacar varios detalles interesantes: Mauro había disparado su arma antes de morir, y las balas no habían sido encontradas. Era absurdo pensar que un ser que ha vivido muchos meses en libertad sin atacar a nadie comenzara de pronto a asesinar granjeros, así que resultaba lógico suponer que Mauro había disparado contra la criatura y que esa fue la verdadera razón del ataque que le costó la vida. Todo ello en el supuesto de que el crimen fuese obra de la Bestia, cosa bastante probable, desde luego, pero no segura todavía. Decidí esperar y ver cómo se desarrollaban los acontecimientos, y comencé a dar largos paseos por el bosque en busca de algún posible indicio. Lo que descubrí la mañana del domingo en La Loma de las Brujas ya no dejaba lugar a dudas; aquello había sido una auténtica masacre. Te hablo de aquellos infortunados excursionistas de los cuales sólo uno sobrevivió, el cual parece ser que no ha pronunciado una sola palabra inteligible desde entonces. Seguro que tanto tú como la Guardia Civil os preguntaréis cómo fue posible que el chico sobreviviera al ataque. Bien, en realidad el muchacho iba vestido de la forma correcta: camisa parda y pantalones verde oliva, casi un uniforme de soldado. Esos colores eran los únicos que inhibían la agresividad de la bestia, que incluso la volvían servil, como lo demuestra el hecho de que hubiera colocado ante el joven superviviente el cadáver de una de las chicas. Sí, por la misma razón que piensas: para que el muchacho *se alimentara*. He visto numerosos horrores en mi vida, pero pocos comparables a este, puedes creerlo. Y creo que el chico ni siquiera me vio, pese a que le grité y le di de bofetadas en la cara para hacerle reaccionar. Pero todo fue inútil. Continuó allí sentado, babeando y gimiendo en compañía de varios cadáveres con las heridas cubiertas ya por moscas, y aquello fue demasiado para mí. Me marché a casa y tomé el coche; no tardé mucho en llegar a Lugo. Desde allí avisé a la Guardia Civil desde una cabina de teléfonos, de manera anónima, como puedes figurarte. Era lo menos que podía hacer, ¿no crees?

Regresé de nuevo a casa y me eché un rato en la cama, un breve descanso del que tú precisamente viniste a sacarme. Tuviste mucha suerte, fisgón, suerte de que yo

hubiese visto ya suficiente muerte aquella mañana. De otro modo es muy posible que hubieses acabado en el jardín de atrás, dentro del agujero que excavé en principio para la criatura. Pero acabé dejándote marchar, aunque tu inoportuna visita me había inquietado mucho.

Desde aquel día supe ya sin la menor sombra de duda que los crímenes eran obra de la Bestia; por lo tanto era preciso eliminarla lo antes posible. Deploré mi error al ponerla en libertad, aunque ya era un poco tarde para las lamentaciones. Pero ahora la situación estaba mucho peor que al principio y no sólo por los crímenes; tu estúpida visita me había convencido de que se me vigilaba las veinticuatro horas del día. No me atrevía a dar un paso fuera de la casa y menos aún a buscar a la criatura para eliminarla, lo cual me hubiese puesto al descubierto en el acto. Supuse que estos bosques hervían de agentes y espías, esperando que yo cometiese el más mínimo error para caer sobre mí como rapaces. Me felicité por no haberte matado durante nuestro primer encuentro, pues eso habría significado la firma de mi propia sentencia. Y mientras la Bestia continuaba libre, quién sabe si despedazando aún a más gente.

Esperé un par de días antes de convencerme de que la vigilancia sobre mí —en el caso de que la hubiera— era bastante escasa y fácil de burlar. Tuve tiempo para meditar y armarme de valor hasta que me decidí a salir anoche a la taberna, para ver cómo andaban las cosas. Ahora lo que me obsesionaba era que el cura se fuera de la lengua y me relacionara de algún modo con los asesinatos. No me fiaba demasiado del secreto de confesión, y aunque estaba seguro de que no me había creído en un principio, los cuerpos sin vida aparecidos en el bosque podían hacerle cambiar de opinión. Así que me decidí a visitarle esta misma tarde.

El resto ya lo sabes, o lo supones: no se trataba precisamente de una visita de cortesía. El cura sabía demasiado y yo no podía confiar en él; por desgracia era necesario eliminarle. Le hice las preguntas precisas y me lo contó absolutamente todo, sin apartar la vista del cañón de la pistola. Nunca había sido un hombre muy valiente. Me dijo que se había citado contigo esta misma tarde aquí en la iglesia, y que tú llegarías en cualquier momento; hasta me detalló en qué confesionario debería esperarte. Naturalmente que no pensaba traicionarme, añadió. Eras tú mismo el que habías solicitado la confesión, según me contó, para volver a insistir acto seguido en que llegarías de un momento a otro. Tal vez tenía la esperanza de que, ante tu inminente llegada, yo me asustara y me marchara: no fue así. Tampoco me creí el cuento de tu supuesta confesión; si aquella tarde iba a confesar alguien, ése era el cura. Pero ya no lo haría. Apunté cuidadosamente a su estúpida cabeza y disparé. Después lo metí en el confesionario, bien sentadito. Fue todo muy fácil, no creo que el mundo haya sufrido una gran pérdida con su partida. Y de todos modos ya debe estar en el Cielo, alabado sea el Señor.

No había tiempo que perder; si una parte de la historia que me había contado el difunto Padre Arminio era cierta, tú no tardarías en aparecer. Decidí dejarte una señal partiendo uno de mis cigarrillos y dejando la boquilla en el suelo bien a la vista de

todos, pero sobre todo bien *a tu vista*. Salí de la iglesia y me oculté en un portal cercano desde donde podía contemplar la entrada y buena parte de la fachada, de estilo... románico, ¿no es así? A los pocos minutos te vi entrar en la iglesia y así comprobé la veracidad de aquella parte de la historia. Regresé a casa y te esperé: sabía que ibas a acudir a mí sin pasar antes por la policía. No me preguntes cómo lo sabía; así era. Y no me he equivocado, pues toda esta fábula ya estaba escrita en algún lugar mucho antes de que todos nosotros viniéramos al mundo. ¿Crees en el Destino, figón? Yo sí. Lo sabes, ya hemos hablado de esto antes. Y ahora vas a ayudarme a terminar el trabajo y completar así el final de la historia.

—¿Qué trabajo es ese?

—Uno que debiera haber hecho hace mucho tiempo: vamos a matar a la Bestia. Los dos, figón. Tú y yo.

El Coronel se puso en pie emitiendo un largo y penetrante silbido que cortó como un cuchillo la oscuridad de la noche, mientras Daniel se tapaba los oídos un segundo demasiado tarde. Fue entonces cuando se dio cuenta de que aquello era una llamada.

—¿Lo has oído? ¿De dónde viene?

Sentado sobre una roca, Anxo se tomó su tiempo antes de contestar. No recordaba haberse sentido jamás tan abatido y al mismo tiempo tan culpable; ni siquiera podía adivinar con exactitud cuáles habían sido sus errores, ni tenía ganas de hacerlo.

—No lo sé. Parece venir de todo el bosque, como si brotara de...

No terminó la frase. Mariña también guardaba silencio como un gato al acecho, por si acaso el extraño silbido se repetía. Y en efecto así fue; en ese momento aquella señal quebró de nuevo el silencio de la noche como el graznido de un pájaro maligno. Pero ninguno de ellos supo adivinar el lugar de donde provenía.

—Deberíamos irnos a casa —murmuró Anxo—. Nada podemos hacer aquí.

—¿Y qué pasa con Daniel?

—No creo que volvamos a verle. Pienso que...

—¡Silencio! Escucha.

Un rumor de pasos al trote se dirigía directamente hacia ellos desde la colina fantasmalmente iluminada por la luna; Anxo desenfundó el arma sintiendo que se le erizaba el pelo, aunque no tuvo tiempo de pensar en cómo se las apañaría para acertar de un disparo certero a lo que Mariña llamaba el Lobo Tragón, fuese esto lo que fuese. Pero fue el muchacho el que apareció de repente ante su vista, arrojado desde las sombras a la mortecina luz del claro de luna: Elías estaba llorando y balbuceaba unos gemidos incomprensibles. Mariña lo abrazó para tranquilizarlo mientras Anxo guardaba la pistola con cierto alivio; al menos había alguien más asustado que él mismo. Poco a poco los sollozos fueron calmándose y Mariña pudo entender algunas de las atropelladas palabras del chico. Fue entonces cuando se volvió con una expresión en el rostro que Anxo hubiera preferido no ver.

—Los ha visto —dijo Mariña—. Están en las ruinas.

—Toma. Te devuelvo tu arma, fisgón.

El Coronel dejó caer al lado de su prisionero el antiguo revólver de Armando, cargado con balas de plata. Daniel lo miró como se observa a una araña venenosa.

—Vamos, cógelo y guárdalo en tu bolsillo. Y no intentes hacer ninguna tontería con él. Te metería una bala en la cabeza antes de que tuvieses tiempo de apuntar.

Daniel obedeció ante la mirada severa del Coronel, que sólo podía intuir en la oscuridad de la noche. La luna se había convertido en un vago resplandor blanquecino tras unas nubes cada vez más espesas. El Coronel volvió a sentarse engullido por las sombras y encendió otro cigarrillo.

—Te hará falta —continuó—. Creo que ya no tardará en venir. Pero de todos modos, esperaremos.

Daniel tanteó en su bolsillo la culata del revólver. ¿Y si se atreviera...? Pero jamás había usado una pistola y nunca acertaría a esa distancia, mientras que el Coronel... Todo eso contando con que su propia arma estuviese cargada. Tendría gracia desenfundar deprisa, como en una película del Oeste, sólo para escuchar el último *click* de su existencia. Como si leyera sus pensamientos, el Coronel habló de nuevo.

—Está cargada, de eso puedes estar seguro. Con las mismas balas de plata que trajiste. Relájate, muchacho. Vas a matar a un Hombre Lobo.

Daniel no contestó a eso. Incluso fingió no haberlo oído, mientras sus ojos se clavaban en la oscuridad esperando una ayuda que no acababa de llegar. El Coronel se reía suavemente, con monótona cadencia de borracho.

—Yo no puedo matarlo, fisgón. Tendrás que hacerlo tú. Para mí es casi un hijo; le salvé la vida cuando me ordenaron eliminarle y le di la libertad. ¿Cómo podría pegarle un tiro ahora? Tú lo harás por mí y te será muy fácil, ya lo verás. Escucha, hay algo que no te he contado, algo divertido. ¿Quieres escucharlo?

Daniel asintió. Sabía por experiencia que era preferible no llevarle nunca la contraria al Coronel, y al mismo tiempo sentía un poco de curiosidad. ¿Cómo podía haber algo divertido en toda esta historia? Casi a su pesar, escuchó al Coronel.

—Antes de comenzar el experimento, Borisenko solicitó libremente de cada uno de los integrantes del Círculo del Lobo una muestra de semen para posibles inseminaciones. Jamás supe quién de nosotros se la había proporcionado y quién no, ni siquiera si él había terminado por utilizar alguna de estas muestras para el experimento. Era algo de lo que no hablábamos ni siquiera entre nosotros, y supongo que todos nos olvidamos rápidamente del asunto. Pero fíjate, fisgón; teóricamente existe una pequeña probabilidad de que esa criatura sea en verdad mi hijo. ¿No es divertido? Para morirse de risa, ¿no crees?

Daniel no lo creía. Era sólo una aberración más en un proyecto de locos, otro

detalle macabro. Tal vez era cierto, o quizá sólo se trataba de otra broma grotesca del Coronel en su frenética carrera hacia la demencia más profunda. En realidad no importaba demasiado.

—Así que tendrás que encargarte tú; yo no podré hacerlo. Y tendrá que ser rápido, ya no nos queda tiempo. Todo termina aquí, entre estas ruinas malditas, en una noche más negra que la misma Muerte. Porque es la Muerte lo que estoy respirando, ¿acaso tú no la hueles?

Daniel se estremeció al percibir el viejo olor a jaula de fieras que tanto se había esforzado en vano por olvidar: al principio parecía muy débil, tanto que estuvo tentado a pensar que sólo se trataba de una jugarreta de su agotado cerebro. Pero poco a poco el hedor se hizo más denso y acre, y Daniel ya no encontró forma alguna de negar su presencia.

—Sí, ya viene —susurraba el Coronel—. Ven conmigo, hijo. Ven conmigo.

El muchacho trotaba ahora por delante de Anxo y de Mariña, que intentaba penosamente apretar el paso hacia las ruinas. Sin embargo la edad no perdonaba a la vieja saludadora, que se veía obligada a detenerse y recuperar el resuello cada pocos pasos. Era angustiosa esta lenta carrera hacia el templo en ruinas, sin la menor idea de lo que encontrarían al llegar. Casi al mismo tiempo, los hombres que registraban la casa del Coronel dieron por concluida su tarea y comenzaron a marchar hacia el lugar de donde parecían venir aquellos extraños silbidos. Y ahora todos los caminos corrían a la par hacia las ruinas del viejo templo.

—Está aquí —dijo el Coronel.

Daniel intentó dar crédito a lo que veían sus ojos, sin conseguirlo. Aquello había salido de entre los árboles en sombras y, sin concederle siquiera una mirada, se había aproximado al Coronel agachando la cabeza en un gesto de sumisión. *Como un perrito faldero*, pensó alucinado Daniel sin atreverse a mover un músculo. El Coronel acariciaba ahora la enorme cabezota peluda susurrando lo que debían de ser palabras tranquilizadoras. El hedor resultaba asfixiante, pero Daniel ya no se daba cuenta.

—Vamos, fisgón, acércate —dijo el Coronel en el mismo tono susurrante—. No te hará ningún daño, mientras yo esté aquí. Saca la pistola y dispárale en la cabeza. Hazlo.

—No puedo.

No era más que la verdad: de algún modo, aquello tenía algo de humano y no estaría bien matarle a sangre fría; eso sería una canallada. Se preguntó de qué cajón mental habría salido ahora esta inoportuna ética al estilo de la Tabla Redonda, pero era cierto: no podía matarle así como así. Y entonces se dio cuenta sin demasiado asombro de que la criatura tenía más de humana que el Coronel; ahora que la veía por

vez primera estaba seguro de ello. A pesar de las garras afiladas como cuchillos y de las mandíbulas en forma de sierra, a pesar de los ojos rojos y aquellos brazos que arrastraba por el suelo a modo de ocasionales patas delanteras, no importaba: no podía matarle así. La voz de Cristina se escuchó de pronto en su mente, un lejano recuerdo que quizá sólo había sido un sueño. *Tienes que acabar con el Lobo Tragón*. De acuerdo, pero... ¿cuál de los dos es realmente el Lobo Tragón? Daniel miraba al Coronel y a la Bestia sintiendo cómo todas sus certezas se desvanecían. Y sin embargo una idea emergió del centro de su confusión, tan resplandeciente como si la luz del sol le cegase los ojos.

—Vamos, dispárale. ¿Es que prefieres que siga matando gente? Hazlo, físgón, maldito seas.

Daniel sacó el revólver lentamente. Ya no le cabía ninguna duda al escuchar de nuevo aquella voz: *Bienvenido a Cereixo, hijo de puta*. Levantó el arma apuntando cuidadosamente hacia el Coronel.

—Tú eres el asesino. Tú y los cerdos como tú, que creasteis a esta criatura en vuestra maldita arrogancia. Y querías convertirme en un asesino a mí también; no lo conseguirás. Sé quién eres: eres la Pesadilla del mundo, eres el Mal que corrompe. Ahora harás exactamente lo que yo te diga; aquí no va a morir nadie más.

—¿Eso crees? —preguntó sonriente el Coronel.

—Cállate: esto es lo que vamos a hacer. Primero tira tu arma hacia mí y ocúpate de controlar a esa criatura. Luego vamos a ir todos muy despacito a...

Entonces el Coronel disparó.

Todo ocurrió muy deprisa; los largos años de entrenamiento dieron su fruto en décimas de segundo. Además, Daniel sólo vigilaba un posible intento contra él mismo; ni se le ocurrió pensar que el Coronel dispararía directamente a la cabeza de la Bestia. Pero así lo hizo, y la ahora dócil criatura cayó al suelo derrumbada como una monstruosa marioneta; ya no volvería a levantarse. El Hombre Lobo de Cereixo había muerto al fin y ya no volvería a aterrorizar jamás los bosques de la comarca. Una certera bala de plomo había sido suficiente, pero era evidente que el Coronel no pensaba dejar así las cosas.

Se lanzó al suelo rápido como una cobra y mientras caía disparó tres veces más contra Daniel; dos balas se perdieron silbando en la oscuridad del bosque, mientras la tercera se incrustaba en el pecho del escritor. Daniel cayó de rodillas sin llegar a comprender aún lo que ocurría, ni tampoco el sabor metálico y dulzón que empezaba ya a llenarle la boca desde la garganta; todo sucedió en una fracción de segundo. Pero entonces, con toda la situación a su favor, el Coronel cometió una última y monstruosa equivocación. En lugar de volver a disparar desde el suelo a un blanco fácil (y aún tenía cuatro proyectiles en el cargador) se permitió el lujo de levantarse de un salto y esbozar una sonrisa.

—Bienvenido a Cereixo, hijo de puta.

Quizá esta frase burlona diera un postrero aliento de rabia a Daniel, que ya sentía los mareos anunciadores del final. Entonces, con un último esfuerzo, levantó la mano sin apuntar (¿y cómo hubiese podido apuntar, si ya apenas veía?) y apretó el gatillo una sola vez. Una solitaria bala de plata voló como un ángel o un rayo de luz, y bien por obra del azar o de un inescrutable Destino fue a incrustarse justo en la frente del Coronel: durante un segundo ambos hombres se miraron por última vez, antes de derrumbarse; el Coronel ya estaba muerto para entonces, y Daniel supo que a él mismo tampoco le quedaba mucho tiempo.

Ahora la luz de la luna iluminaba débilmente las ruinas del viejo templo y los tres cuerpos que allí yacían, dos de ellos ya inmóviles para siempre, el tercero estremeciéndose aún en débiles estertores que muy pronto cesarían. Nadie, ni siquiera algún viejo dios morador de aquellas ruinas, hubiese podido decir si fueron seres buenos o malos, por qué vivieron o por qué murieron. La muerte los había igualado de algún modo despojándolos de todos los temores, devolviéndolos a la suprema indiferencia de la tierra. Entonces, una de las criaturas gimió por última vez y luego quedó inmóvil para siempre bajo la noche llena de estrellas.

Al principio sintió dolor, mucho dolor y unas inmensas ganas de llorar. Después la herida fue calmándose y hasta el sabor a sangre desapareció de su boca, como si se hubiese enjuagado con agua fresca. Entonces se sintió mucho mejor: ahora le parecía estar meciéndose sobre un suave lecho de flores mientras las estrellas danzaban en el cielo ante sus ojos. Qué maravilloso espectáculo.

...

imbécil hijodeputasitemueresmematastapalahemorragiaestupidodemierdatapalaherida

El rumor se hizo cada vez más débil hasta desaparecer por completo. La Voz estaba muriendo también en medio de su cólera y Daniel supo que ya no volvería a escucharla. Era curioso y a la vez enternecedor observar cómo se aferraba aún a la vida contra toda esperanza, con ese rencor infantil y obstinado que no atendía nunca a razones y que no desaparecería hasta el final. Pero no la echaría de menos, ciertamente. Si la Voz se marchaba, a Daniel sólo le quedaba decirle adiós.

Sintió que la luz de la luna le deslumbraba y cerró los ojos. Al volver a abrirlos no le sorprendió en absoluto ver la carita de Cristina ante él. Estaba sonriendo, con sus rizos rubios enmarcados por millones de estrellas.

—Vamos, papá, levántate. Lo has hecho muy bien.

—No puedo, cariño. Me estoy muriendo. Esto es el final.

—Es el principio. Levántate.

Daniel se levantó sin el menor esfuerzo y comprobó que la herida del pecho había desaparecido. Se sentía fresco y descansado, como si hubiese despertado de un sueño especialmente reparador. Entonces vio su propio cuerpo ensangrentado en el suelo y

comprendió, y sintió tristeza, mas no demasiada. Era como tirar una vieja camisa que uno ha estado usando durante mucho tiempo. Cristina le tomó de la mano.

—Vamos.

—¿Dónde iremos, cariño? ¿Al Valle de Miel?

—Ya estuvimos allí. Vayamos ahora un poco más lejos.

Daniel la besó en la frente y ambos echaron a andar cogidos de la mano. Nadie en el mundo hubiese podido verles salvo tal vez Mariña, de no haberse hallado en ese mismo instante tropezando entre jadeos en su desesperada y tardía ascensión hacia las ruinas. Pero Mariña todavía no había llegado, y a los ojos de casi todos los seres humanos que vivían en el planeta, ellos ya no eran visibles, y no les importaba. Así que continuaron caminando cogidos de la mano hacia una luz inmensamente brillante, mucho más allá del bosque.

Cuando Anxo y Mariña llegaron a las ruinas ellos ya se habían marchado, pero aún permanecían allí los tres cuerpos sin vida como cachivaches inservibles. La anciana se abrazó a lo que una vez había sido Daniel en medio de un llanto silencioso y lleno de rabia, sin sollozos ni lamentos. El chico, abrumado por los sucesos de la noche, se había escondido tras un árbol murmurando en su extraña lengua, mientras Anxo observaba hipnotizado el enorme cadáver de la Bestia, incapaz de hacer otra cosa.

Así transcurrió un tiempo indeterminado, como esas horas lentas y viscosas de las pesadillas, hasta que aparecieron envueltos en luces de linternas los hombres que habían registrado la casa del Coronel, sin duda atraídos por los disparos. No venían solos; un destacamento de la Guardia Civil de Cereixo les acompañaba. Pero estaba claro que todos actuaban con el mismo propósito, y el que daba las órdenes no era otro que aquel tipo canoso y vestido de negro que conocieran en la casa del Coronel. Anxo interrogó con la mirada a sus compañeros de cuartel, pero estaba claro que nadie quería o podía decirle nada. Los hombres de paisano rociaron abundantemente de gasolina el cuerpo de la criatura (ahora tan patética e inofensiva que casi hacía llorar, pensó Anxo) y le prendieron fuego iluminando brutalmente la noche. *Que no quede nada*, repetía una y otra vez el hombre vestido de negro. El persistente vaho a zorrera se vio sustituido por el mucho más desagradable hedor de la carne quemada. Los hombres más cercanos a la pira se pusieron unas máscaras blancas que les hacían parecer fantasmas a la luz de las llamas, pero nadie se movió un centímetro de allí hasta que el cadáver no se hubo consumido por completo. Entonces metieron las cenizas y lo poco que había quedado en bolsas impermeabilizadas y se marcharon por donde habían venido, sin decir una palabra más. Allí quedaron Anxo, Mariña y el chico acompañados únicamente por los guardias civiles, estos visiblemente aliviados tras la brusca partida de los hombres de paisano. Anxo volvió a preguntarles sobre el significado de todo esto, pero el comandante sólo le contestó que mejor haría en no contar nada de lo que había visto, si pretendía seguir trabajando en el Cuerpo. *Cosas*

de arriba, no quieras saber más, remachó con cara de haber terminado para siempre la conversación. Anxo quiso protestar pero Mariña hizo que guardara silencio; no serviría de nada. Al fin les llevaron a todos a casa (también a Anxo, que acabaría con un permiso obligatorio de tres meses de duración) y el bosque recuperó una parte de su antigua tranquilidad, mientras los cadáveres de Daniel y del Coronel eran conducidos en ambulancias sin sirenas hacia el depósito de un hospital de Lugo.

Aquella misma noche, varias plantas más arriba en aquel mismo hospital, un muchacho muy pálido despertó llorando de una pesadilla que más tarde nunca pudo recordar. A pesar de las lágrimas despertó aliviado, con el vago presentimiento de haber escapado por muy poco a un destino monstruoso que ahora no podía describir, pero que en el sueño había sido nítido y brillante como el filo de un cuchillo; era mejor no saber nada más. Más tarde le pareció que aquello que le había despertado fue un estampido similar a un disparo de pistola, una sola detonación en medio de la noche. Quizá era así o quizá no; bendito fuese aquel ruido, en cualquier caso.

¿Pero dónde se hallaba ahora? Esta habitación blanca no era la suya. ¿Habría escapado de un mal sueño sólo para caer en otro? Lo último que recordaba era haber salido en el coche con sus amigos para pasar el fin de semana acampados en un bosque de Galicia. La idea había sido de Carlos, claro: Carlos era el de las ideas, las buenas y las malas. Carlos, Sonia, Laura... ¿dónde se habían metido todos?

—¿Oiga? ¿Hay alguien aquí?

Su propia voz le sonó áspera como un graznido, pero le tranquilizó el mero hecho de poder hablar. Al momento se escuchó un rumor de carreras en los pasillos y la puerta se abrió súbitamente. Dos enfermeras le miraban desde el umbral con los ojos muy abiertos.

—¿Dónde estoy? ¿Es esto un hospital?

—Corre, avisa al doctor —dijo la que parecía más experimentada. La segunda salió de allí al vuelo, tras dedicar al muchacho una última mirada llena de asombro. Entonces, la enfermera jefe, o eso pensaba el chico que podría ser, se le acercó con una gran sonrisa en la cara, asintiendo. Sí, aquello era un hospital.

—¿Y mis amigos? ¿Dónde están mis amigos?

Bruscamente, la enfermera dejó de sonreír.

El informe oficial de la Guardia Civil sobre las muertes de Daniel y del Coronel dictaminó que se había tratado de un asesinato, seguido del suicidio del presunto culpable. Al parecer los dos hombres habían discutido; el Coronel, que previamente había asesinado al sacerdote en un acceso de locura, disparó contra Daniel causándole la muerte y después, seguramente arrepentido de su acción, se disparó en la frente. Eso era todo. No se hacía mención a ninguna extraña criatura, ni al grupo de hombres

comandados por el sujeto vestido de negro. Tampoco parecía existir para el anónimo redactor el revólver de Daniel, desaparecido misteriosamente durante las primeras diligencias. El informe tampoco explicaba el motivo de que ambos hombres se encontrasen en un claro del bosque de Feira a altas horas de la madrugada: en realidad el documento no explicaba nada en absoluto, porque nada podía explicarse. Eso lo sabía perfectamente el juez encargado del caso, que ya había recibido mensajes muy claros desde muy arriba sobre lo que debería hacer en relación con el asunto. Como resultó ser un hombre prudente que amaba la tranquilidad, hizo lo que se le pedía y archivó las diligencias para siempre. El caso estaba cerrado.

Al día siguiente de los sucesos ocurridos en el bosque de Feira, el general de división Antonio Medina fallecía en un desdichado accidente de tráfico, al romper su automóvil la valla de protección en una curva y precipitarse por una vaguada desde una altura aproximada de treinta metros. Ese mismo día y con muy pocas horas de diferencia, el teniente coronel de infantería Jaime Lasarte era asesinado en una céntrica calle madrileña por pistoleros del G.R.A.P.O. En su cuerpo se encontraron no menos de doce impactos de bala; el ensañamiento había sido brutal. La organización terrorista desmintió al día siguiente su participación en este suceso mediante llamadas telefónicas a los principales diarios del país, pero naturalmente nadie dio crédito a su comunicado. El ministro del Interior reiteró por televisión una política de absoluta firmeza contra el terrorismo, y subrayó que una posible negociación sólo sería factible tras el abandono incondicional y definitivo de la violencia. Así terminaba por fin la oscura existencia del Círculo del Lobo. Fue entonces cuando los verdaderos lobos bajaron en pequeñas manadas desde las montañas y volvieron a cazar en el bosque de Feira, desde donde aún hoy pueden escucharse sus aullidos quejumbrosos en las noches más oscuras.

Los demás sucesos terribles ocurridos en la comarca jamás fueron resueltos, y con el paso del tiempo acabaron siendo casi olvidados. Mariña continúa viviendo con el chico a las afueras del pueblo; Anxo pidió un traslado a Zaragoza (donde tiene familia) y se lo concedieron de inmediato; ambos se cartean aún regularmente. El pueblo continúa prácticamente igual; si acaso un poco más viejo. Los jóvenes pretenden marcharse a la ciudad y los mayores se limitan a dejar pasar la misma vida repetida día tras día, como si fuese una película conocida de memoria. Nadie ha vuelto a alterar esta tranquilidad. Tampoco nadie reclamó nunca el cuerpo del Coronel, que acabó recibiendo sepultura en la fosa común de un cementerio de Lugo. En cambio Mariña sí costeó los gastos del entierro de Daniel, en el pequeño y melancólico camposanto de Cereixo. Allí yace a la sombra de un gran ciprés, entre un antiguo futbolista llamado Celestino Prieto y un carpintero que respondió en vida al nombre de Enrique Dantas, 1922-1998, *Tus Hijos Y Tu Desconsolada Esposa No Te Olvidan*.

Tampoco Mariña olvida nunca a Daniel, cada día lo recuerda aún mejor que el primero. Recuerda bien las debilidades y las dudas, pero sobre todo el valor que brotó

al fin del fondo de su corazón como un tesoro enterrado. Recuerda el amor y la lealtad mientras sus ojos se llenan de lágrimas; por ello no siempre logra divisar las diminutas flores blancas y amarillas que a veces caen desde el cielo cubriendo los cipreses, como un manto de luz dorada.

EPÍLOGO: EL VALLE DE MIEL

Y aún sueño que pisa la hierba
caminando espectral en el rocío
atravesado por mi canto alegre.
William Butler Yeats

Dos meses más tarde de los acontecimientos que aquí se narran, Mariña encontró una imagen que no esperaba en el interior de una de sus cajas de fotografías. Al verla sonrió y estuvo unos días pensando detenidamente en lo que iba a hacer al respecto, si es que en verdad debía hacerse algo. Al fin terminó por decidirse y escribió la carta en una tranquila tarde de diciembre, mientras las últimas lluvias del año repiqueteaban en las ventanas.

Querida Isabel:

Te agradezco mucho que acudieras al entierro de Daniel y que me facilitaras tus señas, aunque en realidad yo ya las tenía. Nunca llegué a decirte, durante aquellos tristes días, que Daniel me las había dado junto con el encargo expreso de avisarte si le ocurría algo malo. Así sucedió, por desgracia. Pero el cometido de esta carta no es el de remover tus recuerdos dolorosos. Sencillamente quiero entregarte algo que creo que pertenece a ti más que a nadie.

Supongo que ya habrás visto la fotografía que te envió con esta carta. La encontré hace pocos días, ordenando las cajas de cartón donde guardo mis viejas fotos: esta imagen no debiera haber estado allí y, en rigor, ni siquiera debería de existir. Pero estoy segura de que el mero hecho de su presencia es una buena noticia. Creo que hay unas personas que intentan decirnos que se encuentran bien, que han llegado al lugar donde querían llegar y que es un buen lugar. En verdad pienso que la vida y la muerte de Daniel forman parte de una historia de perdón y redención que finalmente ha terminado. Este pedacito de papel satinado es quizá la única prueba de ello.

Mira bien sus caras, la suya y la de vuestra hija Cristina. Creo que son felices, felices de un modo que quizá ninguno de nosotros llegaremos a comprender del todo: están lejos, muy lejos. En realidad se trata de una fotografía de fantasmas, y ni siquiera el lugar donde se hallan existe del mismo modo en que percibimos nuestro mundo. Aquello es el Valle de Miel, un paraje encantado, podría decirse. Tiene otros nombres que yo conozco y

muchísimos más que ignoro, pero esto no es lo verdaderamente importante. Durante una corta época ese fue el lugar de encuentro entre dos mundos, el punto de contacto entre Daniel y Cristina: los vivos y los muertos. Ahora ha cumplido ya su función en esta historia y no creo que ellos regresen allí; ya no lo necesitan. Supongo que no puedes creer una sola palabra de lo que te estoy contando, pero te aseguro que eso no me importa en absoluto: no deseo demostrarte nada, sólo quiero que tengas la fotografía. Si no me crees a mí, tal vez ella acabará por convencerte.

Si deseas conocer un disparate más, lee entonces las próximas líneas con mucha atención: yo fui la persona que hizo aquella fotografía. He entrado muy pocas veces en el Valle de Miel, y ello gracias a una afortunada conjunción de circunstancias que por desgracia ya no volverán jamás a repetirse. Pero fui yo la que hizo que ambos posaran, y yo la que oprimí un imaginario disparador de una cámara fotográfica de juguete, una cámara que en aquella época era ya sólo un recuerdo escapado de la memoria de Daniel. Eso no importa; en el Valle de Miel hay reglas, como en todas partes. Sólo que las suyas no son iguales a las nuestras. También pueden ocurrir excepciones a las leyes generales, aunque muy pocas. Esta fotografía es una de esas excepciones; por eso tampoco sobrevivirá mucho tiempo.

Si observas con atención te darás cuenta que la foto está algo desvaída, aunque Daniel y Cristina son aún perfectamente reconocibles. Sin embargo la imagen aparecía absolutamente nítida en el momento en que la encontré y ha comenzado a hacerse más borrosa desde entonces, día tras día. El papel también se arruga y se resquebraja paulatinamente, sin que nadie lo toque. No hay forma humana de detener o hacer más lento este proceso, y el intento de hacer copias sólo sirve para deteriorar aún más la imagen.

Enviaré esta carta por correo urgente para que te llegue lo antes posible; de todos modos la imagen tardará aún unas semanas en desvanecerse. Después el papel se consumirá e irá evaporándose rápidamente desde los bordes, como ya ha empezado a suceder. Por último la fotografía desaparecerá del todo y ya no existirá más que en el recuerdo; en el tuyo y en el mío, y quizá en el de otras personas. Quién sabe.

Isabel, sé que eres una buena chica y estoy segura de que Daniel y tú merecáis haber tenido mucha mejor suerte. Pero el pasado no se puede cambiar, y esta es una ley tan implacable aquí como en el Valle de Miel. Sin embargo, no pierdas la esperanza; el final rara vez es tan definitivo como nos lo imaginamos. Por favor, hazme saber cualquier cosa que necesites (incluso si sólo necesitas hablar) y recibe un cariñoso abrazo de tu amiga

Mariña

Al año siguiente, al marcharse el invierno, llegó a Cereixo la primavera más hermosa que se recordaba desde hacía mucho. Los viejos fantasmas fueron olvidados y un certero rayo que nadie vio destruyó en una noche de tormenta el relieve esculpido entre las ruinas del templo. Al llegar el verano las cosechas fueron magníficas y las gentes parecían ahora más alegres y confiadas, como si volvieran un poco a ser niños. Mariña contemplaba todos estos cambios con una sonrisa discreta, prefiriendo de todos modos el otoño aunque viniese cargado de malos recuerdos. Porque en otoño el bosque de Feira se cubre al fin de una alfombra de hojas rojas y pardas y amarillas, y canta el cuclillo su postrero amor nocturno mientras las ramas de los árboles parecen murmurar secretos en el viento del norte.

Y todavía hoy, algunas veces, llueven flores.

NOTA DEL AUTOR

Para gran parte de la documentación de esta novela he consultado sobre todo el magnífico libro de Tomé Martínez titulado *Galicia Secreta* (Ediciones Corona Borealis, Madrid, 2003). El resto ha venido sobre todo vía Internet, particularmente de la inacabable Wikipedia, a la que doy gracias por su existencia.

Al parecer hay otros «Cereixos» reales en Galicia: seguramente son unos pueblos preciosos pero no los conozco, y su única semejanza con el lugar imaginario donde se desarrolla esta narración es su nombre. Nodens figura en la mitología de Cthulhu (véase Lovecraft y Machen, principalmente) como uno de los bondadosos Dioses Arquetípicos. En mi historia parece bastante menos benévolo.

El personaje de Elías está inspirado en Jervase Craddock, un personaje secundario de una gran novela de Arthur Machen titulada *Los tres impostores*. De aquí parte también la idea de la inscripción en latín y el relieve en las ruinas. La historia que cuenta Elías: «Había un hombre que llevaba un lobo en su interior...» aparece en *Hellboy, Los Lobos de San Augusto*, un magnífico cómic de cuyo guión y dibujos es responsable el norteamericano Mike Mignola.

El Valle de Miel está inspirado en Monteazúcar, un país imaginario que aparecía brevísimamente citado en *Animal Farm*, de George Orwell, otra obra maestra. Hechas estas puntualizaciones, cabe decir que todos los personajes y situaciones de esta novela proceden únicamente de la imaginación del autor, y que cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Por último, deseo expresar mi total agradecimiento a Javier Ortega por sus ánimos y sugerencias, y por haber creído en mi trabajo.

Hace algunas décadas, los arqueólogos descubrieron en África Oriental las huellas de unos *Australopithecus* (antepasados del género *Homo*, el hombre actual) conservadas para siempre sobre un suelo de cenizas volcánicas solidificadas. Entre todas ellas destacaban dos tipos de pisadas: unas correspondientes a un adulto y otras a un niño o una niña. Examinada la disposición de estas huellas, los arqueólogos concluyeron que ambas criaturas debieron caminar cogidas de la mano sobre la llanura africana, hace cientos de miles de años. Si algo puede salvarnos todavía, es esto. Y así lo he querido reflejar al escribir esta novela.

Antonio Calzado
Córdoba, octubre de 2007

Notas

[1] «Cierra tus ojos; puedes cerrar tus ojos, todo está bien.

No conozco ahora canciones de amor,

y no puedo cantar *blues* nunca más

pero puedo cantar esta canción

y tú puedes cantar esta canción

cuando me haya ido». (N. del E.). <<